



ABRIR VOLUMEN I. IV. LOS ELEMENTOS...

3.2.1.5. Estilo Liso.

Se trata de recipientes que comparten las mismas formas y una calidad de manufactura semejante a las de los ornamentados, pero que carecen de decoración. Fue definido en su momento por Delibes (1977: 100-101) a partir de algunos hallazgos singulares. En la actualidad la nómina de descubrimientos asciende a 29 yacimientos en nuestra área de estudio, 13 de ellos en la meseta norte y 16 en la sur (Figura 59). Utiliza todas las formas conocidas en el Campaniforme meseteño, excepto la copa y los grandes vasos de almacenaje. Así de los 42 fragmentos cuya forma ha podido ser identificada con seguridad, tenemos 19 vasos campaniformes (45'23%), 11 cuencos (26'19%), 10 cazuelillas (23'80%) y 2 cazuelas (4'76%).

Este reparto proporcional no se corresponde con el observado en el Estilo Ciempozuelos, lo cual es sin duda interesante, pero no podemos olvidar que tratamos con una muestra pequeña, y que por otra parte formas como los cuencos ven sensiblemente disminuida su representación pues resulta imposible distinguirlos de sus homónimos no campaniformes, por lo que sólo son catalogados como tales aquellos que aparecen asociados a este fenómeno en contextos funerarios. Las diferencias a este respecto entre ambas submesetas radican fundamentalmente en la mayor presencia de vasos y cazuelas en la cuenca del Duero, donde en compensación escasean. No en vano hasta la reciente publicación de los materiales campaniformes inéditos de los dólmenes salmantinos (Benet y otros, 1997), no eran conocidas en la cuenca del Duero. En este trabajo aparecen dos cazuelillas lisas recuperadas en el dolmen de la Veguilla.

Como indicamos más arriba la propia ausencia de decoración hace que sea en los contextos funerarios donde estos tipos se identifican de forma más segura. En efecto en los poblados la fragmentación de los materiales impide, en la mayoría de las ocasiones, precisar si se trata de cerámicas campaniformes lisas o de cerámicas lisas asociadas al Campaniforme.

Por ello, es en las tumbas donde cada vez de forma más clara adquiere carta de naturaleza este estilo campaniforme, ya sea formando ajuares cerámicos lisos (por ejemplo en Valdeprados, Avila, nº 13 y Lámina 3C: 1-2, con un vaso y un cuenco; Prado de la Nava, Salamanca, nº 274 y Lámina 61: 9-11, con el trío vaso, cazuela, y cuenco; o Los Pasos, Zamora, nº 513 y Lámina 102: 17-18), nuevamente con el binomio vaso - cuenco; y en la meseta sur el reciente hallazgo del Arenero de Soto, nº 157 y Lámina 33: 1 y 2, con esta misma composición), o también combinados con recipientes decorados de diversos estilos, como el cuenco que acompaña al vaso Ciempozuelos en Aldeagordillo (nº 8 y Lámina 1: 4-5) y el vaso liso que hace lo propio con un cuenco inciso en Pajares de Adaja (nº 26 y Lámina 7: 1), ambos en Ávila; o los dos cuencos lisos que aparecen junto a un vaso puntillado en la fosa de Villaverde de Íscar, Segovia (nº 295 y Lámina 67: 6-7), todos ellos en la meseta norte.

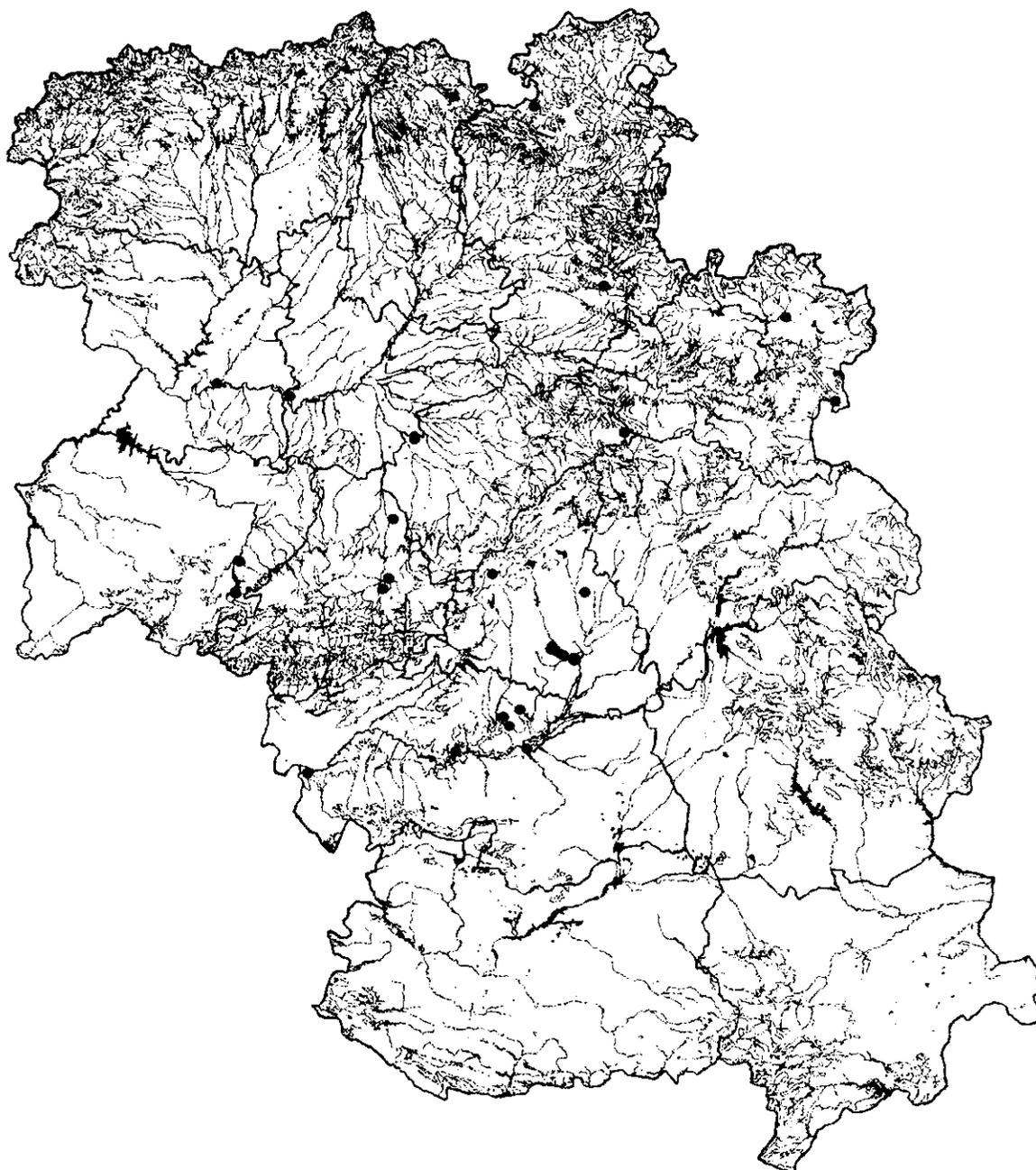


Figura 59. Mapa de dispersión de hallazgos cerámicos campaniformes lisos en La Meseta.

Y en la cuenca del Tajo los hallazgos del Arenero de Miguel Ruiz, Madrid (nº 169 y Lámina 36: 3), donde una cazuelilla lisa se asocia a dos vasos, uno marítimo y el otro puntillado; La Aldehuela en Getafe, donde un vaso liso apareció junto a campaniformes puntillados; o finalmente el antiguo hallazgo de Majazala, Toledo (nº 433) donde el célebre cuenco, hasta hoy conocido como de Algodor, acompañaba a un vaso liso en un ajuar funerario.

Al margen de los estilos previamente definidos y analizados existe un caso de interpretación confusa y difícil en Torrejón de Ardoz (Madrid, nº 227), que fue identificado por Harrison (1977: 178, figura nº 76, nº

fragmento 1375) como un ejemplar típico del estilo portugués de Palmela. Se trata del borde engrosado de un cuenco, con decoración externa de dos líneas cordadas juntas, horizontales y paralelas. Indudablemente lo que más llama la atención en él es el fuerte engrosamiento del borde, rasgo que caracteriza los cuencos tipo Palmela portugueses, diferenciándolos del resto de los peninsulares (Harrison, 1977: 19). Curiosamente cuando tratamos de encontrar los materiales de este yacimiento en los fondos del MAN sólo hallamos el fragmento de cuenco puntillado geométrico, pero no este borde de tipo Palmela. Cabría entonces plantearse si pudo producirse una confusión o mezcla de materiales que induzca al error.

Posteriormente en el yacimiento toledano de Los Molodros, Orgaz (nº 415) hemos podido documentar un fragmento de galbo cuya decoración externa es exactamente igual a la del fragmento de Torrejón antes descrito, aunque su forma no es un cuenco ni mucho menos, sino más bien un gran recipiente de gruesas paredes. En suma se trata de dos ejemplares extraños, por atípicos, en el Campaniforme meseteño, de compleja interpretación.

3.2.1.6. El problema de las cerámicas de tipo “Dornajos”.

Se trata de un tipo de cerámicas decoradas de cuya existencia no se tuvo pleno conocimiento hasta las excavaciones desarrolladas en el yacimiento conyuense epónimo de Los Dornajos, La Hinojosa (Galán y Fernández, 1978-9; Galán y Poyato, 1982-3). Los escasos fragmentos cerámicos descubiertos anteriormente habían sido clasificados como campaniformes (véase por ejemplo, Harrison, 1977, figura 75 nº 1366a y yacimiento nº 206 fragmentos nº 1471-2).

Con el tiempo han ido apareciendo diversos trabajos sobre ellas (Poyato y Galán, 1988; Zulueta, 1988; Galán, 1989; Garcés y Galán, 1991), sin embargo aún hoy su misma ubicación cronológica es objeto de debate. En contra de algunas opiniones recientes según las cuales esta clase de cerámicas decoradas representarían en realidad el estilo campaniforme inciso del sureste de la Meseta sur, coetáneo por tanto del Ciempozuelos (Díaz-Andreu, 1991: 554-567; 1994: 14-15, 1995a y b), creo que existen poderosas razones para que, al menos de forma provisional, tal filiación sea puesta en duda (Garrido, 1995: 135-136).

Los argumentos que se han manejado para defender su identidad campaniforme, se podrían agrupar en tres puntos principales: supuestas semejanzas formales con el estilo Ciempozuelos, la posible coexistencia de ambos en determinados contextos arqueológicos, y finalmente su respectiva respectiva distribución regional.

1) Respecto al primero de ellos, conviene señalar que nunca se ha efectuado un análisis comparativo riguroso de ambas clases de cerámicas, que tenga en cuenta algo más que su mero aspecto general. Sin embargo, quizás sea aquí precisamente donde las diferencias entre ambos tipos decorativos sean mayores, y,

por ello, la razón que más ha influido en su exclusión del inventario de información de este trabajo. Tanto es así que los métodos que he diseñado para describir las cerámicas campaniformes meseteñas y peninsulares (convenciones, tablas de motivos, etc.) resultan prácticamente inútiles para dar cuenta de las de tipo Dornajos. Las diferencias existentes entre ambas clases de cerámicas podrían resumirse en tres grandes aspectos: la técnica decorativa, los diseños y su organización (patrones, convenciones, etc.), y las formas utilizadas.

En cuanto a las distintas técnicas empleadas en ambos tipos cerámicos ya se han realizado los oportunos comentarios en un apartado anterior (3.2.1.1), que aquí podríamos resumir como sigue: existen suficientes indicios como para considerar que la incisión no fue la técnica mayoritariamente empleada en la decoración de estilo Ciempozuelos, mientras sí lo fue curiosamente en las de tipo Dornajos (Garrido y Rojas, en preparación), razón que pueda quizás explicar asimismo el tratamiento ostensiblemente distinto que la superficie interna de los recipientes recibe en ambos estilos. En lo que se refiere a los motivos decorativos y su disposición las diferencias son muy claras también. La curvatura cóncava propia de esta parte de los recipientes supone una dificultad notable para la realización de diseños lineales si se emplea la técnica impresa mientras resulta muy sencillo si es la incisión lo que se practica.

En lo que se refiere a los motivos decorativos y su disposición las diferencias son también muy claras. El repertorio de diseños compartidos no es tan amplio como un examen superficial podría sugerir, pues en la tabla tipológica del Dornajos elaborada por Galán (1989, figura 2) sólo aparecen 20 de los 71 motivos (28'16 %) que componen la muestra del Ciempozuelos meseteño. Los patrones o estructuras en los que están ordenados los motivos campaniformes de la Meseta (ver apartado 3.2.2.3), no aparecen en los Dornajos. Éstos presentan frecuentemente un aspecto descuidado, con una mayor pobreza de diseños, que a menudo se disponen de forma un tanto desordenada, sin formar los característicos paquetes apretados de motivos del estilo Ciempozuelos con una clara estructuración interna.

No obstante, es cierto que no todos los Dornajos son iguales, hay algunos recipientes que guardan un parecido mayor con los campaniformes, aunque siempre presenten patrones muy simples: es el caso por ejemplo de ciertas piezas del yacimiento de Las Tetras de Viana, en Guadalajara (Martínez y Valiente, 1990), donde también hay ejemplares de estilo Ciempozuelos, o algunos de la provincia de Cuenca (Martínez, 1988).

Faltan, por lo demás, en los ejemplares de tipo Dornajos convenciones decorativas muy características del Campaniforme, que aparecen en el estilo Ciempozuelos de toda la Meseta (incluida la zona manchega), y lo que es más interesante, también en el Puntillado geométrico. Me refiero al empleo de motivos standard para abrir y cerrar las composiciones, la reducción de la decoración interna a una franja delgada inmediata al borde, etc. Sólo algunos de los esquemas decorativos empleados para adornar

los fondos de los recipientes campaniformes (cubriente, y sobre todo en estrella), son empleados en el tipo Dornajos, aunque con un aspecto mucho menos equilibrado, y con una clara tendencia al barroquismo.

Finalmente en lo que se refiere a las formas empleadas, las diferencias son también muy evidentes. El tipo Dornajos se nutre casi exclusivamente de cuencos, y sólo algunos fragmentos de galbos sinuosos podrían hacer sospechar, con muchas reservas, la existencia de perfiles en S, pero no sabemos si de auténticos vasos campaniformes (Poyato y Galán, 1988, fig. 3:4). Ello contrasta notablemente con el amplio repertorio formal característico de todos los estilos campaniformes, salvo quizá el Marítimo (véase capítulo IV.A.2).

Además, hasta hoy no se ha podido documentar aún ni un solo vaso campaniforme con decoración de tipo Dornajos, cuando sabemos que esta es la única forma común a todos los estilos campaniformes meseteños, peninsulares y europeos. Se cae así en un contrasentido difícilmente justificable, al denominar como campaniforme una clase de cerámicas decoradas donde jamás se ha podido constatar la presencia de la forma que precisamente se emplea para denominarlas.

2) El segundo aspecto a considerar es el relativo a la cronología de estas cerámicas, valorando los datos disponibles (dataciones absolutas, estratigrafías, contextos arqueológicos, materiales asociados, etc.). Los primeros trabajos les atribuyeron una cronología tardía dentro de la periodización de la Edad del Bronce de la región. En concreto las excavadoras del yacimiento eponimo las sitúan en el Bronce medio a partir de las dataciones radiocarbónicas obtenidas allí: (CSIC-541: 1600 y CSIC-540: 1570) (Galán y Fernández, 1982-83: 42-44), si bien estas mismas autoras admiten la posibilidad de un comienzo anterior, en el “Bronce inicial”, dado el contexto donde se obtuvieron las muestras de carbón analizadas (Ibidem: 46-48). Posteriormente los trabajos de Díaz-Andreu (1991: 562-572; 1994: 14-15; 1995a: 108) han tratado de argumentar, con la escasa información disponible, esta datación más antigua, en el llamado Calcolítico – Bronce antiguo de la zona, y por tanto su estricta coetaneidad con el estilo Ciempozuelos.

Según esta autora, resulta imposible conciliar la presencia de cerámicas decoradas de tipo Dornajos y lisas de la Edad del Bronce (carenas, digitaciones, etc.) en la misma región y cronología, no pudiéndose acudir para ello a hipótesis de diferenciación económica, social, política o cultural entre ambos tipos de yacimientos (1991: 555-562). Razón por la cual afirma que pese a que se encuentra “...incapaz de especificar en qué siglos se fechan los dos conjuntos de yacimientos, si definiendo que no son coetáneos, siendo los que tienen cerámicas de tipo Dornajos anteriores a los que las presentan lisas” (Ibidem: 554).

Para cifrar en cuánto fijar su antigüedad Díaz-Andreu acude a diversos argumentos tipológicos y estratigráficos. En primer lugar la supuesta aparición de piezas de este estilo en los estratos calcolíticos de la

estratigrafía del Cerro de la Virgen, Orce, junto a campaniformes de estilo Ciempozuelos, y en concreto desde los niveles I/IIA hasta el III, sobre todo en el IIB, con dataciones que van del 1940 ± 40 al 1785 ± 55 a.C. (sin calibrar). Sobre este particular hemos de señalar, no obstante, que dicha identificación no es tan clara como supone la autora. En efecto algunas de las piezas de Orce recientemente clasificadas como Dornajos por algunos investigadores son en realidad campaniformes con decoración interna de tipo “simbólico” (Garrido y Muñoz, e.p.2 y 3).

En concreto una de las dos piezas que identifican como tal Dornajos Poyato y Galán (1988: figura 3: 8) es de estilo Ciempozuelos, ya que es de parte de un cérvido esquemático lo que presenta en su interior (Schüle y Pellicer, 1966: figuras 13: 1). El segundo de los recogidos por Poyato y Galán (1988: figura 3: 9) es también un ejemplar de estilo Ciempozuelos, con sólo un friso de reticulado junto al borde en su cara interna.

Otros fragmentos de este mismo sitio que pudieran parecer Dornajos en un examen superficial y apresurado se pueden asimismo clasificar como perfectos ejemplos de la práctica del ornato interior en el estilo Ciempozuelos (Ibidem: figuras 29: 15; 31: 1), cuando no de su variante “simbólica” (Ibidem: figuras 30: 1, 2 y 8; 39: 1, 3 y 6; 45). Sólo una pieza podría ser clasificada como Dornajos, aunque se trata de un fragmento con muy tosca ejecución y en el que apenas se distingue lo que podría ser el patrón completo (Ibidem: figura 40: 5). Curiosamente procede del estrato IIC, es decir el último con cerámica campaniforme, inmediatamente anterior a los niveles argáricos.

Un segundo factor alegado por Díaz-Andreu (1991: 563-565; 1994: 14-15) es el que se refiere a su contexto material, que junto a los campaniformes de estilo Ciempozuelos estaría formado por cerámicas lisas sin carenas ni digitaciones, puntas de flecha de pedúnculo y aletas en sílex, y Puntas de tipo Palmela como la hallada en el yacimiento epónimo. En mi opinión ninguno de estos elementos asociados puede ser interpretado como fósil – guía de una etapa concreta, pues como es bien sabido poseen cronologías muy amplias que pueden ocupar buena parte de la primera mitad de la Edad del Bronce. En lo que respecta a su asociación con ejemplares de estilo Ciempozuelos, convendría revisar las evidencias disponibles en nuestra área de estudio.

Desde mi punto de vista es precisamente el contexto arqueológico, además de una serie de rasgos formales imprescindibles, lo que mejor define qué se entiende por Campaniforme. Como se ha intentado argumentar en otro capítulo de este trabajo (II.D.3) entendemos como tal un complejo fenómeno con diversos matices sociales, económicos y rituales, de gran valor en las estrategias de lucha por el poder de los distintos grupos e individuos.

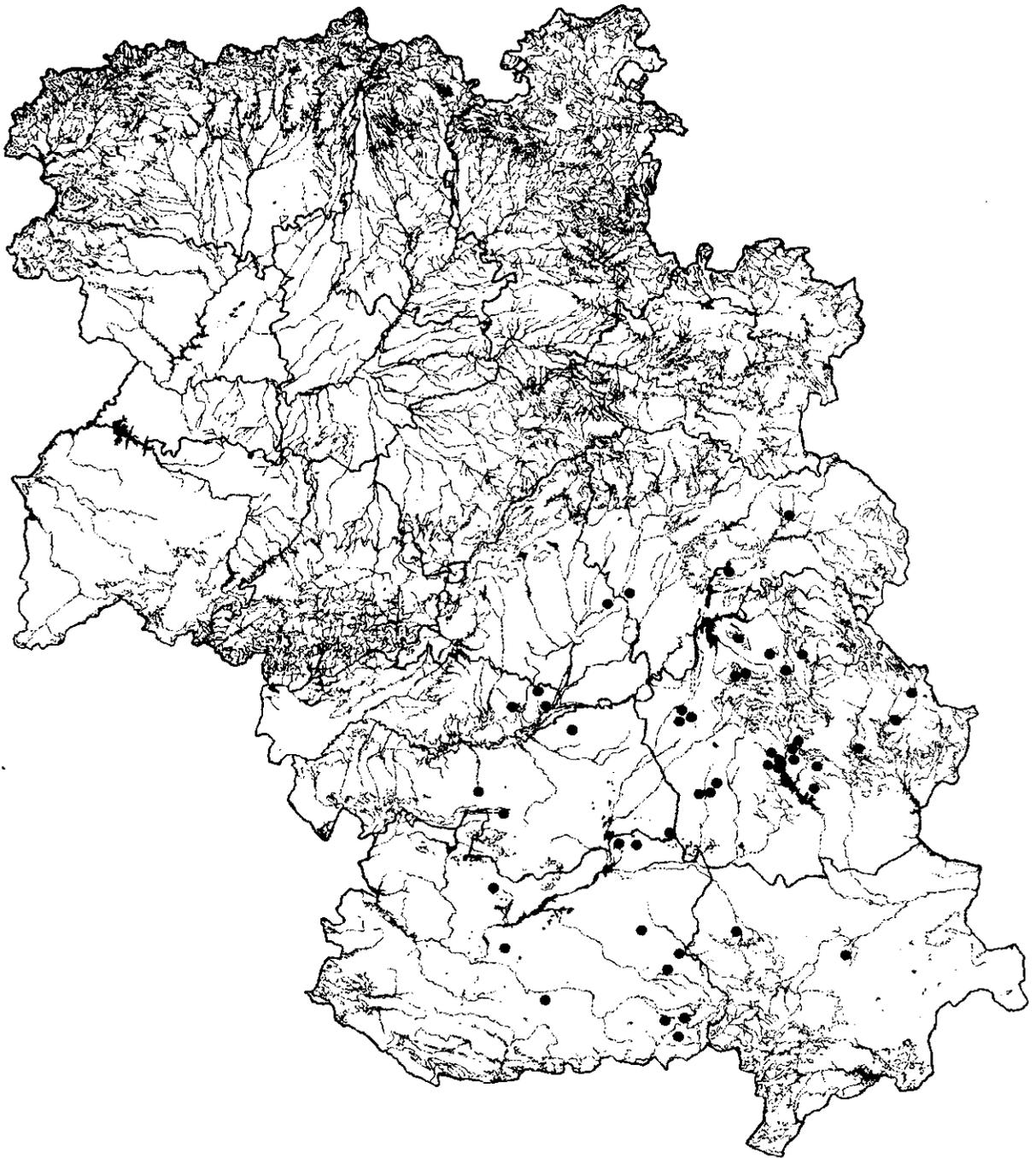


Figura 60. *Mapa de dispersión de hallazgos de cerámicas de tipo Dornajos en La Meseta.*

El contexto de aparición de los materiales debe informarnos sobre este particular si esta hipótesis cuenta con apoyo empírico, y es quizás en los enterramientos donde lo haga de forma más clara. En ellos los diversos estilos decorativos campaniformes comparten una serie de características comunes (enterramientos individuales, ricos ajuares metálicos y/o cerámicos recurrentes, etc). Sin embargo y por desgracia, carecemos hasta el momento de hallazgos funerarios claros de cerámicas de tipo Dornajos. No se pueden considerar como tales los dos fragmentos cerámicos procedentes del Alto del Mazacote en Ocaña (González Simancas, 1934), y supuestamente recuperados, junto a restos humanos, en unas cistas

destruidas. Tampoco podemos tener en consideración el fragmento cerámico hallado en la Cueva de los Casares, Riba de Saelices, Guadalajara (Barandiarán, 1973; Harrison, 1977: 177 y yacimiento nº 173), junto a restos humanos y cerámicas campaniformes de estilo Ciempozuelos, por la antigüedad y confusas circunstancias de su descubrimiento.

Sólo existe, por tanto, información procedente de lugares de hábitat, desafortunadamente la gran mayoría hallazgos superficiales sin contexto preciso. En la actualidad se conocen 49 yacimientos con cerámicas de tipo Dornajos en la meseta sur (Figura 60).

Sólo en once de ellos (22'44 %) se encontraron junto con cerámicas campaniformes: De estilo Ciempozuelos en Piédrola (nº 72), El Pico (nº 74), Ciruela (nº 76), y El Castellón (nº 86) en Ciudad Real, la Cueva de los Casares (nº 105) y Las Tetas de Viana (nº 116) en Guadalajara, El Guijo (nº 405), Fuente Amarga (nº 421) y El Caño I (nº 424) en Toledo. De estilo Marítimo en Piédrola y El Castellón, Ciudad Real, Caracenilla (nº 88) en Cuenca, Las Tetas de Viana en Guadalajara y Cerros de la Cantera en Toledo (nº 426). De estilo Puntillado geométrico en El Castellón, Ciudad Real, Caracenilla, en Cuenca, y Fuente Amarga y el Caño I en Toledo. Sin embargo, se trata en todos los casos de materiales hallados fuera de su contexto original. Sólo en El Castellón (nº 86) parece estar demostrada la aparición conjunta de fragmentos de tipo Dornajos y campaniformes, en los niveles medios y altos de la secuencia (Poyato y Espadas, 1994: 57), aunque la memoria definitiva de este yacimiento está aún por publicar.

Si contamos, no obstante, con una reciente estratigrafía de gran interés, procedente del poblado conquense de Las Hoyas del Castillo, El Pajaroncillo (Ulrich y otros, 1994), donde si bien es cierto que no han aparecido cerámicas campaniformes, por lo que nada nuevo se aporta sobre la cuestión de la coetaneidad entre ambos estilos, sí se constata al menos, y por vez primera, la mayor antigüedad de los Dornajos respecto a otros grupos arqueológicos de la Edad del Bronce meseteña, como las cerámicas lisas y con cordones plásticos, mamelones y bordes digitados, o las de tipo Cogeces. Existe, además una datación de C14 del nivel 1, con cerámicas de tipo Dornajos (B-5414: 3940 ± 60 b.p., 1990 ± 60 a.C., sin calibrar). Su antigüedad podría confirmar las teorías de Díaz-Andreu, pero nuevamente nos hallamos por desgracia ante una fecha procedente de un contexto problemático. Como señalan sus excavadores (Ulrich y otros, 1994: 131), todas las muestras de carbón obtenidas en la excavación provienen de estratos revueltos, que no datan necesariamente el nivel donde aparecieron.

En suma, con la información disponible sólo podemos señalar que la cronología de las cerámicas de tipo Dornajos es un asunto aún hoy polémico y pendiente de resolver. Parece claro que ni las teorías que la situaban en momentos del Bronce medio, ni aquellas más recientes que las equiparan a las campaniformes de estilo Ciempozuelos, cuentan hoy con suficiente basamento. Es preciso por ello buscar una tercera vía alternativa, que algunas opiniones recientes parecen ofrecer, cuando consideran que el Dornajos podría ser en

realidad un epicampaniforme que ocuparía así el breve intervalo comprendido entre los momentos finales del estilo Ciempozuelos, con el que podría coincidir parcialmente, y el comienzo de los grupos arqueológicos con cerámicas lisas del Bronce pleno (Castro y otros, 1996: 107; Almagro, 1997: 223).

3) Otro argumento esgrimido por Díaz-Andreu en favor del carácter campaniforme del Dornajos es su distribución geográfica. Según esta autora (1991: 565; 1994: 15) existe una significativa ausencia de hallazgos campaniformes (si no están asociados con estas cerámicas) en aquellas zonas donde precisamente se encuentran las decoraciones Dornajos. Si esto fuese cierto, sería un argumento casi definitivo a favor de esta teoría, pero hoy que el catálogo de hallazgos es cada vez mayor, podemos asegurar que no es así. En el territorio más genuinamente típico del Dornajos, el sureste de la meseta sur (Figura 60) se conocen hoy un buen número de hallazgos campaniformes de estilo Ciempozuelos. Concretamente en las provincias de mayor concentración de sitios con cerámicas de tipo Dornajos ya existen, multitud de ejemplos, a excepción de Albacete. Así, se conocen dos en Cuenca (nº 87 y 93), y diez en Ciudad Real (nº 70, 71, 73, 78, 79, 80, 81, 83, 84 y 85). Por otra parte existen varios hallazgos Dornajos en regiones absolutamente características del campaniforme meseteño, como Toledo, Madrid o Guadalajara, con siete, uno y tres sitios respectivamente.

Sólo si tenemos en cuenta únicamente los campaniformes con decoración interna el mapa de distribución de ambos tipos es consistente con la hipótesis según la cual se trataría de dos estilos decorativos coetáneos y vecinos. Tanto es así que, son muy escasos los campaniformes de tipo Ciempozuelos que presentan decoración interna en el área donde aparecen los Dornajos (Figura 61). Este hecho en sí podría resultar muy significativo a este respecto, pero la muestra de información es muy escasa por lo que esto no resulta del todo fiable, ya que no podemos olvidar que la probabilidad de encontrar campaniformes con decoración interna es en sí muy reducida. Sólo un 26% de los bordes de estilo Ciempozuelos tienen ornato interno, y en algunas provincias cercanas como Madrid, con un 11%, la posibilidad es aún menor. Si tenemos en cuenta que en Ciudad Real sólo se han documentado 17 fragmentos de bordes “incisos” y en Cuenca sólo dos, las probabilidades de encontrar piezas de este tipo es muy baja. Pero, aún si ello fuese cierto habría entonces que admitir que el supuesto campaniforme de estilo Dornajos, a diferencia del resto de la Península Ibérica, tendría entonces un 100% de presencia de ornamento interno.

Por otra parte, y aún suponiendo que esta hipótesis fuese correcta, cabría entonces preguntarse por las implicaciones que tendría esa eventual coexistencia de dos estilos decorativos diferentes en regiones tan próximas. ¿Cómo puede explicarse el hecho de que los campaniformes Ciempozuelos hallados, por ejemplo, en Zamora o el País Vasco tengan un parecido formal incontestablemente mayor con los de Ciudad Real, Cuenca, Madrid o Toledo, que estos últimos con los de tipo Dornajos, sus vecinos inmediatos y supuestamente contemporáneos?

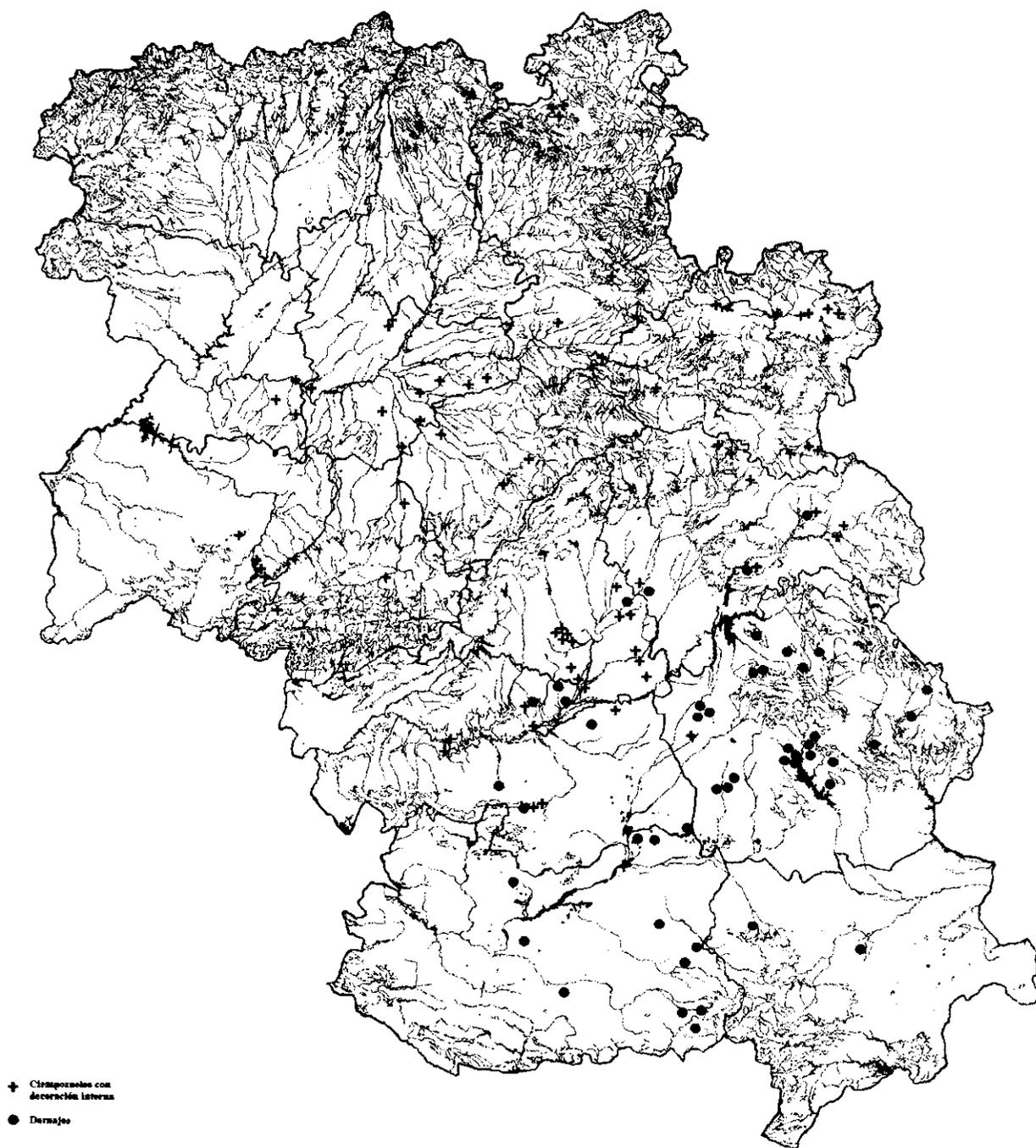


Figura 61. Mapa de dispersión de hallazgos de cerámicas campaniformes de estilo Ciempozuelos con decoración interna, y de tipo Dornajos en La Meseta.

No resulta fácilmente justificable, a no ser que se acuda a hipótesis muy forzadas, como por ejemplo, y siguiendo a Hodder (véase apartado 3.1.4), la competición por los recursos que origina una fuerte rivalidad entre los grupos vecinos, que se marca a través de la cultura material. Aún suponiendo que ello fuera cierto quedaría por explicar entonces por qué no ocurre lo mismo con el estilo Ciempozuelos en la Península, incluyendo las regiones manchegas. Si algo ha quedado demostrado en el estudio aquí realizado sobre este tipo de decoraciones es su gran homogeneidad en todo el ámbito donde aparecen, incluso en detalles muy complejos, a pesar de las lógicas matices locales. Todo ello en mi opinión sugiere que ha de existir alguna diferencia cronológica entre los estilos Ciempozuelos y Dornajos.

En suma, la ocasional coexistencia cronológica y espacial de ambas especies cerámicas, su distribución geográfica, y en menor medida algunas similitudes formales, muestran la existencia de ciertos vínculos entre ellas. Sin embargo estamos aún muy lejos de poder especificar de qué tipo de relación se trata. Necesitamos datos tan imprescindibles como por ejemplo el contexto funerario de los Dornajos, o la relación espacial entre la distribución de este tipo de cerámicas y las campaniformes en plantas de poblados excavados en área. Hasta entonces cualquier hipótesis que se formule sólo podrá apoyarse en argumentos tipológicos, por lo que no dejará de ser una opinión provisional. Por esta razón, y de forma transitoria, he creído preferible excluir del inventario de este trabajo las cerámicas de tipo Dornajos.

Únicamente como hipótesis de trabajo se puede admitir que quizás estemos ante un subestilo regional inmediatamente postcampaniforme o todo lo más epicampaniforme, en el que aún perviven ciertos ecos del estilo Ciempozuelos (algunos diseños sobre todo), pero donde se han perdido ya muchas convenciones relativas a los aspectos más profundos como las estructuras de ordenación de los motivos, o la rica variedad de soportes formales. Fase epigonal, presumiblemente corta y situada a caballo entre el final del Ciempozuelos, con el que pudo coexistir durante un tiempo -de ahí su coincidencia en algunos yacimientos- y el comienzo de los grupos arqueológicos de la Edad del Bronce, con su nuevo patrón de asentamiento (motillas, morras, etc.).

¿Qué significado tendrían las cerámicas de tipo Dornajos en esa breve etapa?, ¿serían herederas de las campaniformes no sólo estilísticamente sino también en el plano social y ritual?. Estas son cuestiones de gran interés pero por desgracia irresolubles con el estado presente de los conocimientos. Sólo la investigación futura podrá informarnos sobre ellas.

En resumen y para concluir, a pesar de todo lo dicho, es preciso reconocer que ninguna de las hipótesis hasta el momento planteadas sobre este tipo de cerámicas resulta enteramente satisfactoria. Todas, incluida la que aquí se defiende, presentan problemas y debilidades. Parece, en suma, haberse llegado a una situación de punto muerto en la que no puede proseguir el debate si no contamos con nuevos datos arqueológicos, en especial contextos seguros y bien datados, en especial funerarios, donde aparezcan cerámicas de tipo Dornajos.

Por todo ello, no creemos exagerar si afirmamos que éste es uno de los problemas más importantes que debe resolver la investigación de la Edad del Bronce en la Meseta sur, por lo que sería recomendable plantearse como necesidad prioritaria abordarlo mediante trabajos exhaustivos de campo y académicos (tesinas, tesis).

3.2.2. Una aproximación alternativa a los estilos campaniformes.

3.2.2.1. Introducción.

Como ya señalé anteriormente el estudio de los estilos decorativos en cerámicas prehistóricas, desde perspectivas distintas a las tradicionales, es aún un campo prácticamente inexplorado en la Península Ibérica. Y ello pese a la reciente y progresiva implantación de los nuevos enfoques teóricos en nuestra arqueología, y a pesar del gran desarrollo experimentado por los métodos de análisis estadísticos en Arqueología (Aldenderfer, 1998) y asimismo de los aplicados a estas cuestiones (Voss, 1982; Gebauer, 1988). Quizás uno de las principales causas sea la enorme complejidad que presentan las decoraciones cerámicas, uno de cuyos mejores ejemplos sea probablemente las campaniformes, como tendremos ocasión de comprobar con detalle a continuación. La gran variedad que, en general, todas ellas ofrecen impide la elaboración de métodos de análisis universales, pues cada una requiere el suyo propio, convenientemente adaptado a sus específicas características (Gilgny y otros, 1997), todo lo cual dificulta el recurso a otros trabajos en busca de referencias u orientación, incluso cuando se trata del mismo tipo decorativo pero en diferentes regiones (Boast, 1990). Por ello, en este trabajo se ha tenido que idear no sólo una metodología particular para describirlas detalladamente (volumen II), sino también distintas líneas de investigación para el adecuado análisis de sus múltiples facetas y dimensiones, que han requerido en muchos casos de complejo tratamiento estadístico²⁴. En general y simplificando, podríamos dividirlos en dos amplias categorías:

1) El material decorativo:

Los diseños o motivos que constituyen la materia prima básica con la que, una vez aplicadas ciertas convenciones y esquemas que los organizan, se confecciona la ornamentación de los vasos. Tras identificarlos, individualizarlos y clasificarlos de forma sistemática (Figuras 42, 46-47) pueden ser estudiados estadísticamente, ya sea evaluando la mera presencia/ausencia de cada uno en los distintas unidades de análisis (franja, recipiente y yacimiento), o estimando su importancia cuantitativa. En un segundo nivel de análisis se pueden considerar las combinaciones existentes entre ellos.

2) Las estructuras decorativas:

Se trata de aquellas convenciones que estructuran intencionadamente los diseños o motivos, de forma ordenada y significativa en patrones o esquemas concretos. Me refiero tanto a aquellas relativas a la distribución general de la decoración en la superficie del vaso, que ya se han detallado en los capítulos

²⁴ Quiero expresar mi más sincero agradecimiento al Dr. D. Víctor Fernández Martínez por su desinteresada e incansable colaboración en estos asuntos, tanto por sus orientaciones teóricas como por el suministro de los necesarios soportes informáticos. Sin su ayuda hubiera sido imposible la elaboración de este capítulo.

correspondientes a los estilos Puntillado geométrico y Ciempozuelos (véanse IVA, 3.II.A3 y 4); como a los patrones concretos de organización de los diseños²⁵.

Para ello se ha realizado una costosa y prolongada tarea de recogida y procesado de la información del corpus de este trabajo, mediante diversas bases de datos. Se confeccionaron distintas tablas para cada una de las unidades decorativas, que de menor a mayor son: franjas decorativas, recipientes y yacimientos.

a) La franja es la unidad mínima en la que los motivos se asocian y combinan, y que el alfarero distingue de forma intencionada, delimitándola mediante espacio lisos, como una secuencia de diseños con un principio y un final. Obviamente sólo se han recogido las franjas completas por lo que de las algo más de 2000 piezas campaniformes inventariadas, se ha obtenido una cifra final de 767 casos (705 de estilo Ciempozuelos, y 62 Puntillados geométricos). Se han contabilizado también como franjas las que forman la decoración interna y cada uno de los brazos y radios de la ornamentación del fondo.

b) Los recipientes completos, son la siguiente unidad decorativa, donde las franjas se alternan, separadas por espacios lisos. Se han podido recoger un total de 202 vasos completos decorados (188 de estilo Ciempozuelos y 14 Puntillados geométricos).

c) Por último, en el nivel mayor y final de análisis, se encuentran los yacimientos. En este caso la muestra se ha recogido sumando todas las franjas completas conocidas en cada uno de ellos, hasta hacer un total de 111 yacimientos para el estilo Ciempozuelos y 22 para el Puntillado geométrico. Como veremos más adelante, para el análisis de los motivos se ha confeccionado otra muestra, compuesta por grandes colecciones de fragmentos donde se contabilizaron todos los motivos aparecidos, y no sólo aquellos pertenecientes a las franjas completas.

Toda esta información requería un tratamiento estadístico adecuado a sus características, razón por la cual se ensayaron distintos tipos de análisis hasta dar con el apropiado. A diferencia de lo ocurrido con las formas cerámicas y los elementos metálicos, ni el Análisis Cluster ni el de Componentes Principales ofrecían resultados, dado el gran número de variables que se manejan (cada motivo o cada patrón sería una de ellas) y la escasa representación que cada caso tiene en la mayoría de ellas. Algo que resulta particularmente severo en el caso de las franjas, ya que con una media de 3-4 motivos por unidad y varias decenas de variables en el caso del análisis de motivos, y con un patrón por unidad y dos decenas de variables en el caso del análisis de estructuras, las matrices finales de datos que el test estadístico debe estudiar se hallan casi completamente dominadas por los ceros. Por ello los intentos de aplicar este tipo de análisis resultaron fallidos, pues resultaba casi imposible establecer diferencias significativas entre los casos. Otros estudios sobre las decoraciones

²⁵ Las principales conclusiones derivadas de estos estudios se han incorporado asimismo a los capítulos antes mencionados para la más adecuada caracterización de los estilos.

campaniformes, como los realizados en Inglaterra por Clarke (1970) o Boast (1990) experimentaron este mismo problema, pero eso sí con menor gravedad pues sus tablas tipológicas de motivos eran mucho más reducidas (38 diseños Clarke y 11 Boast). En nuestro caso tenemos tablas mucho más amplias, con 71 clases distintas de diseños en el estilo Ciempozuelos y 31 en el Puntillado. La agrupación de motivos semejantes para reducirlas no nos pareció una solución conveniente pues suponía quizás una pérdida del detalle de la información que podía ser crucial a la hora de distinguir similitudes o diferencias entre casos. Por ello sólo se realizó tal simplificación de las tablas en casos muy concretos donde los diseños son prácticamente idénticos (2/2bis, 4/4bis, 5/5bis, etc.), con diferencias casi imperceptibles.

Como alternativa se escogió entonces el Análisis Factorial de Correspondencias, cuya aplicación en Arqueología es relativamente reciente (Shennan, 1992: 281-284), pero que ya ha ofrecido excelentes resultados (Bolviken y otros, 1982; Gebauer, 1988; Fernández y Fernández, 1991), especialmente cuando, como en nuestro caso, las matrices de datos están repletas de ceros (Bolviken y otros, 1982: 41). Se basa en los mismos principios generales que el análisis de componentes principales, razón por la cual puede considerarse una buena opción alternativa (Ibidem: 42). Pero además, como señala Shennan (1992: 282) “...las relaciones entre casos, las relaciones entre variables y las relaciones entre variables y casos pueden analizarse conjuntamente y representarse en el mismo diagrama de dispersión...”, todo lo cual facilita la comprensión del significado de las eventuales agrupaciones de casos localizadas en él (Bolviken y otros, 1982: 44).

Finalmente, una vez diseñada la estrategia general con la que se describen y analizan las decoraciones campaniformes en este trabajo es obligado mencionar el objetivo final que requiere su realización y le da sentido, que ha de situarse obviamente dentro de las coordenadas que se fijaron en el modelo teórico aquí propuesto (capítulo II.D.3). Como una parte más de todo el núcleo analítico del trabajo, y junto a los restantes estudios de este tipo acometidos sobre los distintos elementos que componen este complejo fenómeno, a partir del análisis de las decoraciones se pretenden contrastar algunas de las hipótesis allí propuestas. En particular aquellas relativas a la circulación de estos objetos a través del complejo entramado de redes sociales que se trabaron entre los distintos grupos del momento, y su significado último.

3.2.2.2. El análisis del material decorativo: los diseños o motivos.

a) Las franjas:

El objetivo de este nivel de análisis es, por un lado detectar con el mayor detalle posible las eventuales semejanzas regionales acudiendo a la menor de las unidades, y por otro poder establecer las asociaciones que cada motivo de las Tablas presenta con los demás, en términos absolutos. Así, al tratar cada franja como un caso individual se pueden establecer relaciones de semejanza entre ellas, pertenezcan o no al

mismo recipiente o yacimiento, contemplándose con ello la posibilidad de que un alfarero plasme en un mismo recipiente combinaciones de diseños de diferentes procedencias. Se partió de la muestra general de 767 casos, excluyéndose aquellos pertenecientes a las franjas que decoraban los fondos y el interior del borde cuando emplean el sistema standard (o tipo 1), pues tales casos se emparejarían en el análisis estadístico indicando sólo la extensión de la práctica de utilizar ciertos motivos regulares para esas zonas, algo que ya se ha estudiado en el análisis de los aspectos estructurales de los fondos. Finalmente, y como es lógico, se analizan por separado las muestras del estilo Ciempozuelos (521 casos y 43 variables) y Puntillado geométrico (44 casos y 15 variables).

Por desgracia la complejidad de la información estudiada impidió apreciar tendencias de agrupación que tuvieran además algún sentido regional o de otro tipo. Sin duda la escala de análisis es demasiado detallada como para poder captar patrones generales, que quedan ocultados por el enorme “ruido de fondo” que introduce una muestra tan amplia y compleja de información, resultado de la incidencia de una variada gama de factores (funcionales, cronológicos, etc.).

b) Recipientes:

En este segundo nivel de análisis se pretende documentar aquellos motivos que el alfarero quiso plasmar, asociados en distintas combinaciones, en un mismo conjunto coherente, el recipiente. Para ello se han agrupado los resultados de las franjas completas que componen cada uno de ellos. Este nivel de análisis tiene el interés de ofrecer una parcela de información que no se alcanza en el análisis de las franjas, y que desaparece sumido en un corpus de datos superior en el caso de los yacimientos. En efecto, sería interesante poder distinguir distintos modos o usos decorativos (o distintos alfareros) dentro de cada yacimiento, ya sea de hábitat o funerario. Por ello se confeccionaron otras dos tablas, una con 219 vasos (pertenecientes a 84 yacimientos) y 43 variables para el estilo Ciempozuelos, y con 16 vasos (de 14 sitios) y 15 variables para el Puntillado geométrico. Para ampliar un poco más la muestra se incluyeron algunos de los recipientes casi completos, que fueron excluidos en el estudio de estructuras decorativas (que como veremos más adelante requieren patrones absolutamente completos).

Sin embargo, de nuevo los resultados demostraron los problemas inherentes a una escala de análisis aún demasiado reducida. No es posible encontrar tendencias de agrupación en un conjunto tan amplio y complejo de casos. Las características de la muestra introducen además serias restricciones, que se nos antojan insuperables, dadas las características de las decoraciones campaniformes. En cada recipiente se emplean sólo dos o tres motivos, obtenidos de un repertorio amplísimo de 71 diseños en el caso del estilo Ciempozuelos y 31 en el Puntillado. Resulta por ello muy difícil establecer vínculos entre casos. Incluso cuando se logran estos no siempre responden a la realidad original, pues no en vano hay ciertos diseños que se repiten con gran frecuencia en toda la Meseta. Sólo el mayor o menor predominio de algunos de ellos será

lo que nos ayudará a detectar patrones regionales, y para eso se requiere una escala mayor de análisis, la proporcionada por los yacimientos.

c) Yacimientos:

Es el nivel más general de análisis, que presumiblemente reflejará el conjunto de diseños más frecuentemente utilizados por los alfareros cuya actividad se halla representada en el yacimiento. Para ello se contabilizó el número total de motivos o diseños aparecidos, en dos matrices de datos distintas: Una primera realizada únicamente con la suma de los patrones completos (añadiendo también algunos recipientes casi completos, pero excluyendo del todo los fragmentos), con un total de 111 yacimientos y 43 variables para el estilo Ciempozuelos y 22 casos y 15 variables para el Puntillado. Como veremos posteriormente los resultados del análisis no fueron satisfactorios.

Por ello, se elaboró otra muestra más amplia en la que se suma el total de motivos aportados por los yacimientos con mayor cantidad de fragmentos disponibles, incluyendo no sólo patrones completos. Con ello se logra incorporar al estudio yacimientos ausentes de los anteriores análisis, por carecer de esquemas completos, pero que cuentan con gran cantidad de información, y también se enriquece la muestra de algunos yacimientos que sí aparecían en el estudio anterior pero sólo con sus patrones completos, lo que supone tan sólo un pequeño porcentaje del total de datos que ofrecen. Gracias a ello se han podido elaborar tablas de datos de 45 casos (y 43 variables) para el Ciempozuelos, y 17 casos (y 20 variables) para el Puntillado. El criterio empleado ha intentado ser lo más concreto y objetivo posible, y es contar con al menos diez fragmentos para los incisos y cinco para los puntillados.

Sin embargo se han incluido asimismo algunos yacimientos que sin alcanzar este umbral mínimo cuentan con recipientes completos, casi completos o grandes fragmentos que proporcionan un buen elenco de motivos. Sólo excepcionalmente se añaden algunos sitios que pese a no alcanzar una muestra abundante son incluidos en el estudio para que todas las provincias se vean representadas. No obstante lo cual la desigualdad de la muestra tendrá que ser considerada a la hora de comparar los distintos yacimientos e interpretar los resultados en términos de relación. Aunque a priori parece más arriesgado incluir fragmentos por el grado de arbitrariedad que introducen en la selección de los diseños conservados, como veremos es la tabla que mejores resultados ha proporcionado, especialmente desde el punto de vista de la agrupación regional de los yacimientos. Parece pues que la suma de fragmentos en grandes colecciones proporciona una representación mucho más fiel del conjunto de diseños que se manejaron por los distintos alfareros en un mismo sitio. Veamos en detalle a continuación los resultados ofrecidos por el tratamiento estadístico de la información mediante el análisis factorial de Proximidades:

a) Estilo Ciempozuelos:

La primera matriz de datos cuenta con dos serios impedimentos, en primer lugar incluye sólo los motivos proporcionados por los patrones completos, lo que supone una serie restricción de la información que aporta cada yacimiento, y en segundo lugar es muy heterogénea ya que la cantidad de diseños inventariada en cada sitio es muy diferente, por lo que la comparación entre ellos a veces produce resultados engañosos. De hecho el desarrollo del análisis no pudo constatar ninguna clase de regularidades regionales, pues se comprobó la total dispersión de los casos al margen de cualquier consideración en tal sentido. Los interesantes resultados ofrecidos por la muestra seleccionada de yacimientos con grandes colecciones de fragmentos, demostraron que el problema se encontraba, como hemos señalado, en las características de la muestra. Ciertamente la muestra seleccionada es mucho más reducida, pero de mucha mayor calidad. Además, en ella se encuentran representadas prácticamente todas las regiones del área de estudio así como los yacimientos más importantes, razones que avalan los interesantes resultados obtenidos.

Se aprecian claras diferencias en la distribución de los casos por submesetas. Los yacimientos de la meseta norte ofrecen en general una gran dispersión, pues aparecen en dos sectores diferentes que enmarcan por ambos lados a los pertenecientes a la meseta sur, que como contraste presentan una gran concentración, reflejo de su gran homogeneidad interna (Figura 62). Significativamente la distribución geográfica de los yacimientos que componen la muestra se corresponde con este mismo patrón, es decir, una dispersión notablemente mayor de los sitios de la cuenca del Duero en estudio (Figura 96, en el segundo tomo). Por ello, a partir de la tendencia general de su distribución es posible distinguir al menos tres grupos diferentes, que analizaremos con detalle a continuación:

- Grupo I:

Ofrece una gran dispersión en el gráfico, ocupando los cuadrantes de la derecha, especialmente el inferior. Prácticamente todos los sitios representados pertenecen al centro y sobre todo Este de la cuenca del Duero. La única excepción es el hallazgo madrileño de Valdilecha (nº 231), cuya presencia en este grupo se explique quizás por el escaso tamaño de la muestra (sólo dos recipientes), y que además se sitúa en la zona limítrofe con la gran concentración de casos de la meseta sur, de cuya periferia podría formar parte. De hecho ocurre lo mismo con dos casos de la meseta norte (Arenillas y Provincia de Palencia, nº 53 y 255 respectivamente) que aparecen en esta misma parte del gráfico pero dentro del grupo de la meseta sur (grupo III).

Como ya se ha indicado la composición interna de este grupo I resulta muy heterogénea: en el sector del gráfico más próximo al grupo III, y con un mayor protagonismo de los motivos nº 12d, 18a-d, 18b, 18e, 11, 5/5bis, 12b/12b1 y 5, 12c, tenemos los yacimientos del centro de la cuenca, en concreto los vallisoletanos

de Cogeces del Monte, Traspinedo, Arrabal del Portillo y Valoria la Buena (nº 456, 476, 487, 490), y especialmente los sorianos del reborde oriental como Molino de Garray, Renieblas, Arcos del Jalón y Somaén (nº 347, 365, 320, 377). Algo más alejados de este núcleo se encuentran otros dos sitios del reborde, en concreto Almazán y Valdegeña en Soria (nº 317 y 382), y otro del centro de la cuenca, Samboal (nº 289, con una muestra de sólo dos recipientes), en los que se aprecia una acusada representación de los motivos nº 6a/6b, 19, 20/20bis, 22, 28, y 17/17bis. (Figura 63)

En la periferia del mismo se encuentran algunos yacimientos, con muestras reducidas, como los burgaleses de Peñaranda de Duero (nº 56) en torno a los motivos nº 7, 10g y 27, y el celeberrimo Silos (nº 64), relativamente próximo al motivo nº 8, pero sobre todo junto al nº 25. Notablemente distanciados de todos ellos, ya en el cuadrante superior derecho del gráfico y en su parte periférica, se encuentran los últimos miembros de este Grupo I tan heterogéneo. El más próximo es sin duda Arevalillo (nº 282), asociado con el motivo nº 14, y a distancia de él se encuentran Vaquera (nº 292) y Tablada de Rudrón (nº 68), en torno al motivo nº 13.

La razón de incluirlos todos ellos en un mismo grupo viene precisamente por su común alejamiento de la gran concentración que, como veremos, presentan los otros dos, así como su pertenencia a un mismo ámbito geográfico (siempre hablando en amplia escala), hecho que no parece en modo alguno casual, especialmente si tenemos en cuenta que los otros dos grupos se circunscriben asimismo a territorios concretos (Figura 63). No obstante, no hay duda que futuros estudios en esta línea, cuando se posea un mayor número de yacimientos con grandes colecciones de fragmentos decorados en esta amplia zona del centro - este de la cuenca del Duero, ofrecerán un panorama más realista, donde se puedan a su vez detallar áreas estilísticas de menor escala (regionales y locales). Lo que demuestra este estudio, en cualquier caso, es que esta amplia región de la meseta norte muestra en este aspecto de la decoración (y en otros, como veremos más adelante) una personalidad propia y distintiva frente a otros ámbitos más occidentales y meridionales, cuya articulación interna no obstante está aún por precisar, pues con la información hoy disponible resulta imposible.

- Grupo II:

Es el otro agrupamiento de la meseta norte, de menor tamaño y con una clara distribución geográfica, que podríamos situar en el Occidente de la cuenca del Duero, especialmente la provincia de Salamanca, con prolongaciones hacia el centro, donde parece encontrarse con los ejemplos más orientales del Grupo I (Figura 63). Se halla muy próximo en el gráfico a los yacimientos de la meseta sur, con quienes comparte la preponderancia de ciertos motivos (nº 2, 3, 12g, 10c, 10h, 23) que se sitúan en la "frontera" entre ambos. No en vano algún sitio de la cuenca del Tajo aparece mezclado entre ellos, como Alcolea de las Peñas (nº 97) y el Arenero madrileño de Los Vascos (nº 177).

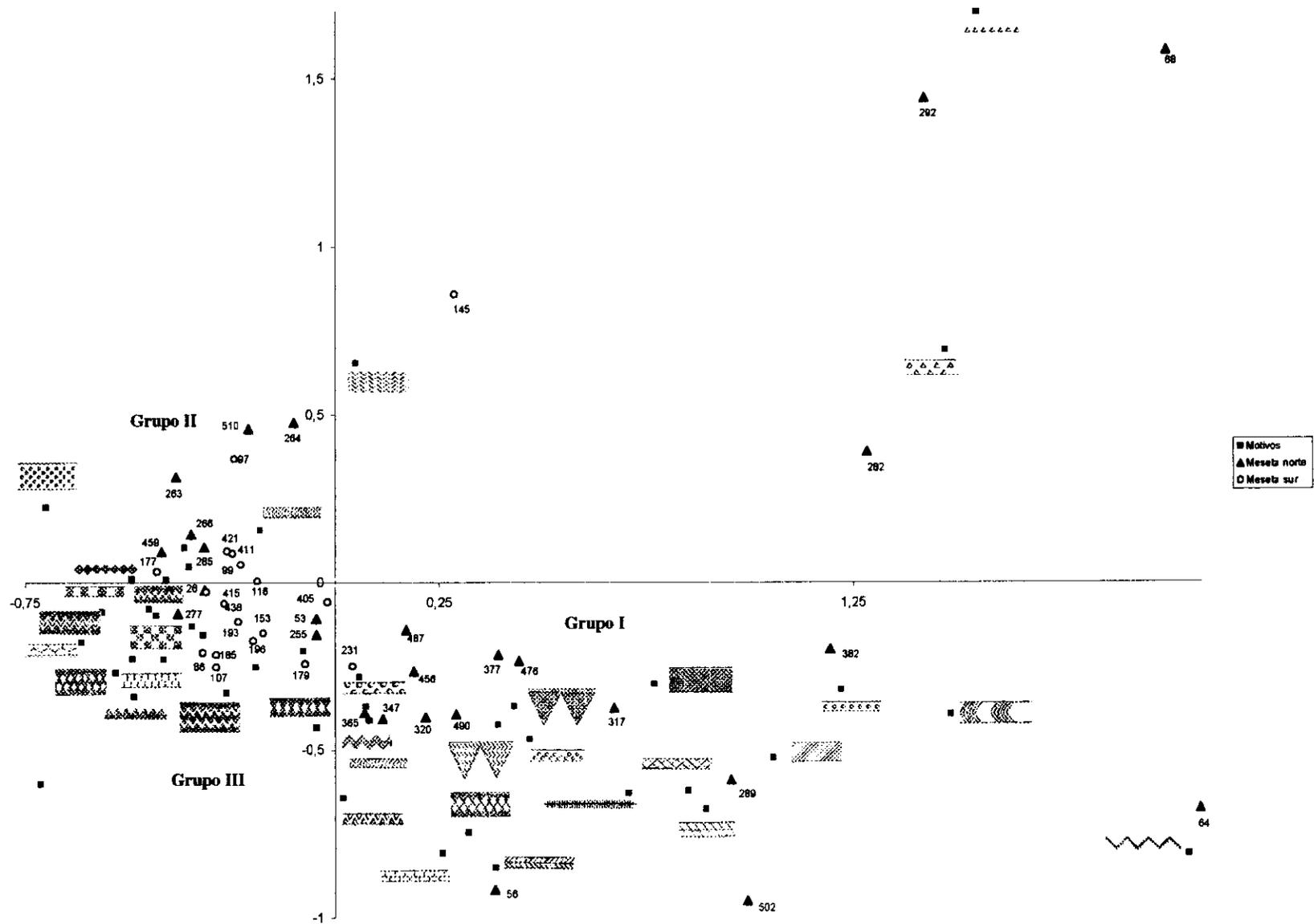


Figura 62. Gráfico con los resultados del Análisis Factorial de Correspondencias en una muestra seleccionada de yacimientos con cerámicas campaniformes de Estilo Ciempozuelo en la Meseta. Meseta norte: Avila: Pajarra de Adaja (nº 26). Burgos: Picacho (nº 64), Valdejar (nº 56), Arillas (nº 53), Tablada del Ruidón (nº 68). Palencia: Provincia de Palencia (nº 235). Salamanca: Veguilla (nº 263), Galisnacho (nº 266), Alderquia (nº 264), Coto Alto (nº 277). Segovia: Arevalillo (nº 282), Cuéllar (nº 285), Sarrión (nº 289), Vaquera (nº 292). Sorla: Sorrián (nº 377), Almazán (nº 317), Rensielas (nº 365), Molino (nº 347), Valdegeña (nº 382), Perchel (nº 320). Valladolid: Valimón (nº 456), Trapinero (nº 487), Arrabal del Porullo (nº 476), Valoria la Buena (nº 490), Puente Ofrado (nº 459). Zamora: Gerna (nº 502), Villabuena del Puente (nº 510). Meseta sur: Ciudad Real: Castellón (nº 86). Guadalupe: Perical (nº 97), Barbatana (nº 99), Riño de Gallo (nº 107), Tetas Viana (nº 116). Madrid: Carolinas (nº 179), F. Euskalduna (nº 185), ya suados Tejar D. Pedro y Fincas Capona, que coexisten en todos en realidad en un mismo sitio), Ciempozuelo (nº 145), Camayo Yesera (nº 153), Vasco (nº 177), Cervera (nº 196), Vertoro (nº 193), Valdelecha (nº 231). Toledo: Molodnos (nº 415), Villaseca de la Sagra (nº 438), Mazarambréz (nº 405), Pantoja (nº 421), Ocaña (nº 411).

De forma complementaria existen algunos sitios en la periferia de este grupo que casi podrían integrarse en el correspondiente a la meseta sur. En el caso de las tumbas abulenses de Pajares de Adaja (nº 26) podría explicarse por su proximidad geográfica, pero no se puede decir lo mismo del yacimiento salmantino de La Tala (nº 277), en pleno valle del Tormes. (Figura 63)

En suma, resulta complejo establecer los límites entre ambos grupos en el gráfico, lo cual sin duda nos demuestra sus importantes semejanzas. De momento debemos limitarnos a constatar este hecho, sin poder concretar sus causas, pero a nadie se le escapa la importancia que en el Calcolítico de ambas regiones tuvieron los intercambios con el área occidental de la Península, que en el caso del Campaniforme de la cuenca del Tajo subrayamos recientemente (Garrido y Muñoz, 1997).

Desde el punto de vista que aquí nos ocupa, este grupo II se caracterizaría por el predominio de los motivos nº 12b.2/4, 10h, 23, 3, 10c, 12g, 21 (estos cinco últimos igualmente característicos del grupo III), y además de los mencionados estaría compuesto por los dólmenes salmantinos de Alba de Tormes (nº 263), Aldeavieja de Tormes (nº 264) y Galisancho (nº 266), la fosa zamorana de Villabuena del Puente (nº 510), y en el centro de la cuenca la celeberrima tumba vallisoletana de Fuente Olmedo (nº 459) y el asentamiento de Cuéllar (nº 285).

- Grupo III:

Como se ha mencionado ya anteriormente este grupo representa los yacimientos de la Meseta sur, y especialmente los de la cuenca media del Tajo (Figura 63). Presenta una fuerte aglomeración de casos, lo que habla a favor de su gran homogeneidad interna. Las únicas excepciones son tres sitios que, situados en la periferia, casi podrían integrarse en el grupo II: dos toledanos (Pantoja y Ocaña, nº 422 y 411 respectivamente), y uno de Guadalajara (Sigüenza, nº 99); y asimismo y de forma harto curiosa el célebre yacimiento de Ciempozuelos (nº 145). No deja de llamar la atención que sea precisamente el sitio epónimo, que sirve para bautizar este estilo decorativo en casi toda la Península, el que muestre un carácter más atípico y personal, como delata su posición extremadamente periférica en el gráfico, completamente distanciado de todos los grupos, en la parte central izquierda del cuadrante superior derecho y vinculado con el motivo nº 9.

Como veremos no se trata de un dato aislado en este análisis (donde no olvidemos se hallan representados los yacimientos más importantes de la Meseta), sino que otras facetas de la decoración demuestran la singularidad del famoso sitio. Por lo demás, y dejando a un lado estas excepciones, se trata de un grupo bastante homogéneo, que podríamos definir por el mayor protagonismo de los motivos nº 1, 4, 10a, 10b, 10ch, 10d.1-2, 10d.3-4, 10f, 12a, 12e, 18c, 24 y otros que comparte con el grupo II, pues se sitúan en la transición entre ambos, como el nº 3, 12g, y el 2/2bis.

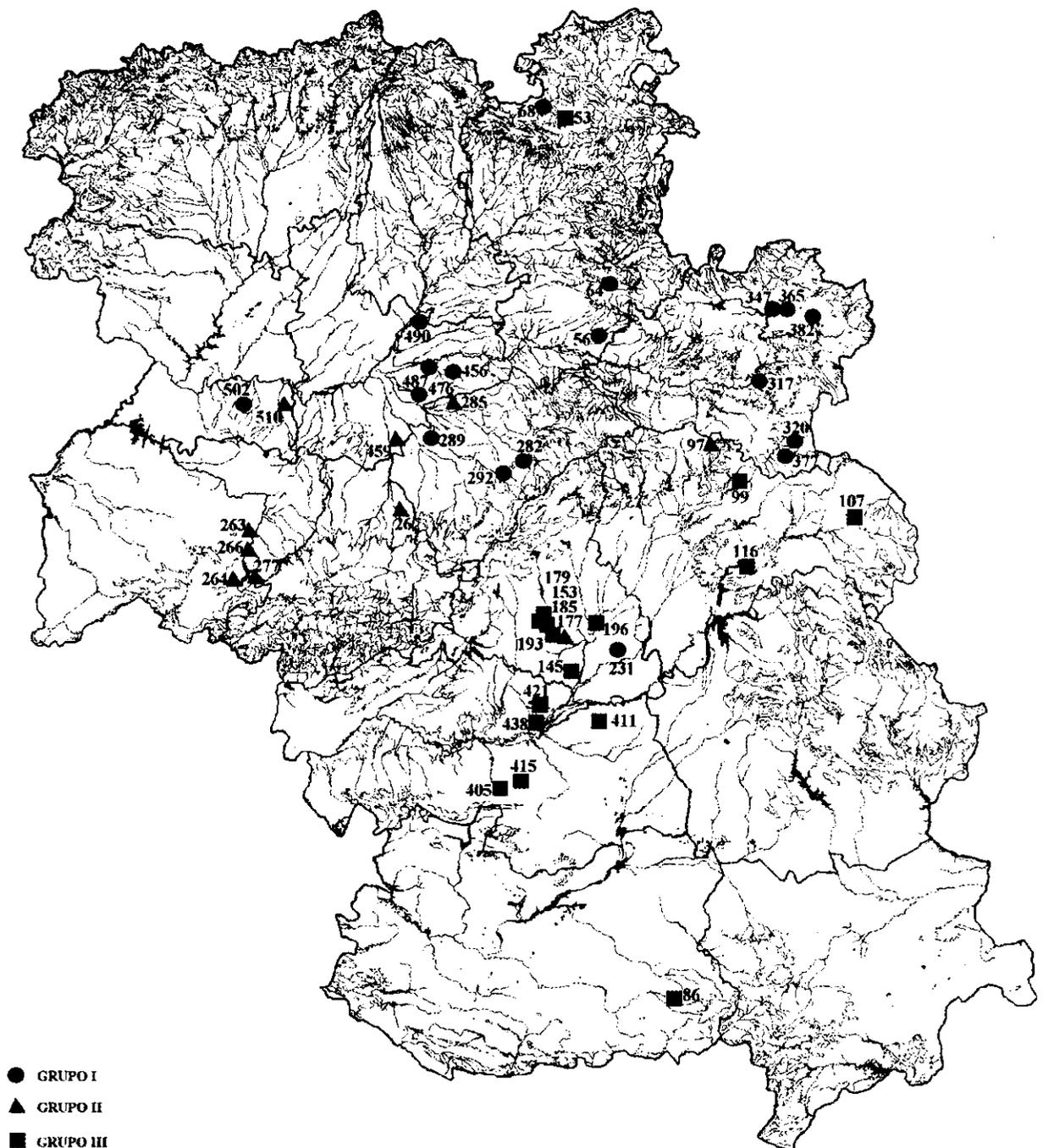


Figura 63. Mapa que muestra la distribución geográfica de los tres grupos que se han podido distinguir en el análisis estadístico de las decoraciones campaniformes de estilo Ciempozuelos en La Meseta.

En suma, este análisis ha demostrado algo que era asumido en general por los investigadores pero que no había sido probado en detalle hasta ahora, a saber que existe un indudable componente regional en la elección de los motivos o diseños de las cerámicas campaniformes. Partiendo de un acervo común de motivos, amén de otras convenciones y estructuras también compartidas y que analizaremos posteriormente, en distintas zonas de la Meseta se utilizan con mayor profusión distintos diseños concretos. Obviamente se trata de tendencias generales, pues como se observa en el gráfico resulta difícil en ocasiones discriminar los

grupos. Cuando los límites entre ellos resultan complejos, y existe un área intermedia donde ambos se mezclan, la distinción ha seguido los criterios geográficos que la distribución general sugiere claramente.

b) Puntillado geométrico:

Por desgracia en este estilo ninguno de los análisis ofrecieron resultados significativos. La explicación quizás debamos buscarla en los problemas de la muestra. Contamos aún hoy con muy pocas colecciones significativas de campaniformes puntillados, lo que dificulta enormemente el análisis de posibles regularidades regionales. Por ello se acudió a las mayores colecciones de fragmentos (sólo cuatro de las cuales superan las 10 piezas, y muchas ni siquiera alcanzan las cinco), dejando a un lado el estudio de yacimientos sólo a partir de patrones completos cuya validez quedó cuestionada en la notable muestra del estilo Ciempozuelos. Los resultados del análisis factorial de Correspondencias (Figura 64) muestra en gran medida las carencias de la información disponible.

El primer gráfico obtenido ofrecía una distribución muy desigual, con la mayoría de casos agrupados y ocupando el sector central, salvo cuatro de ellos, en la más lejana periferia de este grupo, y muy distanciados entre sí, que son Alcolea de las Peñas (nº 97), Burgos (nº 33) que se relaciona con los motivos nº 19, 20 y en menor medida el nº 6, Villar del Campo (nº 385) con el motivo nº 18 y finalmente, en una posición más cercana al centro del gráfico, y en relación con el motivo nº 10, el vaso toledano de Yuncos (nº 441). Una vez excluidos estos casos, cuya singularidad quizás deba atribuirse a escasez de información, se puede observar más detalladamente el grueso de la distribución de la muestra, en la parte central del gráfico (Figura 64). Nuevamente parece constatarse una cierta concentración de casos, situados en el cuadrante superior derecho, y en la que se aprecia una tendencia de los yacimientos de ambas mesetas a situarse separadamente. Los pertenecientes a la cuenca del Tajo aparecen en la zona superior (en torno a los motivos nº 4, 5, 9, 12 y 22), en concreto los madrileños de Soto II (nº 156), Ciempozuelos (nº 145), y Pinto (nº 202) y el toledano de Golilleja (nº 392); y los de la meseta norte en la zona inferior (en torno a los motivos 1 y 7), en concreto los vasos de Villaverde de Íscar (nº 295) y Provincia de Palencia (nº 255).

Sin embargo, no se trata de un patrón muy claro, pues hay un yacimiento de la meseta sur (Pantoja, nº 421) mezclado entre ellos, y uno de la cuenca del Duero (nº 274, Salvatierra de Tormes) se halla entre los antes citados de la cuenca del Tajo. Fuera de este grupo se encuentran los restantes casos, en primer lugar y aislada tenemos la colección de Tarascona (nº 291), en torno a los motivos nº 2, 3, 11, 13, 14, 15; y en una posición aún más periférica el soriano de Carratiermes (nº 352), y los madrileños de Preresca (nº 161), Valdivia (nº 176), y finalmente Miguel Ruiz (nº 169). Parece claro que la escasez de datos impide que este análisis ofrezca de forma tan rotunda los resultados del realizado sobre el estilo Ciempozuelos, aunque se puedan apreciar ciertas tendencias regionales en parte de los casos.

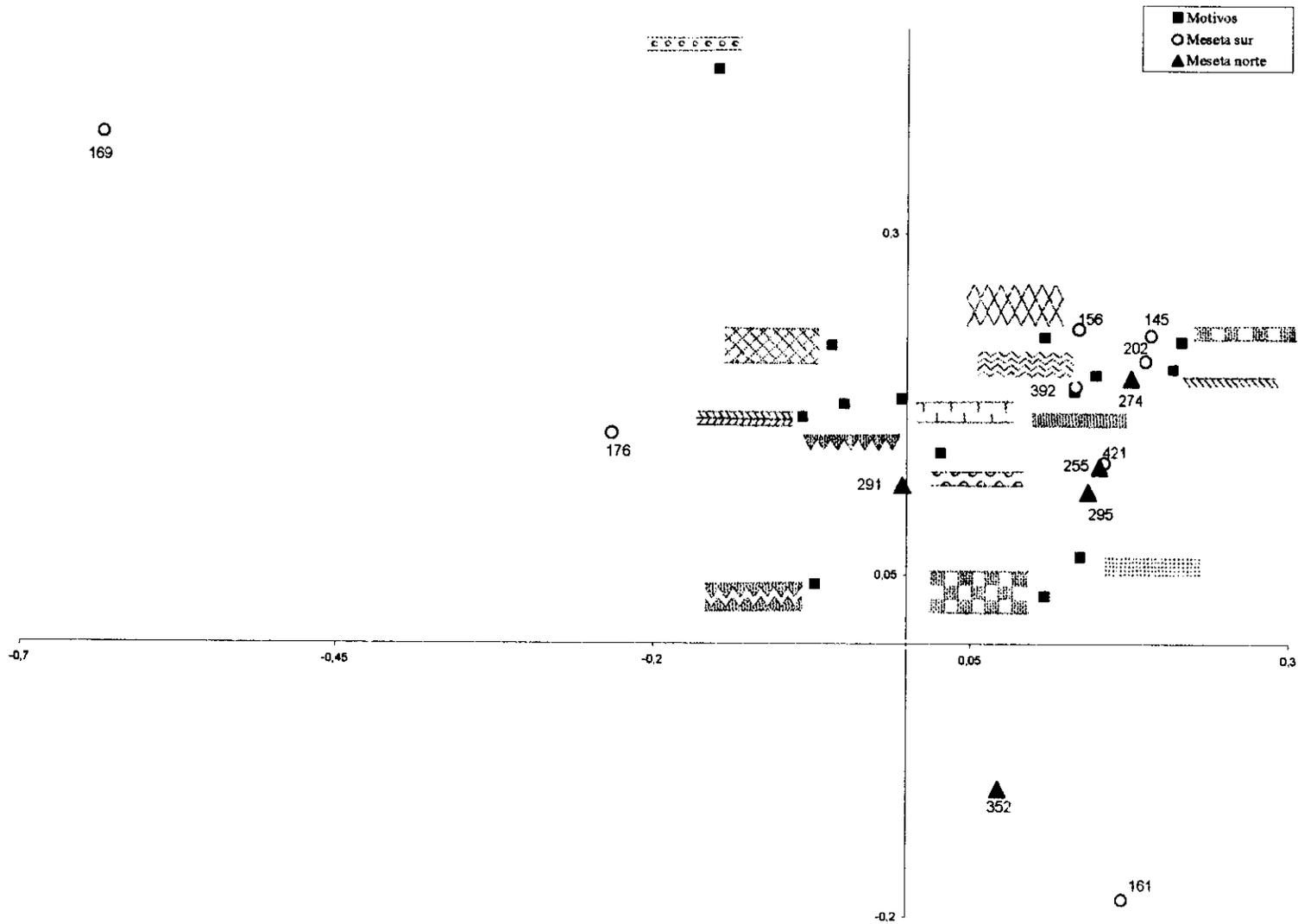


Figura 64. Gráfico que ofrece los resultados del Análisis Factorial de Correspondencias en una muestra seleccionada de yacimientos con cerámicas campaniformes de Estilo Puntillado geométrico en la Meseta. **Meseta norte:** Burgos: Burgos (nº 33). **Palencia:** Provincia de Palencia (nº 235). **Salamanca:** Salvatierra de Torres (nº 274). **Segovia:** Tarasocua (nº 291), Villaverde de Iscar (nº 295). **Soria:** Carratines (nº 352), Villar del Campo (nº 385). **Meseta sur:** **Guadalajara:** Alcolea de las Peñas (nº 97). **Madrid:** Arenero Soto II (nº 156), Ciempozuelos (nº 145), Pinto (nº 202), Pteresa (nº 161, sumados los fragmentos de Poste de la Luz), Valdivia (nº 176), Miguel Ruiz (nº 169). **Toledo:** Fuente Amarga (nº 422), Goliljeja (nº 392), Yuneos (nº 441).

En suma, y como balance general de ambos análisis y especialmente el del estilo Ciempozuelos, se puede afirmar que en lo referente al repertorio de motivos decorativos empleados se han podido identificar claras preferencias regionales, gracias a las cuales se han individualizado tres grandes áreas en la Meseta, una situada en el sector oriental de la cuenca del Duero y otra en su extremo occidental, ambas con prolongaciones en el centro, y finalmente la tercera en la meseta sur, especialmente en la cuenca media del Tajo, éstas dos últimas además con importantes semejanzas. Aunque habrá ocasión de entrar con detalle en la interpretación de estos resultados al final del capítulo, sí podemos sugerir que detrás de estos grandes ámbitos decorativos regionales pueda encontrarse el funcionamiento diferenciado de las distintas esferas de interacción que forman los sistemas de intercambios en grandes zonas geográficas como la Meseta.

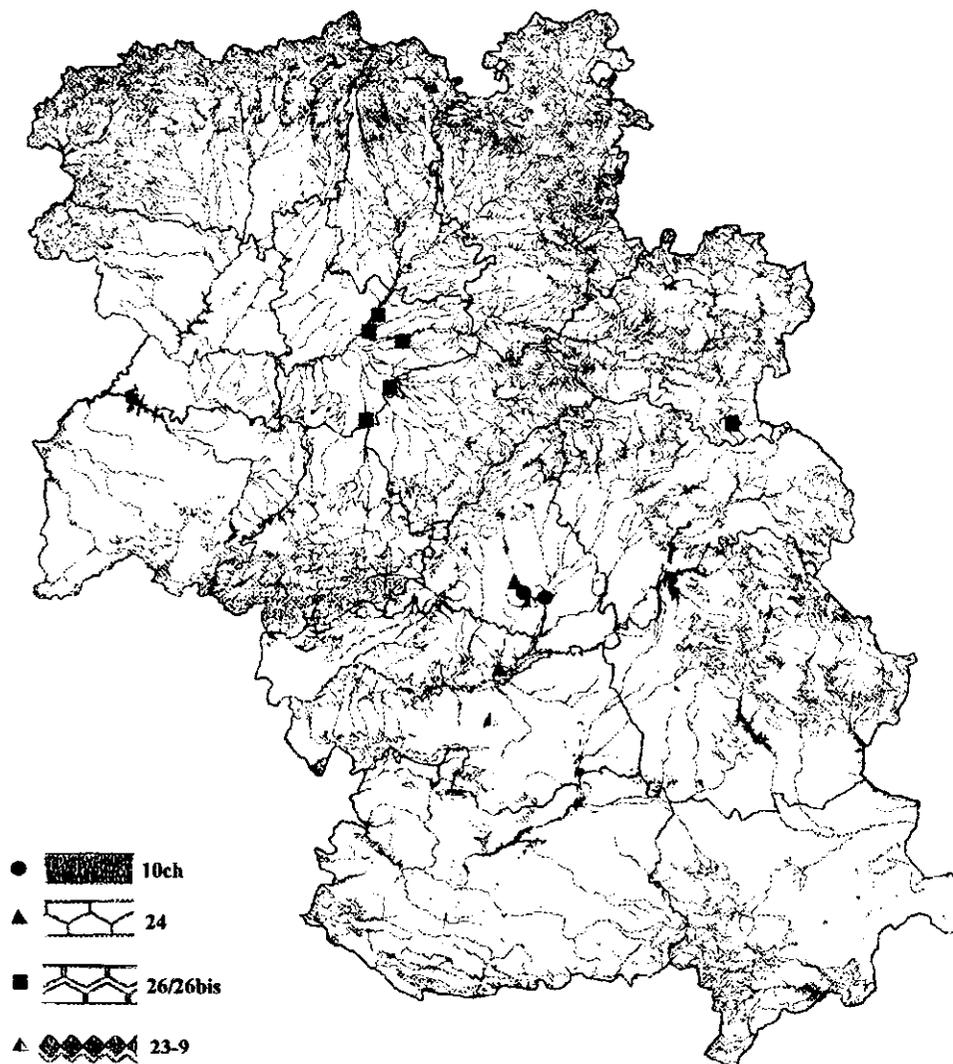


Figura 65. Mapa donde se representa la dispersión geográfica de ciertos motivos decorativos del Estilo Ciempozuelos en La Meseta que muestran agrupaciones regionales significativas.

Sin embargo, no podemos olvidar tampoco que estas diferencias regionales se basan en tendencias cuantitativas, es decir en la mayor o menor utilización de ciertos diseños, que, no obstante, aparecen en todo el área de estudio. De hecho cuando se rastrea la distribución geográfica de ciertos motivos infrecuentes, se

pueden detectar fenómenos regionales o incluso locales, pero también y más sorprendentemente amplias dispersiones, lo cual aporta un dato más a favor del espectacular grado de interacción entre comunidades en este momento, que desborda al menos ocasionalmente los límites de los circuitos regionales. Así en el estilo Ciempozuelos tenemos motivos con distribuciones exclusivamente locales o regionales, como el nº 10ch, típico de la zona madrileña (nº 189 y 210), el nº 24 de la cuenca media del Tajo (nº 193, 438), el nº 26/26bis, localizado en cinco sitios vallisoletanos del centro de la cuenca del Duero (nº 444, 473, 483, 487 y 491), y curiosamente en Somaén (nº 377), coincidiendo así en parte con el área geográfica del grupo I. La combinación de los motivos 23 y 9 tiene también una interesante distribución regional, pues sólo se ha constatado en dos yacimientos meseteños, ambos de la cuenca media del Tajo (El Ventorro y Los Molodros, nº 193 y 415, Láminas 44: 5 y 87: 13, respectivamente) (Figura 65).

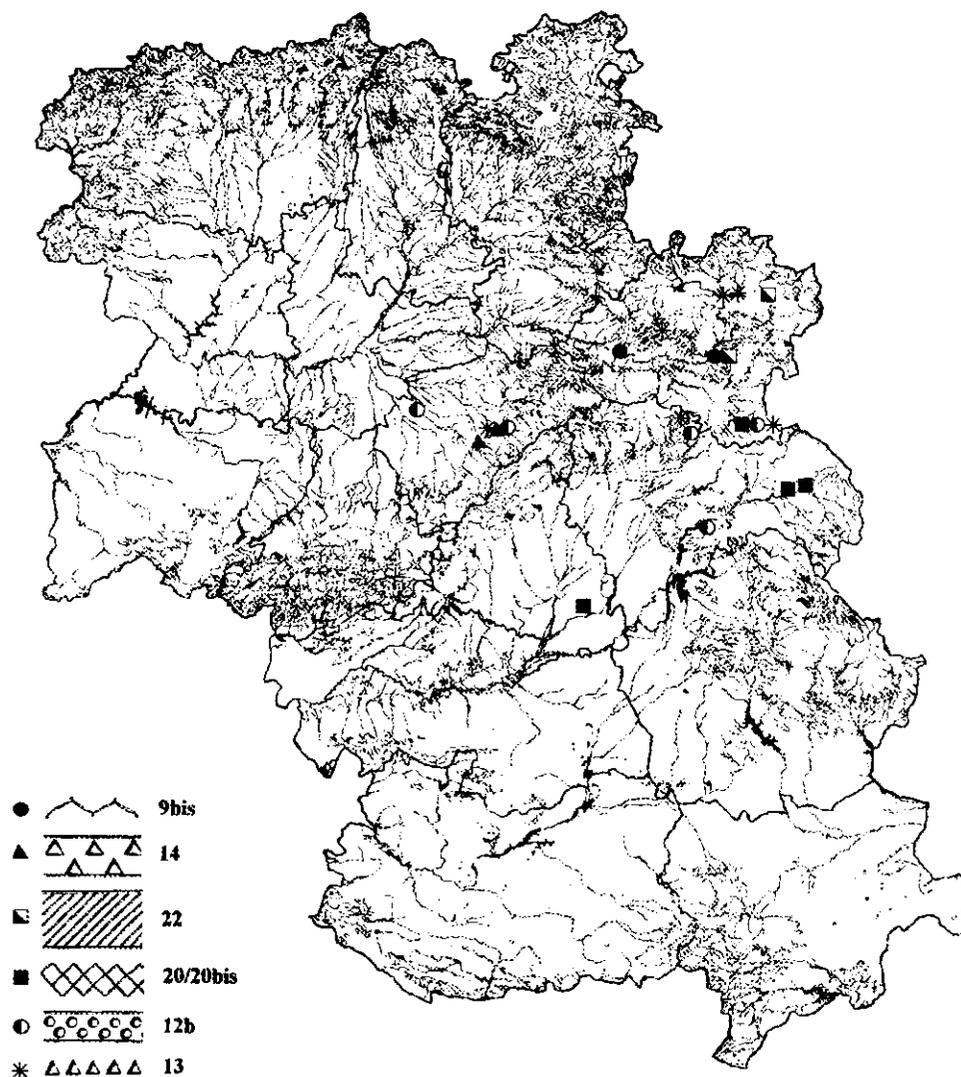


Figura 66. Mapa donde se representa la dispersión geográfica de ciertos motivos decorativos aplicados a la cara interna de los recipientes de Estilo Ciempozuelos de La Meseta que muestran agrupaciones regionales significativas.

Si nos fijamos ahora en la decoración interna también es posible detectar la existencia de motivos que presentan distribuciones muy localizadas, especialmente en la zona del reborde oriental de la cuenca del

Duero, como el 9bis (nº 317, 370), 14 (nº 282, 292), 22 (nº 317, 382), y el 20 (nº 103, 107, 231, 377). Este último ofrece un interesante patrón centrado en las provincias de Soria y Guadalajara, con prolongación en el este de la provincia de Madrid, concretamente en el valle del Tajuña. Asimismo contamos con otros diseños que se distribuyen en la zona oriental de la cuenca, pero en ámbitos algo mayores, como los números 12b y 13, en las provincias de Guadalajara (nº 109 y 116 el primero, nº 106 el segundo), Segovia (nº 282 y 289 el primero, nº 282 el segundo), y Soria (nº 377 ambos, y el segundo de ellos además en los nº 347, 365 y 366) (Figura 66).

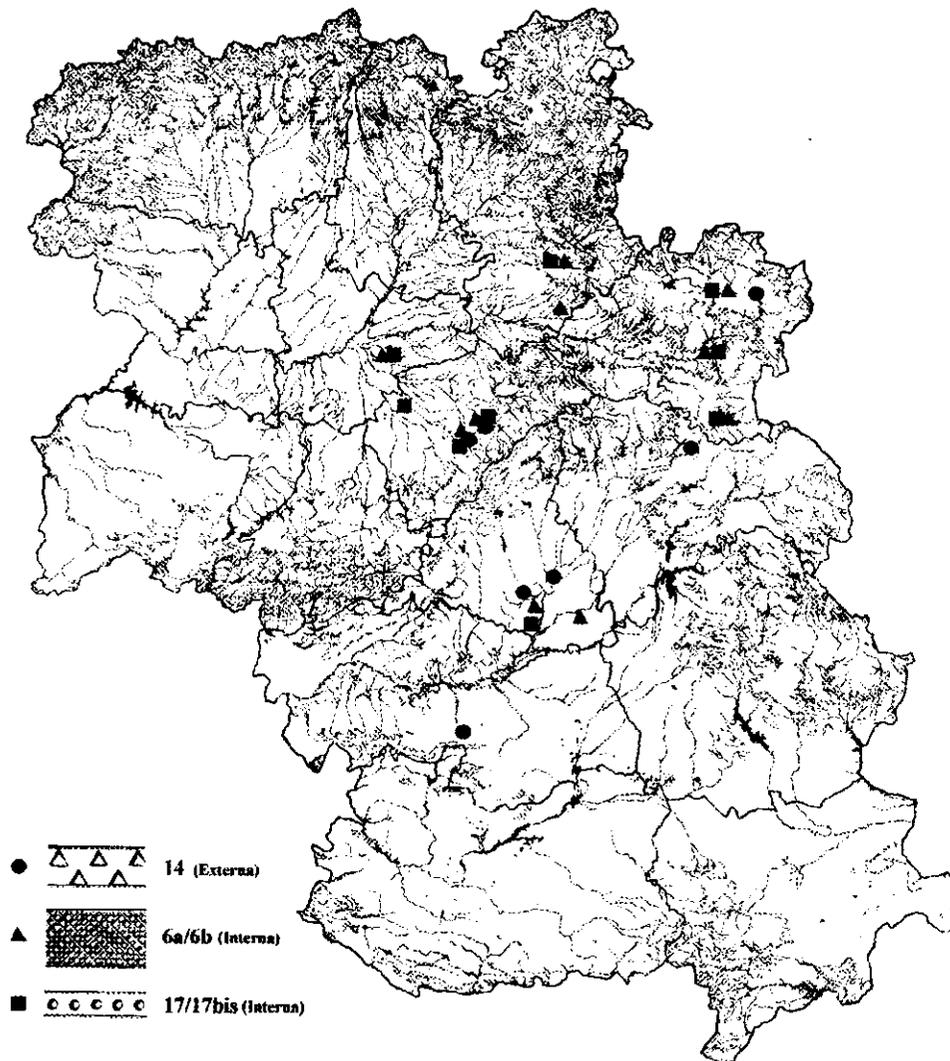


Figura 67. Mapa donde se representa la amplia dispersión geográfica que muestran ciertos motivos decorativos del Estilo Ciempozuelos de La Meseta.

Pero también existen algunos motivos infrecuentes que, sorprendentemente, presentan una amplísima dispersión geográfica y aparecen en distintas zonas de la Meseta. Es el caso del diseño nº 14, en Guadalajara (nº 99), Madrid (nº 153, 196), Segovia (nº 282, 292), Soria (nº 382), y Toledo (nº 405), y en decoración interna de los números 6, en Burgos (nº 56, 64), Madrid (nº 219, 226), Segovia (nº 282, 292),

Soria (nº 317, 365 y 377) y Valladolid (nº 476); y 17, que se encuentra representado en Burgos (nº 64), Madrid (nº 145), Segovia (nº 282, 289 y 292), Soria (nº 317, 347 y 377) y Valladolid (nº 476) (Figura 67).

En suma, creo haber demostrado la utilidad del estudio de los diseños campaniformes y su distribución regional para analizar el funcionamiento de las redes de intercambios, que en sus distintos ámbitos de alcance y escalas fueron constituyendo la compleja urdimbre de relaciones sociales entre grupos que explican la espectacular velocidad de dispersión que el Campaniforme tuvo en buena parte de Europa occidental.

3.2.2.3. El análisis de las estructuras decorativas.

Una vez analizados los diseños o motivos decorativos concretos que constituyen el “vocabulario” gráfico que los alfareros emplearon en la elaboración de estas cerámicas es hora ya de abordar la “gramática” que regulaba su disposición y organización en las vasijas. Como veremos, y al igual que ocurría con los motivos, en ella encontraremos unos principios comunes ampliamente compartidos, y ciertas peculiaridades regionales expresadas en la mayor o menor utilización de algunas de sus variedades. Como primera aproximación a este asunto se puede comenzar por abordar dos de los elementos más llamativos y característicos de las cerámicas campaniformes, especialmente las de estilo Ciempozuelos: la decoración interna y de los fondos. En ambos casos, tratados con más detalle en apartados anteriores, es posible establecer una división estructural básica según se empleen en su realización una serie de motivos standard (tipo 1) o los mismos que aparecen en el resto del recipiente (tipo 2). Ya entonces apunté la posibilidad de interpretarlos como indicios respectivamente de la mayor y menor apertura a las convenciones decorativas generales. El uso de una serie de motivos standard, normalmente muy simples (nº 1, 2, 9, etc.), para solucionar la cuestión de la ornamentación de zonas concretas de los vasos, al igual que el empleo de ciertos motivos para abrir y cerrar las composiciones, suponen la asimilación de una serie de convenciones comunes por parte de distintos grupos.

Por el contrario, la disposición en el fondo y la cara interna del borde de los recipientes de los mismos motivos empleados en el resto de él, supone quizás un testimonio de la fabricación de esquemas propios, intencionadamente peculiares o locales. El examen de la distribución geográfica de estas dos grandes formas de abordar la ornamentación de estas zonas de los vasos ofrece interesantes diferencias regionales, significativamente coincidentes. Una primera evaluación general del reparto de ambos tipos entre las dos submesetas, a partir de los fragmentos o recipientes donde este rasgo ha podido ser identificado (148 casos en los fondos y 159 en la decoración interna), ya nos indica la mayor representación del tipo 2 en la cuenca del Duero (Figuras 51 y 53).

No obstante, un análisis más detallado nos muestra que en realidad las cifras ofrecidas por la cuenca del Duero están influidas de forma determinante por los datos aportados por un sector concreto de la misma, el reborde montañoso, y especialmente sitios como Somaén (nº 377) y Arevalillo (nº 282). Nuevamente esta región ofrece rasgos singulares, pues aunque comparte con ellas también la presencia abundante de ejemplos del tipo 1 o standard, tanto en los fondos como en la ornamentación interna, lo cierto es que los testimonios del tipo 2 se concentran, si no de forma exclusiva sí desde luego claramente preponderante en ella. De hecho, los dos únicos yacimientos donde aparece representado el tipo 2 en ambos soportes (fondos e interna) son Somaén (nº 377) y Samboal (nº 289), éste último bien es cierto no estrictamente en la zona del reborde oriental aunque no muy alejado de la misma. Como contraste es mucho más variado el reparto regional de yacimientos con fondos y caras internas decorados con motivos standard (tipo 1): hasta 16 ejemplos procedentes de zonas tan diversas como Guadalajara (nº 97, 105), Madrid (nº 145, 191, 193), Palencia (nº 255), Salamanca (nº 266), Segovia (nº 292), Soria (nº 317, 377), Toledo (nº 411, 415, 438), Valladolid (nº 476, 490) o Zamora (nº 510), lo que indica, de paso y una vez más, la estrecha interrelación entre todas ellas.

Al margen de estos grandes tipos básicos existen estructuras concretas que organizan y ordenan los motivos en esquemas regulares. Como ya señalamos en los apartados correspondientes a los estilos Ciempozuelos y Puntillado, las decoraciones campaniformes emplean un número muy reducido de motivos por franja y por vaso, que por ello se repiten y combinan hasta completar toda la ornamentación de los recipientes. En concreto se ha podido estimar una media global de sólo 2'15 motivos por franja (1'91 en el Puntillado y 2'17 en el Ciempozuelos). No se observan diferencias significativas en este aspecto entre las distintas formas (2'28 los vasos, 2'09 los cuencos, 2'27 las cazuelas, 2'83 las cazuelillas y 2'61 los vasos de almacenaje), como tampoco entre las distintas partes del recipiente que ocupan, salvo quizás la zona interna del borde y el fondo (2'68 el Borde, 2'59 la panza, 1'36 la interna y 1'84 el fondo).

El estudio combinado de estos dos elementos tampoco ofrece demasiadas diferencias, salvo algunos detalles como la mayor riqueza de las franjas que ocupan el borde de los vasos (3'02), y de las que hacen lo propio con los fondos de las cazuelas (2'42). Todo ello nos indica que probablemente el empleo de este reducido número de motivos por franja es quizá también una convención decorativa intencionada, pues se mantiene pese a la variedad de soportes formales donde se desarrolla. El desigual tamaño que las franjas deben cubrir según las formas a las que se aplican se ve compensado, como veremos más adelante, con la mayor o menor complejidad de los esquemas combinatorios. Tampoco son importantes las diferencias constatadas entre poblados (2'09) y tumbas (2'24). Si tratamos ahora brevemente el número de motivos por recipiente los resultados son muy semejantes. La media global asciende a 3'59 (2'92 el Puntillado y 3'64 el Ciempozuelos), que desglosada por formas ofrece los siguientes resultados: 3'81 los vasos, 3'32 los cuencos, 4'66 las cazuelas, 3'14 las cazuelillas y 4'11 los vasos de almacenaje. Sólo podemos destacar, quizás, la mayor variedad de motivos en las cazuelas y vasos de almacenaje. Finalmente tampoco son significativas las

diferencias en la distribución geográfica, pues la meseta norte presenta un valor sólo ligeramente superior, con 3'76, al que nos ofrece la cuenca del Tajo (3'40).

Por otra parte la decoración campaniforme en la Meseta, a excepción de los tipos Marítimos y de algunos puntillados, es eminentemente zonal. Es decir que el espacio a decorar se estructura de forma pautada, en una serie de franjas, que agrupan los motivos en "paquetes", y se hallan separadas por espacios lisos. La regularidad que esta organización general presenta tanto en su tamaño según la zona que ocupa, como en su número y disposición según las formas (véase apartado correspondiente del estilo Ciempozuelos para más detalles), demuestran que nos hallamos nuevamente ante una firme convención decorativa, común a todo el área de estudio, y probablemente al resto de la Península.

Sabemos por tanto que las franjas que decoran los recipientes campaniformes emplean un número muy reducido de motivos, y sin embargo cubren espacios de tamaño muy diferente. Ello obliga pues a repetirlos y combinarlos en secuencias, que hasta el momento se creían producto del azar o el gusto personal y variable del alfarero. Después del análisis que he realizado en este trabajo se puede afirmar rotundamente que existe una serie relativamente reducida de esquemas concretos que se emplearon para organizar la combinación ordenada de los diseños. Siguiendo los trabajos de algunos autores que, como Hodder (1982a: 72-73) o Shanks y Tilley (1987a: 155-171) entre otros, demostraron el gran interés que tiene en el estudio de las estructuras internas de las decoraciones cerámicas, intenté realizar lo propio con las campaniformes meseteñas, y los resultados no han podido ser más sorprendentes.

No sólo se pudo identificar alguna estructura, como era de esperar en un principio, sino que se puede afirmar que todas las franjas estudiadas en la Meseta (767 casos), salvo contadas excepciones que no alcanzan el 2% del total, responden a una de las 21 clases de esquemas reconocidos. El método es muy simple (está descrito de forma muy sencilla en Hodder, 1982a: 72), y consiste en otorgar una sola letra a cada motivo, comenzando por la parte superior de la franja y descendiendo hasta su final, de forma muy semejante a como, por ejemplo, se identifican las distintas clases de estrofas en la lírica. Se han descartado otros métodos de estudio, como los diseñados a partir de los principios geométricos de las distintas clases generales de simetría (rotación, traslación, etc.) (Washburn, 1983; 1989; 1995; Washburn y Crowe, 1987; Boast, 1990), pues a mi juicio constituyen una línea de investigación sin duda interesante, pero excesivamente simplificadora.

En efecto, por medio de estos análisis no se detectan los esquemas concretos de ordenación de los diseños, sino solamente clases generales de simetría dentro de las cuales quedan sumidos. Desde una perspectiva teórica ajena al Estructuralismo estos grandes principios, que estructuran no sólo los diseños sino la percepción intelectual de la realidad, y más aún hasta la organización social (Shanks y Tilley, 1987a: 153), pierden su sentido, y se convierten así en formas excesivamente simplistas de resumir el complejo orden

subyacente. Si lo que pretendemos hacer en este trabajo es utilizar las decoraciones cerámicas, no para validar teorías sociológicas de moda, sino para comprender su función y significado social, y a través de ellas asimismo el funcionamiento de las redes de intercambios a través de las cuales circularon, parece que debemos aplicar una metodología precisa que sea fiel a las características de los materiales.

Así, para este estudio sólo se recogieron franjas completas, pues los fragmentos, por muy grandes que sean, impiden reconocer los patrones en su totalidad, ya que muchos de estos esquemas apenas se distinguen entre sí por la presencia y posición relativa de un único motivo. La muestra disponible en nuestro área de estudio asciende a un total de 767 casos (465 de la meseta norte y 302 de la sur), correspondientes a 397 recipientes, pertenecientes a su vez a 146 yacimientos. En lo que se refiere a los estilos, la inmensa mayoría de ellos pertenecen al Ciempozuelos (705, que representan un 91'91% del total), y sólo 62 al Puntillado (8'08 %). En cuanto a los contextos, 366 (47'71%) proceden de poblados, 307 (40'02 %) de tumbas, y 94 (12'25 %) de lugares indeterminados. El reparto por formas es como sigue: 205 (26'72 %) pertenecen a vasos campaniformes, 152 (19'81 %) a cazuelas, 229 (29'85 %) a cuencos, 16 (2'08 %) a cazuelillas, 45 (5'86 %) a vasos de almacenaje, y 120 (15'64%) a formas indeterminables. En lo que respecta a la parte del recipiente que ocupan estos patrones, 299 (38'98%) aparecen en el borde, 124 (16'16%) en la panza, 192 (25'03 %) en el fondo, 149 en la interna (19'42 %), y finalmente tres puntillados ocupan todo el recipiente.

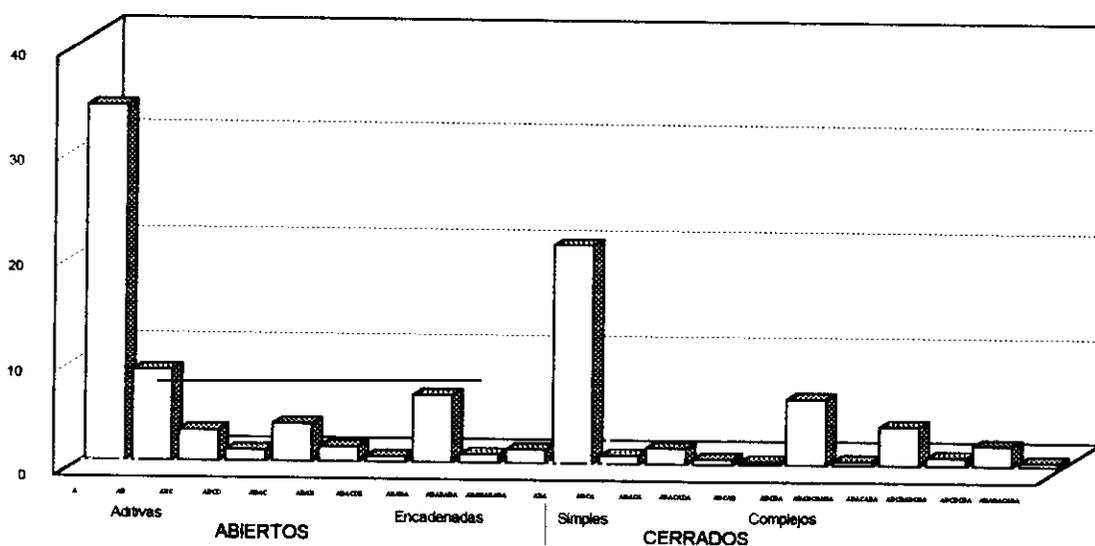


Figura 68. Histograma de los 21 tipos de patrones decorativos que organizan la ordenación de los diseños en las decoraciones campaniformes de la Meseta.

Siguiendo el método antes citado estos 767 casos han podido ser clasificados en sólo 21 esquemas regulares, con sus respectivas variantes (122 de ellos, lo que supone un 15'9 %), y sólo 12 de ellos (1'56%) no han podido ser catalogados y constituyen por ello lo que hemos denominado patrones locales o únicos. Son los siguientes, en orden de importancia cuantitativa:

(1) A. (2) ABA. (3) AB. (4) ABABA. (5) ABCBA. (6) ABACABA. (7) ABAC. (8) ABC. (9) ABCBCBA. (10) ABACA. (11) ABAB. (12) ABABABABA. (13) ABCD. (14) ABCA. (15) ABCBABCBA. (16) ABABABA. (17) ABACADA. (18) ABACDE. (19) ABABCBBABA. (20) ABABACABA. (21) ABCAB. (Figura 68)

En general, los cinco patrones más frecuentes (A, ABA, AB, ABCBA, y ABABA) representan, con 585 casos, un 76'27% del total. Si desglosamos la muestra entre ambas mesetas comprobamos con cierta sorpresa que en los dos ámbitos geográficos son estos cinco mismos esquemas los dominantes, y en una proporción ciertamente semejante (366 en la norte que suponen un 78'7% del total, y 219 en la sur, que suponen un 72'51 %). A juzgar por lo que he podido ensayar en otros materiales publicados del resto de la Península, parece que se trata de una situación no estrictamente meseteña, todo lo cual habla, una vez más, a favor del enorme grado de interacción entre grupos que se debió experimentar en este momento. Por otra parte, y atendiendo a las características básicas de su estructura interna, podríamos dividir los patrones campaniformes meseteños en los siguientes tipos (Figura 69):

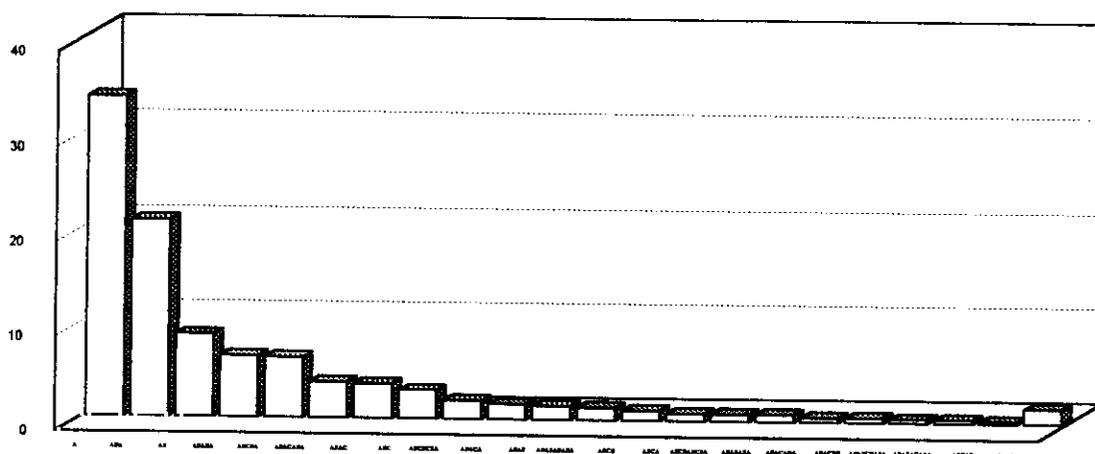


Figura 69. Tipología de los patrones decorativos que organizan la ordenación de los diseños en las decoraciones campaniformes de la Meseta.

a) Abiertos:

Se trata de esquemas formados por una sucesión ordenada de motivos que no forma una estructura cerrada, por lo que resultaría teóricamente posible añadir motivos a partir de su extremo final, pues ello sólo aumentaría la extensión del patrón pero no alteraría su estructura interna. Curiosamente esta clase de esquemas son muy semejantes a los que presentan las decoraciones campaniformes de estilo Marítimo, donde la monótona alternancia de los frisos de puntillado oblicuo construye secuencias del tipo ABABAB..... Por ejemplo, en los vasos marítimos completos de la Meseta tenemos patrones como ABABABAB (nº 169 y 263), ABABAB (nº 440), ABABABA (nº 274 y 388). Con 466 casos (el 60'75% del total) y 10 patrones, son sin duda el grupo mayoritario, que podríamos a su vez dividir en dos apartados, según la forma en que se disponen los motivos:

1) Secuencias aditivas:

Se trata de añadir motivos a medida que se avanza en la composición de arriba abajo, con diversos procedimientos. En los más sencillos, como el A, AB, ABC o ABCD, se van sumando diseños individuales (salvo obviamente en el primero que es el más simple de todo el repertorio). En los más complejos se suceden pares de motivos, todos los cuales comienzan con el mismo motivo (ABAC, ABAB), salvo el esquema ABACDE, donde el último par es independiente al resto de la serie. Con 400 casos (52'15% del total) y 7 patrones es el grupo más abundante.

2) Secuencias encadenadas:

En este caso las secuencias siempre son idénticas, en concreto el patrón cerrado simple ABA, que luego analizaremos, y se disponen de forma secuencial pero no una tras otra como en el caso anterior sino encadenadas. Es decir compartiendo un motivo que sirve de gozne entre ambos (ABABA). Así un esquema cerrado consigue generar patrones abiertos, pues se pueden encadenar cuantas veces se quiera sin alterar su estructura, sólo su tamaño. Y es el tamaño precisamente lo que diferencia a los tres patrones y 66 casos (8'60% del total) que forman este grupo: ABABA (dos ABA encadenados), ABABABA (tres), y ABABABABA (cuatro).

b) Cerrados:

Son esquemas organizados en torno a un eje o pivote central, por lo que resultaría imposible añadir algún motivo sin alterar con ello irremisiblemente toda su estructura. Por ello son estructuras cerradas, en las que siempre el motivo que las cierra es el mismo que el que las comienza (por ejemplo ABCBA). Reúnen un total de 289 casos (37'67% del total) y 11 patrones, y se pueden dividir asimismo en dos categorías:

1) Simples:

Se constituyen a base de motivos individuales, ordenados en torno a uno o más ejes/pivotes centrales, y cuentan con 182 casos (23'72% del total) y cuatro patrones: ABA (un eje central), ABCA (dos ejes), ABACA (dos ejes separados por el motivo inicial/final), ABACADA (tres ejes separados por el motivos inicial/final).

2) Complejos:

Se constituyen a base de otros patrones menores, ordenados en torno a uno o dos ejes centrales, y cuenta con 107 casos (13'95% del total) y siete patrones. Éstos pueden disponerse de forma sucesiva respecto al eje (ABCAB) ($\rightarrow C \rightarrow$), o bien convergiendo en él, como si se tratase de un espejo (ABCBA, ABABCBABA, ABACABA) ($\rightarrow C \leftarrow$), de tal forma que si pudiésemos doblar el patrón en el centro como si fuera un papel todos los motivos a un lado y otro coincidirían exactamente. Un versión más compleja de esta

misma estructura “a modo de espejo” aparece en el esquema ABCB(A)BCBA, donde se combinan dos patrones idénticos cada uno de los cuales tiene su propio centro, constituyendo el eje compositivo central el motivo que sirve para arrancar y cerrar todo el patrón, que hace así las veces de gozne entre ambos. En el esquema ABCBCBA tenemos una versión del anterior donde no se emplea el motivo central/final para separar los dos componentes sino que éstos se encadenan. Finalmente en el esquema ABABACABA se combinan dos patrones diferentes por lo que el resultado final es asimétrico.

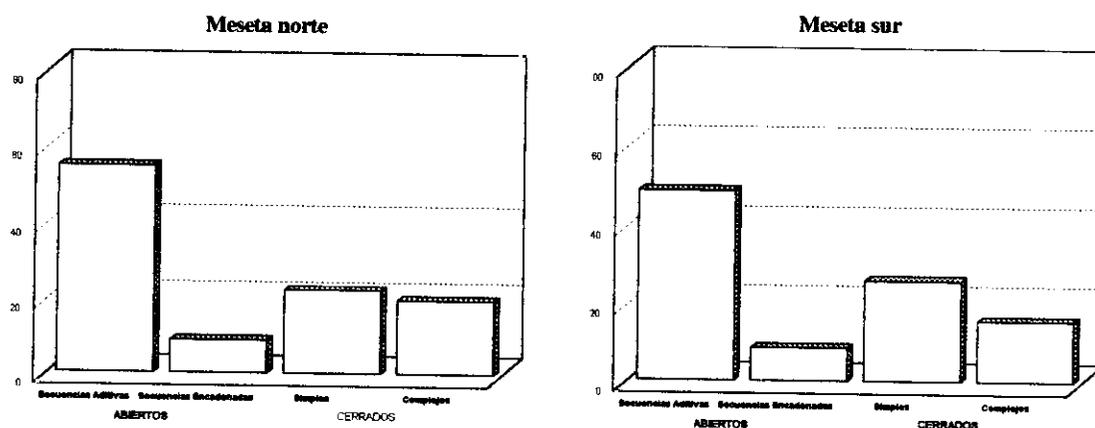


Figura 70. Histogramas que representan el reparto proporcional de los distintos tipos de patrones decorativos campaniformes en ambas mesetas.

Si desglosamos por mesetas la representación porcentual de cada uno de estos tipos de patrones, comprobamos la existencia de algunos matices diferenciales (Figura 70). En general los abiertos son más abundantes en la cuenca del Duero que en la del Tajo (con un 63'4% del total de casos frente a un 56'6%), y en consecuencia los cerrados están mejor representados en esta última región que en la primera (con un 41'4% frente a un 35'2%). Si observamos los distintos subtipos, se pueden constatar algunas diferencias, la más destacada porcentualmente en las secuencias aditivas (con un 54'6% en la meseta norte por un 48'34% la sur), siendo las restantes diferencias aún menores del 5%. En suma, distinciones de matiz o detalle, pero sin perder la proporción general entre los distintos grupos, lo que incide una vez más en la gran estandarización de las decoraciones campaniformes meseteñas.

No obstante, es obligado señalar que algunas de las franjas estudiadas ofrecen ordenaciones semejantes pero no idénticas a las de los patrones básicos de referencia. En lugar de añadir nuevos tipos, de forma indiscriminada, se prefirió realizar el esfuerzo de intentar clasificarlas como variantes de alguno de ellos, dado que por otra parte tampoco aparecían con la suficiente frecuencia como para considerarlos patrones independientes (como por ejemplo ocurre con los tipos ABABA, ABABABA y ABABABABA). Sin embargo, no se puede descartar en absoluto que nuevos datos lleven a modificar estas clasificaciones en el futuro, rectificando alguno de sus puntos, y haciendo que algunas de estas variantes se conviertan en patrones y viceversa. En ocasiones se trata de esquemas a los que se han añadido motivos de más, que a veces simplemente aumentan el tamaño de la estructura sin más (por ejemplo AAA; AABAA, ABBA, etc.) pero en

otras se altera en mayor o menor medida su simetría interna (ABABAB, ABACADABA, ABCDC, ABCBABC, etc.). En cualquier caso, se trata de un fenómeno minoritario, pues como ya señalé anteriormente sólo afecta a un 16% de los casos, y por ello nos indica que las decoraciones campaniformes meseteñas se encuentran muy bien estructuradas. Desigual es el reparto de variantes entre ambas mesetas, con 73 casos en la cuenca del Duero que representan el 59'83% del total, y 49 en la meseta sur (40'16% del total), pero curiosamente mantienen la proporcionalidad general respecto al número total de patrones, en cada una de ellas, con un 15'69 y un 16'22% de los mismos respectivamente. También se observan diferencias en cuanto a la mayor o menor presencia de estas variantes entre poblados y tumbas, bien es cierto que de matiz, con un 12'84 % los primeros y casi un 20 % los segundos. Parece, pues, como si en las vasijas para uso funerario hubiese mayor libertad para el artesano, que quizás podría haber desarrollado algo más su propia creatividad.

Desde luego no todos los patrones son igualmente regulares, pues los hay que apenas presentan variantes (generalmente los más simples como el A, AB, ABC, o ABACA) mientras otros ostentan una severa irregularidad, como los ABACABA, ABCBA, ABCBCBA, ABACADA, etc. Por ello podríamos intentar realizar una clasificación de los patrones a partir de su grado de variabilidad interna, y distinguir por ejemplo cuatro grandes grupos:

a) Patrones con menos de un 10% de variantes (299 casos, que representan el 38'98% del total de patrones): Aquí tendríamos los abiertos A (4'63%) y ABC (4'34%), y el cerrado ABACA (8'33%), y otros de los minoritarios, como el ABABCBA y el ABCAB, en los que quizás a causa del exiguo número de casos identificados (dos y tres respectivamente) no se conocen aún variantes.

b) Patrones con una porcentaje de variantes entre el 10 y 20% (317 casos, que representan el 41'32% del total de patrones): Son los abiertos AB (10'44%), ABAC (14'28%), ABABABA (16'66%) y ABABA (18%), y los cerrados ABA (11'25%) y ABCA (16'66%).

c) Patrones con una porcentaje de variantes entre el 21 y 50% (78 casos, que representan el 10'16% del total de patrones): Los abiertos ABACDE (25%), ABAB (27'27%) y ABABABABA (40%), y los cerrados ABCBA (30'61%) y ABACADA (50%).

d) Patrones con más de un 50% de variantes (61 casos, que representan el 7'95% del total de patrones): El abierto ABCD (75%), y los cerrados ABACABA (58'62%), ABCBABCBA (66'66%), ABABACABA (66'66%) y ABCBCBA (93'33%).

Se observa claramente el predominio abrumador de los patrones regulares o muy regulares, es decir con un índice de variabilidad interna inferior al 20%, que representan casi el 80% del total de casos. Si

desglosamos la información entre ambas mesetas las diferencias son apenas de matiz, con una mayor presencia de los esquemas regulares y muy regulares en la cuenca del Duero, con un 82% del total, frente al 77% de la sur (Figura 71). En lo que respecta al grado de regularidad de los patrones que componen los distintos tipos de estructuras analizadas anteriormente, cabe realizar algunos comentarios. Los esquemas abiertos cuentan con un grado mucho mayor de regularidad, pues un 92 % de sus casos pertenecen a patrones con menos del 20% de variantes, frente a los cerrados, con un 63'32 %. Es algo perfectamente lógico si tenemos en cuenta que la mayoría de los esquemas complejos entran dentro de la categoría de cerrados, y como parece obvio resultarían más difíciles de retener y ejecutar para los alfareros, generando así una mayor irregularidad, y por tanto diferencias regionales.

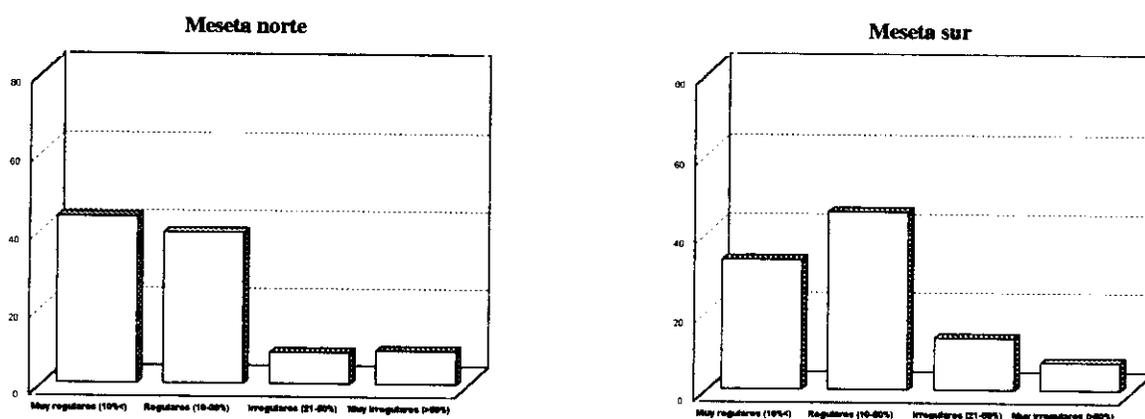


Figura 71. Histogramas que representan el reparto proporcional de las distintas clases de patrones decorativos campaniformes según su grado de regularidad, en ambas mesetas.

Por esta razón, no debemos desaprovechar la ocasión de estudiar más detalladamente estas variantes, especialmente en los patrones más irregulares, pues en tanto que versiones locales o regionales de un esquema general, algunas de ellas pueden ofrecer interesantes testimonios sobre el funcionamiento regional y local de las redes sociales a través de las que se distribuyeron. Seguiremos para ello la división anterior:

a) Patrones simples y muy regulares: El A presenta pocas variantes, muy sencillas, en las que únicamente se multiplica (AA, AAA). En el esquema ABC sólo se ha podido localizar una (AABC), y lo mismo ocurre con el ABACA (ABACAD). Como era previsible no se observan en ellos distribuciones geográficas significativas.

b) Patrones regulares: El AB presenta diversas variantes, que consisten en repetir dos o tres veces uno de los dos elementos que lo componen (AAB, AAAB, ABB, AB BB). El ABA, uno de los patrones más utilizados y sencillos ofrece no obstante un buen número de variantes, ya sea repitiendo sus dos extremos (AABAA, AABAAA, AAAABAAAA), sólo uno de ellos (ABAA), o el motivo central (ABBA, AB BBA). El patrón ABAC ofrece pocas variantes, que repiten normalmente uno de sus elementos (AABAAC, AB BAC, AABAC) aunque a veces también alteran su lógica sucesiva (ABACB). El esquema AB CA

presenta una sola variante (AABCAC), igual que el ABABABA (ABABACA). No es el caso del esquema ABABA, uno de los más frecuentes, que ofrece una amplia gama de variantes, ya sea repitiendo alguno de sus componentes (ABABBBA, ABAABA, AABAABA) o alterando su estructura interna (ABABAB, ABABAC, ABABC, ABBABC). Sólo algunas de estas últimas variantes muestran una distribución geográfica relativamente reducida, como ABABAB (en Palencia, nº 255, y Soria, nº 378 y 385) o ABABC/ABBABC (en el reborde oriental de la cuenca del Duero: nº 289 y 377).

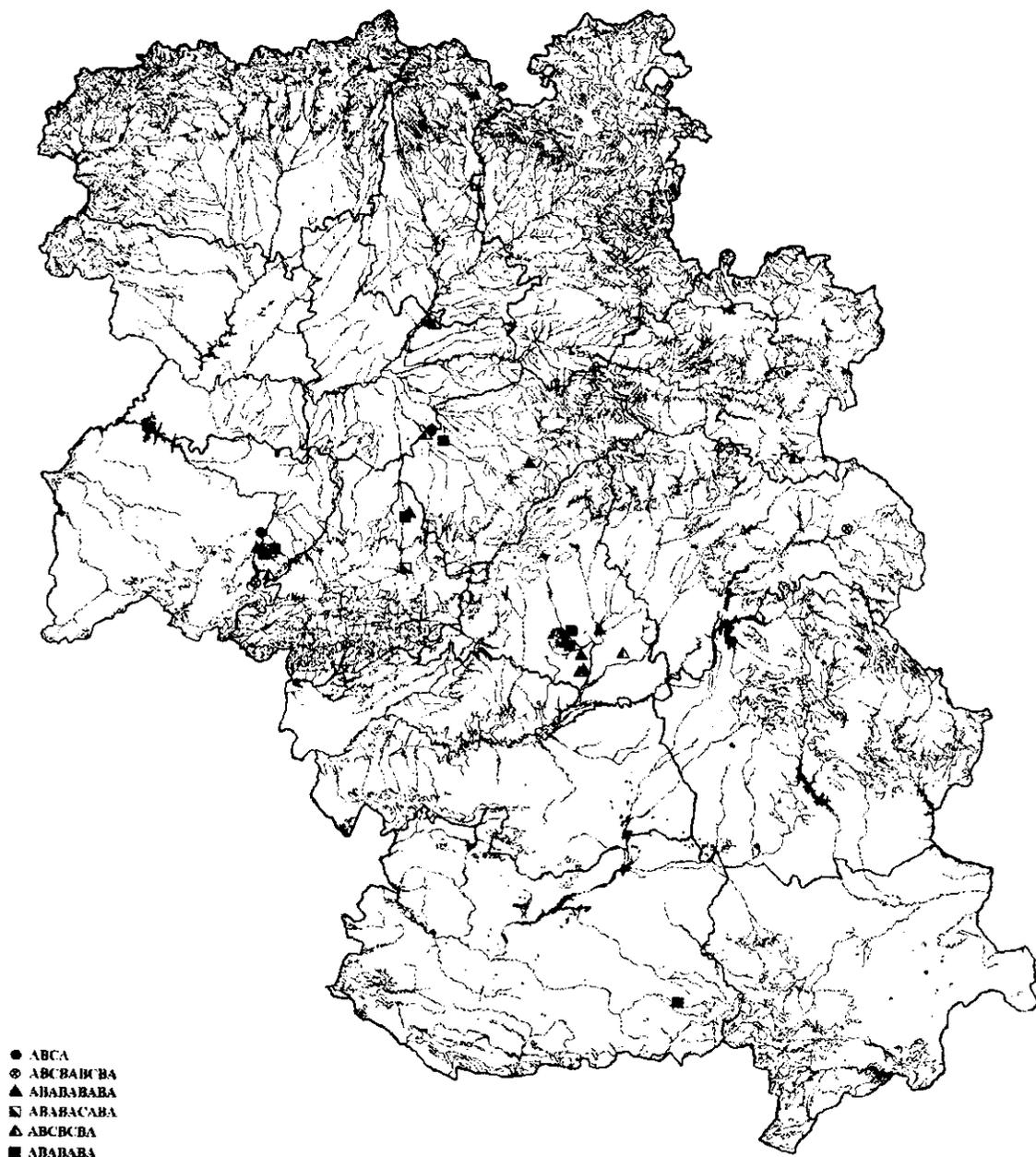


Figura 72. Mapa donde se representa la dispersión geográfica de algunos de los patrones decorativos que organizan la disposición de los motivos campaniformes en La Meseta.

c) Patrones irregulares: El esquema ABACDE presenta una variante, pero como sólo se conocen cuatro casos de él su porcentaje final resulta elevado (ABACD). Tres ofrece por su parte el patrón ABAB, bien por repetición de alguno de sus elementos (ABBABB, AABAAB) o alterando también su orden interno

(AABAABCD). Muchas variantes tiene el tipo ABCBA, que no olvidemos es uno de los más utilizados, ya sea por eliminación de alguno de sus componentes (ABCB, ABCBB, AABCB), simple repetición de alguno de ellos (ABBB CBBA), o incrustación de un motivo ajeno al esquema (AABCBDAA, ABCBADA). El patrón ABABABABA ofrece un buen número de variantes, ya sea mediante la prolongación del mismo (ABABABABABA) o terminando con la repetición del segundo elemento del par alternante (ABABABABAB), combinando ambos procedimientos (ABABABABABAB), o finalmente eliminando el último motivo (ABABABAB). Dos variantes tiene el minoritario esquema ABACADA, lo que supone la mitad de sus ejemplos, y ambos alteran notablemente su lógica interna (ABCADACA, ABACADABA). Sólo una de las variantes de ABCBA (AABCB) muestra una distribución geográfica interesante, pues se ha documentado en dos cercanos asentamientos sorianos (n° 354, 377).

d) Patrones muy irregulares, con más de la mitad de casos como variantes: El patrón ABACABA es el sexto más utilizado en toda la Meseta, pero su relativa complejidad causó presumiblemente el elevado porcentaje de variantes que presenta (un 58'62%). Ninguna de ellas, sin embargo, ofrece distribuciones geográficas significativas. Se basan en la supresión de alguno de sus componentes (ABACAB, ABACBA, ABCABA), su repetición (ABBACABA), una combinación de ambos procedimientos (ABCAABA, ABACABB, ABBACABB), la repetición de alguno fuera de secuencia (ABACACBA, ABACABACA), la incrustación de algún motivo ajeno al patrón (ABACABAD), y combinaciones más complejas de todo ello (ABACBABAB, ABACABACABA).

No menos irregular resulta el patrón ABCBABCBA, con cuatro de seis casos (66'66%), dos de ellos muy complejos (ABCBCABCBCBAD, ABCBAABDB), y los otros dos basados en la supresión del último componente (ABCBABCB), convirtiéndolo así en un patrón abierto. En este último caso sí podemos constatar una interesante coincidencia regional, pues ambos ejemplos proceden de yacimientos relativamente próximos, los dos en Guadalajara (n° 97 y 103) (Figura 72). Dos de los tres ejemplos del patrón ABABACABA son variantes, lo cual resulta expresivo de sus complejas características, ambos distintos (ABBBABACABACA, ABABACABABA). Pero los dos ejemplos extremos de este grupo son sin duda los patrones ABCD y ABCBCBA, con un 75 y un 93% de variantes respectivamente. De hecho sólo dos casos en el primero y uno en el segundo responden al esquema supuestamente original. En el ABCD las variantes repiten componentes (ABCCD), dislocando en ocasiones la estructura sucesiva característica del esquema (ABCDCD), o simplemente añaden otro más al final de acuerdo con ella (ABCDE). Sólo una de ellas muestra una distribución geográfica restringida, la ABCDC, documentada sólo en dos sitios sorianos muy próximos (n° 320 y 377).

Finalmente tenemos el esquema ABCBCBA, que es el más irregular de todos, pues nada menos que 14 de sus apariciones son variantes (93'33%). En algunas se ha suprimido el último motivo (ABCBCB), rompiendo así la simetría, en otros se han repetido algunos del interior (ABCCBCBBA,

ABBBBCCCCBBA), o se ha multiplicado la secuencia encadenada interna (ABCBCBCBCBCBCBA), y finalmente hay casos más complejos donde o se repiten motivos fuera de secuencia y se añade incluso un cuarto más (ABCBCBDAB), o bien se elimina uno de los componentes (ABBCBBCA).

En general este patrón es característico de las zonas de Madrid (nº 145, 193 y 231) y Salamanca (nº 266 y 277), especialmente esta última y en concreto el dolmen de Galisancho (nº 266) donde se han documentado más de la mitad de casos. Muy excepcionalmente aparece en otras provincias como Segovia (nº296), Soria (nº 377) y Valladolid (nº 490) (Figura 72). Si observamos más detalladamente la distribución geográfica de alguna de sus variantes encontramos datos interesantes. En concreto, la ABCBCBCBCBCBCBA aparece sólo en dos yacimientos, ambos salmantinos y muy próximos (nº 266 y 277). A un nivel aún más detallado se ha podido identificar la variante ABBCBCCBA sólo en dos recipientes distintos del dolmen de Galisancho (nº 266), en la panza del vaso nº 2 y en el fondo de la cazuela nº 8. Sin embargo cada una de esas vasijas pertenece, en teoría, a un enterramiento diferente según la distinción que Delibes y Santonja (1987) realizan a partir de la distribución de los fragmentos. No estamos en condiciones de sugerir que ambos pertenecen en realidad a un mismo enterramiento, pero en cualquier caso es un dato a tener en cuenta, y que de todas formas sirve para vincular estos dos recipientes de forma tan estrecha que no resulta disparatado especular con la posibilidad de que fueran obra de un mismo alfarero.

Por otro lado, también existen otros casos donde no se ha podido identificar ni el patrón ni la variante a la que pertenecen. Los denominamos patrones locales o únicos, y son sólo 12 casos (1'56% del total), repartidos equitativamente entre ambas mesetas. No presentan semejanzas entre sí, y sólo muy lejanamente con algunos de los patrones, por lo que su distribución geográfica no es significativa. En cuanto al contexto de aparición destaca su presencia algo más acusada en tumbas (siete casos frente a cinco en hábitats), lo que coincide con lo antes mencionado en relación con las variantes.

Otro elemento importante de la organización de las decoraciones campaniformes son los motivos introductorio y final que en ocasiones se encargan de abrir y cerrar respectivamente las composiciones. Se trata de una convención decorativa ampliamente extendida no sólo en la Meseta sino en el resto de la Península, por lo que podría interpretarse en el mismo sentido que el empleo de motivos standard en la cara interna y el fondo, que ya examinamos anteriormente. Es decir, como testimonio de la apertura a prácticas muy extendidas, que aparecen en muy variadas regiones. Se trata de una serie reducida de motivos que suelen emplearse bien para comenzar la composición o bien para cerrarla, y en ocasiones cumpliendo ambas funciones, jalonando el patrón por arriba y abajo.

a) Motivos introductorios:

Se han podido documentar 75 patrones con esta característica (un 9'77% del total), la inmensa mayoría de los cuales (72 casos) pertenecen a franjas que ocupan el borde, tanto de cuencos, como vasos y

cazuelas, y en menor medida vasos de almacenaje. En el estilo Ciempozuelos los motivos empleados para este fin forman un elenco muy reducido: Sólo cinco de ellos (nº 3, 10a, 17, 9 y 13 de las figuras 46-47) representan el 81'3% del total de los utilizados, siendo el resto francamente minoritarios (nº 2, 1, 10b, 5, 21, 10ch). En especial destaca el motivo nº 3, el más frecuentemente empleado (32'96%). En los cuatro casos del estilo Puntillado geométrico meseteño donde se ha constatado la presencia de motivos introductorios aparecen sólo dos tipos de diseños (nº 3a y 3b de la figura 42, equivalentes al 10a/10b del Ciempozuelos).

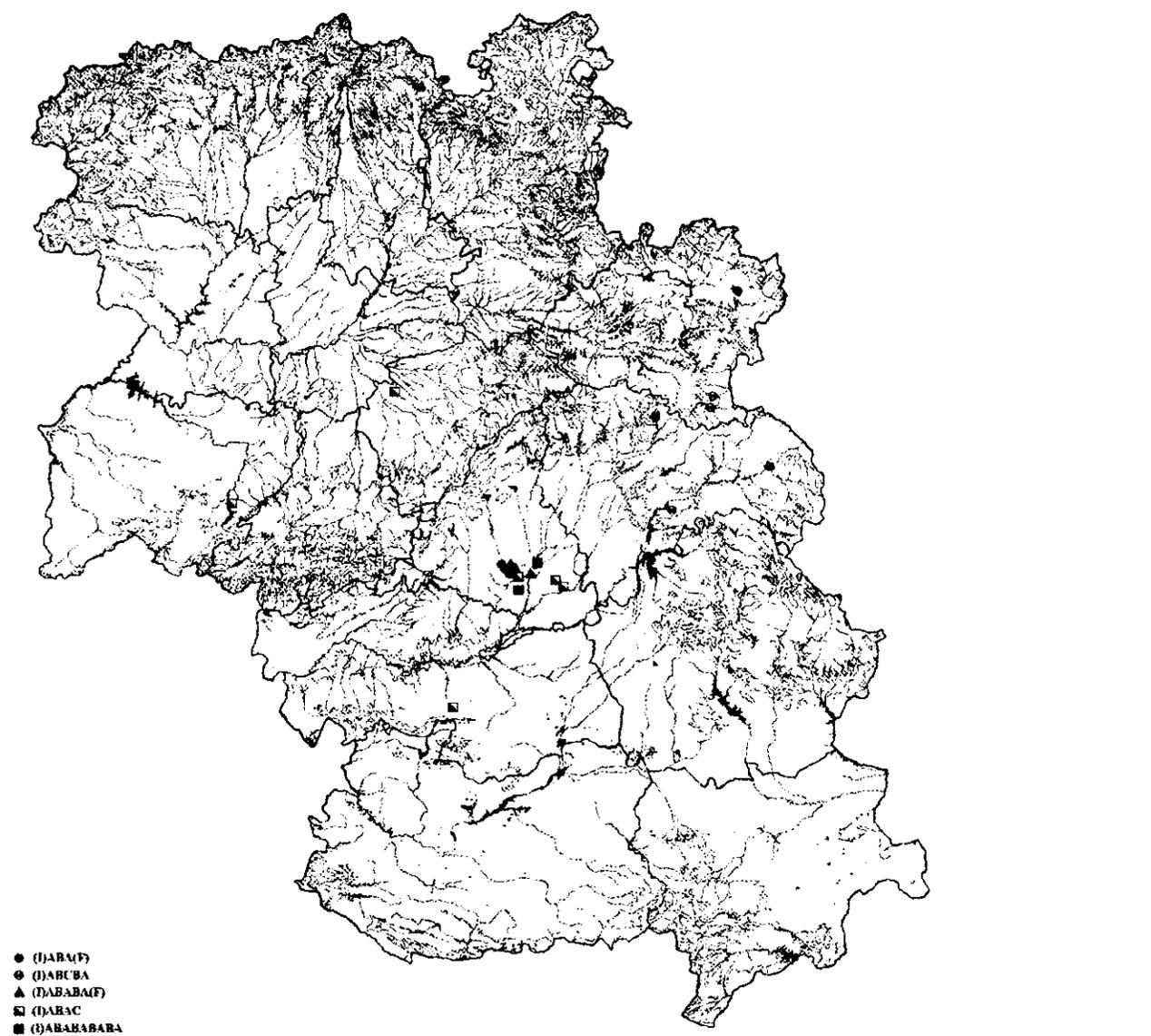


Figura 73. Mapa que representa la dispersión geográfica de algunas combinaciones de patrones decorativos campaniformes con motivos introductorios y/o finales.

El reparto geográfico de este rasgo entre ambas mesetas es aproximadamente equitativo, sin embargo es posible encontrar ciertas tendencias regionales en lo que se refiere al uso de algunos motivos concretos del estilo Ciempozuelos: el nº 3 es muy frecuente en la meseta sur y especialmente en Madrid (con 18 casos, un 60% del total de los conocidos en la Meseta), aunque también se conocen algunos ejemplos en la cuenca del

Duero, cuatro de ellos en su sector occidental (nº 13, 26, 266, 272, 490, 510) y los otros cinco en el reborde montañoso oriental (nº 289, 317, 382, 385), pero significativamente no se conoce ni un solo caso en la amplísima colección de Somaén (nº 377). El motivo nº 10a muestra también una clara tendencia regional en la Meseta, centrada en la meseta sur, pues sólo se han documentado dos ejemplos en la cuenca del Duero (nº 24 y 255). Es utilizado sobre todo en la cuenca media del Tajo, tanto en Madrid (nº 129, 179, 194, 195) como Toledo (nº 397, 421, 433).

En lo que respecta a los patrones, no todos presentan esta característica, ni desde luego lo hacen en igual proporción. Un 66% de ellos tienen motivos sólo introductorios (seis carecen de ellos: ABC, ABCD, ABCA, ABACADA, ABACDE, ABABCBABA), pero en un reparto muy desigual. La gran mayoría (30'76%) se asocian con el esquema ABA, y en menor medida con el A (11%), siendo los restantes apenas representados por menos de 10 casos cada uno. Algunas de estas combinaciones tienen un cierto sentido regional, o incluso local (Figura 73):

(I) ABCBA en la zona del reborde oriental de la cuenca del Duero (yacimientos nº 317, 320 y 377) con prolongación en la vecina provincia de Guadalajara.

(I) ABABABABA en sólo dos sitios ambos en la provincia de Madrid (nº 194 y 219) .

(I) ABAC en la meseta sur (nº 144, 193, 231, 405) y centro/occidente de la cuenca del Duero (nº 272 y 289).

b) Motivos finales:

Se han identificado 28 patrones con esta característica (sólo un 3'65% del total), que se asocia de forma claramente mayoritaria, aunque no exclusiva, con las franjas del borde de los cuencos (60% de ellas). El reparto geográfico entre ambas mesetas resulta aproximadamente equitativo (12 casos en la norte y 16 en la sur), no así el provincial pues Madrid con 11 ejemplos aporta cerca de un 40 % del total. Los motivos usualmente empleados para rematar las composiciones de forma estandarizada forman también un elenco reducido, al igual que ocurre con los utilizados para inaugurarlas, como vimos anteriormente. En el estilo Puntillado geométrico meseteño conocemos un único ejemplar con esta peculiaridad, en concreto la franja del borde de un vaso campaniforme del soriano yacimiento de Carratiermes (nº 252), con el motivo nº 9 de la tabla de este estilo. En el Ciempozuelos sólo diez diseños se reparten el total de casos conocidos, aunque los más empleados son, por este orden los números 21, 17, 3 y 1, siendo los restantes minoritarios (nº 9, 13, 19, 11, 10b y 15).

El examen detallado de la distribución geográfica de algunos de estos diseños que rematan las composiciones nos ofrece interesantes resultados. Así, el motivo nº 21 aparece en cuatro sitios únicamente, todos ellos en la cuenca del Duero, dos en su sector suroccidental (nº 263 y 277) y dos en el centro/norte (nº 251 y 490). Ninguno de ellos en Madrid, de donde procede la inmensa mayoría de casos, y donde se emplea

en cambio como motivo característico el nº 3, que recordemos era asimismo típico de las introducciones. Concretamente sólo cuatro ejemplares presentan este motivo cerrando la composición, todos ellos madrileños y muy próximos entre sí (nº 177, 191, 193 y 210). Finalmente, en cuanto a los esquemas que presentan esta peculiaridad, hay que destacar la escasez de tipos (sólo 8 de los 21 generales). En orden de importancia son: ABA, ABACA, ABABA, ABCBA, ABACABA, ABAB, ABCBABCBA y ABABABA. Los dos primeros representan más del 35 % de los casos. En este caso la distribución geográfica de estas combinaciones no ofrece resultados significativos.

c) Motivos introductorio y final:

Por último existen algunas franjas que cuentan con motivos tanto introductorios como finales, enmarcando así por arriba y abajo el patrón que estructura la composición. Sólo se han podido documentar 16 ejemplos (un 2'08% del total de las franjas completas), por lo que ha de considerarse un rasgo minoritario. Se aplica de forma mayoritaria, que no exclusiva, a las franjas que decoran los cuencos (56'25%). Seis de ellos aplican el mismo motivo, y el resto motivos distintos. En el primer caso tenemos un vaso y dos cuencos donde se emplea el motivo nº 17, una forma indeterminada en la que se hace lo propio con el nº 21, y finalmente dos cuencos madrileños de sitios muy cercanos (nº 177 y 210) emplean el motivo nº 3. En el segundo caso las combinaciones de motivos introductorio y final son tan variadas como el número de ejemplares conocidos, empleando los motivos standard respectivos, ya mencionados en los apartados anteriores. Por último el repertorio de patrones que presentan esta característica es aún menor que en los casos anteriores, con sólo cinco tipos, que en orden de importancia cuantitativa son: ABA, ABABA, ABCBA, ABACABA y ABCBCBA. En especial destacan los dos primeros, pues representan entre ambos más del 57% del total de casos. De ellos sólo la combinación (I) ABABA (F) ofrece una distribución regional clara, pues aparece únicamente en tres yacimientos meseteños, todos ellos en Madrid y muy próximos entre sí (nº 185, 193 y 210) (Figura 73).

Una vez analizadas las características generales de los patrones que organizan la disposición ordenada de los motivos en las decoraciones campaniformes meseteñas, convendría ahora observar con cierto detalle su comportamiento en los diferentes estilos, soportes formales, zonas del recipiente y contextos. Las obvias diferencias en el tamaño de la muestra de los estilos Puntillado y Ciempozuelos, se manifiestan igualmente en el distinto reparto proporcional que ambos muestran en a los distintos tipos de patrones. Así y como es lógico el Ciempozuelos (Figura 49), como absoluto dominador de la muestra total, no ofrece apenas diferencias con los datos generales antes analizados. El Puntillado, por el contrario, sí presenta ciertas peculiaridades, como el mayor protagonismo de los esquemas abiertos (64%), especialmente las secuencias aditivas A, AB, ABC, ABAC), con escasa aparición de las encadenadas (ABABA sólo), y un 35% de patrones cerrados, todos ellos simples (ABA, ABCA, ABACA y ABACADA). Finalmente el índice de

variantes es menor, con sólo un 6'45%, consecuencia lógica del menor tamaño de su muestra y de la simplicidad de sus esquemas (Figura 44).

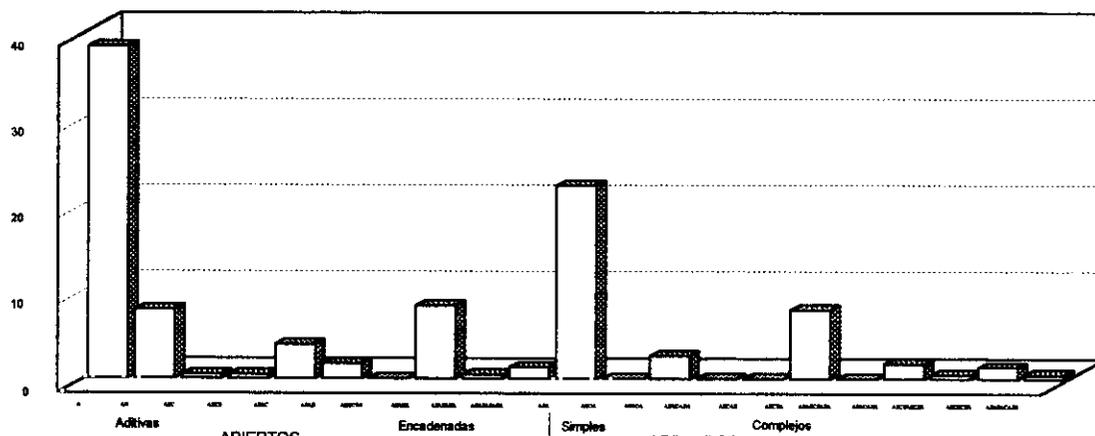


Figura 74. Histograma de los patrones decorativos que organizan la ordenación de los motivos en los cuencos campaniformes de la Meseta.

En lo que se refiere a las diferencias constatadas entre las distintas formas del repertorio campaniforme, sólo los cuencos ofrecen valores semejantes a la media general en todos los tipos, salvo quizás una importancia ligeramente mayor de los patrones abiertos (con un 66% frente al 60% total), sobre todo las secuencias encadenadas (con un 10% frente al 8% general) (Figura 74), y un 16% de variantes, lo que resulta muy semejante a la media global. No en vano se trata de la forma mejor representada en la muestra general (29'8% de los casos).

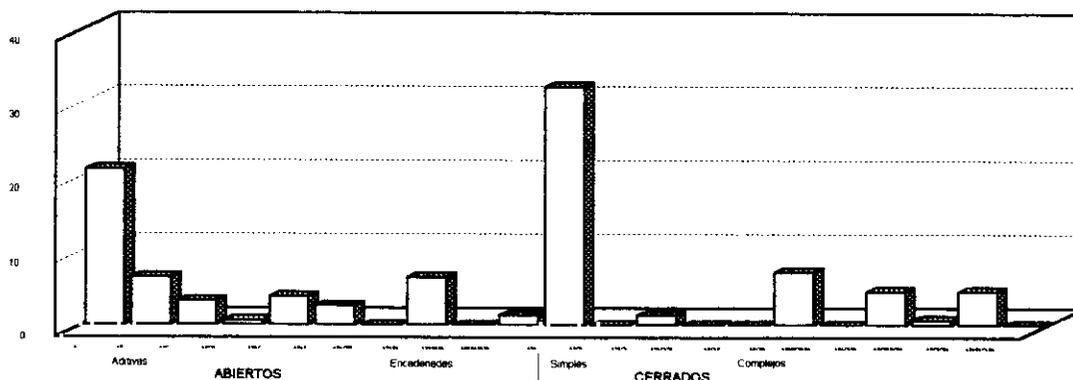


Figura 75. Histograma de los patrones decorativos que organizan la ordenación de los motivos en los vasos campaniformes de la Meseta.

Las restantes formas sí ofrecen diferencias significativas: los vasos campaniformes valores algo inferiores a la media en los patrones abiertos (57%), especialmente en las secuencias aditivas (con un 46% frente al 52% general), y en contraprestación un mayor protagonismo de los esquemas cerrados (41% frente al 37% general), especialmente de los más complejos (con un 19% frente al 14% global). De hecho algunos de ellos como el ABACADA o el ABABCBA son exclusivos de esta forma, y otros como el

ABCBACBA preponderantes en ella (cuatro del total de seis casos conocidos son vasos) (Figura 75). El porcentaje de variantes, con un 17'5%, apenas supera el general.

Las cazuelas ofrecen un panorama semejante, con una participación aún menor de los patrones abiertos (46% frente al 60% general), especialmente marcado en la escasa presencia de secuencias aditivas (38'15% frente al 52% general), y en consecuencia una mejor representación de los esquemas cerrados (50% frente al 37% global), sobre todo de los simples (con un 33'5% frente al 23'7% general). Llama la atención la clara preponderancia del esquema ABA, incluso bastante más frecuente que el A (Figura 76). Quizás por ello en las cazuelas las variantes son algo más frecuentes que en la muestra general con un 19'7%.

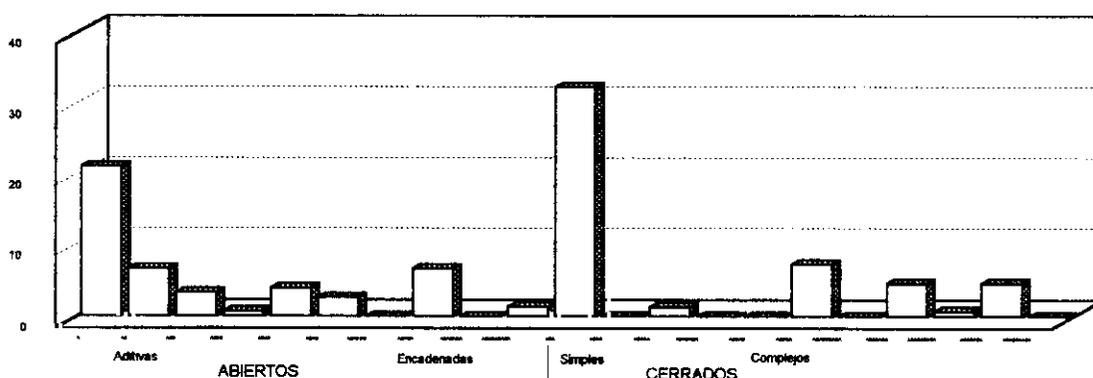


Figura 76. Histograma de los patrones decorativos que organizan la ordenación de los motivos en las cazuelas campaniformes de la Meseta.

Las cazuelillas, cuentan con una muestra muy escasa de apenas 16 casos y sólo 6 patrones, la mayoría abiertos (62'5%), aunque destaca por su liderazgo el esquema cerrado simple ABA. Finalmente los vasos de almacenaje, con una muestra de información asimismo reducida, de 45 casos y 11 patrones, ofrecen un claro predominio de los esquemas abiertos (84%), sobre todo los sencillos A y AB, y una llamativa escasez de los cerrados simples, especialmente el "popular" ABA. Cuenta con algún esquema exclusivo como el ABACDE, y un porcentaje de variantes ligeramente inferior a la media (13'3%) (Figura 58).

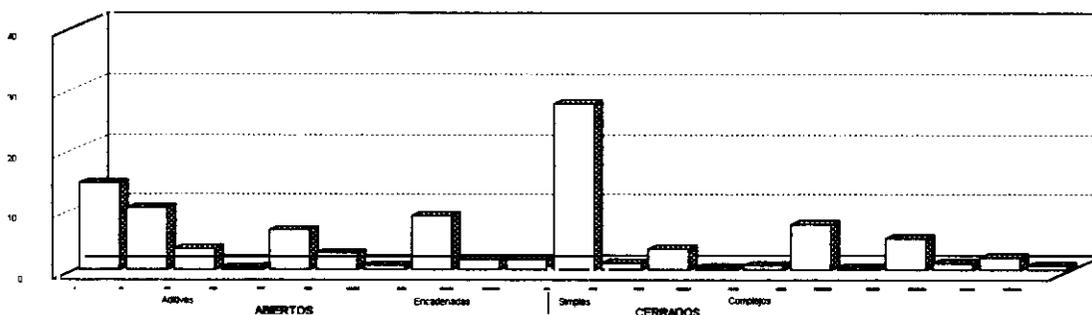


Figura 77. Histograma de los patrones decorativos que organizan la ordenación de los motivos en las franjas de los bordes de los recipientes campaniformes de la Meseta.

Por lo que respecta a las zonas del recipiente se constatan también lógicas diferencias impuestas por el tamaño y características de cada una de ellas. Así, en contraste con la media general, las que ocupan los bordes muestran un equilibrio casi perfecto entre esquemas abiertos y cerrados, con una presencia más acusada de las secuencias encadenadas (12% frente al general 8%) y menor de las aditivas (37% frente al 52% global) en los primeros (destaca el escaso porcentaje del A), y con una mayor cantidad de patrones tanto simples (sobre todo ABA) como complejos en los segundos (con 32 y 17% frente a los generales 23 y 14%, respectivamente) (Figura 77). El índice de variantes es también notablemente superior a la media con un 20%.

Esta misma tendencia pero aún más acentuada se observa en las franjas que decoran las panzas, pues en este caso y por primera vez los patrones cerrados, con un 51%, superan a los abiertos (45%), destacando especialmente los complejos (23% frente al 14% general), y sobre todo algunos como el ABACABA (Figura 78). El índice de variantes es asimismo elevado, con un 23'38%.

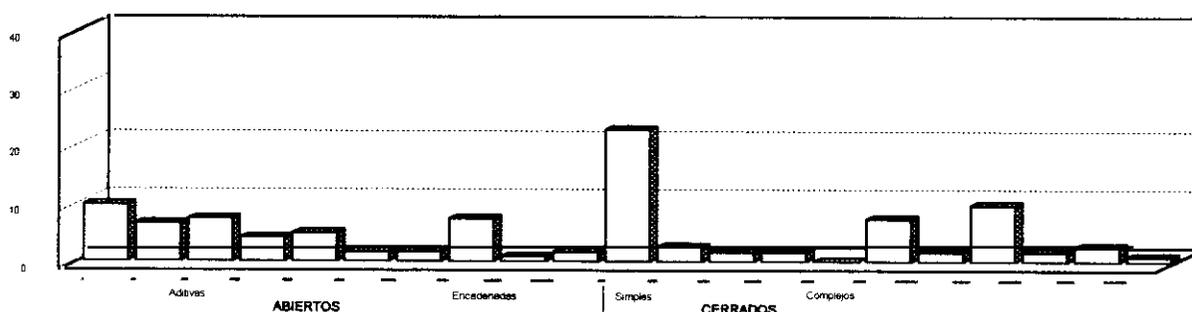


Figura 78. Histograma de los patrones decorativos que organizan la ordenación de los motivos en las franjas de las panzas de los recipientes campaniformes de la Meseta.

En contraposición con bordes y panzas las franjas que adornan los fondos y sobre todo las caras internas de los recipientes campaniformes muestran una menor presencia de variantes (con un 9 y un 8% respectivamente), y un dominio de los esquemas abiertos (62 y 94%), sobre todo los más sencillos como las secuencias aditivas, tipo A (que es el dominador absoluto en ambos casos), AB, ABC, etc. (56 y 90%), y una escasez notoria de esquemas cerrados, particularmente evidente en las franjas del interior de los bordes (con sólo un 5'3%) (Figuras 52 y 54). Todo lo cual resulta muy lógico si tenemos en cuenta que es en bordes y panzas donde la decoración es más fácilmente apreciable y cuenta con mayor espacio para su desarrollo, por lo que el alfarero puede emplear en ellas toda su capacidad. Mientras, como ya vimos con detalle anteriormente, los fondos y caras internas suelen despacharse no pocas veces con procedimientos altamente estandarizados y regulares.

Si desglosamos la información por contextos, se constatan asimismo sensibles diferencias. En los poblados los esquemas abiertos son más abundantes (con un 66'9%), y especialmente las secuencias aditivas

(sobre todo el A, que representa cerca de un 40% del total), con un 62'29% frente al 52% general, que compensan así la llamativa escasez de secuencias encadenadas (4'64%). Los patrones cerrados ofrecen valores netamente inferiores a la media general (con un 31'7% frente al 37'7% global), sobre todo en el caso de los complejos que sólo representan aquí el 10% frente al 14% general. En las tumbas la situación se invierte, y son los abiertos los que ofrecen valores inferiores a la media general (50'5%), sobre todo las secuencias aditivas (39%), mientras los cerrados, con un 47'2% (28'3 los simples y 18'9% los complejos), casi equilibran la situación. Similar tendencia muestra el porcentaje de variantes en cada uno de estos contextos, pues los poblados presentan un 12'84%, y las tumbas un 19'21%. En suma, todo ello podría resumirse en la mayor simplicidad y monotonía estructural de las decoraciones procedentes de los poblados, y la mayor riqueza y variedad de aquellas que se recuperaron en contextos funerarios (Figura 20).

Una vez analizado el comportamiento de los esquemas o patrones básicos que estructuran las decoraciones en los distintos soportes y contextos, cabe preguntarse finalmente si en una escala de análisis superior los patrones que aparecen en un mismo recipiente se combinan también ordenadamente para formar así un esquema general. Es lo que he denominado patrones finales, para cuya descripción se ideó el siguiente sistema:

Únicamente se emplean vasos cuyo desarrollo decorativo se conoce completamente, descritos con una secuencia de cinco dígitos (p.e. Ab0c0), cada uno de los cuales se corresponde con una de las partes del recipiente, que siguiendo el orden de arriba abajo son: Borde, Primera parte de la panza, Segunda parte de la Panza, Fondo y Umbo. Con el mismo sistema aplicado en el análisis de los patrones, se denomina A al primer esquema del borde, si el que ocupa la panza es el mismo tipo de esquema vuelve a colocarse la "a", si es otro la "b", y así sucesivamente. Cuando falta la decoración en alguna zona el 0 así lo atestigua. Por ejemplo un vaso que tuviera el siguiente esquema: Borde: ABA, Panza: ABAC, Fondo: ABA, Umbo: A, sería descrito con la fórmula Ab0ac.

Una vez estudiados los 182 casos válidos para este análisis, podemos señalar que a diferencia de lo constatado con las franjas, no existe una regularidad significativa en este aspecto, pues se han podido documentar hasta 28 combinaciones diferentes. Buena parte de ellas además sólo servían para describir casos únicos (42'9%), y sólo cuatro muy simples (14'28%) cuentan con más de diez casos (A0000, Ab000, A00b0, Aa000). Por su simpleza el primero de ellos (A0000) apenas sirve para caracterizar en realidad lo que es la estructura general de infinidad de cuencos (78 ejemplares, el 42'9% del total) cuyo único ornamento se reduce a una franja en el borde. Como es lógico dicho esquema aparece con abundancia en toda la Meseta. El segundo (Ab000), aparece en vasos, cazuelas, cazuelillas y sobre todo vasos de almacenaje y consiste en disponer sólo dos franjas una en el borde y otra en la panza, con esquemas distintos. Sus 17 casos (9%) se distribuyen aleatoriamente en toda la Meseta. El tercero (A00b0), con 16 casos (8'79%) representa un

esquema igualmente simple, exclusivo de los cuencos y documentado en toda la Meseta, en el cual el borde y el fondo son las únicas zonas decoradas, pero con patrones distintos.

Finalmente el cuarto (Aa000) más frecuente (con 11 casos, el 6% del total), lleva sólo decorados y con el mismo esquema el borde y la primera parte de la panza. Si su reparto geográfico es general, sí resulta restringido en cambio el repertorio de formas donde lo hace, pues se trata sobre todo de cazuelas y cazuelillas, con la eventual presencia de algún vaso de almacenaje. Curiosamente los únicos vasos campaniformes con este patrón final son de estilo Puntillado geométrico (yacimientos nº 161 y 274). Dada la simplicidad de estos patrones finales más comunes, quizás sería más interesante acudir a los más complejos de ellos, en busca de eventuales distribuciones geográficas reducidas.

Así se ha hecho y efectivamente se ha podido encontrar algún dato interesante sobre este particular, y además coincidente con alguna de las áreas estilísticas definidas a partir del estudio estadístico de los motivos decorativos. Así los patrones finales Abcd0, Aa0a0, Ab0c0, Aa0b0 y Ab0cd, aparecen exclusivamente en esa amplia región meseteña compuesta tanto por el sector suroccidental de la cuenca del Duero como por la cuenca media del Tajo, regiones que parecen ofrecer muchos puntos de contacto en lo referente a las decoraciones campaniformes, sobre todo por contraste con el reborde oriental de la meseta norte. En cualquier caso, hay que ser prudentes en la interpretación de estos patrones finales, ya que dado el carácter general de toda la muestra, existen muchas posibilidades de que se trate no tanto de regularidades reales, sino de productos del azar combinatorio.

Así pues, parece que es la franja lo que funciona como unidad estructural básica de las decoraciones campaniformes, por lo que centraremos en ellas el análisis estadístico multivariante. Como ya tratamos anteriormente con detalle se pudieron aislar un total de 21 patrones o esquemas, que regulaban la disposición ordenada de los motivos decorativos. El análisis de la distribución geográfica de cada uno de ellos puede ser una primera aproximación interesante.

Ya vimos antes que se podían apreciar diferencias entre ambas mesetas, no tanto en la presencia/ausencia de algunos de estos patrones sino en su mayor o menor frecuencia, que al igual que en los motivos estamos ante una especie de “vocabulario” general común, empleado por todos, si bien no de la misma manera. Por otro lado, y como también tratamos con detalle, no todos los patrones son utilizados en igual proporción. Por ello, quizás resultaría interesante observar la dispersión geográfica de aquellos que cuentan con menos ejemplos, pues los otros más frecuentes aparecen prácticamente en toda la Meseta.

De entre ellos hay algunos que sí parecen reflejar distribuciones espaciales significativas, en concreto los esquemas abiertos en secuencias encadenadas ABABABA y ABABABABA, cuya dispersión es muy semejante (especialmente en Madrid: nº 172, 180, 145, 193, 194, 219, y centro y suroeste de la meseta norte:

26, 266, 289, 282 y 490) y los cerrados, ABCA, en parecido ámbito de dispersión (nº 153 en Madrid, 263 y 266 en Salamanca y 295 en Segovia), y ABABACABA, más centrado en el suroeste de Castilla y León (nº 8 y 266), pero también presente en Madrid (nº 179) (Figura 72).

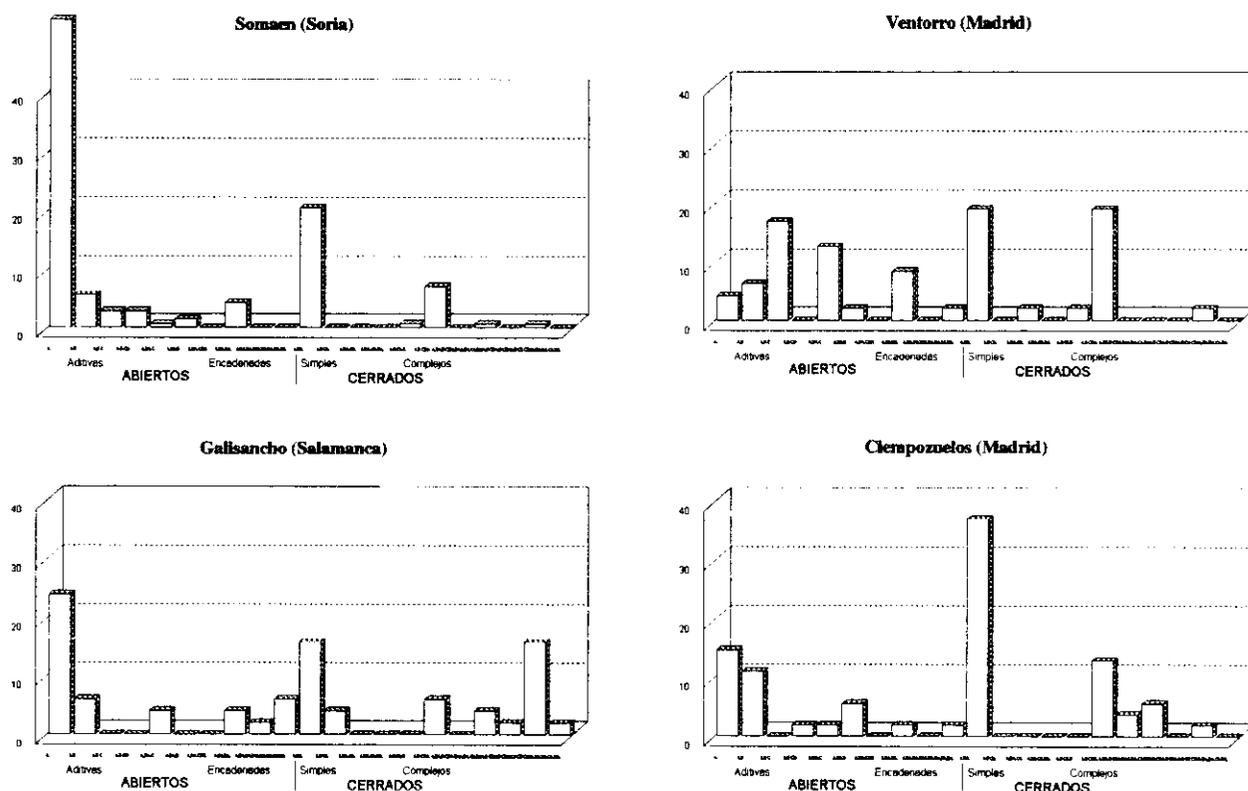


Figura 79. Tipología de los patrones que organizan la disposición de los motivos decorativos en las cerámicas campaniformes de cuatro yacimientos meseteños: Somaén, Soria (nº 377), Ventorro, Madrid (nº 193), Galisancho, Salamanca (nº 266); y Ciempozuelos, Madrid (nº 145).

Por otra parte, la comparación detallada de algunas de las muestras de información más importantes, como las procedentes de los poblados de Ventorro y Somaén, y las tumbas de Ciempozuelos y Galisancho, demuestra muy claramente la existencia de ostensibles diferencias (Figura 79).

Así, mientras en Somaén los patrones abiertos dominan con amplitud (70%), especialmente gracias a la gran abundancia de secuencias aditivas (66%), en El Ventorro esta cifra desciende hasta un valor muy parecido a la media global (53%), y en general se observa una mayor variedad de esquemas. En las tumbas de Galisancho y sobre todo Ciempozuelos, son los patrones cerrados los que dominan la muestra, con un 50% y un 61% respectivamente. En el primero destacan las secuencias encadenadas en los esquemas abiertos (12%) y los cerrados complejos (30%), mientras en Ciempozuelos es son los esquemas cerrados simples los predominantes, si bien sólo representados por el tipo ABA (37%), aunque también se documentan ampliamente los esquemas cerrados complejos (24%). Por todo ello, se decidió tratar estadísticamente la información mediante análisis multivariante, en busca de regularidades regionales, y en consonancia con lo realizado en el estudio de los motivos decorativos, contemplando las dos escalas de análisis, recipientes y

yacimientos. Previamente se había confeccionado una base de datos de vasos completos, en la que se recogían los tipos concretos de patrones que aparecían en cada zona particular del recipiente. Entonces se pudo comprobar que salvo casos muy sencillos (por ejemplo con el esquema A), no existía ni un solo ejemplo de correspondencia completa. Esto coincide con lo observado en los patrones finales, y viene a corroborar la ausencia de un orden general en los recipientes más amplio del establecido en el interior de cada una de las franjas.

Por ello la escala de análisis pertinente parece ser ahora la de los yacimientos, pues en ellos vemos representada una muestra del conjunto de esquemas mayoritariamente manejados por los alfareros que realizaron las decoraciones en ese lugar. El estudio en el nivel de los recipientes no se consideró necesario, pues dadas las características de la muestra (202 casos) resultaba casi imposible distinguir ninguna tendencia clara de agrupación. De hecho en la escala de los yacimientos, y tal y como vimos ocurrió en el estudio de motivos decorativos, fue necesario realizar una selección de la muestra para obtener resultados. Muchos de los casos eran en realidad yacimientos con un solo recipiente, y muy pocos patrones, mientras otros (como los sitios citados más arriba, Figura 79) estaban compuestos por varias decenas de esquemas. Así el primer análisis factorial de Correspondencias con la muestra completa de 125 yacimientos nos proporcionó una enorme concentración de casos, donde se mezclaban sitios de muy distintas procedencias. Se decidió por tanto manejar una muestra más reducida pero de mejor calidad, y se recogieron sólo aquellos yacimientos que contaban con al menos cinco patrones individuales, lo que reduce el inventario a 33 sitios, 22 en la cuenca del Duero y 11 en la del Tajo. Los resultados finales del análisis ofrecen mayores problemas interpretativos que en el caso de los motivos, probablemente por las características de la muestra, más pobre y desigualmente repartida. Sin embargo se reconocen tendencias generales claras, que además coinciden significativamente con las observadas en el análisis de los motivos entre otros.

En general hay dos agrupaciones de casos más o menos diferenciadas, distribuidas casi por completo en los cuadrantes superior e inferior derechos respectivamente. En ellas las grandes colecciones de patrones antes mencionadas se reparten de forma muy indicativa como sigue: Somaén en uno de ellos, y Ventorro, Ciempozuelos y Galisancho en el otro. Fuera de estas agrupaciones sólo quedan algunos ejemplos aislados: por un lado Villabuena y Fuente Olmedo (nº 510 y 459) asociados con el patrón ABACABA y Alcolea (nº 97) con el ABCBABCBA, y por el otro un grupo algo mayor de casos situado en la parte inferior del gráfico asociado en parte con el patrón cerrado simple ABCA, y más lejanamente con el abierto A y el cerrado complejo ABABACABA. En él se incluyen sitios de la cuenca del Duero (nº 8 y 295) y del Tajo (nº 78, 153 y 180), y su ubicación periférica podría quizás explicarse por las características de sus respectivas muestras, ya que se trata de yacimientos con muy escasa información (normalmente un solo recipiente). Finalmente podrían considerarse también periféricos casos como los nº 291 y 365, ambos de la cuenca del Duero, en la parte superior del gráfico. Excluidas estas excepciones, por tanto, podemos diferenciar dos grandes agrupaciones (Figura 80):

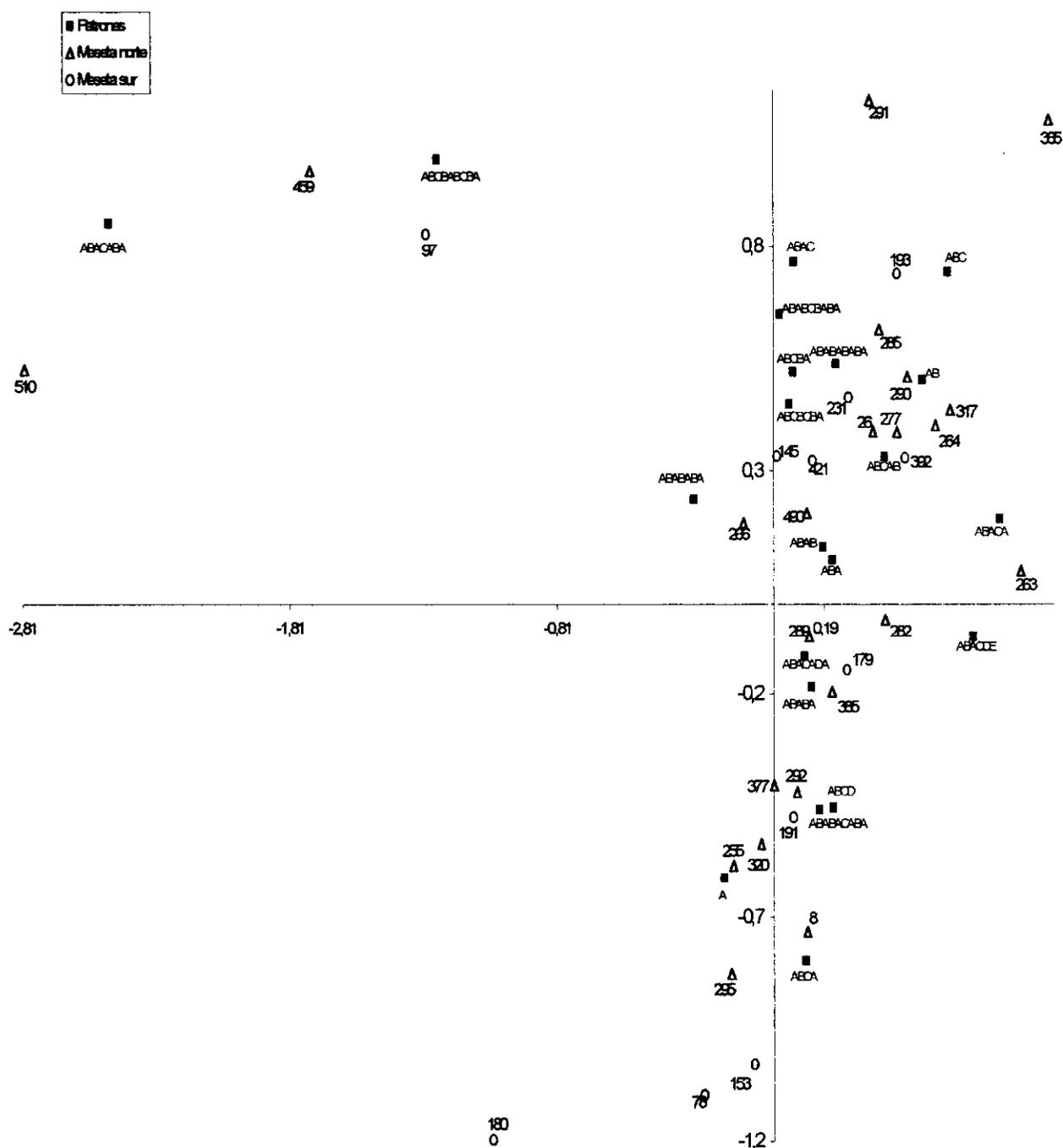


Figura 80. Gráfico con los resultados del Análisis Factorial de Correspondencias de Patrones decorativos campaniformes: **Meseta norte:** Avila: Aldeagordillo (n° 8), Pajares de Adaja (n° 26). **Palencia:** Provincia de Palencia (n° 255). **Salamanca:** Veguilla (n° 263), Aldeavieja de Tormes (n° 264), Galisancho (n° 266) y La Tala (n° 277). **Segovia:** Arevalillo (n° 282), Cuéllar (n° 285), Samboal (n° 289), Santibáñez de Ayllón (n° 290), Tarascona (n° 291), Vaquera (n° 292), Villaverde de Íscar (n° 295). **Soria:** Almazán (n° 317), Arcos del Jalón (n° 320), Renieblas (n° 365), Somaén (n° 377) y Villar del Campo (n° 385). **Valladolid:** Fuente Olmedo (n° 459), Valoria la Buena (n° 490). **Zamora:** Villabuena del Puente (n° 510). **Meseta sur:** Ciudad Real: Oretum (n° 78). **Guadalajara:** Alcolea de las Peñas (n° 97). **Madrid:** 231, Ciempozuelos (n° 145), Camino de la Yesera (n° 153), Carolinas (n° 179), S. Isidro (n° 180), Tejar del Sastre (n° 191), Ventorro (n° 193). **Toledo:** Belvis de la Jara (n° 392), Fuente Amarga (n° 421).

D) En el cuadrante superior derecho, y compuesta por catorce sitios (nueve en la meseta norte y cinco en la sur). Un examen detallado nos permite apreciar en primer lugar que de las grandes colecciones de patrones que componen la muestra global, todas menos Somaén se incluyen aquí. Es decir, aquellas pertenecientes a la cuenca media del Tajo y las que proceden del centro – Occidente de la del Duero. Ello se corresponde perfectamente con lo que nos indicó el análisis estadístico de los motivos explicado anteriormente, cuando veíamos lo difícil que resultaba distinguir los grupos de estas dos regiones, especialmente si se comparaban con los materiales de la zona del reborde oriental de la meseta norte.

En efecto comprobamos que los restantes componentes de este primer grupo de patrones son otros sitios del Tajo (el madrileño de Valdilecha, nº 231, y los dos toledanos: Belvis de la Jara, nº 392 y Fuente Amarga, nº 421) y del Suroeste (los salmantinos de Veguilla, Aldeavieja y La Tala, nº 263, 264, 277, y el abulense de Pajares de Adaja, nº 26) y centro de la cuenca del Duero (el segoviano de Cuéllar, nº 285, y el vallisoletano de Valoria la Buena, nº 490). Las únicas excepciones a este claro panorama general podrían ser dos yacimientos (Santibáñez de Ayllón, Segovia, nº 290 y Almazán en Soria, nº 317) que pertenecen en realidad al reborde oriental de la meseta norte y que debieran por ello haber aparecido en la otra agrupación de casos que describiremos a continuación. De nuevo hemos de recalcar los problemas de la muestra para justificar su presencia aquí, especialmente en el caso del sitio soriano que cuenta con sólo cinco patrones, aunque no resulta tan claro en el yacimiento segoviano con nueve.

En cualquier caso, se deban o no a problemas de información su presencia no puede alterar el panorama general que parece bastante claro. En cuanto a los esquemas que definen mejor este agrupamiento, podemos mencionar que existe un equilibrio entre abiertos y cerrados, con seis tipos cada uno, hecho que demuestra la mayor importancia en estas regiones de los patrones cerrados, si tenemos en cuenta los datos ofrecidos por la muestra general, donde los tipos abiertos dominan claramente el conjunto, como ya expliqué más arriba. Aparecen representados aquí, dentro de los esquemas abiertos, tanto las secuencias aditivas (ABAC, ABC, AB, ABAB), como sobre todo encadenadas (dos de las tres existentes en la Meseta, ABABABA y ABABABABA). Entre estas últimas sólo faltaría ABABA, que aparece en el otro grupo, quizás por ser la más abundante y simple de las tres lo que hace que también se halle muy bien representada en otros ámbitos. En los esquemas cerrados contamos con la presencia de los simples ABA y ABACA, curiosamente en su parte inferior, es decir aquella más próxima al otro grupo, pues no en vano ambos son dos de los patrones más extendidos por toda la Meseta, si bien su mayor abundancia relativa parece situarlos en asociación más estrecha con estos sitios (recuérdese la enorme frecuencia de ABA en Ciempozuelos). Finalmente también tenemos representados en este grupo la mayoría de los esquemas cerrados complejos (ABCAB, ABACBABA, ABCBA y ABCBCBA).

II) El segundo agrupamiento de casos cuenta como elemento definidor principal el yacimiento soriano de Somaén (nº 377), por lo que quizás cabría identificarlo hipotéticamente como el propio del reborde

oriental de la meseta norte. Esto vendría confirmado por la presencia en él de otros yacimientos de ese ámbito geográfico como los segovianos de Arevalillo, Samboal y Vaquera (nº 282, 289 y 292, respectivamente) y los sorianos de Arcos del Jalón (éste vecino de Somaén) y Villar del Campo (nº 320 y 385). Sólo tres sitios desentonan de este panorama general, los madrileños de Tejar del Sastre y Carolinas (nº 191 y 179) y el palentino sin procedencia segura (nº 255). En estos últimos, de forma aún más evidente si cabe, es posible acudir a las características de los datos como explicación de su “anómala” presencia aquí. El palentino, cuenta con una buena muestra (más de 20 patrones individuales), pero carece de procedencia precisa, y los madrileños no alcanzan ni siquiera los diez esquemas (Tejar sólo tiene cinco).

Es obvio que estos casos introducen cierta confusión, como ocurría en el agrupamiento anterior, pero creemos que las tendencias generales apuntadas son tan claras que no pueden cuestionarlas en su totalidad, si bien no conviene tampoco olvidarlos del todo. Futuros estudios con muestras mejores podrán confirmar o desmentir, en cualquier caso, lo aquí apenas apuntado. En cuanto a los patrones que mejor caracterizan este segundo agrupamiento hemos de mencionar, en primer lugar la mayor pobreza de tipos (sólo la mitad de los aparecidos en el grupo anterior), y en segundo lugar el interesante predominio de los esquemas abiertos sobre los cerrados (cuatro y dos respectivamente). Entre los primeros destaca especialmente el sencillo A, y otras secuencias aditivas como ABC y ABACDE, la única encadenada es ABABA; y entre los segundos uno es simple (ABACADA) y el otro complejo (ABABACABA). Éste último ya enlazaría con los algunos de los casos periféricos que señalamos anteriormente (sobre todo el vaso de Aldeagordillo, nº 8).

3.2.2.4. La interpretación de los resultados.

Es habitual constatar en la mayoría de estudios que se realizan sobre decoraciones cerámicas prehistóricas cómo se incide especialmente en la búsqueda de diferencias regionales, resaltando con ello más lo que distingue unos yacimientos de otros que lo que les une. Quizás podría justificarse esta tendencia como una práctica heredada de la Prehistoria tradicional y su obsesión por trazar los límites espaciales de las distintas áreas culturales. El caso de las decoraciones campaniformes resulta paradigmático a estos efectos, pues una vez superadas viejas concepciones de un pueblo migratorio paneuropeo, y con el creciente volumen de información disponible, la caracterización regional del fenómeno ha venido destacando la peculiaridad de cada ámbito, olvidando quizás en parte todo lo que este tipo de cerámicas de las distintas zonas peninsulares y europeas comparten, que es mucho ciertamente. Al menos esto es lo que hemos podido confirmar en un ámbito geográfico tan grande como la Meseta, objeto de este trabajo.

Tanto en los elementos estructurales y más profundos como en los diseños concretos y visibles que se emplean, las decoraciones campaniformes meseteñas muestran un altísimo grado de estandarización. Ese importante fondo común remite al problema de la interacción entre comunidades, un asunto espinoso pero

ineludible que ha sido objeto de debate durante décadas, como tuvimos ocasión de analizar con detalle en un apartado anterior.

En concreto se comparten convenciones, como el uso de determinados motivos para arrancar y cerrar las composiciones, o para decorar los fondos y las caras internas de los bordes (el tipo 1 o standard, en concreto), o la estructuración peculiar de las franjas (e incluso su tamaño) según cada tipo de forma. Existen también una serie de formas concretas de organización de los motivos que son básicamente las mismas en toda la Meseta. Y finalmente se comparte un amplio repertorio de motivos o diseños decorativos, sintetizados en las tablas tipológicas aquí confeccionadas (Figuras 42, 46-47). Como detallamos más arriba incluso algunos de los motivos minoritarios o más raros presentan en ocasiones amplísimas dispersiones geográficas (por ejemplo en el estilo Ciempozuelos el nº 14, y en decoración interna los nº 6 o 17) (Figura 67), y finalmente formas escasamente idóneas para el intercambio como los vasos de almacenaje decorados (“tipo Molino”) muestran sorprendentes semejanzas en áreas muy distanciadas entre sí como Madrid y Soria o Burgos (Figuras 56-57).

No obstante, está firmemente establecida desde hace algunos años la idea según la cual el estilo Ciempozuelos es una calificación demasiado general, una etiqueta algo simplista para una realidad arqueológica mucho más rica y variada. Uno de los objetivos de este trabajo fue profundizar en esta línea de investigación a través de la recogida sistemática de una muestra de información notable, nunca disponible hasta ahora, y su estudio sistemático, con el desarrollo de nuevas vías de análisis, y el oportuno tratamiento estadístico. Sólo así, ha sido posible encontrar matices regionales o locales, usos peculiares de un “vocabulario” general básico, en lo fundamental compartido por todos.

Como tuve ocasión de explicar extensamente en los distintos análisis desarrollados más arriba, se han podido constatar por primera vez de forma sistemática y detallada esta clase de fenómenos, que aquí podríamos sintetizar como sigue:

- Meseta norte:

a) Decoración interna del borde:

Es, sin duda, en esta amplia región donde se aplica más frecuentemente esta convención (un 35% de los bordes de estilo Ciempozuelos), y especialmente en el sector del reborde oriental (las provincias de Soria, Segovia y Burgos, ofrecen cifras de entre un 40-50% (Figura 50). Por ejemplo en Somaén un 46% de los bordes presentaban este rasgo). Aunque se constata ampliamente la convención de utilizar motivos standard en esta zona del vaso (lo que denominé tipo 1), es en este ámbito geográfico donde resulta más extendida la práctica de utilizar los mismos motivos que aparecen en el resto del recipiente (tipo 2). Curiosamente ocurre

algo muy similar con la decoración de los fondos, pues el tipo 2 sigue estando mejor representado en esta región que en la cuenca del Tajo, aunque sin dejar de ser un rasgo minoritario en ambas (Figuras 51 y 53).

b) Motivos minoritarios:

Se han podido identificar dentro del estilo Ciempozuelos algunos motivos que ofrecen distribuciones geográficas relativamente reducidas, como el nº 26/26bis centrado en la cuenca media del Duero (en concreto la provincia de Valladolid) pero también presente en el reborde montañoso oriental (Somaén) (Figura 65). Si nos fijamos sólo en los diseños empleados en la decoración interna podemos observar otros ejemplos de dispersiones regionales o locales, sobre todo en esta zona, como los nº 9bis, 14 y 22, que a veces alcanzan el noreste de la meseta sur (como en el nº 20) (Figura 66). En cuanto a los motivos empleados para abrir las composiciones no se ha encontrado ninguno estrictamente regional, algo que sí ha podido realizarse con los que se dedican a cerrarlas, y en concreto el nº 21, exclusivo de la cuenca del Duero, especialmente de su sector central y occidental.

c) Patrones:

Algunas variantes de ciertos patrones presentan distribuciones relativamente reducidas en este ámbito, como por ejemplo ABABAB, ABABC/ABBABC, AABCB, ABCDC, en distintos ámbitos del sector oriental de la cuenca del Duero, o ABCBCBCBCBCBA en dos sitios salmantinos. Asimismo la combinación de ciertos patrones con el empleo del motivo introductorio ofrece algunas dispersiones regionales en la meseta norte, como por ejemplo (I)ABCBA en el reborde oriental con prolongación en la vecina Guadalajara, o el (I)ABAC en el centro/oeste de la cuenca del Duero, con prolongación en la cuenca media del Tajo (Figura 73).

- Meseta sur:

a) Decoración interna del borde:

En esta región es un rasgo mucho menos frecuente (un 16% de los bordes de estilo Ciempozuelos), y sólo en áreas próximas a la cuenca del Duero, como la provincia de Guadalajara, los valores se aproximan a los del reborde oriental de la meseta norte. En las provincias del centro de la cuenca del Tajo, los porcentajes de bordes de estilo Ciempozuelos con ornato interior ofrecen valores muy bajos (inferiores al 20%) (Figura 50). Como ejemplo ilustrativo en la gran colección de El Ventorro sólo un 4% de los bordes presentan este rasgo. A diferencia de lo constatado en la meseta norte aquí estaba muy poco extendida la práctica de aplicar los mismos motivos en la cara interna del borde y en el fondo que en el resto del vaso (tipo 2), por lo que el dominio del llamado tipo 1 (motivos standard) es casi completo en la meseta sur (Figuras 51 y 53).

b) Motivos minoritarios:

En esta región los diseños con distribuciones espaciales restringidas son más escasos, como el 10ch en el área madrileña, y el 24 en la cuenca media del Tajo (Figura 65). Si atendemos a los diseños empleados para abrir las composiciones sí podemos encontrar algunos que si no exclusivos de este ámbito geográfico sí resultan mucho más abundantes en él, como el nº 3 en la zona madrileña (con un 60% de los casos) o el 10a tanto en Madrid como Toledo. Los utilizados para cerrarlas ofrecen en esta zona un ejemplo de regionalidad como el nº 3, por ahora exclusivo de Madrid.

c) Patrones:

No hay esquemas minoritarios exclusivos de esta región, y sólo algunos muestran dispersiones comunes con el ámbito suroccidental del Duero (ABABABA, ABABABABA, ABCA y ABABACABA). Algo parecido ocurre con las variantes de los patrones, pues sólo una (ABCBABC) ofrece una distribución exclusiva de este ámbito, en concreto en sólo dos sitios de Guadalajara (Figura 72). En lo que se refiere a las combinaciones de los tipos de patrones con motivo introductorio contamos con dos ejemplos interesantes como (I)ABABABABA, exclusivo de Madrid, y otro compartido con el SW de la meseta norte, (I)ABAC (Mapa 10). La combinación del esquema ABABA con sendos motivos introductorio y final es también exclusiva del ámbito madrileño (Figura 73). Por último hay ciertos patrones finales (Abcd0, Aa0a0, Ab0c0, Aa0b0 y Ab0cd) cuyo ámbito de dispersión es asimismo compartido entre la cuenca del Tajo y el SW de la meseta norte.

Por otra parte el tratamiento estadístico multivariante de muestras seleccionadas de información, tanto de diseños o motivos decorativos (en el estilo Ciempozuelos) como de patrones o esquemas de organización (en éste y el Puntillado geométrico), ha proporcionado resultados muy interesantes, que además son en general coincidentes entre sí, y con los elementos recién apuntados. En ellos parece constatarse la existencia de al menos tres grandes áreas diferenciadas, las dos últimas con estrechas semejanzas, especialmente si se comparan con la primera (Figuras 62-63 y 80):

1) El reborde oriental de la cuenca del Duero con prolongaciones hacia las tierras llanas del centro más cercanas. Desde el punto de vista estilístico estaría caracterizada por el mayor uso de ciertos motivos (5/5bis, 6a/6b, 7, 8, 10g, 11, 12b/12b1 y 5, 12c, 12d, 13, 17/17bis, 18a-d, 18b, 18e, 19, 20/20bis, 22, 25, 27 y 28), el predominio de los patrones regulares, abiertos, y sobre todo las secuencias aditivas (A, ABC, ABACDE), eso sí con una menor variedad de tipos.

2) El suroeste de la meseta norte, con prolongación en la zona más occidental del centro de la cuenca del Duero. Se caracteriza por la mayor frecuencia de ciertos motivos (nº 2, 3, 12b2/4, 12g, 10c, 10h, 21 y 23),

la mayoría de los cuales comparte con el agrupamiento de la meseta sur. En lo que se refiere a los patrones no ha sido posible distinguir este grupo del siguiente, pues sus yacimientos respectivos aparecen juntos en la misma parte del gráfico en torno al mismo conjunto de patrones, lo que viene a confirmar una vez más los vínculos existentes entre estas dos amplias regiones.

3) Meseta sur, especialmente la cuenca media del Tajo. El repertorio de motivos más utilizados en este grupo es amplio pues a los mencionados en el grupo anterior habría que añadir los nº 1, 4, 9, 10a, 10b, 10ch, 10d.1-2, 10d3-4, 10f, 12a, 12e, 18c y 24. En lo que respecta a los patrones, destaca la riqueza de tipos, su irregularidad, y la mayor importancia de los esquemas cerrados, tanto simples (ABA, ABACA) como complejos (ABCAB, ABABCBABA, ABCBA, ABCBCBA) así como la menor proporción de secuencias aditivas a favor de las encadenadas (ABABABA, ABABABABA), entre los abiertos.

Parece pues claro, que cuando se analiza la información de toda la Meseta en conjunto se aprecian al menos tres grandes ámbitos estilísticos diferentes, que, insistimos una vez más, comparten entre sí multitud de elementos (motivos, patrones, convenciones, etc.), pero eso sí en proporciones bien distintas. De ellos uno es marcadamente peculiar, el que podríamos situar en el reborde montañoso oriental y parte de las tierras llanas del centro de la meseta norte (las más orientales). En él se encuentran mejor representados algunos rasgos tipológicos que consideramos hipotéticos indicios de una relativa resistencia a la adopción de convenciones y usos decorativos suprarregionales (como los tipos 2 de ornamento en fondos y caras internas, la menor presencia de motivos introductorios y finales, especialmente de los más utilizados), y es más fácil encontrar motivos o patrones con distribuciones geográficas reducidas, ya sea regionales o locales. Se demuestra así, ahora con mayor basamento y detalle, algo que ya ha sido sugerido en los últimos años por muchos autores (Fernández-Posse, 1981; Delibes, 1988: 45; Jimeno, 1988: 109-110). Zona estilística que presenta asimismo un alto grado de variabilidad interna, por lo que no puede considerarse un conjunto homogéneo, sino más bien un área geográfica muy amplia, donde quizás un menor grado de interacción y una mayor autonomía de cada sitio, pudo originar esa gran heterogeneidad, y esos testimonios de mayor resistencia a las convenciones decorativas de uso general.

En claro contraste con este amplia área se encuentran las otras dos (Suroeste y parte del centro de la cuenca del Duero, y cuenca del Tajo), cuyas semejanzas y puntos de contacto son tan numerosos que resulta muy difícil distinguirlas. Y ello no sólo se deduce a partir de los resultados de los análisis estadísticos multivariantes aplicados tanto a los diseños como a los patrones, sino también a diversos indicios ya detallados anteriormente, que apuntan en la misma dirección, y que se obtuvieron del estudio de otros aspectos de las decoraciones (como por ejemplo ciertos esquemas minoritarios como ABABABA, ABABABABA, ABCA, ABABACABA, combinaciones de patrón y motivo introductorio como (I)ABAC, o algunos patrones finales). Curiosamente no se han podido establecer elementos comunes al reborde

montañoso oriental de la meseta norte y las otras dos restantes regiones, por separado, salvo claro está las convenciones generales comunes a todo el Campaniforme Ciempozuelos meseteño.

Quizás sería interesante recordar a este respecto otros rasgos estilísticos más generales que diferencian el ámbito oriental del Duero de las otras dos áreas meseteñas, como la escasez de yacimientos de estilo Marítimo y Puntillado (Figuras 40 y 41), y de elementos como la decoración en el labio de los bordes, o la ausencia de cazuelillas (Figura 36), por ejemplo. Todos ellos relativamente frecuentes en la cuenca media del Tajo y Suroeste de la del Duero, y en una escala mayor en las áreas centrales y meridionales del Occidente peninsular. Como ya sugerimos en un trabajo de reciente aparición (Garrido y Muñoz, 1997), la importancia de los intercambios con el ámbito occidental debió ser capital en el Calcolítico de la cuenca del Tajo. Con los resultados del estudio regional de las decoraciones, que vinculan estrechamente esta zona con el suroeste de la Meseta norte, parece reforzarse aún más esta hipótesis. Va cobrando fuerza entonces, la hipótesis de la incidencia occidental a gran escala sobre buena parte de la Meseta, especialmente aquella más próxima y mejor comunicada con dicho ámbito. En contraste las tierras más orientales se alejan claramente de este fenómeno, tanto desde el punto de vista geográfico, algo que resulta obvio, como desde el punto de vista decorativo, algo que no lo era tanto hasta la realización de este trabajo. El ámbito oriental por tanto, parece vincularse más estrechamente con otras zonas vecinas como el valle del Ebro.

Además los indicios de “apertura” o permeabilidad a las convenciones decorativas generales son mayores en la meseta sur y suroeste de la norte, sobre todo en la cuenca media del Tajo. La abundancia de prácticas de esta clase como los tipos 1 de ornato del fondo y las caras internas de los bordes (y la casi completa ausencia del tipo 2), o el empleo sistemático de motivos introductorios y finales, así como la dificultad de encontrar diseños y patrones con distribuciones espaciales locales, nos hablan a favor quizás de una mayor interacción, que genera una cierta homogeneidad, muy evidente en la agrupación de los casos de la cuenca media del Tajo en el análisis de Correspondencias de los motivos Ciempozuelos (Figura 62).

No obstante, aunque las diferencias respecto a la primera zona son apreciables, no conviene tampoco llevar demasiado lejos las conclusiones. Se trata más de una cuestión de grado, pues en todas ellas hay indicios de “apertura” y de “endogamia”, pero eso sí unos y otros son más o menos abundantes en ellas. Nada más lejos de nuestro ánimo que caer en viejas calificaciones tan características del lenguaje histórico-cultural tales como “grupos pastoriles retardatarios” definidos por su “conservadurismo” y celosos de sus “tradiciones culturales”. Todas estas regiones, incluida el reborde montañoso oriental de la cuenca del Duero, participan de una amplia serie de convenciones decorativas, incluso en niveles profundos como las estructuras internas, por ejemplo, lo cual nos indica que nunca estuvieron “incomunicadas” del todo con las restantes. Las distinciones se hallan, aparte de en la mayor o menor utilización de ciertos motivos y patrones, también en la proporción existente entre aquellos elementos que sugieren una tendencia mayor hacia la “endogamia” decorativa y los que hablan a favor de una mayor “permeabilidad”. En los yacimientos del reborde oriental

predominan los primeros, mientras en las otras dos regiones (sobre todo en la cuenca media del Tajo) lo hacen los segundos. Sin caer en determinismos geográficos a nadie se le escapa que los ámbitos que ocupan todas estas regiones son marcadamente distintos, y ello tuvo que influir de forma importante en el funcionamiento de las redes sociales, que no se desenvuelven de la misma manera en un ámbito montañoso, que en terrenos llanos, abiertos y con amplias y variadas arterias fluviales.

Por todo ello tanto los elementos generales compartidos como las peculiaridades regionales que presentan las decoraciones campaniformes pueden interpretarse como el resultado del desarrollo de los sistemas de intercambios entre grupos en sus distintas esferas o niveles de funcionamiento. La mayor interacción con los grupos cercanos habría ido gestando con los años áreas de mayor semejanza interna, que se habrían ido individualizando de las restantes, aunque nunca totalmente por lo que a su vez debió existir un funcionamiento constante de las redes sociales que comunicaban esas distintas zonas geográficas. Esto es al menos lo que sugiere una lectura directa de los resultados ofrecidos por el análisis del registro arqueológico.

Como tuve ocasión de exponer detalladamente en un apartado anterior, algunos arqueólogos anglosajones (Whallon, Deetz, Hill, Longacre, etc.) realizaron interpretaciones de este tipo en una serie de trabajos ya clásicos, posteriormente criticados (Stanislawski, 1973, Allen y Richardson, 1971) pero que han dejado una profunda huella (Plog, 1978). En ellas se proponía la hipótesis de que a mayor intensidad de relaciones entre dos grupos se producía una mayor semejanza decorativa, pues a través de los intercambios matrimoniales las mujeres intercambiadas llevaban los diseños aprendidos de sus madres. En nuestro caso podría proponerse algo semejante, si tenemos en cuenta las semejanzas regionales detectadas, pero no sin los adecuados matices, ya que como han demostrado diversos autores posteriormente el asunto es mucho más complejo. Como señala Plog (Ibidem: 15) existen múltiples factores que influyen en la distribución espacial de los restos arqueológicos, tanto dentro de los poblados como a nivel regional. En este último caso, el más interesante para lo que aquí se debate, la clave son los patrones de asentamiento. La mayor o menor movilidad de un grupo puede influir de forma determinante en la creación de semejanzas decorativas entre yacimientos sin necesidad de interacción entre comunidades. Esto parece indiscutible y desde luego ha de tenerse en cuenta, sobre todo en nuestro caso pues lo que se conoce actualmente de los patrones de asentamiento del Calcolítico meseteño habla precisamente a favor de la gran movilidad de estos grupos.

Algunas de las distribuciones geográficas reducidas que se han detectado en el análisis de las decoraciones campaniformes meseteñas podrían interpretarse, quizás, en este sentido. Es el caso de motivos como el 9bis en decoración interna que aparecen en dos sitios sorianos relativamente próximos (Almazán, nº 317 y San Esteban de Gormaz, nº 370), o el 10ch en sólo dos yacimientos madrileños muy cercanos (Tejar de Pedro Ugarte, nº 189 y Salmedina, nº 210) (Figuras 66 y 65), patrones como el ABCBABCBA en dos sitios de Guadalajara (Alcolea de las Peñas, nº 97, y Molina de Aragón, nº 103) (Figura 72), o el ABCBCBCBCBCBCBA en otros tantos salmantinos (Galisancho, nº 266 y La Tala, nº 277), o finalmente

combinaciones como (I)ABABA(F), que sólo se constatan en tres vecinos yacimientos madrileños (F. Euskalduna, nº 185; Ventorro, nº 193 y Salmedina, nº 210) (Figura 73). Sin embargo es igualmente evidente que muchas otras semejanzas detectadas en este estudio y que desbordan la escala local o microrregional de análisis exigen explicaciones alternativas a la propia movilidad, que además es un factor que favorece el contacto entre grupos, sobre todo en situaciones de baja densidad demográfica como la que presumiblemente se dio en la Meseta a comienzos del III milenio A.C.

Otro factor de enorme importancia y a tener muy en cuenta en los estudios de semejanzas estilísticas es el control temporal de los datos (Plog, 1978: 155-56; 1980: 23-25). Según este autor diversos trabajos etnográficos demuestran la gran variabilidad existente en la duración cronológica de los diseños, que a veces pueden cambiar en apenas 25 años. Por otra parte son indiscutibles las limitaciones de nuestros métodos de datación, que dificultan enormemente la determinación siquiera aproximada de la coetaneidad de los yacimientos. No obstante, las propias semejanzas detectadas son en cierto modo un reflejo de coetaneidad o al menos proximidad cronológica, por lo que este factor aunque importante e inevitable (con los métodos de datación hoy) no debe servir de excusa para obviar los patrones regionales que el análisis decorativo ofrece tan claramente. Finalmente otra de las recomendaciones metodológicas más usuales es la que se refiere a la necesaria equivalencia funcional de los sitios que son objeto de comparación (Voss, 1982: 46), pues el contexto influye en la clase de recipientes hallados, y estos a su vez en las características de la decoración que se les aplica a cada.

En nuestro caso, hemos decidido incluir en el estudio tanto lugares de hábitat como tumbas conjuntamente, en primer lugar para contar con suficiente muestra de información como para obtener resultados significativos, y en segundo lugar porque partimos del principio teórico según el cual las cerámicas campaniformes no son objetos comunes, domésticos, sino especiales y con un sentido específicamente ritual, función que con matices desempeñarían tanto en los poblados como las tumbas. De hecho las diferencias decorativas constatadas entre los recipientes procedentes de uno y otro contexto son muy leves, apenas de matiz, aunque desde luego interesantes. Por ello no extraña que una vez realizado el estudio estadístico los factores regionales sean los que agrupan los sitios, al margen de que sean o no funcionalmente equivalentes. Esto quizás refuerza algo más y de forma indirecta la hipótesis de que este tipo de cerámicas desempeñaron un papel especial que desborda desde luego el marco de las actividades meramente domésticas. Finalmente otros autores subrayaron asimismo la complejidad de los patrones de aprendizaje de los diseños cerámicos que no siempre siguen fielmente la línea del parentesco (Stanislawski, 1973), así como el papel del intercambio de cerámicas en todo este proceso (Plog, 1980: 19-22), factor este último de enorme interés que no debemos soslayar pero que difícilmente puede ser aclarado en nuestra zona, a falta de los oportunos análisis técnicos de procedencia como los recientemente publicados sobre el Campaniforme centroeuropeo (Rehman y otros, 1992).

Estas críticas inciden especialmente en la ingenuidad y los excesos interpretativos de algunas de estas teorías, pero no deben llevarnos sin embargo a rechazar cualquier posibilidad de estudio en esta línea. Los intercambios matrimoniales son una estrategia básica en las sociedades primitivas para establecer pactos entre grupos, o para obtener mano de obra, por lo que no es disparatado proponer que pudieran ser un factor más entre otros que contribuyera a la necesaria comunicación entre los mismos. Lo discutible es que de ello se derive mecánicamente una mayor semejanza decorativa, pero no que puedan intercambiarse también y por esta vía algunos usos decorativos, especialmente si pensamos en aspectos profundos como los esquemas internos, que no son fáciles de imitar sin aprendizaje previo, o contacto social muy intenso. De hecho algún trabajo reciente parece verificar mediante análisis químicos de restos humanos de tumbas campaniformes alemanas el movimiento de algunos individuos, especialmente femeninos (Price y otros, 1998).

La clave quizás esté no tanto en los medios por los cuales se genera esa semejanza, que debieron ser múltiples (intercambios matrimoniales entre ellos), sino sus causas, su finalidad. Y ello implica una reconsideración seria del papel del estilo, y en general de la cultura material, hacia una concepción distinta, donde no sea considerada como un mero reflejo, más o menos fiel según las opiniones, de procesos sociales varios. Wobst (1977) fue quizás el primero en apuntar hacia esta línea, con su consideración del estilo como un medio activo de comunicación, plenamente integrado en la dinámica de los cambios sociales. Por ello puede ser utilizado para transmitir mensajes relativos no sólo a la pertenencia al grupo sino también a otros aspectos de tipo ideológico o político (Ibidem: 327-328). Esta idea nos parece particularmente interesante, pues según se propuso en un capítulo precedente, las cerámicas campaniformes pudieron funcionar como vehículos materiales de una nueva ideología del poder, en una etapa de grandes transformaciones económicas y sociales, de las que el gran desarrollo del Campaniforme pudo ser reflejo. No en vano, y como señala Wobst (Ibidem: 326) es previsible que la cantidad de testimonios de comportamiento estilístico aumente cuando lo hacen también las redes sociales.

Sin embargo esta línea teórica no fue desarrollada hasta la década de los 80, cuando distintos autores intentan demostrar a través de múltiples trabajos etnoarqueológicos que el estilo, como forma activa de comunicación, puede ser utilizado intencionadamente en las estrategias de alteración y creación de relaciones sociales (Wiessner, 1984: 194). Como señalan varios autores (Shanks y Tilley, 1987a: 148, Hodder, 1990b: 46) en tanto que sistema de signos y práctica significativa el estilo estructura y delimita la forma en que la gente piensa y se aproxima a la realidad, es capaz de producir visiones nuevas e insospechadas de la sociedad y así cuestionarla, por lo que resulta de gran ayuda para aquellos individuos que buscan apoyos ideológicos para adquirir poder sobre los restantes miembros del grupo.

Desde mi punto de vista esta fue la función principal desempeñada por las cerámicas campaniformes y todo el complejo material e ideológico asociado con ellas, la razón de su origen, desarrollo y duración. En un periodo de grandes cambios sociales y económicos en casi toda Europa occidental, los incipientes líderes

intentan apuntalar su aún precaria situación y cuentan para ello con este complejo fenómeno de gran éxito “internacional”.

La emulación debió funcionar como importante mecanismo para potenciar el desarrollo de esta nueva red social de contactos, que indudablemente aprovechó el terreno abierto por los sistemas de intercambios muy anteriores, pero extendiéndola aún más hasta alcanzar una dispersión espectacular que aún hoy no deja de asombrarnos. De hecho se ha atestiguado el funcionamiento de procesos semejantes en diversos casos etnográficos, como la imitación de diseños estilísticos de castas superiores como método de promoción social entre los indios de Dangwara en la India central (Miller, 1982). Ello también podría explicar quizás las ostensibles diferencias de calidad constatadas en las cerámicas campaniformes de la Meseta.

En nuestro estudio del material meseteño se ha podido demostrar la existencia de una relación bastante coherente entre la similitud decorativa y la distancia geográfica. ¿Es ello una prueba de que las semejanzas reflejan la interacción?. A diferencia de las visiones procesuales de los años 70 la llamada arqueología contextual o posprocesual defiende que el estilo no es un reflejo pasivo de la interacción, sino un poderoso medio de intervenir activamente en las estrategias de lucha por el poder. Según Hodder (1982a: 185) no existe una relación simple y directa entre ambos, según la cual a mayor contacto tendremos mayor similitud, sino que depende de las estrategias e intenciones de los grupos que participan en ellas. Tal y como pudo comprobar en sus trabajos de campo etnoarqueológicos una relación conflictiva, de competición por los recursos entre dos tribus vecinas genera diferencias en su cultura material pues ésta se emplea como medio simbólico para transmitirlos, mientras que relaciones amistosas con otros pueblos más lejanos pueden originar mayores semejanzas. De asumir este punto de vista habríamos de concluir que no existían relaciones competitivas ni rivalidad alguna entre los grupos que fabricaban cerámicas campaniformes dentro de las distintas áreas establecidas a partir del análisis estadístico de la información meseteña.

Sin embargo es preciso analizar detalladamente el contexto social concreto de cada caso, como recomienda Hodder (1982b), y en la Meseta, a diferencia de los casos estudiados por este autor, nos encontramos con unas cerámicas especiales, que se emplean en unas determinadas circunstancias sociales y rituales, probablemente de acceso restringido. No informan por tanto respecto a las relaciones entre grupos en su conjunto, para lo cual habría que acudir a otros elementos más comunes del repertorio ergológico global, sino probablemente a las mantenidas entre sus respectivos líderes, o personajes dirigentes. Como señalamos antes en una situación social como la que propongo para la Meseta, estos personajes buscan precisamente identificarse con sus homónimos de los grupos vecinos, en sus maniobras para obtener poder y prestigio en su propia comunidad. De ahí el deseo de imitar, con mayor o menor fortuna según los casos, sus símbolos de poder, en este caso las cerámicas campaniformes y sus complejas decoraciones. Se busca adherirse a un complejo material e ideológico de gran prestigio, emblema del éxito personal, y que singulariza a su poseedor

como alguien muy especial. Por todo ello la mayor similitud sí podría servirnos de indicio indirecto de una mayor interacción, pero no tanto entre comunidades como entre sus líderes, aunque no es descartable que en algunos casos ambas fueran parejas, y desde luego no como reflejo pasivo sino en un contexto ideológico manifiesto, y hasta casi me atrevería a decir que propagandísticas. Ello no significa necesariamente que no existiesen conflictos o comportamiento entre estos jefes locales, pero desde luego no muy intensos. No en vano es conocida la ausencia de indicios de jerarquización en el patrón de asentamiento que puedan sugerir un incremento muy grande de la territorialidad (tampoco hay fortificaciones, etc.), en esta región al menos hasta momentos posteriores, ya en la Edad del Bronce, y aún entonces no en todas partes.

En cualquier caso el análisis de las decoraciones tiene diversos niveles, como ya explicamos con detalle en apartados anteriores. Y como sugiere Voss (1982: 74) hay aspectos visibles de las decoraciones (motivos), y otros que no lo son tanto (tamaño de las franjas, longitud de las líneas, repetición de los trazos, etc.), cuya interpretación por tanto no debe ser la misma. Así mientras los primeros tendrían un papel activo en el intercambio intencionado de información entre grupos (o entre líderes), y por ello mostrarán distribuciones regionales, los segundos, al ser difícilmente apreciables a simple vista quizás sí reflejarán de forma indirecta (pasiva) la interacción “real” que existió entre los grupos participantes. Resulta muy interesante establecer un contraste semejante en nuestro caso, esta vez entre los motivos decorativos y los esquemas o patrones que los organizan. Como vimos más arriba, el análisis estadístico de ambos ofrecía resultados semejantes a efectos regionales, desde luego no lo hacía de forma tan clara en el caso de los esquemas, pero existían factores externos determinantes para explicarlo como la menor riqueza de la muestra.

La constatación de semejanzas regionales en estructuras profundas de la decoración, que a diferencia de los meros diseños o motivos, sólo pueden adquirirse a través del contacto social directo e intenso, nos demuestran que la interacción real entre comunidades vecinas debió ser muy intensa. Ello unido a la movilidad de los modos de vida de estos grupos, originó grandes áreas estilísticas, con estrechas relaciones en aquellas regiones abiertas y con fáciles comunicaciones (cuenca media del Tajo, suroeste y centro de la cuenca del Duero) y fenómenos algo más locales en las que se desarrollaron en ámbitos montañosos como el reborde oriental de la meseta norte.

Todo ello sin olvidar que existe un amplio, rico y profundo patrimonio decorativo común a todo lo que llamamos estilo Ciempozuelos, que no puede ser soslayado y que incide nuevamente en la continua e intensa interconexión que debió establecerse entre todos estos ámbitos geográficos durante siglos. Sólo factores sociales y económicos de gran calado, como los sugeridos anteriormente, y no una simple “moda” pueden hallarse tras fenómenos tan complejos y prolongados como el Campaniforme.

IV.B. Metal.

1. La metalurgia “campaniforme”.

Los elementos metálicos que forman parte del Campaniforme encuentran su mejor expresión en los contextos funerarios, como consecuencia lógica de su carácter de elementos de ostentación, con un valor esencialmente social, más que puramente práctico (Gilman, 1981: 5; Renfrew, 1986: 162; Sherratt, 1976: 579, etc.). Sin embargo es en los contextos domésticos, donde se pueden recoger los escasos testimonios disponibles sobre su elaboración (escorias, vasijas - horno, hogares, etc.). Se conocen hasta el momento en la meseta 144 yacimientos campaniformes con testimonios metálicos, 106 en la submeseta norte y 38 en la sur. No obstante, la inmensa mayoría de ellos son en forma de productos terminados, pues sólo siete de ellos han proporcionado información sobre la actividad metalúrgica en sí, que son los conocidos fragmentos de vasijas - horno con adherencias de cobre. Representan las primeras etapas de transformación del mineral, y demuestran así que éste llegó a esos yacimientos para ser tratado desde los comienzos del proceso metalúrgico. Entre ellos destaca la espectacular colección recuperada en el poblado madrileño de El Ventorro (nº 193), con 63 ejemplares además de otro tipo de restos como goterones y escorias de cobre. Otros yacimientos meseteños con testimonios de esta clase son El Alto de la Yecla en Santo Domingo de Silos, Burgos (nº 61), donde se recoge la noticia algo confusa del hallazgo en superficie de un fragmento de “cuchara” de barro con restos de cobre fundido en su interior; El Castellón en Villanueva de los Infantes, Ciudad Real (nº 86), en cuyo nivel estratigráfico nº 4 se recogió un fragmento de torta de fundición de cobre; el Abrigo de Rillo de Gallo en Guadalajara (nº 107), donde aparecieron en un nivel muy revuelto tres recipientes lisos con adherencias de cobre y una escoria, uno de los cuales es claramente un crisol con pico vertedero; el Arenero de Soto II, en Getafe (nº 156), con un gran fragmento de vasija – horno hallado en la excavación de un “fondo de cabaña”; Villaviciosa de Odón en Madrid (nº 237), donde se recogieron en superficie dos fragmentos cerámicos lisos con adherencias de cobre; El Guijo en Mazarambroz, Toledo (nº 405), en cuya prospección se recogió un fragmento de vasija – horno con adherencia de cobre; y finalmente El Pico del Castro en Quintanilla de Arriba, Valladolid (nº 478), donde la excavación de una cabaña proporcionó un fragmento cerámico liso con adherencias de cobre.

Como puede apreciarse una buena parte de estas piezas se han recuperado en hallazgos superficiales o carentes de contexto estratigráfico claro, por lo que no proporcionan más información que la derivada tanto de sus propias características como de la composición metalográfica de las adherencias que portan en su cara interna. En lo que se refiere al primer aspecto, es decir sus características físicas, las vasijas – horno no constituyen en modo alguno un tipo cerámico especializado, sino que más bien parece que se utilizan para este cometido un conjunto muy variado de formas y tamaños (Rovira y Montero, 1994: 160; Montero, 1994: 227; Alcalde y otros, 1998: 91-92). En el caso de los ejemplares meseteños si es posible apreciar un cierto predominio cuantitativo de los cuencos, que no olvidemos suelen ser la forma más abundante en los

repertorios cerámicos de los asentamientos. Así en El Ventorro (Madrid) con 63 fragmentos de crisoles, Priego y Quero (1992: 308) los describen como “... recipientes hemiesféricos de tamaño mediano (10-20 cm. de diámetro) con bordes redondeados de dirección abierta o ligeramente entrante. Su parte externa está alisada mientras que la interna presenta una gran erosión ocasionada por la alta temperatura recibida. Presentan casi siempre un color gris. El espesor de sus paredes oscila entre 5 y 10 mm., siendo su cocción mayoritariamente reductora. El desgrasante utilizado es el cuarzo de tamaño mediano”. También son cuencos hemiesféricos los ejemplares de El Guijo (nº 405), y Pico del Castro (nº 478), y dos de los tres hallados en Rillo de Gallo (nº 107), pues el tercero es distinto, más plano, con pico vertedero y labio decorado mediante incisiones.

No obstante, existen también otro tipo de vasijas – horno distintas, como el fragmento hallado en el Arenero de Soto II (nº 156), un gran recipiente de gruesas paredes, y algunos de El Ventorro. Se trata de tres piezas, un fragmento de galbo con perfil en S, y dos que pese a ser cuencos, portan decoración incisa de estilo Ciempozuelos (Láminas 42: 22-23). En estos últimos se expresa, mejor que en cualquier opinión o teoría, la clara vinculación entre Campaniforme y metalurgia por un lado, y entre los elementos metálicos y cerámicos del fenómeno objeto de estudio por otro, como partes integrantes de un mismo complejo. No se trata de un caso único, sin embargo, pues existen otros ejemplares similares como los baleáricos de Son Matge (Waldren, 1986: 6), la espectacular muestra de 18 piezas recientemente recuperadas en el abrigo catalán de la Bauma del Serrat del Pont (Alcalde y otros, 1998), o el fragmento del yacimiento sevillano de El Acebuchal en Carmona, esta vez un vaso campaniforme de estilo Marítimo (Harrison, Bubner y Hibbs, 1974: 83 y 90 y figura 9: nº 25a).

En lo que respecta a la composición metalográfica de estas adherencias, cada vez contamos, por fortuna, con un mayor número de análisis, especialmente por el desarrollo de proyectos de investigación recientes (Rovira y otros, 1997). Así, de los siete yacimientos con vasijas – horno conocidos en la Meseta, seis han sido analizados, pues sólo el antiguo y desaparecido hallazgo de Silos queda fuera de esta nómina. En todos los casos se trata de cobres con un importante contenido de arsénico, que supera con creces el usualmente documentado en las piezas metálicas terminadas, como lógico reflejo de esa primera etapa de transformación del mineral, recién extraído y transportado al yacimiento. Sólo un ejemplar de Rillo de Gallo (nº 107) con un alto contenido en estaño destaca del conjunto (Ibidem: 215), pero podría pertenecer a un momento cronológico posterior, nada extraño si tenemos en cuenta el severo grado de remoción constatado en la excavación de este yacimiento

En general, teniendo en cuenta no sólo las adherencias sino también las piezas metálicas completas relacionadas con el Campaniforme meseteño, podemos señalar que de los 144 yacimientos inventariados en este trabajo, 94 cuentan ya con análisis metalográficos publicados, lo que supone el 65'27 % del total. Son cobres puros o arsenicales, ya que los primeros bronce binarios no aparecen en la región, como en el resto de

la Península, hasta bien entrada la Edad del Bronce, aunque recientes hallazgos parecen situar los primeros ejemplos en etapas anteriores (Alcalde y otros, 1998: 95-97). Según señalan Rovira y otros (1992a) en un trabajo sobre la región soriana, extensible al resto de la Meseta, durante el Calcolítico y el Bronce antiguo hay un claro predominio de los objetos de cobre puro, un menor protagonismo de los cobres arsenicales, siempre accidentales (Rovira y Montero, 1994: 163-166), y la posible aunque muy excepcional aparición de los primeros bronce binarios, probablemente también accidentales. La existencia de estos primeros bronce pobres en estaño ha sido a veces atribuida a los primeros ensayos de aleación intencional, en una etapa de transición tecnológica; sin embargo estos autores se inclinan por la posibilidad de que se trate, como en el caso de los cobres arsenicales, de combinaciones accidentales, cuando los minerales de cobre se presentan en asociación natural con los de estaño. Hecho que, por ejemplo, se ha podido comprobar en muestras recogidas en zonas meseteñas como Toledo (Montero, Rodríguez y Rojas, 1990), o la Sierra de Guadarrama, en la Garganta de los Montes (Madrid), con valores altos de estaño (5-6%) que llegan a superar en ocasiones el 10 %. De hecho, se conocen en la Meseta dos puñales de lengüeta de bronce, ambos sorianos (Fuencaliente de Medina con 11'48 % de Sn. y Garray con 15'7 %), que no en vano presentan también rasgos tipológicos propios de etapas más avanzadas de la Edad del Bronce. Otros supuestos bronce de esta etapa, ni siquiera lo son en realidad, como pudo verificarse en el caso del ajuar metálico de la tumba campaniforme de Fuente Olmedo (Valladolid), cuando los nuevos análisis metalográficos demostraron que se trataba de cobres puros o arsenicales.

Respecto a las áreas de abastecimiento de mineral en el ámbito meseteño, contamos ya con varios trabajos de gran interés, que nos permiten conocer bastante bien este aspecto tan importante del proceso metalúrgico. El primero de ellos se realizó en la provincia de Toledo, donde se pudieron localizar un buen número de afloramientos de minerales de cobre en distintos puntos, especialmente en la zona de los montes de Toledo, en varios de los cuales se recogieron muestras que fueron analizadas, lo que permitió la caracterización de algunas minas individuales en función de su particular composición metalográfica. No obstante, no se pudieron vincular de forma concluyente con piezas metálicas concretas, aunque sí pudieron establecerse relaciones entre algunos yacimientos como el Guijo, en Mazarambroz (nº 405) y las mineralizaciones de su entorno inmediato (Montero, Rodríguez y Rojas, 1990). La Sierra madrileña es otra de las áreas metalúrgicas recientemente estudiadas y caracterizadas, como área de abastecimiento del importante número de asentamientos calcolíticos de las cuencas bajas del Manzanares, Jarama, y Tajuña (Blasco y Rovira, 1992-3; Rovira y Montero, 1994: 154-159; Montero, 1998: 205-209), concretamente el eje metalotécnico que se extiende desde Miraflores hasta El Berrueco. Los análisis técnicos parecen confirmar esta idea que ya se había sugerido anteriormente (Rovira, 1989: 363 y Blasco y otros, 1988-9: 221) a partir del examen de las rocas con que fueron confeccionados los útiles pulimentados de algunos yacimientos campaniformes madrileños de la zona de Pinto, al parecer obtenidas de los gneis de la formación Buitrago asociados a ese eje metalotécnico antes mencionado. El mal conocimiento arqueológico de la Sierra madrileña impide hacer más precisiones, aunque algunos hallazgos inéditos recientes de la Carta

Arqueológica de Madrid (en Bustarviejo, Lozoya, etc..) por desgracia escasos y de difícil datación (puntas de flecha de sílex de pedúnculo y aletas o hachas pulimentadas aisladas y sin contexto claro), demuestran que la Sierra fue una zona habitualmente visitada por gentes de este momento. Presumiblemente procederían de los hábitats meridionales, desde donde se desplazarían en busca de diversas materias primas (rocas para los útiles pulimentados y mineral de cobre) o de pastos frescos en verano, ya que las condiciones climáticas del área dificultan notablemente la vida allí durante la estación invernal.

Una vez descritos los testimonios materiales de estas actividades podemos detenernos ahora en dos de los aspectos principales de la metalurgia calcolítica meseteña, las características básicas del proceso metalúrgico y sus distintas etapas, y por otro lado, el contexto arqueológico de todo ello. Dos yacimientos han aportado la información más importante sobre estas materias, el Arenero de Soto II (nº 156) y El Ventorro (nº 193), respectivamente. En el primero de ellos se hallaron varios fragmentos de una vasija -horno con adherencias de cobre, que fueron analizadas en su día por Rovira (1989), quien pudo reconstruir con detalle el proceso metalúrgico allí desarrollado. Ello puede servir de modelo general, ante la ausencia de hornos cerámicos conocidos, y la multitud de ejemplos de este tipo de recipientes en la Península y la Meseta, como hemos visto anteriormente. Se trata de una gran vasija que sirvió como horno para el primer procesamiento del mineral de cobre. En su interior se trataron minerales oxidados polimetálicos donde se daba la aleación natural de Cobre – Arsénico – Hierro – Plomo. Para actuar como autofundentes se añadieron hematites o limonita, y como fluidificantes también se aportaron arenas.

Todo ello se introdujo en esa vasija de gruesas paredes, que actuó como pequeña cámara de reducción, que contenía carbón al rojo, al que se iría añadiendo una mezcla de minerales finamente machacados y más carbón o leña seca para no frenar la combustión y mantener la temperatura y ambiente reductor adecuados. Desde luego sería necesaria la aireación forzada para subir la temperatura hasta los límites de transformación de los minerales; de hecho se ha demostrado experimentalmente que el carbón vegetal avivado por un chorro de aire alcanza más de 1100° C, y para iniciar las reacciones de reducción de la malaquita y cuprita basta con 800° C. Esta aireación sería obtenida a pulmón soplando con tubos de caña o con fuelles de pellejo. No conocemos por ahora en la Meseta ejemplos de toberas de arcilla, como las halladas recientemente en otras áreas peninsulares (Alcalde y otros, 1998: 91-92). Una vez acabado el proceso y enfriado el conjunto se rompería la vasija para extraer una masa vítrea sólida formada por escorias y minerales parcialmente reducidos, entre los que estarían embebidos filamentos, lentejuelas y goterones de cobre metálico. El cobre se recuperaría rompiendo con martillos pétreos la masa escoriácea, y reaprovechando también los minerales de cobre no reducidos. Con este procedimiento el rendimiento de cobre obtenido en cada fundición es bajo (no más de 30 %), pero como permite el reciclado de mineral, el rendimiento final podría acercarse al 80 %.

Esta técnica de la vasija-horno tiene además paralelos etnográficos, por ejemplo en Tawi Aarja (Omán), donde se realizaba esta operación en grandes recipientes cónicos que se enterraban en el suelo hasta la boca, algo que probablemente también se hizo en el caso madrileño, pues como señala Rovira (1989), el medio refractario envolvente mejoraría el rendimiento térmico. Finalmente el cobre metálico sería refundido en crisoles, que serían recipientes de escaso tamaño y muy planos, a veces con pico vertedero. Sobre este último tipo de recipientes existen por desgracia muy escasos testimonios, que en la Meseta se reducen a un único ejemplar, procedente del yacimiento de Rillo de Gallo (nº 107). Una vez concluido este refinado o refundición, el cobre se introduciría en moldes, de los que saldrían ya las piezas completas, que luego serían retocadas con un martilleo en frío, y a veces con un nuevo calentamiento suave de la pieza.

Si existe un yacimiento en nuestra área de estudio, donde se ha podido constatar mejor este proceso es en El Ventorro, Madrid (nº 193). Allí pudieron documentarse las estructuras de hábitat donde se llevaron a cabo estas actividades (Figura 5). Se trata de dos cabañas, la nº 021 *“...la que posee mayor número de objetos relacionados con la metalurgia, 57; en su parte suroeste, tiene un <<hogar>> formado por piedras colocadas unas al lado de las otras formando media circunferencia, con huellas de combustión, que podría tener relación con la actividad metalúrgica, en funciones de horno de fundición. Por su parte, los hallazgos se hallan concentrados en la parte norte de la cabaña”* (Priego y Quero, 1992: 300). Y la nº 013 donde *“... los 17 restos relacionados con la metalurgia, ocupan aproximadamente su mitad, en un área de dispersión de unos cuatro metros. En el perímetro de esta cabaña, existe también una estructura de hipotética relación con el taller metalúrgico: se trata de un conjunto de cerámica, piedras y bloques de barro, de unos 0' 60 m. de diámetro, dispuestos de forma circular que forman una especie de suelo en la proximidad de cinco fragmentos de crisol..., perdigones de cobre y dos manos o molederas..., encontrados también junto a este suelo...”* (Ibidem).

También hay indicios de actividad metalúrgica en otras estructuras como *“...En el fondo 003 y en la cabaña 005, han sido hallados restos de mineral de cobre asociados a cerámica campaniforme, como es habitual en El Ventorro. Uno de ellos ..., presenta una impronta de tejido en una cara. En la cabaña 005, los perdigones de cobre aparecieron en una especie de hogar delimitado esta vez por una tierra fina suelta muy oscura completamente calcinada, en donde también apareció una cuchara de barro con apéndice perforado en sentido longitudinal y agujero que va a dar a la cazoleta. En esta misma cabaña había un pavimento de cantos rodados dispuestos ordenadamente sobre una capa de arcilla con dos grandes piedras que quizá tuvieron uso como escaños y un bloque de barro cocido también grande. Las cucharas de barro con mango perforado, han sido consideradas boquillas de horno, pipas e incluso crisoles...”* (Idem: 301).

Vemos, por tanto, cómo en El Ventorro las actividades metalúrgicas de transformación se desarrollan en las mismas cabañas donde se documentan todas las demás facetas propias de la vida doméstica (talla de sílex, cocina, etc.). No existen, por tanto áreas especializadas, y el aspecto general de todo el proceso

metalúrgico en estas comunidades calcolíticas meseteñas es de una gran simplicidad, con una producción esporádica, de escaso volumen y ámbito local, que explota a pequeña escala los afloramientos de cobre más cercanos, en las mismas zonas visitadas para el aprovisionamiento de otros recursos (pastos, rocas, etc.), y no requiere grandes inversiones de trabajo. No precisaba de estructuras ni materiales especializados para su realización, pues tiene lugar en las mismas cabañas donde se desarrollan otras actividades domésticas y emplea recipientes cerámicos comunes, que son reaprovechados, por todo lo cual parece que no fue una actividad económicamente determinante para estos grupos (Rovira y Montero, 1994: 170-171). Se sitúa así la metalurgia en una posición radicalmente diferente a la que los enfoques tradicionales le atribuían, y que no en vano sirvió para la definición de la Edad del Cobre como una etapa singular y diferenciada, en una periodización que de hecho aún manejamos.

Quedan así descartadas viejas hipótesis que atribuían a la metalurgia un papel transformador de la sociedad, todo lo cual es perfectamente asumible. Sin embargo, no es menos cierto que, como suele ocurrir con los paradigmas teóricos, parece que se está incurriendo ahora en ciertos excesos interpretativos, que al dejar totalmente desprovista de significado a la metalurgia, pueden caer en el absurdo de no explicar las razones de su origen y desarrollo. Parece claro que los primeros objetos metálicos de la Prehistoria europea han sido ornamentos y armas, y no útiles, razón por la cual varios autores son partidarios de atribuir al surgimiento de la metalurgia un significado más social que puramente económico o tecnológico, aspectos estos últimos que sólo tendrán su auténtica dimensión en etapas más avanzadas de la Edad del Bronce. Por ello, si evaluamos esta incipiente actividad de los grupos calcolíticos peninsulares y meseteños en términos tecnológicos o económicos, difícilmente podremos apreciar su auténtico valor y papel, pues, sin duda, aparecerá ante nuestros ojos contemporáneos como una actividad de escasa entidad e importancia.

Quizás en este sentido fuera de gran valor acudir al registro etnográfico, como medio para intentar evitar los excesos inherentes a nuestra moderna visión del registro arqueológico, en tanto que miembros de sociedades capitalistas e industriales (Rowlands, 1971: 210). Es muy extensa la bibliografía disponible respecto al valor que las sociedades “primitivas” atribuyen a la metalurgia, y pese a que de ella se han extraído de forma un tanto acrítica algunas ideas de gran calado en la arqueología tradicional (Ibidem), no es menos cierto que en muy diversos trabajos, algunos de ellos muy recientes se insiste en una serie de conceptos que nos parecen particularmente interesantes (Brown, 1995; Schmidt y Mapunda, 1997). Me refiero a los aspectos rituales de la metalurgia, una actividad siempre rodeada de un aura de misterio, y que implica el dominio de ciertos conocimientos mágicos, esotéricos, que suelen estar en manos de unos pocos individuos, celosamente guardados. Por ello en algunas sociedades los metalúrgicos reciben un tratamiento especial, próximo al que tienen los chamanes (Eliade, 1974: 71-77), y en el desempeño de sus actividades han de respetar una serie de tabúes, fundamentalmente sexuales, que inciden aún más en su carácter peculiar (Ibidem; Brown, 1995: 61-62). Si tenemos en cuenta que todo ello ocurre en sociedades que utilizan ya el hierro y cuya metalurgia cuenta con un importante componente económico y comercial desde hace siglos,

podemos imaginar el valor que estos aspectos tendrían para las incipientes comunidades calcolíticas de Europa occidental. No en vano, es en el ámbito funerario donde las piezas metálicas adquieren su auténtica dimensión, y ofrecen sus mejores muestras. Sólo así contemplada se comprende su auténtica razón de ser en las sociedades primitivas, como un elemento de fuerte carga simbólica e ideológica, y parte integrante de los conjuntos materiales que, como el Campaniforme, se utilizan en las estrategias legitimadoras y de lucha por el poder y prestigio social. Por ello, es posible conciliar una aparente modestia de medios, sobre todo en cuanto a escala de producción y distribución, con la indudable importancia que debió tener para unos grupos humanos que obstinadamente se empeñaron en desarrollarla durante siglos.

2. Los tipos metálicos.

Como señalamos anteriormente la gran mayoría de yacimientos campaniformes que han proporcionado información sobre metalurgia lo han hecho en forma de productos terminados, de objetos (armas, adornos, etc.). En concreto 136 de los 144 cuentan con testimonios de ellos, lo que supone un 94'44 %. Constituyen un conjunto escueto de tipos característicos, algunos de los cuales (hachas planas, punzones, orfebrería áurea, etc.) ya existían antes de la aparición de este fenómeno en el área de estudio, y en general en el resto del ámbito peninsular, aunque otros como las Puntas Palmela o los puñales de lengüeta están indiscutiblemente vinculados con él. De hecho, en el inventario de datos de este trabajo se han recogido los elementos metálicos relacionados con este fenómeno, y no sólo aquellos que se han encontrado directamente asociados con cerámicas campaniformes. Así, de los 136 hallazgos de elementos metálicos en el área de estudio sólo en 46 (33'82 %) se han podido asociar con ellas (los demás o son hallazgos aislados, o han aparecido junto a otros objetos del complejo campaniforme como brazales o botones). De esos 46, 39 de ellos son de estilo Ciempozuelos, 12 Puntillados, 10 de estilo Marítimo y 8 lisos.

En lo que se refiere a los contextos de aparición, estos son mayoritariamente funerarios, pues de los 39 yacimientos en los que este aspecto ha podido ser precisado, 8 son poblados y 31 tumbas. Este dato no es en absoluto sorprendente, en primer lugar por razones obvias de mejor conservación de estas piezas en esa clase de hallazgos, pero también porque este tipo de objetos eran reutilizados constantemente y sólo se colocaban fuera de circulación, por razones sociales o rituales, para formar parte de ajuares funerarios, y lógicamente no forman parte de los desechos de los poblados. Por ello, los escasos objetos metálicos hallados en lugares de hábitat suelen ser muy simples (punzones, o como máximo alguna Punta Palmela).

2.1. Punzones.

Es un tipo simple, de los más antiguos de la metalurgia calcolítica, y por esa simplicidad también de los más duraderos. Se fabrica a lo largo de toda la Edad del Bronce, pero su inclusión en varios ajuares funerarios campaniformes meseteños, como Ciempozuelos (yacimiento nº 145, Lámina 28: 2), Galisancho

(nº 266, Lámina 60: 7), donde se halló una pieza en el interior de un cuenco campaniforme, o Villar del Campo (nº 385, Lámina 82: 9), permiten incluirlos con seguridad dentro del repertorio ritual campaniforme. En este trabajo hemos recogido sólo aquellos punzones cuya asociación al Campaniforme es clara clara, que hacen un total de nueve yacimientos con 18 ejemplares de este tipo (14 ejemplares de 5 yacimientos en la meseta norte y 4 piezas de 4 yacimientos en la meseta sur). De ellos sólo 11 piezas han llegado completas hasta nosotros, cuya longitud se comprende entre los 16'4 cm. de la más grande (Galisancho, nº 266 y Lámina 60: 7) y los 5'3 cm. de la menor (Castillo de Cardeñosa, nº 18 y Lámina 5: 3), aunque la mayor concentración de casos, 7 de ellos (63'63 % del total), se produce entre los 6 y 9'3 cm. de longitud. De las 18 leznas documentadas en contextos campaniformes de la Meseta ocho han sido analizadas (44'44 % del total), y se trata en todos los casos de cobres puros o arsenicales.

En lo que se refiere a los contextos de aparición de estas leznas, de los nueve yacimientos, cuatro son poblados (nº 18, 86, 193, 207), cuatro tumbas (nº 145, 264, 266, 385) y uno indeterminado (nº 512). Como señaló en su día Clarke (1970: 265 y 449), y ha reiterado recientemente Brodie (1997: 300) se observa en el ámbito británico, una asociación preferente de los punzones con enterramientos femeninos. Por desgracia carecemos por completo de información al respecto en nuestra área de estudio, pues de los cuatro contextos funerarios antes apuntados, dos son dólmenes (nº 263 y 266), y los otros dos hallazgos antiguos (nº 145 y 385), por lo que no se ha podido vincular ninguna de las piezas con restos humanos concretos y analizados. Sólo sabemos que en Ciempozuelos el punzón se halló junto al puñalito de lengüeta, en un enterramiento que contaba con el clásico trío vaso – cuenco- cazuela de los ajuares de estilo Ciempozuelos; y que en Galisancho, apareció dentro de uno de los cuencos incisos.

En definitiva nos hallamos ante quizá el único componente metálico de los conjuntos campaniformes que no es un arma ni un adorno, sino un objeto aparentemente utilitario. No obstante es indudable que debió tener un papel simbólico dentro de los rituales campaniformes, pues forma parte de algunos ajuares funerarios en distintas partes de Europa. Además podemos señalar que al menos algunas de las piezas depositadas en los sepulcros meseteños, especialmente la de Ciempozuelos, no habían sido utilizadas, pues cuentan con filos muy agudos y se encuentran en perfecto estado de conservación.

2.2. Hachas planas.

Nos encontramos aquí con un caso similar al anterior, a saber un tipo metálico cronológicamente anterior al Campaniforme, que se incorpora a él cuando aparece éste en la zona, formando parte de sus componentes metálicos, si bien nunca con la frecuencia de otros tipos que sí aparecen por primera vez asociados con él. Por ello sólo se han recogido aquellas piezas claramente asociadas a contextos campaniformes. Esto reduce el inventario a siete yacimientos con ocho ejemplares (cuatro piezas de otros tantos yacimientos en la meseta norte, y cuatro piezas de tres yacimientos en la meseta sur). La mayoría

de ellos se recogieron en poblados (Alto del Picacho en Silos, nº 64; Fábrica Euskalduna en Madrid, nº 185 y Láminas 39: 21-22; Cueva de Arevalillo, nº 282 y Lámina 63: 5, y Cerro del Ahorcado en Madridanos, nº 503 y Lámina 102: 5), y sólo dos son funerarios, el dolmen de Entretérminos (nº 147 y Lámina 29: 19), donde carecemos de informaciones seguras sobre su ubicación concreta y asociaciones, y el antiguo hallazgo de Majazala en Toledo (nº 433), con problemas semejantes. Lo único que sabemos de este último caso es que se trata de una pequeña hacha que no supera los diez cm. de longitud, que formaba parte de un ajuar funerario compuesto por el cuenco inciso conocido, un recipiente liso (posiblemente un vaso campaniforme por la descripción), y una pequeña hachita de piedra pulimentada. Indudablemente se trata de un ajuar muy atípico, por lo que sin descartar por completo esta información sí conviene manejarla con extremo escepticismo dadas las circunstancias y antigüedad del descubrimiento.

En conclusión, las hachas planas constituyen un tipo metálico indudablemente relacionado con el Campaniforme, por su cronología y ciertos hallazgos contextos domésticos sobre todo, pero que no debió tener un papel especialmente relevante en los rituales funerarios vinculados con este fenómeno.

2.3. Puntas Palmela.

Es uno de los tipos representativos del Campaniforme meseteño e ibérico, y sólo algunos ejemplares distribuidos por el sur de Francia (Ambert y otros, 1996), y más raramente por el Maghreb, desbordan una dispersión estrictamente peninsular. Desde el punto de vista cronológico, existe un consenso generalizado en situarlas en el Bronce antiguo, según la periodización tradicional, esto es *grosso modo* entre el 1800-1650/1550 a.C. (sin calibrar), tanto a través de los escasos ejemplares datados por C14 en contextos arqueológicos seguros, como sobre todo por sus asociaciones (Campaniforme de estilo Ciempozuelos, Alabardas de tipo Carrapatas, puñales triangulares planos de tipo atlántico, alfileres de cabeza de paleta o raqueta lisos, gargantillas de oro y puñales de lengüeta) (Delibes y Fernández-Miranda, 1981: 157-160). Aunque, como señalan los autores antes mencionados (Ibidem: 160), los tipos más evolucionados o Puntas de tipo Pragança podrían llegar a situarse cronológicamente hasta el 1500/1450, y representarían un estadio intermedio entre las Puntas Palmela y las Puntas de Pedúnculo y Aletas del Bronce medio.

Por otra parte, hay testimonios que demuestran la perduración, no tipológica pero sí funcional, de algunas Puntas Palmela en fechas muy posteriores, como el Bronce final, por ejemplo en el depósito burgalés de Padilla de Abajo o en la Cueva de Arevalillo (Segovia) (Mac White, 1951: Lam. XXII; Fernández-Posse, 1981). En cuanto a su funcionalidad, parece probable suponer que fuesen extremos de jabalinas o lanzas de escasa envergadura, más que puntas de flecha, como ya señaló Delibes (1977: 109), por razones obvias de peso y tamaño, que las harían poco efectivas frente a las puntas de flecha de sílex, junto a las que además han aparecido en la célebre tumba vallisoletana de Fuente Olmedo (nº 459 y Lámina 98).

	Yacimientos	Ejemplares
Meseta norte	80 (30)	140 (60)
Meseta sur	23	30

Se han podido recopilar hasta el momento en la Meseta 170 ejemplares procedentes de 103 yacimientos (Figura 81), lo que supone un incremento espectacular de las cifras de información disponibles en comparación con los últimos inventarios publicados, en concreto el trabajo de Delibes y Fernández-Miranda (1981: 183-184) sobre la Meseta norte (entre paréntesis indicado en la tabla adjunta).

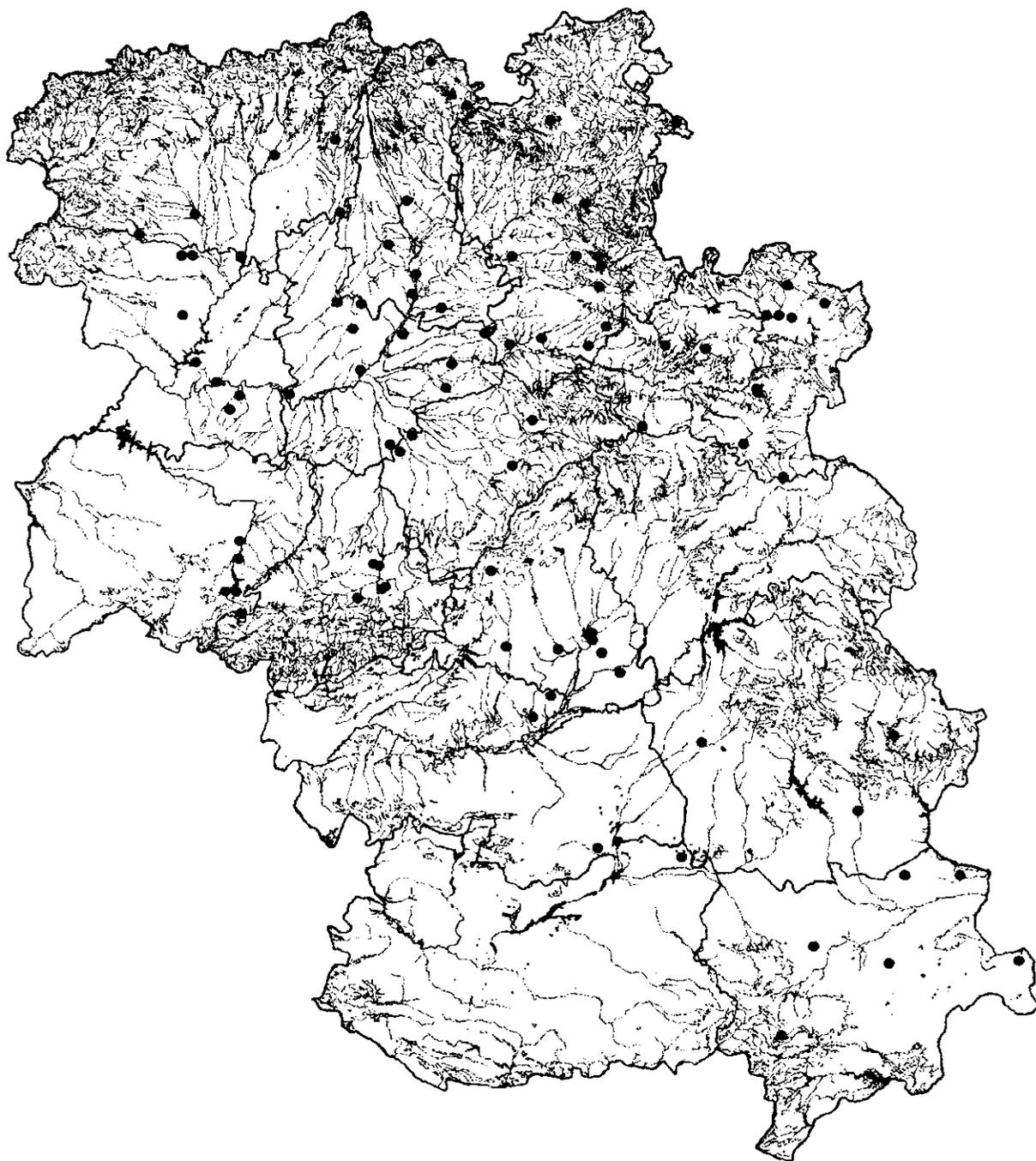


Figura 81. Mapa de dispersión de los hallazgos de Puntas de tipo Palmela en La Meseta.

La distribución claramente desigual a favor de la Meseta norte es un hecho indudable y no restringido al caso de las Puntas Palmela, pues se manifiesta en general en todo lo relacionado con la metalurgia. Aunque, sin duda, han de existir condicionantes actuales relativos a la desigual intensidad de las investigaciones en ambas regiones, las diferencias son tan evidentes que resulta difícil no admitir que ello debe responder a un patrón real, aún difícil de explicar. En cuanto al contexto de aparición, el reparto es muy desigual, pues de los 103 yacimientos que han proporcionado este tipo de puntas, en 77 casos (74'75%) resulta indeterminable, en 19(18'44%) son tumbas y finalmente sólo en 7 (6'79%) se trata de poblados.

Pese a pertenecer a un mismo y claro tipo metálico, de hoja plana más o menos ovalada y pedúnculo, existe una apreciable variedad morfológica, especialmente en el tamaño pero también en otros rasgos peculiares como la forma de la hoja o el tamaño del pedúnculo, y la unión entre ambos. Esto llevó a Delibes (1977: 109-111) a proponer una tipología tentativa con significado cronológico aunque atenuado, pues no en vano como el propio autor reconoce, varios de los tipos reconocidos coexisten por ejemplo en el ajuar funerario de la tumba vallisoletana de Fuente Olmedo (nº 459 y Láminas 98). El tipo A1 se caracterizaría por tener una hoja oval ligeramente apuntada en el extremo y largo pedúnculo, y contaría con dos variantes, según el tamaño del pedúnculo fuese muy notable (A2) o corto (A3). En el tipo B el pedúnculo se forma por estrangulamiento de la hoja mediante dos escotaduras muy marcadas, y tiene otras dos variantes según el tamaño del pedúnculo sea grande (B1) o pequeño (B2). Finalmente el tipo C consiste en Puntas de forma romboidal donde el pedúnculo es ancho y parece más una lengüeta (Figura 82). Un trabajo arqueometalúrgico reciente (Rovira, Montero y Consuegra, 1992b: 278) parece haber confirmado, también desde el punto de vista tecnológico, el sentido general de la seriación tipológica de este investigador.

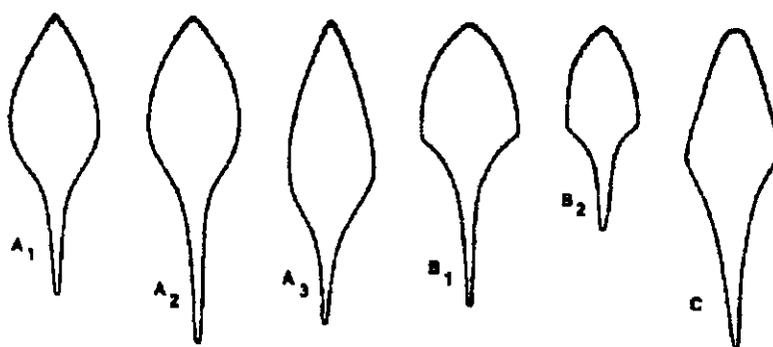


Figura 82. *Tipología de Puntas Palmela propuesta por Delibes (1977).*

Así pues, recogiendo esta propuesta de Delibes, y con la ventaja del mayor número de ejemplares disponibles, hemos intentado acometer el estudio tipológico exhaustivo de estas puntas, con métodos estadísticos multivariantes. Conscientes de la dificultad de la tarea, y de la escasa validez cronológica de los eventuales resultados, el propósito fundamental ha sido intentar establecer las tendencias básicas de variación formal de las piezas y su relación con la distribución geográfica que presentan. Con ello se intenta estudiar el funcionamiento de las redes sociales de intercambios por los que circularon, sus

características e intensidad, en las distintas escalas interregional, regional y local. En una primera aproximación a este complejo estudio, se han reflejado en un gráfico los 137 casos (80'11 % del total) en los que contamos con sus dos dimensiones básicas, la longitud total y la anchura máxima en la hoja, lo que nos permite ya apreciar una de sus características fundamentales, y es su homogeneidad.

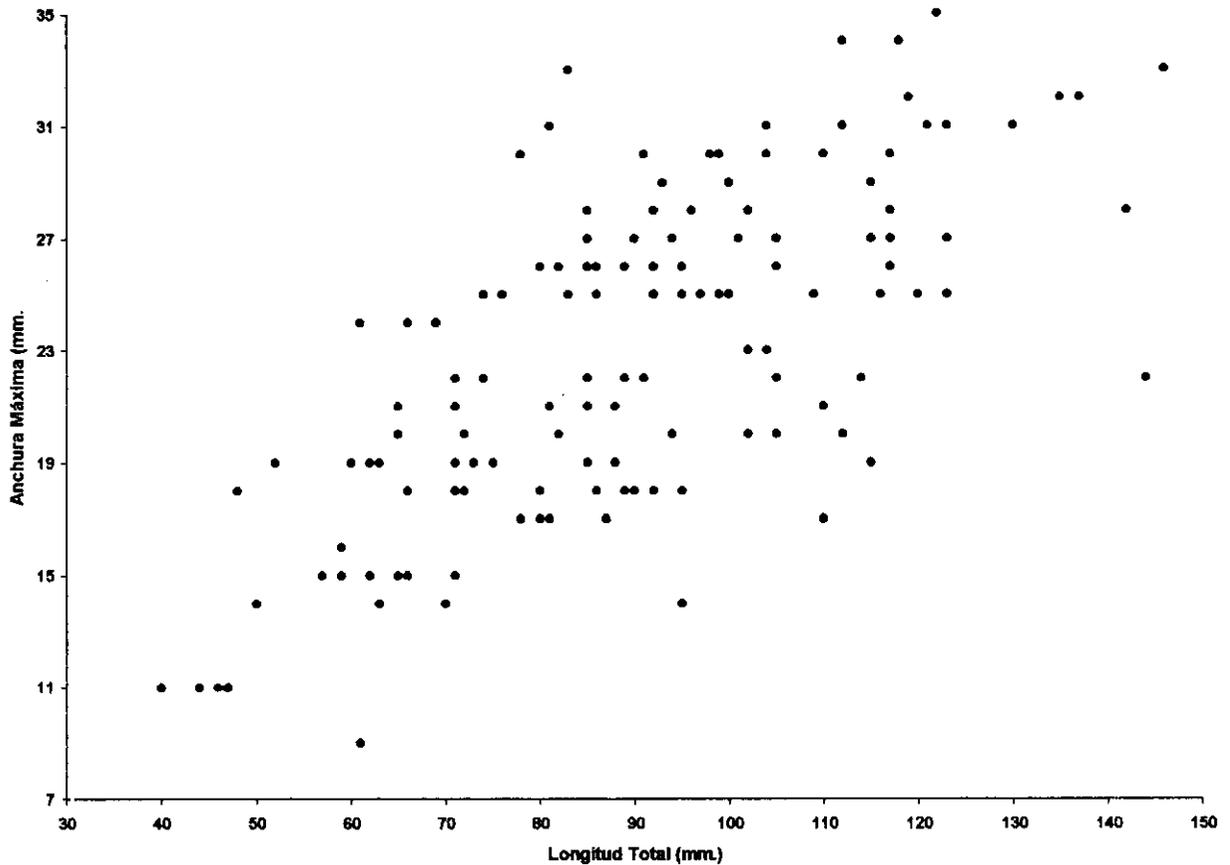
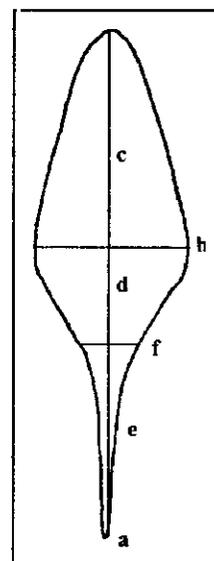


Figura 83. Gráfico de dispersión de las variables Longitud y Anchura máximas (en mm.) en las Puntas Palmela completas conocidas en la Meseta.

En efecto, representan un conjunto amplio pero bastante coherente y estandarizado, pues el índice de correlación entre ambas variables, según la r de Pearson (realizado con Microsoft Excel 97) es de 0'68 sobre 1. Resultado que hemos de considerar significativamente alto, a juzgar por el gran número de ejemplares estudiados y la amplia dispersión cronológica y geográfica de los mismos. Si se analiza con más detalle la concentración de casos, es posible observar que 107 (78'10 %) se comprenden entre los 7 y 12'5 cm. de longitud y los 1'4 y 3'7 cm. de anchura, aunque en el sector central de la distribución se constata una concentración de casos, 54, (39'41 %), entre los 8 y 10 cm. de longitud y los 1'7 y 3'3 cm. de anchura (Figura 83).

El análisis multivariante se ha realizado con una muestra algo menor, de 108 puntas (63'15 % del total), pues se requerían ejemplares completos con todas sus dimensiones conocidas. Las variables escogidas son aquellas que parecen describir mejor la forma de las puntas:

- a) Longitud Total.
- b) Anchura máxima en la hoja.
- c) Longitud de la parte superior de la hoja, desde el extremo distal hasta el punto b (anchura máxima).
- d) Longitud de la parte inferior de la hoja, desde el punto b (anchura máxima) hasta el lugar donde arranca el pedúnculo, punto f.
- e) Longitud del pedúnculo, desde el punto f hasta el extremo proximal.
- f) Anchura en el punto de transición entre la hoja y el pedúnculo, determinado por el cambio de inflexión de la curvatura de la hoja, de convergente a divergente.



No se han tenido en cuenta en el estudio otras variables como la presencia de mesa central en la hoja o la sección de esta última, ni datos cuantitativos como el grosor y el peso, por falta de información en muchos de los casos, y por la influencia decisiva que en muchas de estas variables tiene el estado de conservación de la pieza, que no siempre es bueno. Tampoco se ha incluido la composición metalográfica, pues este aspecto requiere un estudio singular y especializado que desborda sobradamente las intenciones de este trabajo y las capacidades de su autor. Sólo podemos decir que 109 piezas (63' 74 % del total), procedentes de 64 yacimientos tienen análisis metalográficos publicado, y se trata siempre de cobres puros y arsenicales. En lo que respecta a los pesos y grosores de las puntas meseteñas, contamos con mucha menos información, pues sólo se conoce el peso de 33 piezas (19' 21 % del total) de 13 yacimientos, y el grosor de tan sólo 20 (11' 69 % del total) de 11 yacimientos. Los pesos presentan un promedio de 17' 6 gr., aunque oscilan entre los 31' 8 gr. de la pieza mayor (una de las puntas de Fuente Olmedo, nº 459) y los 5' 63 gr. de la menor (Encinas de Esgueva, nº 458), aunque la concentración de casos más destacada se produce entre los 20 y los 25 gr., con 10 ejemplares (31' 25 %) (Figura 84). En el caso de los grosores el promedio es de 2' 6 mm., la pieza más gruesa alcanza los 4 mm. y la más fina apenas los 2 mm.

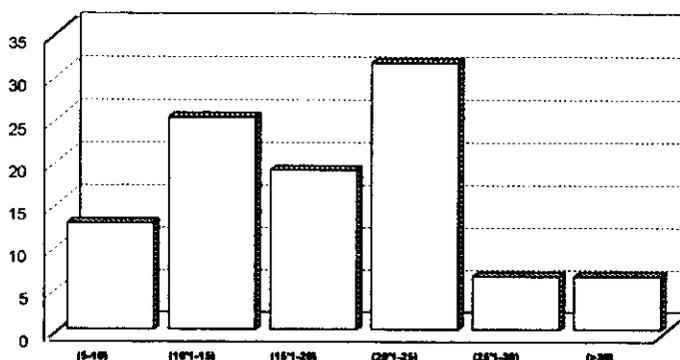


Figura 84. Histograma de los pesos (en gr.) de las Puntas Palmela en la Meseta.

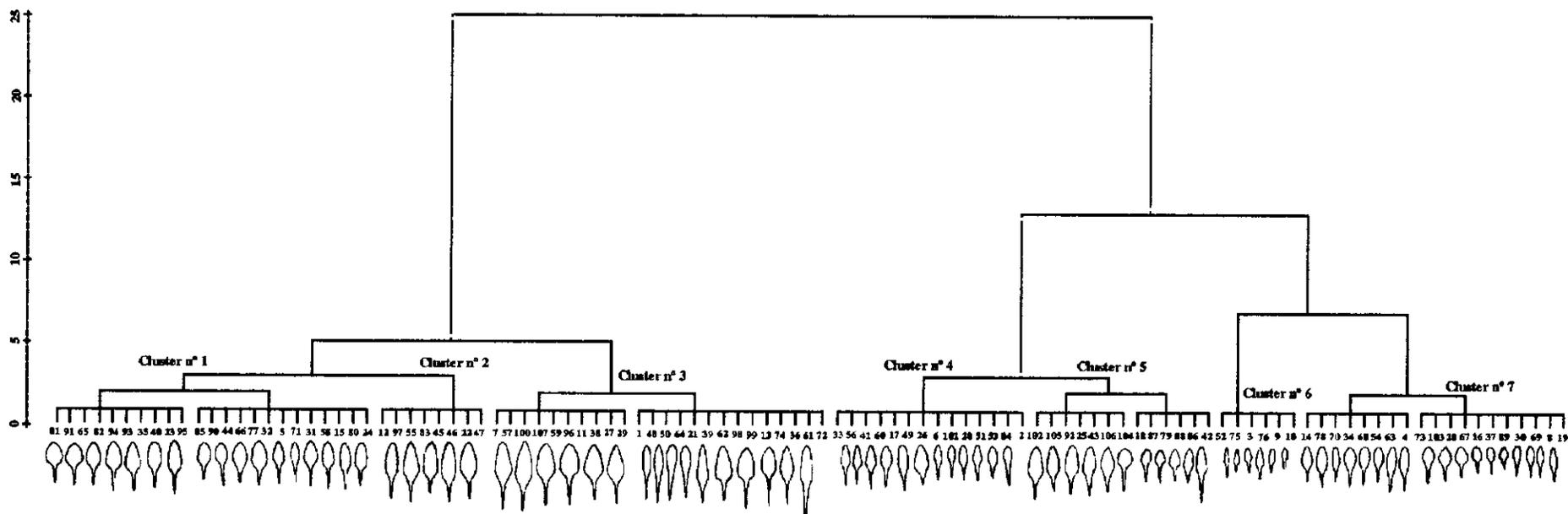


Figura 85. Dendrograma del Análisis Cluster realizado sobre la muestra de Puntas de tipo Palmela completas conocidas en la Meseta: (1) Calar Menganedo, (2) Dehesa Caracolares, (3) Sonsoles, (4) Valdeprados I, (5) Valdeprados II, (6) Valdeprados III, (7) Cardeñosa, (8) El Castillo, (9) Solosancho I, (10) Solosancho II, (11) Cerro S. Miguel, (12) Clunia, (13) Atapuerca, (14) Castro de Lara, (15) Mecerreyes, (16) Prov. Burgos I, (17) Prov. Burgos II, (18) Roa de Duero, (19) Silos I, (20) Silos II, (21) Silos III, (22) La Bañeza I, (23) La Bañeza II, (24) Cimanos de la Vega, (25) Grajal de Campos I, (26) Grajal de Campos II, (27) Arganda, (28) Mejorada I, (29) Mejorada II, (30) Villaviciosa, (31) Carrión I, (32) Carrión II, (33) Carrión III, (34) Carrión IV, (35) Celada de Robledo I, (36) Celada de Robledo II, (37) Paredes de Nava, (38) Prov. Palencia I, (39) Prov. Palencia II, (40) Prov. Palencia III, (41) S. Juan de Baños, (42) Vertavillo, (43) Veguilla, (44) Aldeavieja de Tormes I, (45) Aldeavieja de Tormes II, (46) Aldeavieja de Tormes III, (47) Galisancho, (48) Prado de la Nava, (49) Mariselva I, (50) Mariselva II, (51) Mariselva III, (52) Mariselva IV, (53) Mariselva V, (54) Mariselva VI, (55) Mariselva VII, (56) Mariselva IX, (57) Fuente de Santa Cruz, (58) Villaverde de Íscar I, (59) Villaverde de Íscar II, (60) Alcubilla de las Peñas, (61) Arancón, (62) Cerro Gordo, (63) Vadillo I, (64) Vadillo II, (65) Garray I, (66) Garray II, (67) Garray III, (68) Garray IV, (69) Garray V, (70) Garray VI, (71) Garray VII, (72) Layna I, (73) Layna II, (74) Tiernes, (75) Nódalo, (76) Renieblas I, (77) Renieblas II, (78) Trévago, (79) Ucero, (80) Pantoja I, (81) Pantoja II, (82) Pantoja III, (83) Pantoja IV, (84) El Caño II, (85) Cogeces del Monte I, (86) Cogeces del Monte II, (87) Cogeces del Monte III, (88) Encinas de Esgueva I, (89) Encinas de Esgueva II, (90) Fuente Olmedo I, (91) Fuente Olmedo II, (92) Fuente Olmedo III, (93) Fuente Olmedo IV, (94) Fuente Olmedo V, (95) Fuente Olmedo VI, (96) Fuente Olmedo VII, (97) Fuente Olmedo VIII, (98) Fuente Olmedo IX, (99) Fuente Olmedo X, (100) Fuente Olmedo XI, (101) Mudarra II, (102) Quintanilla de Arriba, (103) S. Martín de Valvení, (104) Fuenteungrillo, (105) Montamaria, (106) Rosinos de Vidriales, (107) Los Pasos, (108) Mudarra I.

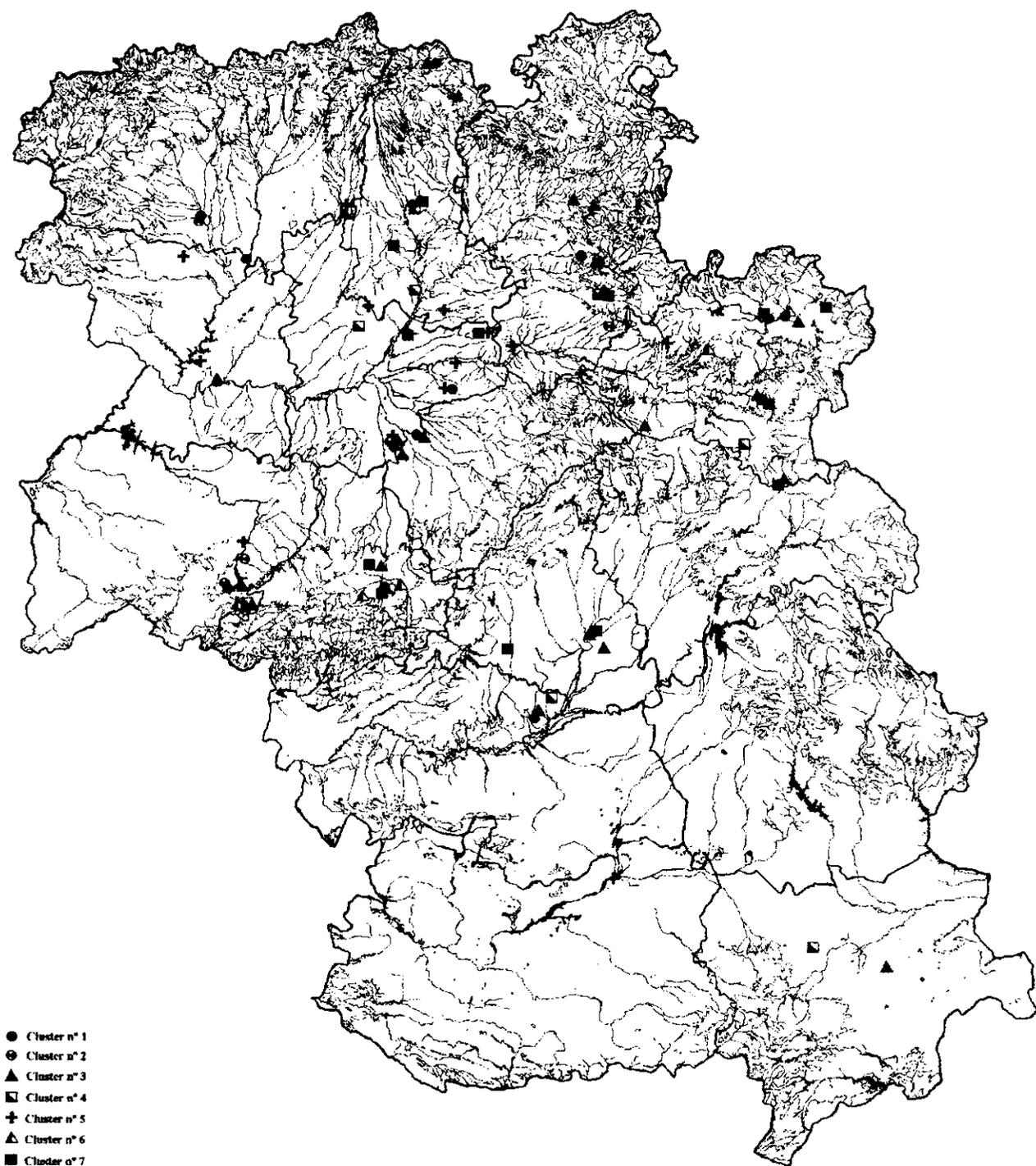


Figura 86. Mapa que representa la dispersión geográfica de los distintos “clusters” distinguidos por el análisis estadístico de las Puntas de tipo palmela en La Meseta.

Así pues, centrándonos en la morfología de las piezas y utilizando para ello las seis variables antes descritas, se ha acometido el análisis estadístico multivariante de los 108 casos disponibles. En primer lugar se ha realizado un análisis Cluster, con el método de Ward, mediante el cual se han podido distinguir una serie de grupos, y posteriormente se ha completado con un Análisis de Componentes principales para comprender más profundamente las características básicas de la variabilidad del conjunto y verificar la validez de tales agrupaciones.

Siete grupos de puntas se han distinguido a partir de los resultados del análisis Cluster (Figura 85), ninguno de los cuales exhibe una distribución geográfica claramente diferenciada del resto. Sólo puede apreciarse una cierta tendencia regional en el grupo nº 5, pues la mayoría de los ejemplares que lo componen pertenecen a yacimientos situados en el sector central de la cuenca del Duero (Figura 86).

Por otra parte, si centramos nuestra atención ahora en aquellos sitios o colecciones procedentes de una misma localidad y que han proporcionado varios ejemplares, podemos constatar la presencia en ellos de puntas pertenecientes a distintos “clusters”.

Un análisis más detallado, no obstante, nos permite reconocer el predominio de ciertos grupos en algunos de ellos, como por ejemplo en Fuente Olmedo (nº 459 y Lámina 98), donde cinco de las once puntas pertenecen al grupo nº 1, repartiéndose las restantes como sigue, cuatro en el nº 3 y una en los nº 2 y 5. Por el contrario en la tumba abulense de Valdeprados (nº 13 y Lámina 3C: 4-6) los tres ejemplares hallados se han clasificado en tres grupos distintos (nº 1, 4 y 7).

El depósito toledano de Pantoja (nº 420 y Lámina 92: 2-5) tiene tres puntas del grupo nº 1 y una del 2, las tres piezas del dolmen de Aldeavieja de Tormes (nº 264 y Lámina 58: 18-20) se incluyen en los grupos 1 y 2, la colección de Mariselta (nº 276 y Lámina 62: 8-16), cuenta con la mitad de sus ejemplares en el grupo nº 4, localizándose los restantes entre los nº 2, 3, 6 y 7; la de Garray (nº 346 y Lámina 72: 27 y 73: 1-6), reparte sus siete piezas entre los nº 1 y 7, y la de Carrión (nº 241 y Lámina 55: 1-4), sus 4 puntas entre los nº 1, 4 y 7.

Si tenemos en cuenta, además, que los grupos 1, 2 y 3, por un lado, y los nº 4, 5, 6 y 7, por el otro, tienen entre sí relaciones de mayor proximidad tipológica, de acuerdo con el dendrograma del análisis Cluster, concluiremos que en algunos de estos conjuntos (p.e. Fuente Olmedo, Pantoja o Aldeavieja), pese a las diferencias aparentes, existe una cierta homogeneidad general.

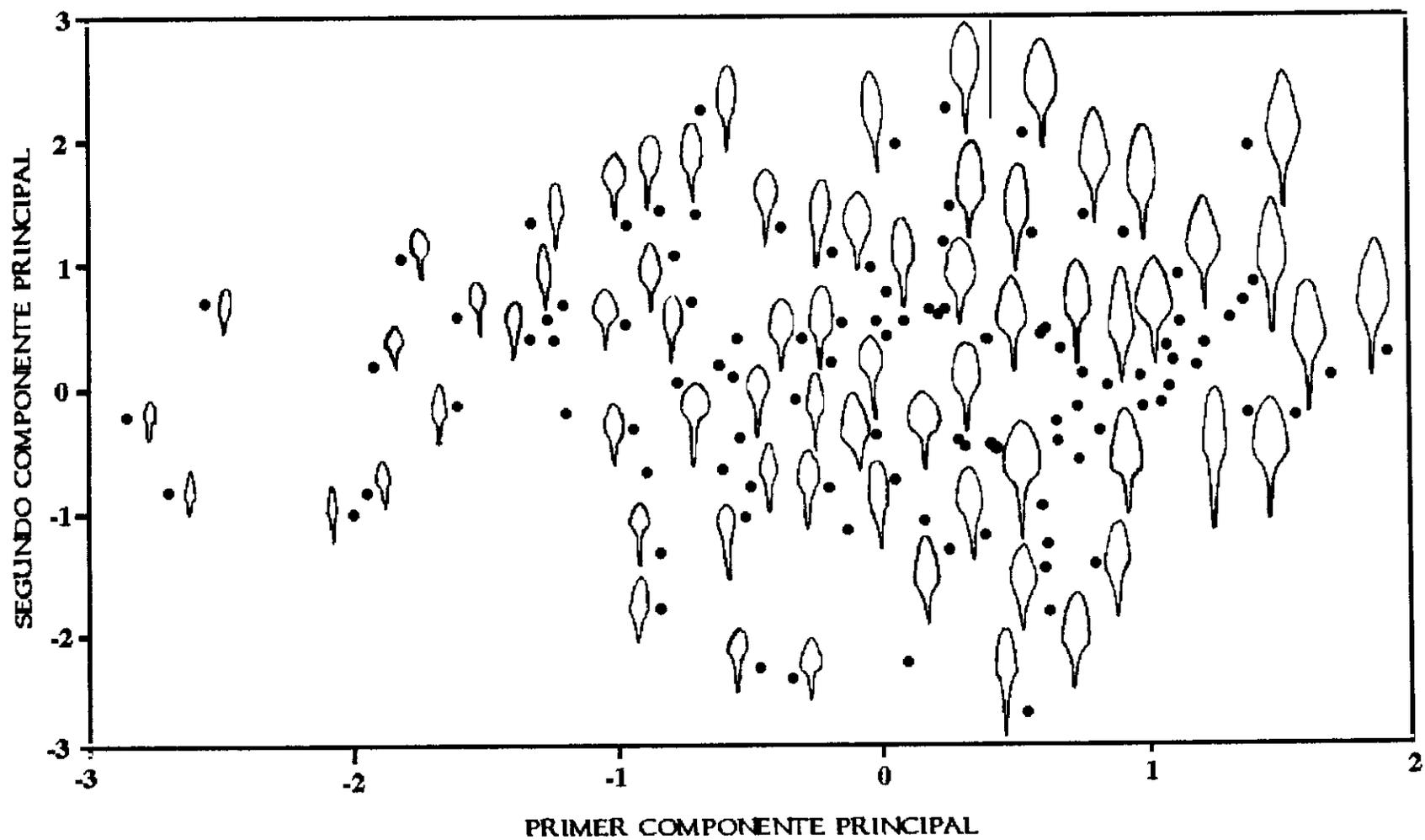


Figura 87. Gráfico de dispersión de los dos primeros Componentes Principales en el A.C.P. de la muestra de Puntas Palmela conocidas en la Meseta.

El análisis de componentes principales nos permite adentrarnos algo más en las características del conjunto estudiado, y en la lógica interna que existe tras su variabilidad (Figura 87). Los índices de correlación entre las distintas variables son bastante altos, sobre todo entre a y c (0'88), o a y d (0'85), ofreciendo una impresión general de notable homogeneidad. Los dos primeros componentes principales representan el 84'2% de la varianza total del conjunto: el primero de ellos (con un 65'4%) proporciona valores altos y positivos en todas las variables (salvo quizás la d, con un 0'43), razón por la cual puede interpretarse como indicativo del tamaño de las Puntas. El segundo componente (que representa el 18'9% de la varianza total), se define por una participación positiva y muy elevada de la variable d (0'87), es decir la parte inferior de la hoja en contacto con el pedúnculo, y una participación negativa de la f (anchura en el comienzo del pedúnculo) con -0'53, y en menor medida la e (longitud del pedúnculo) con -0'22. Por ello, se podría resumir este segundo componente en la correlación negativa entre la longitud de la parte inferior de la hoja y la anchura de la pieza en el punto de contacto con el pedúnculo, así como la longitud de este último.

De tal suerte que las Puntas con valores altos de este componente tendrían un gran desarrollo de la parte inferior de la hoja, y como contraste un pedúnculo pequeño y un estrecho punto de unión entre ambos. Su aspecto externo general, una vez engastadas en su mango, sería el de unas hojas alargadas, bien destacadas de él. Por el contrario, las que presentan valores bajos de este componente, presentarían un pedúnculo mucho más desarrollado que entra en contacto con la hoja muy cerca del punto donde ésta tiene su máxima anchura. Por ello su aspecto externo, una vez engastadas, sería, a diferencia de las anteriores, el de unas hojas apuntadas que destacarían menos del mango. Ello coincidiría en líneas generales con lo que ya propuso el Dr. Delibes hace más de 20 años (1977: 109-111), corroborando parte de sus conclusiones, en especial si centramos el contraste entre los tipos A, por un lado, y B/C, por el otro (Figura 82). Si bien ahora no tratamos de precisar tipos concretos, sino más bien describiendo tendencias tipológicas generales, como forma más realista de aproximarnos a un conjunto de datos tan complejo. En suma, este componente parece estar relacionado con las diferentes formas de diseñar el sistema de enmangue de estas piezas, que no olvidemos está detrás también de la aparición de los nuevos modelos de pedúnculo y aletas, en momentos más avanzados de la Edad del Bronce.

Como hipótesis de trabajo se podría plantear entonces el posible significado cronológico de este segundo componente, en cuyos valores bajos se podrían incluir las puntas tipológicamente más próximas a las de pedúnculo y aletas, y las denominadas de pedicelo largo o tipo Pragança, más modernas, y quizás en sus valores bajos aquellas más antiguas, que muestran hojas bien destacadas, normalmente ovales. No obstante, se trata sólo de una tendencia tipológica general que no se puede aplicar de forma rígida y simplista, pues el análisis detallado de algunos ajuares funerarios (por ejemplo Fuente Olmedo) nos demuestra que casi todos los tipos de puntas llegaron a coexistir en algún momento.

En general, sin embargo, cuando observamos la correlación entre ambos componentes el aspecto general del conjunto ofrece una gran homogeneidad, sin grupos claramente diferenciados, y con el tamaño como principal factor explicativo de la variabilidad. Si tenemos en cuenta las dimensiones y dispersión geográfica de la muestra, los resultados sorprenden por la enorme coherencia interna del conjunto. Se constata especialmente una gran concentración de los casos pertenecientes a los grupos nº 1, 2, 3, y 4. Por todo ello, parece que estamos ante un tipo metálico fuertemente estandarizado, que circuló muy ampliamente por nuestra área de estudio, hecho que quizás diluyese las eventuales diferencias regionales en su fabricación, y, desde luego, un prototipo cuya evolución cronológica es asimismo progresiva, gradual, sin que pueda establecerse una seriación detallada en etapas concretas, sino más bien una tendencia tipológica general, relacionada con su sistema de empuñadura.

2.4. Puñales de lengüeta.

Al igual que en el caso anterior estamos ante otro de los elementos metálicos característicos del fenómeno campaniforme, sobre todo en su expresión funeraria. Sin embargo, a diferencia de las Puntas Palmela, no son un arma exclusiva de la metalurgia hispánica sino común a los ajueres funerarios campaniformes de gran parte de Europa, que además se fabrican durante un periodo más prolongado, razón por la cual presentan una gran variedad formal. Ya Delibes (1977: 102-103) definió el tipo como un arma que consta de una hoja triangular, y una corta lengüeta o espigo más o menos rectangular para acoplar la empuñadura. La primera suele ser plana, con bordes cortantes por martilleo, lo que determina su sección lenticular. En algunos ejemplares puede observarse la existencia de diversas “mesas” aplanadas que resaltan sobre el ribete del filo rebajado a bisel. La lengüeta se obtiene por estrangulamiento de la hoja mediante dos marcadas escotaduras realizadas por achafianamiento de los filos de la misma, de tal suerte que la sección tiende a ser rectangular o trapezoidal de lados ligeramente cóncavos. Como señala Gerloff (1975: 31) debieron fundirse en moldes univalvos y después trabajados cuidadosamente, mediante martilleo en frío o incluso recocido en alguna caso. Aunque no se conocen moldes de este tipo en la Península, sí hay al menos dos ejemplares europeos: uno procede de Irlanda, está elaborado en granito, y es doble, pues en él se fundió asimismo un hacha plana de filo en abanico, que aparece junto al que corresponde al puñal (Thurnam, 1871: 450, fig. 146; Megaw y Hardy, 1938: Pl. 53c), y otro de Moravia, en este caso incompleto, pues no conserva el extremo distal (Hájek, 1966: Abb. 5: 2).

Por lo que respecta al sistema de empuñadura ya Delibes (1977: 103) propuso en su día a raíz del hallazgo de Villabuena del Puente, una empuñadura hecha de materiales perecederos, presumiblemente madera o cuero, que pudo en ocasiones ir adornada con elementos como la laminita de oro y el pomo de hueso del citado yacimiento, algo que, por otra parte, ya se ha podido documentar en contextos que como el británico son más propicios para la conservación de este tipo de materiales (Gerloff, 1975). Además, como en

varios ejemplares (p.e. Fuente Olmedo), podía observarse en torno a la zona de la lengüeta y arranque de la hoja una pátina mayor a la del resto de ésta última, y de consistencia bastante granulada. Delibes proponía que quizá pudiera relacionarse este hecho con la huella dejada por la empuñadura, probablemente realizada en madera. Descartaba, en cambio, la posibilidad de que las cachas de la empuñadura del puñal fuesen de hueso y hubieran desaparecido por corrosión, puesto que se han conservado en varias tumbas campaniformes objetos de hueso tales como los botones de perforación en V.

Por nuestra parte, podemos añadir nuevas evidencias sobre las características y tipología de los sistemas de enmangue de los puñales de lengüeta meseteños y peninsulares. No se trata de un nuevo hallazgo inédito, sino del celeberrimo puñalito de la necrópolis de Ciempozuelos, en una de cuyas caras, que se conserva en muy buen estado de conservación, es claramente apreciable la huella “en omega” de lo que fue la parte superior de su empuñadura (nº 145 y Lámina 28: 3). Parece, pues, que todas aquellas definiciones y calificativos que esta pieza ha venido recibiendo en la última centuria (hendedor, punta de lanza, etc.) pueden hoy descartarse definitivamente, y podemos estar seguros de que nos encontramos ante un puñal de lengüeta. Sin embargo sus exiguas dimensiones invitan a una reflexión más pausada. Efectivamente es posible encontrar referencias sobre puñalitos en contextos campaniformes peninsulares, como por ejemplo los meseteños de La Flecha, en Valladolid (nº 492 y Lámina 101: 21) o Santervás de la Sierra en Soria (nº 376 y Lámina 76: 5). Son asimismo conocidos en otros ámbitos europeos, especialmente Centroeuropa (Bohemia, Moravia y sur de Alemania), como señala Gerloff (1975: 32). Es en esta amplia región, y concretamente en Hungría donde hemos encontrado el paralelo más próximo a la pieza madrileña, en una tumba de cremación de la importante necrópolis campaniforme de Békásmegyér, Budapest (Kalicz-Schreiber, 1976: Abb. 19: nº 235). Sin embargo, más allá de todo ello, el examen detenido del ejemplar de Ciempozuelos, nos permite sospechar que se trata en realidad de un reaprovechamiento de un puñal de lengüeta anterior de mayores dimensiones, una vez roto, no sabemos en qué circunstancias. Efectivamente existen dos rasgos que llaman la atención a este respecto: en primer lugar contrasta de forma notable la proporción entre el tamaño y grosor de la hoja y el de la lengüeta, cuya solidez y contorno martilleado parecen claramente destinados a sujetar un puñal de mayor envergadura.

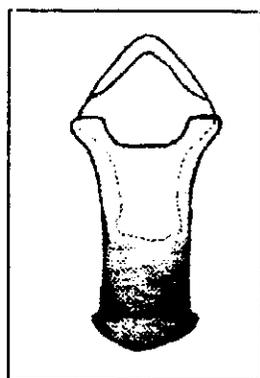


Figura 88. *Hipotético aspecto que imaginamos debió tener el puñalito de Ciempozuelos.*

De hecho si intentamos imaginar el aspecto que este puñal habría tenido sujeto a su empuñadura (Figura 88) comprobamos que la hoja apuntada apenas destaca de la misma, por lo que no sólo habría tenido nula utilidad como arma sino que apenas habría sido apreciable en comparación con su misma empuñadura. En segundo lugar, son claramente apreciables en ambos lados del extremo distal claros rebajes que convergen en la punta de la hoja, y que demuestran que ésta fue afilada de forma un tanto atípica. Por ello, creemos que esta pieza no es otra cosa que el aprovechamiento de un puñal de lengüeta “normal” que una vez roto, se “reparó”, bien para el uso en vida o bien para su deposición como ajuar funerario en una forma más apropiada. El aspecto del puñal original puede reconstruirse a partir de la comparación de las dimensiones de la lengüeta y arranque de la hoja de todos los ejemplares meseteños disponibles en la actualidad, de los cuales es el también madrileño de Mejorada del Campo II (nº 195 y Lámina 49: 8) quien más se le aproxima (Figura 89). Sin duda, el hecho de que esta pieza, una vez rota, no se fundiera de nuevo nos habla del alto valor social y simbólico que pudieron tener estos puñales para quienes los poseían.

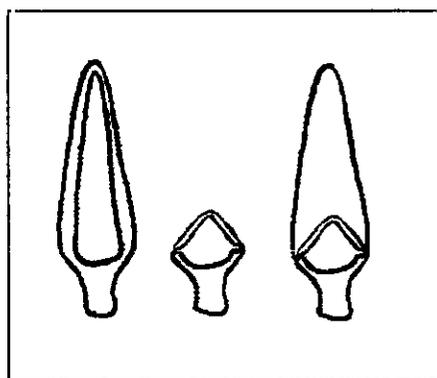


Figura 89. Reconstrucción hipotética del aspecto que debió tener el puñal “original” de Ciempozuelos, utilizando para ello el puñal de Mejorada del Campo I (nº 195).

Si nos detenemos ahora en el análisis de las características de dicha empuñadura, podemos señalar que se trata de una sistema de empuñadura “en omega”, típico de los puñales del Bronce antiguo en buena parte de Europa central, oriental y septentrional (Gimbutas, 1965: figura 24, 174: 11), donde contamos con ejemplares con empuñadura maciza y otros que han conservado restos de la misma, en madera.

Curiosamente todas las referencias que se han podido localizar para esta clase peculiar de sistema de enmangue ya cuentan con remaches, y parecen por ello situarse en momentos finales del Bronce antiguo, o ya en el Bronce medio. Los puñales de lengüeta, suelen asociarse al Campaniforme y, cuando la conservan, presentan una huella en forma de arco semicircular, como señala Gerloff (1975: 27) para el ámbito británico, donde los ejemplares más tardíos, que presentan huella en omega poseen asimismo remaches (Figura 90). Existe un caso donde ambos sistemas coexisten, Massingham (Norfolk) con lengüeta desarrollada y dos remaches (Ibidem: Lám. 2: 19), hecho que también aparece en dos puñales meseteños, uno procedente del

dolmen zamorano de Almeida de Sayago (Morán, 1935: 21-25; Delibes, 1977: 72-3 y fig. 31: nº 4) y otro de la localidad leonesa de Sabero, bien es cierto que muy probablemente de cronología postcampaniforme.

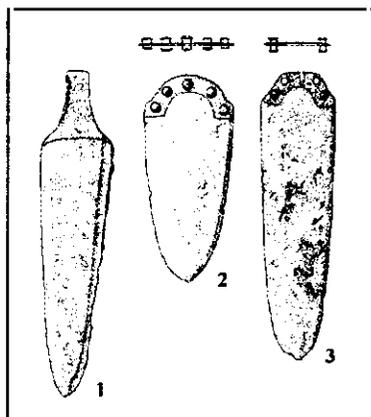


Figura 90. *Puñales británicos de la Edad del Bronce (según Gerloff, 1975): 1) Roundway, con lengüeta y huella de empuñadura semicircular. 2 y 3) Homington y Wimborne St. Giles, con remaches y huella de empuñadura en "omega".*

Parece, por tanto, que, al menos en el ámbito británico, el modelo en omega se corresponde con una fase cronológica más tardía de la tipología de los puñales asociados al Campaniforme, que mayoritariamente han perdido el sistema de empuñadura basado en la lengüeta y que incorporan ya el sistema de remaches, que adquirirá pleno desarrollo en fases posteriores de la Edad del Bronce. El ejemplar de Ciempozuelos no es en modo alguno un caso único en la Península Ibérica, pues un somero repaso bibliográfico permite encontrar otras referencias muy semejantes: En la tumba campaniforme sevillana de Cañada Rosal (Harrison, 1974c: 83 y figura 7), se halló entre otros elementos metálicos (dos Puntas Palmela) un puñal de lengüeta con clara empuñadura en omega en ambas caras, y además con restos de la resina con que iba pegado, e incluso ¿huellas de unos pequeños clavos?. En Montilla, Córdoba, y como parte del ajuar metálico de una tumba individual junto a cuatro Puntas Palmela y joyas áureas, apareció un puñal de grandes dimensiones con el mismo sistema de empuñadura (Cabré, 1923: fig. 220; Schubart, 1971: figura 9). En tumbas gallegas del llamado Horizonte de Montelavar, como Santa Comba y Tarayo (Ruiz-Gálvez, 1979: figura 1: 1 y 5), aparecen puñales con huellas muy semejantes, en especial el primero de ellos, también de notables dimensiones. Finalmente podemos mencionar dos interesantísimos ejemplares portugueses recientemente publicados, Outeiro das Mós y Aljezur (Brandherm, 1998: 172 y figura 2), que incluso presentan varias huellas superpuestas.

En algunos de los restantes puñales meseteños también se observan huellas de las empuñaduras, aunque resulta difícil distinguirlas, especialmente a través de los dibujos. Por ello, pese a que en ciertos casos parecen ser semicirculares (como Fuente Olmedo, nº 459 y Lámina 98: 5; o Villabuena del Puente, nº 510 y Lámina 102: 12), visto lo ocurrido en otros muchos ejemplares peninsulares coetáneos, no podemos asegurar que no sean en realidad también sistemas de empuñadura "en omega". En suma, todo ello apunta hacia una cronología tardía para este rasgo tipológico de los sistemas de empuñadura de algunos puñales de lengüeta

peninsulares (Brandherm, 1998: 172-173). Parece como si los metalúrgicos peninsulares conocieran ya los nuevos sistemas ensayados en otros ámbitos europeos, pese a lo cual mantenían el tradicional de lengüeta, si bien incorporando parte del aspecto externo que presentarían los nuevos ejemplares europeos de remaches. En un trabajo reciente señalaban Rovira y Montero (1994: 170-171) el carácter marcadamente conservador de la metalurgia calcolítica peninsular y meseteña, que se manifiesta en la pervivencia de los cobres arsenicales o de los puñales de lengüeta, mientras en otras regiones europeas aparecían ya en momentos finales del Campaniforme los primeros bronce y los tipos de remaches. Los indicios apuntados por los puñales de lengüeta con empuñadura en omega parecen corroborar este carácter conservador, pero lo matizan, pues demuestran que la metalurgia calcolítica peninsular no estaba por completo aislada de las innovaciones desarrolladas en otras zonas de Europa, aunque no participase plenamente de ellas.

En lo que respecta a su funcionalidad son diversas las opiniones, pues a su indudable apariencia formal de puñal, y por tanto de arma personal, hay que unir ciertos rasgos como la punta roma o las pequeñas dimensiones de algunos ejemplares, entre otros, que han arrojado dudas acerca de su eficacia en un eventual combate. De ahí que hayan sido descritos a veces también como cuchillos (Gerloff, 1975: 31), o que incluso algunos autores como Case (1987: 120), señalaran su posible utilización como instrumentos para afeitarse o arreglarse el pelo, dado el contraste que existe entre sus filos activos y la punta roma. Por otra parte, y como señala Delibes (1977: 104) aún desde la consideración del tipo como arma, han existido autores que discrepan en cuanto a su identificación como puñal. Es el caso de Sangmeister cuando identifica un ejemplar italiano como posible alabarda. El propio tamaño de algunos ejemplares, que superan los 30 cm. de longitud llevó a Delibes a denominarlos con toda justicia como espadas cortas (Ibidem) (por ejemplo, los meseteños de San Miguel en Burgos, yacimiento nº 34 y Lámina 9: 1; Arrabal del Portillo en Valladolid, yacimiento nº 476 y Lámina 99: 8; Entretérminos en Madrid, yacimiento nº 147 y Lámina 29: 17). Indudablemente los puñales de lengüeta hubieron de tener un alto valor social y simbólico, y quizás distinguirían a sus propietarios como individuos singulares, dotados de una autoridad sobre el común de sus coetáneos. Su carácter de arma personal, pudo ser meramente simbólico, como algunos autores han subrayado, pero quizás por ello fue aún más eficaz.

En cuanto a su cronología, estamos ante un tipo metálico cuyo origen se vincula estrechamente al Campaniforme pero de tan larga duración que desborda con creces ese marco temporal. Consecuencia lógica de ello es la gran heterogeneidad tipológica de los ejemplares meseteños, tanto en tamaño como en ciertos rasgos (dimensiones de la lengüeta, existencia o no de mesa/s, forma de los hombros, presencia o no de remaches, etc.). Delibes (Ibidem: 105-108) propuso una tipología, con valor cronológico, en la que distinguía cuatro tipos, a través de los cuales se podía observar una evolución presidida por la progresiva reducción de tamaño de las lengüetas y el consiguiente aumento del de las hojas, así como la cada vez mayor incorporación de elementos típicos del armamento del Bronce pleno (remaches en la empuñadura, nervio en la hoja, etc.).

Se conocen hasta hoy en la Meseta 37 puñales de lengüeta, procedentes de 34 yacimientos, 26 piezas de la meseta norte procedentes de 23 yacimientos, y 11 en la sur con otros tantos ejemplares. De los 34 sitios con esta clase de piezas, 14 (41'17%) son tumbas, y los restantes 20 (58'82%) lugares de contexto indeterminable. Hasta ahora no se ha podido documentar ningún puñal en un poblado. Si analizamos como primera aproximación las dos variables básicas (longitud y anchura máximas) de los 34 ejemplares conocidos (al que se ha añadido el hallazgo burgalés de Villalmanzo), pronto se observa la gran dispersión de casos (Figura 91).

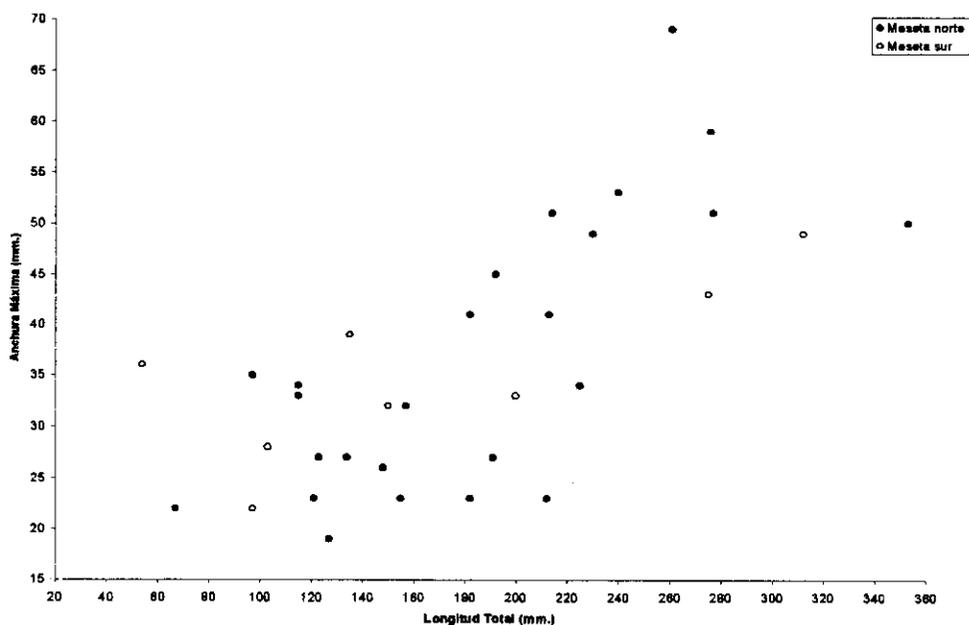
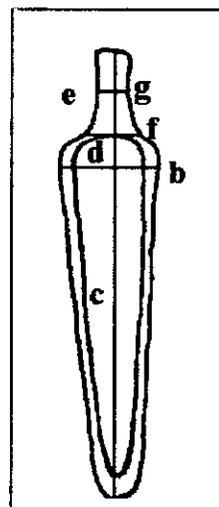


Figura 91. Gráfico de dispersión de las variables Longitud y Anchura máximas (en mm.) de los puñales de lengüeta completos conocidos en la Meseta.

- a) Longitud total.
- b) Anchura máxima en la hoja.
- c) Longitud de la parte superior de la hoja, desde el extremo distal hasta el punto b (anchura máxima).
- d) Longitud de la parte inferior de la hoja, desde el punto b (anchura máxima) hasta el lugar donde arranca la lengüeta, punto f.
- e) Longitud de la lengüeta, desde el punto f hasta el extremo proximal.
- f) Anchura de la lengüeta en el punto de contacto con la hoja.
- g) Anchura de la lengüeta en el punto medio de (c).



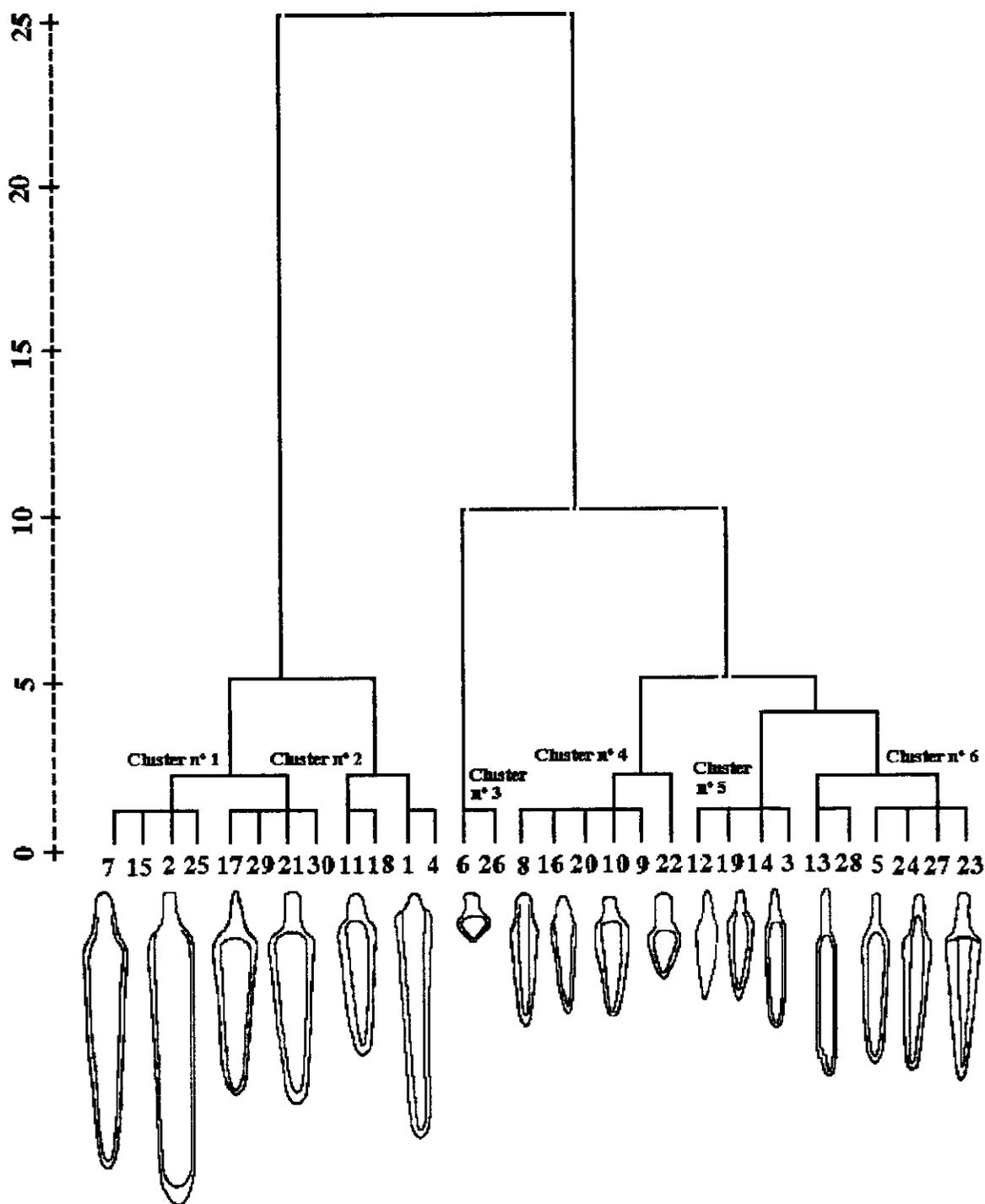


Figura 92. Dendrograma del Análisis Cluster realizado sobre la muestra de puñales de lengüeta completos conocidos en la Meseta: (1) Valdeprados, (2) Cerro de S. Miguel, (3) Mecerreyes, (4) Torrecuadrada, (5) Peredilla, (6) Ciempozuelos, (7) Entretérminos, (8) Miguel Ruiz, (9) Mejorada I, (10) Mejorada II, (11) Celada de Robledo, (12) Paredes de Nava, (13) Prov. Palencia I, (14) Prov. Palencia II, (15) Aldeavieja de Tormes, (16) Villarmayor, (17) Fuente de Santa Cruz, (18) Arancón I, (19) Arancón II, (20) Cerro Gordo, (21) La Poveda, (22) Santervás, (23) Villar del Ala, (24) Pantoja, (25) Portillo, (26) La Flecha, (27) Fuente Olmedo, (28) Aspariegos, (29) Villabuena del Puente, (30) Villalmanzo.

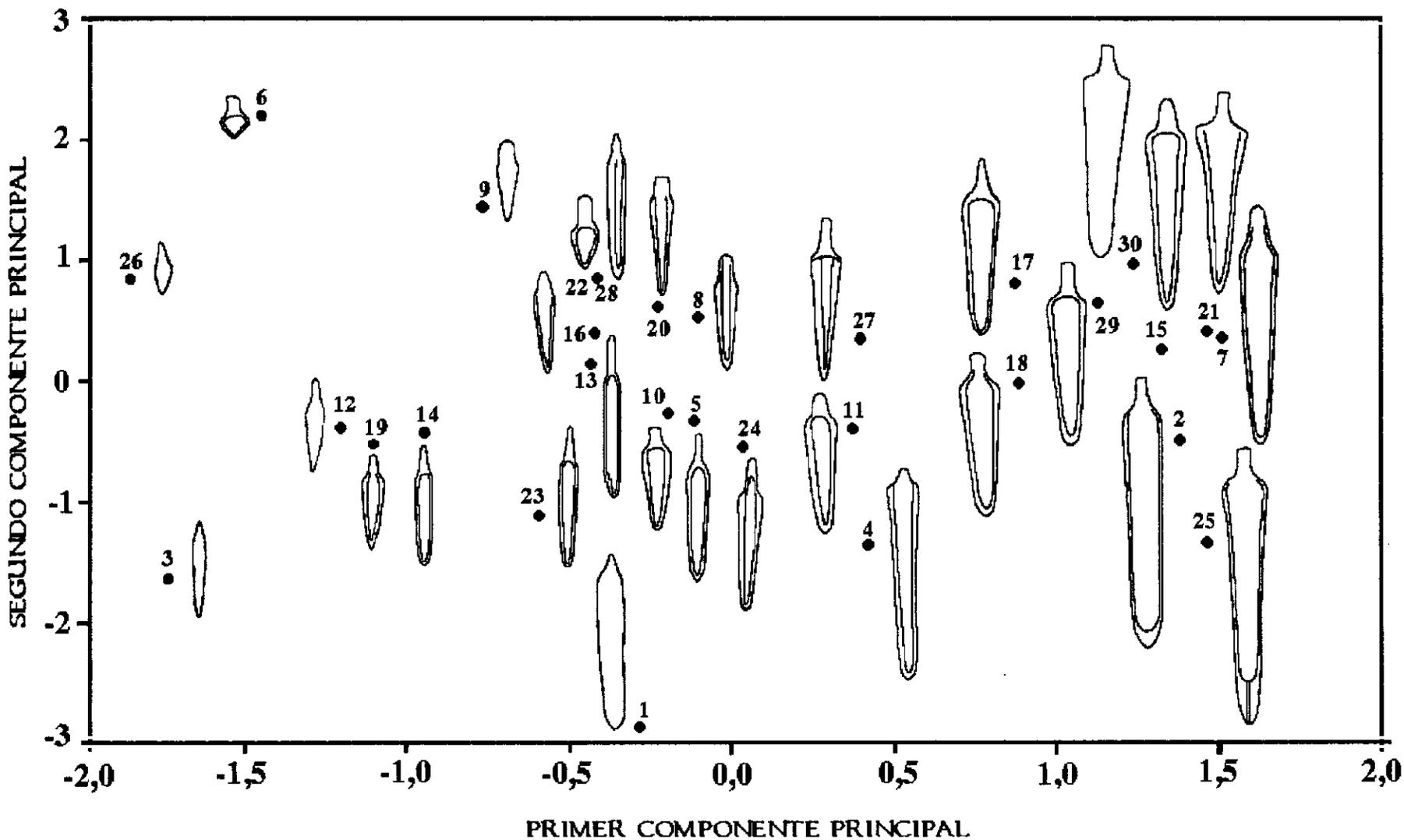


Figura 93. Gráfico de dispersión de los dos primeros Componentes Principales en el A.C.P. de la muestra de puñales de lengüeta completos conocidos en la Meseta.

Hasta seis grupos de puñales podrían distinguirse a partir de los resultados del análisis Cluster, ninguno de los cuales puede interpretarse en un sentido regional, ni siquiera como tendencia (Figura 92). El análisis de componentes principales nos ayuda a comprender mejor las características de esta notable variabilidad interna del conjunto (Figura 93). Como en casos anteriores los dos primeros componentes representan la mayoría de la varianza total, aunque significativamente aquí sólo alcanzan el 72'2% de la misma, lo que constituye el resultado más bajo ofrecido por todos los elementos campaniformes, ya sea cerámicos o metálicos. Ello se hace extensible a la importancia del primer componente, que en este caso no alcanza más que el 54'2% de la varianza global, y que asimismo puede interpretarse como indicativo del tamaño, pues presenta valores altos en todas las variables (algo menores en d, 0'50 y e, 0'46). El segundo componente aporta un 17'9 de la variabilidad de la muestra, y presenta valores positivos y muy semejantes en las variables que se corresponden con las distintas anchuras (de la lengüeta: g, del punto de contacto entre ésta y la hoja: f, y en menor medida la anchura máxima: b), y con la longitud de la lengüeta; y como contraste cifras negativas en las variables que describen las distintas longitudes de la hoja (a, c y d).

En suma, aquellos puñales que ofrecen valores altos en este componente presentarían anchas lengüetas, muy desarrolladas en comparación con la hoja, mientras los que tienen escasa participación del mismo ofrecerían hojas muy largas y lengüetas cortas y delgadas. El gráfico final de correlación de estos dos primeros componentes principales (Figura 93), nos muestra un conjunto en general disperso y heterogéneo, donde es posible establecer un contraste básico entre los puñalitos cortos y de anchas lengüetas desarrolladas en el extremo superior izquierdo (p.e. Ciempozuelos) y las “espadas cortas” con lengüetas apenas insinuadas del extremo inferior derecho.

Tomando de nuevo los grupos ofrecidos por el análisis Cluster tenemos los nº 3 y 5 que representan los puñales de menores dimensiones, el primero los más cortos y anchos (Ciempozuelos y La Flecha), y el segundo los más estilizados (Mecerreyes, Arancón II, Prado de la Nava, Provincia de Palencia II). Los nº 1 y 2 serían los grandes puñales, o espadas cortas en algún caso, cuya diferenciación interna vendría explicada tanto por el tamaño general como por el contraste antes señalado entre las longitudes de la hoja y la lengüeta (desde Valdeprados, Torrecuadrada o Portillo, en un extremo, a Fuente de Santa Cruz, Villabuena o Villalmanzo, por ejemplo, en el otro). En el centro quedarían los grupos nº 4 y 6, con valores medios de ambos componentes y una notable variedad interna, tanto en el segundo de ellos, entre el más corto y ancho de Mejorada I y el más largo y delgado de Villar del Ala); como en el primero, desde los menores de Mejorada I o Villar del Ala, al mayor de ellos, Fuente Olmedo, muy próximo tipológicamente a ciertos ejemplares del grupo 1 y 2, como Celada de Robledo o Fuente de Santa Cruz, éste último yacimiento geográficamente muy próximo.

Parece indudable, como ya señaló Delibes (1977: 105-107), que detrás de todo ello hay una clara evolución cronológica que enlazaría sin solución de continuidad con los nuevos tipos de armas y sistemas de

enmangue (espadas y remaches) de los grupos arqueológicos del llamado Bronce medio. Sin embargo, no debemos realizar una lectura cronológica simplista, pues como ya se sugirió anteriormente ejemplares como el de Ciempozuelos no presentan características precisamente “antiguas” (por ejemplo su huella de empuñadura en omega), por lo que sólo podemos decir que es probable que los puñales de los grupos 1 y 2 sean, en general, más modernos que los demás, sin que pueda establecerse una seriación clara entre los restantes. Salvo casos muy concretos tampoco se aprecian regularidades regionales que nos permitan hablar de la posible existencia de “talleres” o áreas que se abasteciesen de un centro productor común.

2.5. Alabardas.

Es este un tipo de arma metálica cuya asociación al Campaniforme no ha sido aún definitivamente probada, por ejemplo con un contexto funerario intacto. Sin embargo varios indicios apuntan a que, al menos en la Meseta, debió formar parte del conjunto de armas metálicas que lo acompañan, si no de forma tan recurrente y generalizada como las Puntas Palmela o los Puñales de lengüeta, si cuando menos ocasionalmente:

- Ha sido encontrada en el depósito metálico de La Finca de la Paloma (Pantoja, Toledo, yacimiento nº 420 y Lámina 91: 11-13 y 92: 1-5) junto a puñales de lengüeta y Puntas Palmela, y asociada a una Punta Palmela en el hallazgo del Valle del Manzanares (yacimiento nº 232 y Lámina 54: 19).

- Todos los paralelos tipológicos, fundamentalmente en el Bronce atlántico (según Harrison, 1974, en prototipos irlandeses posteriores al 1700 a.C.), remiten a fechas de Bronce antiguo en terminología tradicional; coincidente por tanto con la plenitud de fabricación de los puñales de lengüeta y Puntas Palmela en la Meseta. De Alvaro (1987a: 21-22; 1987b: 29-31) ha criticado estos paralelos irlandeses, en referencia a los ejemplares toledanos de Pantoja, y ha propuesto antecedentes peninsulares en el Calcolítico, por ejemplo en el Tholos 3 de Alcalar, o en la supuesta réplica en piedra de un ejemplar de Valencina de la Concepción.

- Todos los ejemplares conocidos en la Meseta han sido analizados y son, sin excepción, cobres puros o arsenicales. Este tipo de composición (Rovira y otros, 1992a) es típica del Calcolítico - Bronce antiguo peninsulares.

- Finalmente contamos con un ejemplo excepcional, de singular importancia a este respecto, como es la estela antropomorfa de Tabuyo del Monte (León), en la que se representa un antropomorfo decorado con motivos ornamentales triangulares, y con dos atributos guerreros, un puñal de lengüeta en su lado izquierdo y en posición funcional, y una alabarda enastada en su mango en el lado derecho, también en posición funcional, con acusado nervio central y dos clavos para el enmangue (Almagro, 1972; Bueno y Fernández-

Miranda, 1981: 459, 464-5 y Lámina 6). Este interesante ejemplar nos muestra la asociación de alabarda y puñal de lengüeta en el ámbito simbólico, acompañando a un personaje individual armado.

Por el momento se conocen en la Meseta sólo seis alabardas, procedentes de cinco yacimientos, tres en la meseta sur con cuatro ejemplares (Valle del Manzanares, nº 232 y Lámina 54: 19; dos del depósito toledano de Pantoja, nº 420 y Láminas 91: 11-12; y Villamiel, nº 436), y dos en la norte con sendos ejemplares (Fariza en Zamora, nº 500 y Lámina 102: 2, y Paradilla en Palencia, nº 252). Todas ellas, por desgracia, carecen de contexto conocido, salvo las piezas toledanas de Pantoja, al parecer de un depósito metálico, y presentan características muy variadas. Como rasgos comunes podemos citar la empuñadura con orificios para remaches y la hoja con una mesa similar a la de los puñales, sobre la que se dispone además un nervio. Las restantes características no son compartidas por todos los casos:

- La forma de la empuñadura:

Similar a la de los puñales de lengüeta en los casos de Pantoja nº 2, Valle del Manzanares y Villamiel. Mientras en el ejemplar de Fariza apenas se insinúa con un mínimo apéndice en la por otra parte anchísima empuñadura. En Pantoja nº 1 apenas se diferencia de la hoja por medio de dos pequeñas escotaduras laterales.

- La forma de la hoja:

Triangular en el caso de Fariza, casi elíptica en Pantoja nº 1 y muy similar a los puñales de lengüeta en Pantoja nº 2, Villamiel y Valle del Manzanares.

- Número y disposición de los remaches:

En Fariza, Villamiel, Valle del Manzanares y Pantoja nº 2 tres dispuestos en triángulo, mientras en Pantoja nº 1 sólo dos.

Para añadir mayor variedad al pequeño conjunto, el nervio central del ejemplar de Pantoja nº2 sólo está creado por medio de dos incisiones. En cuanto a sus dimensiones, longitud y anchura máximas, la variedad es asimismo notable, pese a lo reducido del conjunto. Existe una auténtica gradación de tamaños con tres piezas de menores dimensiones, Paradilla con sólo 16'7 cm. de longitud y 5'75 de anchura, Valle del Manzanares con 22'6 y 5'9 cm. y Villamiel, con 24 y 6'6 cm. Y otras tres mayores, Fariza con 28 y 10'9 cm., y ambos ejemplares de Pantoja, con 27'5 y 7'5 y 28'6 y 6'6 cm. respectivamente. Sobre el peso de las alabardas meseteñas tenemos muy escasa información, pues sólo se tienen datos de la pieza de Villamiel con 253 gr.

Como parece lógico suponer, con tan exiguo número de casos es inútil intentar acometer un análisis tipológico serio y exhaustivo. Con lo dicho, se puede, únicamente destacar la gran heterogeneidad del conjunto, tanto en lo referido a las dimensiones básicas de las piezas como en los rasgos tipológicos antes enumerados.

2.6. Orfebrería en oro.

Los hallazgos de objetos de oro son extraordinariamente escasos, en primer lugar porque son elementos de, salvo excepciones, muy exiguo tamaño y que suelen recuperarse en contextos funerarios, que requieren, por ello, para su descubrimiento de excavaciones sistemáticas y cuidadosas con cribado de tierra (por ejemplo Valdeprados en Ávila o las recientes limpiezas de dólmenes salmantinos excavados antiguamente, como Teriñuelo en Aldeavieja de Tormes, o excavaciones recientes en los de Galisancho o La Veguilla). No obstante su escasez también viene explicada por la propia excepcionalidad de estos objetos en los ajuares funerarios campaniformes, en razón de lo costoso de su fabricación, pues se trata probablemente de oro que procede de yacimientos secundarios. En definitiva oro aluvial, obtenido mediante bateo en los ríos y arroyos próximos a menas primarias, durante los periodos de estío cuando su cauce se reduce sensiblemente (Sánchez y Pérez, 1989: 18-19). Si tenemos en cuenta las zonas de mayor riqueza aurífera en la Península que aparecen reflejadas en el mapa que estos autores presentan (Ibidem: figura 1), observamos que la mayor concentración de yacimientos se produce en el ámbito noroccidental.

Aunque tampoco faltan en el ámbito meseteño, como en la cuenca media del Tajo entre España y Portugal, particularmente los del ámbito extremeño, y que llegan a prolongarse en Salamanca (El Cabaco), provincia de la que como veremos provienen las mejores colecciones de orfebrería en oro asociadas al Campaniforme meseteño. También existen algunos puntos de menor importancia en el interior, en concreto en La Nava de Ricomalillo, Toledo, El Molinillo en Ciudad Real y Toledo, Las Navas de Jadraque en Guadalajara y la zona de Riaño – Cervera de Pisuerga entre León y Palencia, todas ellas por tanto susceptibles de haber sido utilizadas en la Prehistoria, junto quizás a otras de menor importancia, que no aparecen en este mapa de escala peninsular.

Con estos procedimientos se obtienen pepitas de muy pequeño tamaño que luego son tratadas mediante martilleo, y transformadas así en láminas útiles para el trabajo del orfebre. Como señalan estos autores, según informaciones sobre bateo estacional en la Galicia de mediados del siglo XIX, se puede estimar el rendimiento de cada campaña estival en un valor medio de 12-14 gr. de oro por persona (Ibidem: 23). Es fácil por ello imaginar la inversión de trabajo realizada, únicamente en términos de obtención de materia prima, para la obtención del oro suficiente para poder fabricar por ejemplo diademas como la de la tumba de Fuente Olmedo, con 31 gr. de peso. Sin embargo existen otras estimaciones bien distintas, recientemente publicadas por Vázquez (1995) asimismo basadas en informaciones etnográficas

de ámbito gallego, que sitúan la cifra en un valor medio de 2-3 gr. diarios por persona (y por ello unos 150 gr. por campaña estival). Ello reduciría mucho la importancia del esfuerzo social necesario para la elaboración de la mayoría de piezas de la orfebrería áurea peninsular de este momento.

Actualmente se conocen 13 yacimientos campaniformes en la Meseta que han proporcionado un total de 40 piezas de orfebrería áurea, sólo dos de los cuales proceden de la meseta sur (Pantoja, nº 420 y; y Entretérminos, nº 147), siendo los restantes recuperados en distintos sitios funerarios de la cuenca del Duero. Salvo las diademas de Entretérminos, Aldeavieja de Tormes (nº 264) y Fuente Olmedo (nº 459 y Lámina 98: 18) y el torques de paletas de La Veguilla (nº 263 y Lámina 58: 9), se trata de objetos de muy pequeño tamaño (cuentas y laminitas sobre todo). Siguiendo la tipología de Hernando (1983) podríamos clasificarlos en las siguientes categorías:

1. JOYAS:

(A) Torques: Contamos con una única pieza, recuperada en el dolmen salmantino de La Veguilla (nº 263 y Lámina 58: 9). Se trata de un torques de paletas, es decir una varilla maciza de forma circular (2 mm. de grosor en la sección), que crea un arco de 12'5 cm., con los extremos aplanados y enrollados hacia el exterior formando paletas de forma rectangular.

(E) Brazaletes: Sólo se conoce la noticia confusa y antigua, y por ello muy dudosa, del hallazgo de varias piezas de este tipo en la tumba leonesa de Peredilla (nº 123), junto a un puñal de lengüeta. No obstante, se trata de un tipo perfectamente normal en la orfebrería áurea del Calcolítico – Bronce antiguo (Hernando, 1983: 96-98).

2. ELEMENTOS DE ADORNO UTILIZADOS COMO JOYAS:

(A) Cintas o bandas:

Aunque funcionalmente se trata de diademas, se diferencian de estas joyas, según la tipología de Hernando (Ibidem), por necesitar de un accesorio (probablemente en cuero) para cumplir su cometido. Son unas estrechas láminas rectangulares con orificios en sus extremos que no suelen coincidir. En la Meseta contamos con tres ejemplares, uno recuperado en el dolmen madrileño de Entretérminos (nº 147) hoy desaparecido, y dos muy semejantes de sendos contextos funerarios en la cuenca del Duero, el dolmen salmantino de Aldeavieja de Tormes (nº 264), con 39 x 4 cm., y la célebre tumba vallisoletana de Fuente Olmedo (nº 459 y Lámina 98: 18), con 38 x 2'6 cm.

3. ELEMENTOS DE ADORNO:

I. Elementos para ensartar:

(C) Perlas tubulares:

Elementos destinados a ser ensartados en un hilo de materia, quizás vegetal, para formar parte de un collar, como algunos hallazgos franceses han podido demostrar (Hernando, 1983: 118). Consiste en una

plaquita rectangular plegada por martilleo alrededor de un eje longitudinal hasta formar una especie de tubito en que los lados opuestos aparecen solapados o juntos. En la Meseta contamos con 18 piezas procedentes de cuatro yacimientos, sendos ejemplares del dolmen abulense de Bernuy- Salinero (nº 11 y Lámina 2: 6) y el túmulo burgalés inédito de Jaramillo Quemado (nº 48), 15 piezas del dolmen salmantino de Aldeavieja de Tormes (nº 264), y finalmente una del túmulo soriano de Ambrona (nº 318 y Lámina 70: 4).

Asimismo existe una cuenta de collar bitroncocónica recogida en las recientes excavaciones efectuadas en el dolmen salmantino de Galisancho (nº 266 y Lámina 60: 13), tipo que no aparece en la clasificación de Hernando (1983), pero que sí cuenta con paralelos peninsulares, por ejemplo en el celeberrimo yacimiento portugués de Zambujal (Idem, 1989: 35), y que por sus características funcionales podría figurar en este mismo apartado.

II. Elementos para enganchar:

(A) Plaquitas de recubrimiento de alguna materia orgánica:

Entre los materiales meseteños hoy conocidos sólo las dos capsulitas fragmentadas de la tumba soriana de Villar del Campo (nº 385 y Lámina 82: 11-12) pueden clasificarse en esta categoría. Presumiblemente recubrían algún botón de madera o hueso.

(B) Plaquitas con dos lados opuestos pegados:

Contamos con tres ejemplares meseteños procedentes de dos yacimientos, uno de la fosa abulense de Valdeprados (nº 13 y Lámina 3C: 7), y dos del dolmen salmantino de La Veguilla (nº 263), todas ellas con perforaciones en ambos extremos, que no coinciden, y nos indican que efectivamente iban cosidas a un soporte de tela o cuero, como vestidos o correas de cuero quizás (Idem, 1983: 126).

IV. Elementos para pegar o incrustar:

(A) Cintillas:

Dos piezas meseteñas se pueden clasificar dentro de esta categoría, una fragmentada procedente del depósito metálico toledano de Pantoja (nº 420), y otra de la tumba zamorana de Villabuena del Puente (nº 510 y Lámina 102: 15). Según Hernando (1983: 126-128) se trata de un elemento que pegado o incrustado adornaría algún soporte de material perecedero, bien una prenda o adorno de cuero, o bien el mango de un arma, pues no olvidemos que en ambos casos aparecieron junto a sendos puñales de lengüeta.

(B) Láminas:

Disponemos de nueve piezas, procedentes de dos yacimientos meseteños, que podrían figurar en este apartado. Se trata de los dólmenes salmantinos de Aldeavieja de Tormes (nº 264), con cinco piezas y Galisancho (nº 266 y Lámina 60: 9-12), con cuatro que presentan perforaciones en sus extremos pero no

se hallan dobladas. Todas ellas carecen de decoración, y como señala Hernando (Ibidem: 128), podrían formar parte de conjuntos decorativos mayores o bien decorar piezas de pequeño tamaño como colgantes.

En suma se trata de un conjunto relativamente variado, compuesto por tipos bien encuadrados en el Calcolítico – Bronce antiguo peninsular, y con frecuente aparición en contextos campaniformes. Por desgracia, poco más podemos extraer de él, más allá de las consideraciones tipológicas y funcionales realizadas, pues carecemos casi por completo de información sobre aspectos cuantitativos tan interesantes como el peso. Sólo conocemos este dato en la cinta de Fuente Olmedo, de 31 gr. Asimismo escasos son los datos relativos a la composición metalográfica de las piezas meseteñas, pues sólo cuatro de ellas cuentan con análisis publicados, en los cuales la plata figura junto al oro en porcentajes variables entre el 1 y 11%.

IV.C. Otros.

Los restantes elementos que componen el típico equipo campaniforme son muy escasos, tanto por su pequeño tamaño, como por las circunstancias de la gran mayoría de hallazgos, sobre todo funerarios. A pesar de ello han servido para caracterizar en toda Europa la presencia de este fenómeno, por la regularidad de sus rasgos en toda el área de distribución, bastante mayor que las cerámicas.

1. Brazales de arquero.

Son placas rectangulares generalmente de piedra (areniscas, pizarras, esquistos, calizas) aunque no faltan las de hueso, con una o dos perforaciones bitroncocónicas en cada uno de los lados menores. Desde siempre han sido interpretadas como brazales de arquero, es decir placas que irían sujetas al antebrazo por su parte interna para amortiguar el impacto de la cuerda del arco al tirar con él. No obstante varios autores han mostrado sus dudas al respecto, y se han inclinado bien por atribuirle una función diferente, al menos en algunos casos, como por ejemplo piedras para afilar los útiles metálicos (Siret, 1913: 400; Harrison, 1980: 53), bien por considerarlas réplicas rituales de los auténticos ejemplares en cuero (Cornaggia Castiglioni, 1962, citado en Delibes, 1977: 120; Case, 1987: 119-120).

De hecho se conoce algún ejemplar de oro en Inglaterra (por ejemplo en Barnack), y en la propia Península Ibérica, como en Vila Nova de Cerveira, Viana do Castelo (Hernando, 1989: 38). Los testimonios arqueológicos sobre el particular son muy escasos y ambiguos en cualquier caso, pues existen varios hallazgos funerarios que parecen aportar datos en apoyo de esta interpretación, como la tumba campaniforme polaca de Samborzec (Harrison, 1980: figura 45), en la que el brazal de arquero hallado está situado en una posición muy cercana del antebrazo izquierdo del individuo enterrado, por su parte interna, y más

recientemente en el enterramiento británico de Hemp Knoll, Avebury (Robertson-Mackay, 1980: figura 9), donde apareció junto a uno de los brazos del inhumado.

Sin embargo es cierto que, como señala Harrison (1980: 53) son muy escasas las evidencias arqueológicas a este respecto en todo el ámbito europeo, donde muy pocas veces se constata la asociación entre los brazales de arquero y las puntas de flecha de sílex (como por ejemplo ocurre en la célebre fosa de Fuente Olmedo, nº 459 y Lámina 98). Por otra parte, otras teorías como la que sugiere su utilización como piedras para afilar los útiles metálicos también cuentan con ciertos indicios arqueológicos en su apoyo. Así, en nuestra área de estudio se han podido constatar al menos en dos piezas claras “huellas de uso” en la superficie, en forma de raspaduras oblicuas que presentan diferentes direcciones (Fuente Olmedo, nº 459 y Lámina 98: 4; y Galisancho, nº 266).

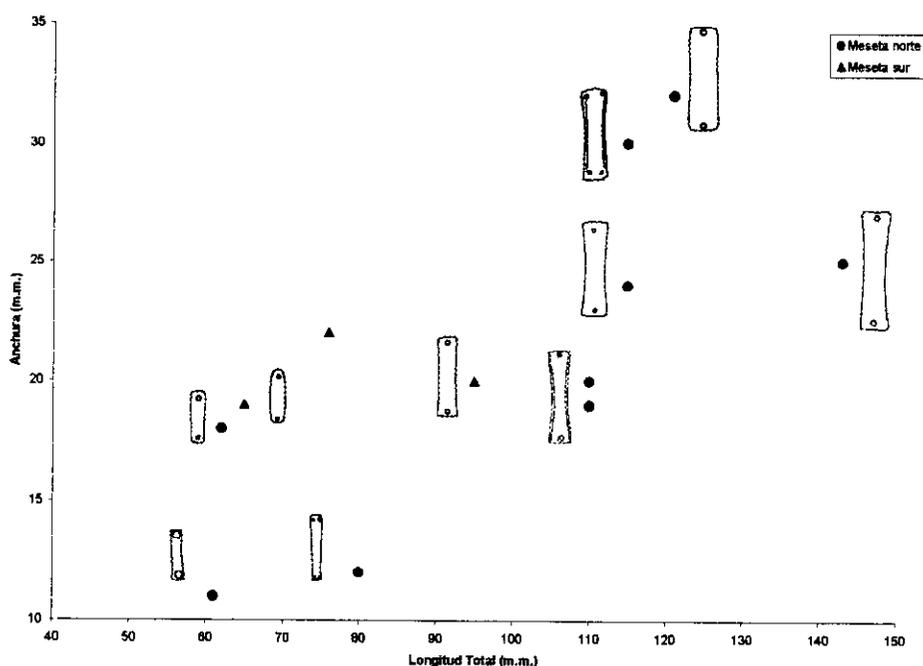


Figura 94. Gráfico de dispersión de las variables Longitud Total y Anchura en el centro de la pieza (en mm.) de los Brazales de arquero campaniformes completos de la Meseta.

Se conocen hasta el momento 26 piezas procedentes de 18 yacimientos en la Meseta, 19 brazales de 12 sitios en la meseta norte, y siete piezas de seis yacimientos en la sur. Sin embargo el número de ejemplares completos con todas sus dimensiones conocidas se reduce a 12 (9 de ellos en la meseta norte), hecho éste que dificulta notablemente el análisis tipológico, que a muy pocas conclusiones de interés puede llegar con tan exigua muestra.

Sus dimensiones absolutas se comprenden entre los 6-14'5 cm. de longitud total y los 1-3'2 cm. de anchura en la parte central. Si examinamos el gráfico de dispersión de ambas variables (Figura 94) se comprueba la heterogeneidad del conjunto, con un grupo de piezas de menores dimensiones (6-8 cm. de

longitud y 1-2'5 cm. de anchura), entre las que están todas las de la submeseta sur, y otro de mayor tamaño (11-14'5 cm. y 2-3'2 cm.), entre los que se incluyen los ejemplares de Fuente Olmedo o Villabuena del Puente. Lo que sí parece observarse es un cierto control en la proporción entre ambas variables, manifiesto en el valor ofrecido por el índice de correlación de Pearson (0'69 sobre 1). Obviamente la muestra disponible en el área de estudio es demasiado reducida para obtener más conclusiones en cuanto a posibles patrones regionales en su fabricación.

En cualquier caso resulta curioso constatar que los brazales de arquero no sólo siguen empleándose como símbolo en los rituales funerarios de élite de los grupos de la Edad del Bronce peninsular, hecho bien conocido desde antiguo, sino que en general mantienen también unas dimensiones y proporciones semejantes. Así, por ejemplo los argáricos (Lull, 1983: 212), se comprenden entre 3'5-15'5 cm. de longitud y 1-3'8 cm. de anchura.

La materia prima utilizada en su elaboración es mayoritariamente la piedra, de muy distintos tipos (areniscas, pizarras, esquistos, etc.), y sólo dos casos emplean el hueso, una de El Castillo, Cardeñosa (nº 18 y Lámina 5: 8) y otra de la tumba leonesa de Grajal de Campos (nº 122 y Lámina 19: 5). Curiosamente ambos son los únicos que tienen dos perforaciones en cada extremo. Como señala Harrison (1980: 54-55) los tipos anchos y con cuatro perforaciones son los más antiguos en el ámbito europeo y su área de dispersión es sobre todo Europa oriental, mientras los tipos estrechos y con dos agujeros son más tardíos y característicos de los ámbitos meridionales y occidentales.

Poco puede pues deducirse de estos dos ejemplares meseteños, que pese a contar con cuatro perforaciones mantienen el aspecto general de los restantes brazales del área de estudio y, en general, de los peninsulares, por más que pudiera ser tentador identificarlos como otro indicio más a incorporar en el nutrido catálogo de aspectos del Campaniforme meseteño que remiten a los lejanos ámbitos centroeuropeos.

El análisis más detallado de la forma de los escasos ejemplares completos conocidos apenas sugiere como característica general, que los ejemplares de menor tamaño suelen presentar los lados rectilíneos, mientras los mayores los tienen ligeramente curvados (excepto quizás la pieza de Fuente Olmedo, nº 459 y Lámina 98: 4), aunque en muy distinto grado, desde la notable curvatura que presenta por ejemplo el brazal de Las Torres (nº 279 y Lámina 62: 17) hasta la apenas insinuada de Mejorada del Campo II (nº 195 y Lámina 49: 9), pasando por los ejemplos intermedios de Grajal de Campos (nº 122 y Lámina 19: 5), Villabuena (nº 510 y Lámina 102: 13) o el mayor de Galisancho (nº 266).

Obviamente no es posible deducir ninguna información de tipo cronológico a partir de esta variedad formal, como se ha propuesto en otras partes de Europa (Clarke, 1970: 261-262).

En cuanto al contexto de aparición de los ejemplares meseteños estudiados aquí de los 18 hallazgos cinco pertenecen a poblados (nº 18, 83, 85, 405, 487), nueve tumbas (nº 68, 122, 152, 195, 266, 277, 279, 459, 510) y cuatro indeterminados (nº 20, 191, 457, 466). Por otra parte los datos disponibles sobre su asociación con los distintos estilos campaniformes en nuestra región viene a reafirmar viejas teorías que lo vinculaban con los llamados estilos tardíos regionales, en este caso el Ciempozuelos. En efecto de los trece yacimientos donde han aparecido brazales de arquero junto a cerámicas, doce eran de este estilo y una lisa, pero en ningún caso se ha podido documentar su asociación con vasos marítimos o puntillados.

Finalmente de los cuatro ajuares funerarios cerrados y completos donde se han encontrado (Tablada de Rudrón nº 68, Mejorada del Campo II nº 195, Fuente Olmedo nº 459 y Villabuena del Puente nº 510), apareció acompañado de armas metálicas en tres (nº 195, 459 y 510), puñales en todos los casos, y Puntas Palmela sólo en Fuente Olmedo. Parece pues confirmarse también en la Meseta la tendencia observada en distintas partes de Europa occidental y oriental según la cual los brazales de arquero suelen asociarse con los puñales de lengüeta en los rituales funerarios campaniformes (Harrison, 1980: 53).

2. Botones de perforación en "V".

Siguiendo los trabajos analíticos realizados por Barge y Arnal (1984-5) y Barge-Mahieu (1991: 1) para los ejemplares franceses, se podrían definir como unos objetos hechos en hueso, más raramente en concha, de forma y sección variables, que tienen una cara superior convexa y una cara inferior la mayoría de las veces plana y perforada. Esta perforación, denominada en V, está constituida por dos conos convergentes que se encuentran sin llegar a traspasar la cara superior. En cuanto a su funcionalidad, es tradicional la interpretación que les atribuye el papel de botones para algún tipo de vestimentas (Childe, 1930: 149).

De hecho esto ha llevado a muchos autores desde antiguo a suponer involucrados en el circuito campaniforme también tejidos que podrían haber portado los motivos decorativos que de forma tan insistente encontramos en las cerámicas (Sherratt, 1987: 89). Algunos hallazgos funerarios centroeuropeos donde se observa la concentración espacial de botones en torno a la zona del tórax, podrían delimitar la presencia de una prenda de vestir que cubriría esa zona del cuerpo, como por ejemplo en Lysolaje, (Hájek, 1957: figura 8; Harrison, 1980: 51 y fig. 34 izquierda), Dáblice, Knezeves, o Strelice (Hájek, 1957: figura 3 y 4, 6, y 10). Sin embargo, como señala Uscatescu (1992: 19-22) no han faltado tampoco autores que han atribuido a estas piezas otras funciones, sobre todo como cuentas de collar, dada la escasa idoneidad del sistema de perforación en V para coserlos a una vestimenta.

En cualquier caso, sirvieran o no como botones de alguna prenda especial, su repetida presencia en los ajuares funerarios campaniformes de buena parte de Europa occidental nos indica su alto valor simbólico. Incluso en ocasiones fueron adornados, y contamos asimismo con algunos ejemplos, ciertamente

excepcionales pero significativos, en los que los propios botones pudieron ser considerados objetos valiosos en sí mismos, al estar fabricados con alguna materia prima exótica.

En nuestra área de estudio el ejemplar de marfil procedente del poblado de El Castellón (nº 86 y Lámina 14: 17) es buen ejemplo de ello. Sin embargo, la materia prima más comúnmente utilizada en su elaboración suele ser el hueso (Uscatescu, 1992: 22), y de hecho en la Meseta salvo este botón de Ciudad Real todos los demás fueron realizados en esta materia. Se conocen hasta el momento 10 ejemplares recogidos de siete yacimientos, cinco piezas de cuatro yacimientos en la meseta norte y cinco piezas de tres yacimientos en la meseta sur.

Proceden todos ellos de contextos funerarios salvo los casos de Pedazo del Muerto en Pinto (nº 207) y El Castellón en Villanueva de los Infantes (nº 86 y Lámina 14: 17) y el abulense de El Castillo en Cardeñosa (nº 18 Lámina 5: 13), que son poblados. A pesar de lo exiguo de la muestra la variedad tipológica constatada es muy notable. Siguiendo la tipología propuesta por Barge-Mahieu (1991: 8) podríamos clasificarlos en orden de importancia cuantitativa como sigue:

- Hemisféricos:

Se definen por tener la cara superior redonda y una sección plano - convexa. Cuatro ejemplares responden a este tipo: uno de El Castellón (nº 86 y Lámina 14: 17), otro inédito de la necrópolis de Ciempozuelos (nº 145 y Lámina 28: 6), y un ejemplar peculiar de Las Arnillas (nº 53 y Lámina 10: 8), que presenta doble perforación en V cruzada y base rectangular. Sólo tenemos dimensiones de los botones de Ciempozuelos (22 mm. de diámetro y 6 de altura) y Arnillas (base rectangular de 37 x 21 mm. y 9 de altura).

- Cónicos:

Tienen la cara superior redonda y la sección triangular. Se conocen tres ejemplares, uno procedente de Tablada de Rudrón (nº 68 y Lámina 12: 19), otro de Villabuena del Puente (nº 510 y Lámina 102: 14), y finalmente otro inédito de la necrópolis de Ciempozuelos (nº 145 y Lámina 28: 5). Sus dimensiones se comprenden entre los 10 mm. de diámetro del menor (nº 510 y Lámina 102: 14) y los 19 del mayor (nº 145 y Lámina 28: 6), y los 6-7 mm. de altura.

- Prismáticos:

Se caracterizan por tener la cara superior cuadrada o rectangular, con dos paños, y una sección triangular. Dos ejemplares responden a este tipo, uno fragmentado que procede de El Castillo (nº 18 y

Lámina 5: 13), y el otro de Las Arnillas (nº 53 y Lámina 10: 9). Sólo conocemos las dimensiones de la pieza burgalesa, con base trapezoidal de 32 x 18 mm. y 21 de altura.

- Troncocónicos:

Ausentes de la tipología de Barge-Mahieu, se definirían, según Uscatescu (1992: 37, fig. 6: 50-51) por constar de una base circular u oval y una sección trapezoidal. Como señala esta autora (Ibidem) en muchas ocasiones la truncadura parece accidental, sobre todo considerando que esa zona del botón es muy débil. Sin embargo podemos afirmar con toda seguridad que el único ejemplar de este tipo conocido actualmente en la Meseta, aún inédito y que procede de la necrópolis de Ciempozuelos (nº 145 y Lámina 28: 5), ha sido intencionadamente ejecutado de esta forma, pues se aprecian las huellas del aserrado en su cara superior.

Además la fractura accidental de un botón cónico o hemiesférico a esa altura habría puesto al descubierto la perforación en V, cosa que no ocurre en este ejemplar, pues ésta fue realizada con posterioridad, acomodándose a las dimensiones y tipología troncocónica escogida para el botón.

Se trata, no obstante, de un tipo muy poco frecuente en la Península a juzgar por lo que refleja Uscatescu en un muy reciente inventario (Ibidem: 37 y fig. 33), donde sólo se recogen dos ejemplares de un yacimiento mallorquín, Na Fonda Sa Vall (Ibidem: 141 y yacimiento nº 28), datables en el Bronce antiguo. Para Barge y Arnal (1984-5: 82) se trataría de una versión particular baleárica de los botones cónicos, que se ha podido documentar en grutas sepulcrales pretalayóticas como la Cueva de Son Sunyer (Veny, 1968: 51; figura 12: 14; Fernández-Miranda, 1978: figura 32: 1) y la Cueva de Na Fonda Sa Vall (Veny, 1968: 112 y figura 45: 23, 25). En ambos casos se trata de cuevas artificiales de enterramiento vinculadas con el fenómeno campaniforme.

No obstante, hay que señalar que los ejemplares baleáricos son ligeramente diferentes al de Ciempozuelos, pues son más altos que el ejemplar madrileño, que es prácticamente plano (20 mm. de diámetro y sólo 4 de altura), al tener 9 y 6 mm. los de Sa Vall. Por lo demás conviene señalar que no se conocen ejemplares de este tipo en el resto del ámbito campaniforme europeo (Arnal, 1973; Barge y Arnal, 1984-5; Barge-Mahieu, 1991; Uscatescu, 1992: 101 y ss.)

En lo que respecta al contexto de aparición de las piezas meseteñas, podemos señalar que de los siete yacimientos donde se han documentado botones de perforación en V, tres son poblados (nº 18, 86, y 207) y cuatro son tumbas (nº 53, 68, 145 y 510). Entre éstas últimas sólo en el caso de Villabuena (nº 510 y Lámina 102: 14) podemos hablar con seguridad de un contexto cerrado, un ajuar completo con las consiguientes

asociaciones, que en este caso son aparte del conocido trío cerámico Ciempozuelos, un puñal de lengüeta, un brazal de arquero, una cintilla de oro, y una arandela de hueso.

3. Otros.

Mucho menos frecuentes en los ajuares funerarios campaniformes son otros objetos como las puntas de flecha de pedúnculo y aletas en sílex, que quizás podrían incluirse en el mismo complejo ideológico que los brazales de arquero, y cuya presencia en este tipo de contextos está sobradamente atestiguada en la Meseta por la célebre tumba vallisoletana de Fuente Olmedo (nº 459 y Lámina 98: 6) (Martín y Delibes, 1974; 1989).

No obstante, ninguno de los últimos hallazgos funerarios del Campaniforme meseteño ha vuelto a proporcionar puntas de flecha, por lo que nada nuevo se puede decir al respecto. Es cierto que se han documentado en recientes hallazgos dolménicos con campaniforme, pero los problemas de remociones tan frecuentes en este tipo de contextos impiden su asociación segura al fenómeno que nos ocupa.

Finalmente no podemos olvidar el hallazgo funerario zamorano de una arandela de hueso, en Villabuena del Puente (nº 510 y Lámina 102: 16), por ahora único en la Meseta. Como señala Delibes (1978b, 1983) este tipo de elementos poseen una cronología y área de origen muy concretos, que son los comienzos del Bronce antiguo (siglo XVIII a.C., sin calibrar) y el ámbito centroeuropeo. Según los estudios detallados de los paralelos de estas piezas realizados por este autor, su lugar de origen se sitúa en un amplio sector que incluye el Alto Rin, Alto Danubio y alrededores del Lago de Garda, dentro de los grupos de Adlerberg, Straubing, y Polada.

Su área de dispersión alcanza el Midi francés y apenas traspasa los Pirineos, pues sólo se conocen cuatro ejemplares peninsulares: Villabuena, dolmen riojano de Uñón de Clavijo, dolmen de Igaratza Sur, y uno más dudoso de la cueva valenciana de La Sarsa de Bocairente. En cuanto a su funcionalidad, Maluquer sostenía su relación con la empuñadura del puñal, al servir como parte del mango, pero no han faltado otros criterios diferentes como el defendido por Clarke para quien son hebillas o broches de cinturón (Delibes, 1978b).

**V. EL CAMPANIFORME DE LA MESETA
EN SU CONTEXTO SOCIAL, ECONÓMICO Y RITUAL**

“No fueron, pues, de uso común y doméstico, y aunque su destino evidente fue el funerario, no sería absurdo suponer que lo tuvieran antes religioso, sino es que entre aquellas gentes, como entre otras conocidas por la historia y la arqueología, los ritos religiosos y funerarios andaban mezclados de manera que no sea posible distinguir su doble condición. El campo de las conjeturas no está cerrado para la buena crítica, tratándose de tiempos tan apartados como poco conocidos, y lo que hoy parece improbable, mañana puede tener demostración luminosa” (Riaño, J.F.; Rada, J. de Dios y Catalina, J.; 1894: 446-447).

V.A. Precedentes (3500-2500 AC).

1. El preludio neolítico.

Aunque el conocimiento que de esta etapa se tiene actualmente en la Meseta ha mejorado mucho en los últimos años, sobre todo si se compara con la situación descrita por Municio (1988). Con el desarrollo experimentado por los trabajos de campo y los recientes Inventarios Arqueológicos Provinciales se han incorporado a la nómina de hallazgos numerosos yacimientos en llano (Iglesias y otros, 1996; Villa y Rojas, 1996; Garrido, e.p.2) hasta el punto de constituir hoy día el patrón de asentamiento dominante (Iglesias y otros, 1996: 723-724; Jiménez, 1997: 102). Incluso se han podido documentar testimonios tan excepcionales como la tumba individual en fosa de Villamayor de Calatrava, Ciudad Real (Rojas y Villa, 1996). Todo ello viene a completar un panorama antes sólo protagonizado por las cuevas (Fernández-Miranda y Moure, 1975; Zamora, 1976; Fernández-Posse, 1980; Municio y Ruiz-Gálvez, 1986). Asimismo se dispone ahora de un mayor número de dataciones radiocarbónicas, algunas de las cuales incrementan el ámbito cronológico de desarrollo de esta etapa. Se suele ubicar el origen de la neolitización de la Meseta en lo que se conoce como Neolítico Medio/Final, que en fechas de C14 sin calibrar podríamos situar a mediados del IV milenio a.C. (comienzos de este milenio en fechas de calendario). Pero, como señalan Iglesias y otros (1996: 727-728), no faltan indicios de que el proceso pudo ser bastante más antiguo, tales como el polémico fragmento cerámico con decoración supuestamente cardial del dolmen de El Torrejón, Villarmayor, Salamanca (Arias, 1989); así como algunas dataciones recientes, que se remontan incluso al V milenio A.C. (Iglesias y otros, 1996: 727). Aunque se trata aún de referencias muy escasas y ciertamente discutibles, sin embargo no podemos tampoco descartar que el desarrollo futuro de las investigaciones sobre el Mesolítico meseteño, aún muy mal conocido, y la multiplicación de hallazgos y dataciones como los antes mencionados, puedan quizá documentar en un futuro próximo la existencia de una temprana neolitización de la Meseta, que incidiera directamente en los grupos postpaleolíticos locales.

Aunque quizás el avance más espectacular se ha producido en el estudio del fenómeno megalítico, sobre el que se han publicado ya numerosos trabajos, gracias a los cuales se conocen mucho

mejor multitud de aspectos que van desde su dispersión geográfica, su ubicación topográfica, sus características arquitectónicas o su cronología, hasta cuestiones más relacionadas con los rituales funerarios (Delibes y Santonja, 1986; Rojo, 1990; 1992-4; Rojo, Negrodo y Sanz, 1995; Delibes y otros, 1993; Delibes, 1995, etc.). Todo ello pone de manifiesto que durante la etapa neolítica la Meseta estuvo más intensamente poblada de lo que se había pensado con anterioridad, y que hoy ya no se puede reducir este periodo al fenómeno megalítico. Sin embargo aún faltan muchos datos para poder evaluar siquiera de forma somera su papel en el proceso de cambio social y económico que, como veremos, pudo desarrollarse posteriormente en nuestra área de estudio. En concreto resultaría muy interesante disponer de registros faunísticos, y en general paleoeconómicos, que pudieran rastrear en lo posible los comienzos de la introducción de las innovaciones relacionadas con la llamada revolución de los productos secundarios o derivados (Sherratt, 1981), que en este trabajo proponemos como mecanismo desencadenante de todo el proceso de transformación antes aludido.

2. El Calcolítico precampaniforme.

Sobre esta etapa los avances de la investigación reciente han sido aún más espectaculares, sobre todo en la cuenca del Duero (Delibes y otros, 1995). Aunque queda aún mucho por hacer, y no podemos decir que la información hoy disponible sea suficiente aún para abordar multitud de cuestiones de crucial importancia, sí contamos ya con testimonios muy ilustrativos del proceso de cambio social y económico que precede, y explica, la introducción posterior del Campaniforme. Empezando por el marco cronológico se puede señalar que disponemos ya de un apreciable número de dataciones de C14, especialmente en la meseta norte. Según el reciente catálogo peninsular de fechas de Castro y otros (1996: 100-102), son un total de quince²⁶ y proceden mayoritariamente de típicos asentamientos al aire libre como Las Pozas, Los Itueros, La Solana, etc.

Delimitan un intervalo cronológico entre *c.*3050/2200 A.C., que se nos antoja excesivo, sobre todo en su tramo inferior. En primer lugar porque, como veremos más adelante, la calibración de fechas obtenidas en contextos campaniformes meseteños sitúa las más antiguas *c.*2500 A.C. Se produce, por tanto, un solapamiento entre algunas fechas de ambos periodos, que sólo puede explicarse por inconvenientes en el contexto arqueológico de las muestras o bien por coexistencia real de algunos de estos yacimientos. Circunstancia esta última que pudo producirse en algún caso como la fosa colectiva de El Tomillar (Fabián, 1995), que muy probablemente no sería precampaniforme sino coetánea al Campaniforme.

²⁶ A ellas habría que añadir dos recientes fechas procedentes del poblado salmantino de Vifa de Esteban García (Delibes y otros, 1997: 793-795): 4120± 90 y 3970±100 b.p., que calibradas se situarían entre el 2600 y 2400 A.C., es decir próximas a la transición con la etapa campaniforme.

Como señalan Castro y otros (1996: 102) parecen aún menos claros los comienzos de esta etapa en nuestra zona, pues sólo la fecha más elevada de Las Pozas se remonta a *c.* 3050 AC., quedando así distanciada al menos unos dos siglos de las restantes, incluidas otras dos obtenidas en este mismo yacimiento. Por ello según estos autores, hasta que no se disponga de más fechas absolutas, convendría ponerla en reserva, y proponer entonces un comienzo más tardío del Calcolítico precampaniforme en la región, y consecuentemente un carácter dependiente de otras regiones vecinas. Parece evidente, en suma, que es necesario contar con nueva información para poder pronunciarse de forma más segura sobre el particular. En la meseta sur la situación es aún más problemática, ante la escasez de fechas (Garrido, 1995:131-132; 1997: 192-194). Como señalan Castro y otros (1996: 102) sólo se dispone en la actualidad de tres fechas, todas ellas sincrónicas con el intervalo precampaniforme de la cuenca del Duero.

Así pues, podemos considerar bien establecido en la Meseta un periodo inmediatamente anterior al Campaniforme, que ocuparía *grosso modo* la primera mitad del tercer milenio A.C., quedando por precisar aún su antigüedad real dentro de este intervalo, pero no su final. Éste debió producirse antes del momento en que el Campaniforme aparece en la zona, en torno al 2500 A.C. Sin embargo, no conviene tampoco descartar por completo la posible coexistencia de algunos de estos yacimientos que por convención solemos situar en estos dos periodos distintos, a juzgar por lo que se está constatando en otras regiones como el centro de Portugal (Cardoso y Monge, 1990-92). De hecho en ocasiones esta etapa se ha utilizado como un socorrido “cajón de sastre” al que han ido a parar todos aquellos yacimientos calcolíticos que no proporcionaban materiales campaniforme, sin que se tengan evidencias concluyentes de su cronología precampaniforme en muchos de ellos. Cuando se cuente con información más exhaustiva a este respecto en el futuro podamos quizás establecer la existencia de sitios coetáneos al desarrollo del Campaniforme pero que no participaron en él. Si esto se comprueba tendrían mejor interpretación los resultados que ofrece el C14 calibrado en algunos asentamientos calcolíticos de la meseta norte.

Lo cierto es que durante esta etapa parecen gestarse importantes transformaciones de orden social y económico que nos ayudan a comprender cada vez mejor la aparición del Campaniforme en nuestra área de estudio. Ya no como una abrupta irrupción, a veces atribuida a un misterioso pueblo o raza, sino como el resultado de la propia dinámica interna de las sociedades calcolíticas locales, que acabó predisponiéndolas para su inclusión en la ya famosa red de intercambios paneuropea. Como veremos a continuación muchos de los elementos cuya introducción en la Meseta se atribuía hace años al Campaniforme, en realidad aparecen ya en esta etapa previa. Defendemos aquí la hipótesis, ya propuesta en artículos anteriores (Garrido, 1994b; 1995; 1997), según la cual es la introducción de algunas de las innovaciones tecnológicas que recorren Europa y la Península en este momento, la llamada “revolución” de los productos secundarios de Sherratt (1981), la responsable de una serie de transformaciones en la tecnología agrícola y ganadera que acabarán socavando las bases de los sistemas sociales neolíticos y

preparando las condiciones necesarias para la construcción un escenario social bien diferente. Entendemos que ello debió ser un proceso, y no una súbita transformación como podría dar a entender el término “revolución”, escogido de forma intencionada por Sherratt para marcar claramente la importancia de los cambios desencadenados por ella (1997: 156-157). Sin descartar que ya desde finales del Neolítico se dejarán sentir los primeros efectos de todo ello, pues por desgracia es poco lo que sabemos de esta etapa de la Prehistoria meseteña, como antes señalamos, lo cierto es que su incidencia resulta ya evidente a comienzos del Calcolítico. Parece constatarse en distintas partes de la Meseta un incremento muy significativo del número de yacimientos, que suelen concentrarse además en las cuencas bajas de los ríos, en aquellos terrenos más fértiles, hecho que suele atribuirse al desarrollo de un cierto incremento demográfico (Delibes y otros, 1995: 46-49; 1997: 801; Baena y Blasco, 1997: 179-183; Garrido, 1994b: 83; 1995: 143; 1997: 201). En este hecho (Delibes y otros, 1995: 46; 1997: 801) y en ciertas evidencias faunísticas (Morales y Liesau, 1994: 245) algunos autores han creído detectar indicios de la existencia de un incipiente proceso de sedentarización del patrón de asentamiento, así como una mayor alteración del medio a través de la deforestación (Delibes y otros, 1997: 795; López, 1997: 180). Todo ello podría interpretarse quizás como la consecuencia externa de los complejos cambios económicos y sociales desencadenados tras la introducción de los elementos tecnológicos del “complejo de los productos secundarios” (leche y derivados, lana, tracción animal: el arado y la rueda) sobre cuya presencia existen ya algunos testimonios directos, sobre todo en la meseta norte, aunque es preciso reconocer que todavía escasos y en ocasiones ambiguos (Garrido, 1997: 201).

Los escasos registros faunísticos disponibles apuntan de forma generalizada hacia el aprovechamiento secundario de los animales. Así ocurre en el célebre asentamiento zamorano de Las Pozas (Morales, 1992), y en el salmantino de Viña de Esteban García (Delibes y otros, 1997: 796), donde el protagonismo de los individuos adultos sugiere que su aprovechamiento fundamental no era el cárnico precisamente, sino otros como la leche o lana. Menos claros resultan los testimonios de la tracción animal y su tecnología asociada, el arado y la rueda. Sólo podemos encontrar alguna evidencia indirecta en etapas posteriores y asumir que su introducción debió probablemente ser anterior. Me refiero al metápodo de bóvido deformado que se halló en un asentamiento madrileño de la Edad del Bronce (Blasco y Barrio, 1986: 125), que no obstante ha de interpretarse con muchas reservas, pues este tipo de evidencias pueden obedecer en ocasiones a otros factores (Sherratt, 1983: 91-92). Hoy por hoy no tenemos ningún dato que pruebe la existencia de vehículos de ruedas en la Meseta antes del Bronce final (Fernández-Miranda y Olmos, 1986). Tampoco contamos con huellas de arado, tan frecuentes en otras regiones, como el norte de Europa, pero ello podría explicarse por los problemas de conservación de esta clase de evidencias en estas latitudes. Sobre la eventual substitución de los anteriores tejidos vegetales de lino por los animales de lana, que suele acompañar la introducción del complejo de los productos secundarios (Sherratt, 1981: 282-283; 1983: 93), las pruebas son también extremadamente pobres. De hecho, aún no se ha encontrado ningún tejido de lana en toda la Prehistoria peninsular, pero este hecho se puede atribuir a las diferencias

de conservación del lino y la lana en el registro arqueológico (Alfaro, 1984: 23). Sólo tenemos una evidencia indirecta y muy discutible ya en la fase campaniforme, en concreto en un goterón de cobre recuperado en el asentamiento madrileño de El Ventorro que presenta huellas de una impresión de tejido que se atribuye con muchas dudas a esta clase de material (Priego y Quero, 1992: 290, figura 163: nº 206143).

Como consecuencia, pues, de la posible introducción de estas innovaciones tecnológicas presumimos que se habría producido una intensificación de la economía con el consecuente incremento de los excedentes de producción, que habría trastocado los sistemas sociales neolíticos, y creado al mismo tiempo nuevas posibilidades para la distribución desigual de los recursos. El orden social emanado de estas nuevas pautas económicas debió, por ello, ser apreciablemente distinto del neolítico. No en vano es ahora cuando comienzan a generalizarse en algunas zonas, como el sector central y noroccidental de la cuenca del Duero, las tumbas individuales en fosa con ajuares personales, entre los que figuran por primera vez las armas de cobre, como en Donhierro (Delibes, 1988b), lo que constituye un precedente indudable de lo que será práctica más generalizada en la etapa campaniforme. Estas primeras armas, que se han hallado también en otros yacimientos de contexto menos claro (Herrán y Santiago, 1989; Pérez y otros, 1991; 1993), suponen quizás también el testimonio del incipiente incremento de la territorialidad de las comunidades, y por tanto de los conflictos entre ellas. Asunto que queda aún más claro en aquellas regiones que como el occidente meseteño ofrecen algunos, escasos pero significativos, poblados fortificados, ya sea en la Jara toledana (Carobles y Méndez-Cabezas, 1991) o en Zamora (Delibes y otros, 1995: 50-51).

La pervivencia de enterramientos de tipo secundario en hallazgos como la fosa de Mucientes (Del Val y Herrán, 1995: 298, Lámina 2: 1), y la reutilización de los sepulcros colectivos, ya sean cuevas (Fernández y Galán, 1986), fosas (Galán, 1984-5) o los propios megalitos (Delibes y otros, 1997; Fabián, 1997: 98-100), nos ilustran la complejidad de esta fase inicial del proceso. En algún caso podrían indicarnos la resistencia de ciertas comunidades a abandonar el viejo orden social y su correspondiente marco ideológico de forma definitiva, pero tampoco podemos descartar en otros la manipulación interesada de estos símbolos por parte de determinados personajes, como proponemos de hecho para el periodo campaniforme, donde siguieron empleándose como sepulcros.

Es asimismo destacable el desarrollo que experimenta la metalurgia en la Meseta durante esta etapa, algo que puede deducirse no sólo de la presencia de diversos tipos de objetos sino de la constancia de su fabricación local, a través de diversos hallazgos de crisoles con adherencias de cobre o incluso moldes de fundición, tanto en la meseta sur (Díaz-Andreu y Montero, 1998: 93), como sobre todo en la cuenca del Duero, en yacimientos zamoranos como Peleagonzalo, Villardondiego o Las Cañamonas, en el palentino de Cueva Rubia o en el vallisoletano de Mucientes (Delibes y otros, 1995: 53). Algunos autores

han insistido en la escasa importancia que debió tener esta actividad en los sistemas económicos de los grupos meseteños (Rovira y Montero, 1994), pero cabría plantearse hasta qué punto es el ámbito de la subsistencia el propio de esta nueva tecnología, y no más bien el de la ostentación social, y todo su contexto ideológico. No obstante, para otros investigadores el propio sistema de abastecimiento del mineral muestra una cierta complejidad, que revela de forma indirecta la existencia de profundas transformaciones en el orden económico también. Así, parece que los minerales cupríferos que se trabajaron en los citados sitios del centro y occidente de la cuenca de Duero debieron obtenerse en la periferia montañosa de la región, a distancias muy apreciables (Delibes y otros, 1995: 53). Por otra parte en las zonas ricas en minerales de cobre también aparecen asentamientos calcolíticos, que han sido relacionados en varias ocasiones con el control y explotación de estos recursos, como en la Sierra abulense (Ibidem: 54; Fernández y otros, 1997) o en distintos puntos de Toledo (Montero y otros, 1990; Rojas y Rodríguez, 1990; Carrobes y Méndez-Cabezas, 1991: 14).

El análisis de la procedencia de otras materias primas con las que se fabricaron diversos objetos, desde útiles hasta adornos, ha permitido constatar el gran desarrollo experimentado por los sistemas de intercambios en esta etapa de la Prehistoria meseteña. Así, por ejemplo, las piedras que se utilizaron en las herramientas pulimentadas recogidas en varios asentamientos calcolíticos sorianos procedía de regiones lejanas, a más de un centenar de kms. de distancia (Jimeno y Fernández, 1992: 81-82). En el yacimiento vallisoletano de Los Cercados, Mucientes, se pudo documentar, al parecer, un taller especializado en la fabricación de objetos de sílex, cuyas producciones alcanzaron una notable dispersión geográfica en el sector occidental de la cuenca del Duero (Delibes y otros, 1995: 57). Un fenómeno semejante en esta misma zona lo protagoniza la calaita, utilizada para fabricar cuentas de collar (Ibidem: 59; Blanco y otros, 1996; Edo y otros, 1997). Procedencia aún mucho más lejana tendrían, de ser cierta su identificación, algunos excepcionales hallazgos de adornos de marfil (Díaz del Río y otros, 1997: 103; Del Val y Herrán, 1995: 302, figura 6: 12).

En definitiva todo ello documenta de forma fehaciente algo que ya se presumía desde hace años a partir del convencional análisis comparativo de diversos elementos de la cultura material de estos grupos calcolíticos meseteños, que recordaban de forma indudable a otros característicos de los importantes núcleos coetáneos peninsulares (Sureste, estuario del Tajo) (Martínez Navarrete, 1984; Del Val y Herrán, 1995: 298; De Álvaro y Piñón, 1995: 287; Muñoz y otros, 1995; Garrido y Muñoz, 1997). Como señalan Delibes y otros (1995: 59) es muy posible que estos testimonios sólo sean la punta del iceberg de fenómenos mucho más amplios donde se vieran involucradas otras mercancías. En suma, ponen de manifiesto el gran desarrollo experimentado por los sistemas de intercambios y los contactos entre grupos en toda La Meseta durante esta etapa, como consecuencia de las transformaciones que estaban teniendo lugar entonces, y a cuyo impulso también pudieron contribuir probablemente (Garrido y Muñoz, 1997: 488-490).

Finalmente en la esfera ideológica, se constata durante este periodo el desarrollo de fenómenos tan singulares como el arte megalítico y rupestre esquemático, ya surgidos en la etapa anterior. Este amplio y complejo mundo iconográfico parece romper con las convenciones propias de las manifestaciones plásticas previas, reflejando quizás toda una nueva forma de acceso al ámbito de lo sagrado, cada vez más restringida, que no resulta ilógico relacionar con los cambios económicos y sociales que se van gestando durante este amplio periodo (Garrido, 1997: 204; Garrido y Muñoz, e.p.2 y 3).

V.B. El apogeo del Campaniforme (2500-2000 AC).

1. El marco cronológico.

En la actualidad se van asumiendo cada vez de forma más generalizada las críticas vertidas en su momento sobre la periodización tradicional y sus métodos (Martínez, 1989), y desde la llamada revolución del C14 mucho se ha avanzado en la construcción del entramado cronológico de la Prehistoria europea. Sin embargo, la aplicación de la calibración a las fechas radiocarbónicas desencadenó una “segunda revolución” (Fábregas, 1992: 17-19), acompañada de multitud de problemas (solapamiento de fechas y periodos, etc.). Dificultades que resultan especialmente graves en el tramo cronológico que aquí nos interesa por la gran irregularidad que muestra en él la curva de calibración (Harrison, 1988: 467; Cardoso y Monge, 1990-92: 221-225). Todo ello tiene como consecuencia la mezcla de las etapas construidas sobre la base de la seriación tipológica de las cerámicas. Así, el Campaniforme se extiende casi a lo largo de un milenio en algunas zonas como por ejemplo Gran Bretaña, donde recientemente se ha propuesto el tramo *c* 2600 - 1800 A.C. para todo su desarrollo (Kinnes y otros, 1991), o la propia Península Ibérica donde se ha fijado el periodo entre 2800-1500 A.C. (Castro y otros, 1996: 107). En el análisis regional los datos varían sensiblemente, como por ejemplo entre 2600-1900 en el valle del Ebro (Harrison, 1988: 467), 2800-2300 en Portugal (Cardoso y Monge, 1990-1992), y en la Meseta entre el 2500-2000, aprox. (Garrido, 1997: 192-194).

En suma, allá donde se aplica la calibración surgen dataciones muy altas, por lo que existe un general escepticismo hacia cualquier teoría respecto a los orígenes del Campaniforme (Castro y otros, 1996: 107), incluido el Modelo Holandés aún vigente. Se ocupan espacios cronológicos propios de los grupos arqueológicos inmediatamente anteriores y posteriores, originando una gran confusión. Por ello resulta casi imprescindible, finalmente, acudir de nuevo a las seriaciones tipológicas para ordenarlos, hasta tanto la cronología calibrada no se aplique de forma más selectiva y cuidadosa, sobre todo en cuanto a la muestra manejada. De hecho si se observan los intervalos centrales de la distribución general de fechas las cronologías resultan más coherentes, pues son precisamente los extremos de las distintas series

los que introducen confusión. Quizás el problema se encuentra en la aplicación poco cuidadosa de un método que, como todos, tiene sus limitaciones. La calibración indiscriminada de todas las fechas conocidas en un periodo determinado, sin apenas cribar la información conduce a situaciones como las descritas. Se requiere un examen cuidadoso del contexto arqueológico de cada muestra, que muy rara vez se tiene en cuenta. En este sentido, sigue siendo una garantía acudir a contextos cerrados y seguros como las tumbas individuales, que no en vano han constituido la base de los dos programas más ambiciosos desarrollados en Europa (Lanting y van der Waals, 1976; Kinnes y otros, 1991). Por ello, se espera asimismo con gran interés el resultado final del proyecto que sobre el particular desarrolla el Dr. Delibes en la meseta norte desde hace algunos años.

Partiendo de concepciones teóricas dualistas acerca del origen de los estilos “incisos” y puntillados (Sangmeister, 1963; Harrison, 1977) y de ciertas evidencias estratigráficas, fundamentalmente la granadina de Orce (Schüle y Pellicer, 1966), se ha difundido en la investigación la idea de que es posible abordar la seriación de los estilos campaniformes, otorgando una mayor antigüedad a los tipos puntillados y hablando de epicampaniformes o campaniformes tardíos en toda la Península, incluida la Meseta (Delibes y Municio, 1981). Incluso recientes estratigrafías como Monturque (López Palomo, 1993) o Moncín (Harrison y otros, 1994) parecen apuntar a grandes rasgos también en esta línea. Sin embargo, con la información hoy disponible y los límites que impone la cronología de C14 calibrada resulta casi imposible abordar la seriación de los estilos campaniformes sin caer en apriorismos, especialmente en La Meseta (Martínez, 1984: 73). Por ello, quizás sea preferible tratar la duración del periodo campaniforme en su conjunto, que podríamos situar *grosso modo*, y recogiendo las dataciones publicadas, en la segunda mitad del tercer milenio A.C. (Garrido, 1995: 131-132 ; 1997: 192-194). En concreto, contamos con una muy pobre muestra de seis dataciones procedentes de sólo cuatro hallazgos, tres de ellos en la meseta norte, frente al total de 88 fechas conocidas en toda la Península (Castro y otros, 1996: 106).

Basándonos en los argumentos expuestos al comienzo de este apartado, en orden a la adecuada selección de las dataciones, se han eliminado del estudio las polémicas fechas de la Cueva de Arevalillo (yacimiento nº 282: UGRA/99: 3520±140b.p.; CSIC-400: 3290±50 b.p.; CSIC-422: 3400±50 b.p. y CSIC-423: 3400±50 b.p.; Delibes y Fernández - Miranda, 1986-7: 23; Fernández-Posse, 1981: 51), probablemente pertenecientes a grupos arqueológicos postcampaniformes; y la Cueva de la Mora, Somaén (yacimiento nº 377: CSIC-69: 4620±130 b.p. y CSIC-68: 4730±130 b.p.; Barandiarán, 1975: 60), muy discutidas desde hace años (Delibes, 1978: 87-88). Hasta tanto no dispongamos de una mayor serie de dataciones de contextos claros no se puede descartar del todo, por prudencia, la validez de estas fechas, por lo que conviene no olvidarlas por completo. Sin embargo no es menos cierto que con lo que hoy conocemos acerca del desarrollo cronológico del Campaniforme en la Península, y en general en toda Europa occidental, no parecen acercarse siquiera a lo que podría considerarse en la actualidad como verosímil. A veces se ha criticado con razón el uso selectivo que los arqueólogos realizan de las series radiocarbónicas, eliminando de ellas las que no

“encajan” en los esquemas teóricos de partida. Sin embargo no es menos cierto que, como señalamos más arriba, la aceptación indiscriminada de cualquier datación, sea cual sea la muestra y su contexto de aparición, es un procedimiento igualmente censurable. Finalmente debemos excluir también la fecha de termoluminiscencia recientemente publicada por Blasco, Baena y Liesau (1998: 31), pues la muestra analizada no es campaniforme sino uno de los fragmentos cerámicos lisos que fueron recogidos durante las excavaciones de Vives en el yacimiento de Ciempozuelos (nº 145). Si tenemos en cuenta que este procedimiento ofrece fechas absolutas de calendario, que obviamente no requieren calibración, hemos de concluir que el resultado obtenido (UAM TL: 3694±285 b.p., 1697±285 A.C.) desborda claramente el marco cronológico de lo Campaniforme para adentrarse con claridad en un momento avanzado de la Edad del Bronce. De hecho algunas de las características de las cerámicas lisas objeto de esta datación (Ibidem: 109 figura 21) nos ofrecen indicios a favor de esta cronología tardía (p.e. incisiones en el labio). De ser así, representarían entonces y muy probablemente una ocupación postcampaniforme del lugar, que en este aspecto no diferiría mucho de lo ya documentado en diversos yacimientos madrileños donde aparecen estructuras y materiales de múltiples cronologías. Además no podemos olvidar tampoco que la fecha presenta una elevada desviación típica (285), lo que al margen de cualquier otra consideración de por sí obliga a manejarla con sumo cuidado, tal y como los mismos autores prudentemente así lo reconocen (Ibidem: 31).

DATACIONES DE C14 CALIBRADAS (1σ) DEL CAMPANIFORME EN LA MESETA

Nº Inv.	Yacimiento	Datación C14	Datación calib.(1 σ)	Muestra	Contexto y Tipo Campaniforme	Bibliografía
8	Aldeagordillo (Ávila)	(GrN-): 3685±25 b.p.	2036BC (2130-1984)	Carbón	Tumba. Ciempozuelos	Fabián, 1992
432	Cerro del Bu (Toledo)	(I-13.959): 3970±100 b.p.	2466BC (2582-2327)	Carbón	Poblado. Puntillado	De Álvaro y Pereira, 1990: 205
432	Cerro del Bu (Toledo)	(I- 14.416): 3830±100 b.p.	2281BC (2457-2061)	Carbón	Poblado. Puntillado	De Álvaro y Pereira, 1990: 205
459	Fuente Olmedo	(CSIC-483): 3620±50 b.p.	1957BC (2032-1890)	Huesos humanos	Tumba. Ciempozuelos	Martín y Delibes 1989: 81
459	Fuente Olmedo	(OxA-2907) 3730±65 b.p.	2199BC (2199-2028)	Huesos humanos	Tumba. Ciempozuelos	Hedges y otros, 1992: 150
478	Quintanilla de Arriba	3750±60 b.p.	2140BC (2273-2038)	Carbón	Poblado. Ciempozuelos	Rodríguez y Herrán, 1988

Una vez calibradas todas las fechas aceptables el intervalo cronológico que abarcan se puede situar entre el 2500 y 2000 A.C., con un claro predominio de las comprendidas en su tramo final 2200-2000 A.C., que se asocian además con cerámicas campaniformes de Estilo Ciempozuelos en la cuenca del Duero, sobre todo de contextos funerarios (tumbas de Fuente Olmedo y Aldeagordillo), pero también de lugares de hábitat (Quintanilla). Las más antiguas provienen, en cambio, de la meseta sur, y en concreto de la excavación aún inédita del toledano Cerro del Bu (De Álvaro y Pereira, 1990), en un nivel de habitación con cerámicas de

estilo Puntillado geométrico. Es evidente que muy poco se puede concluir con una muestra de información tan deficiente, salvo la acotación general del largo periodo en el que presumiblemente se mantuvieron en uso las cerámicas campaniformes en la Meseta.

Es evidente que los yacimientos asignados a un periodo tan amplio deben contar con importantes diferencias cronológicas entre sí, pero éstas resultan indeterminables con los métodos cronológicos vigentes en la actualidad. El C14 calibrado no ofrece la precisión necesaria, como anteriormente señalamos, y las seriaciones estilísticas tradicionales también presentan muchos problemas, como tendremos ocasión de explicar con detalle en el capítulo dedicado a los estilos. Si a todo ello unimos la escasez de fechas disponibles en la actualidad sobre el Campaniforme meseteño, resulta muy complicado establecer la seriación interna detallada de todo su desarrollo. Siguiendo esquemas tradicionales, y de acuerdo con la teórica evolución tipológica de las decoraciones, se podría considerar la mayor antigüedad de los tipos marítimos, seguidos por los puntillados, primero los de tipo corrido y luego los estructurados en franjas que ya enlazarían directamente con el estilo Ciempozuelos, que ocuparía un largo periodo, aún más difícil de articular, al final de la secuencia. El lugar del estilo Liso en este esquema teórico es otra incógnita, aunque algunas de sus características, como su capacidad volumétrica y repertorio formal, así como ciertos aspectos relacionados con su contexto funerario, lo vinculan más estrechamente con el mundo de Ciempozuelos. Si bien parece razonable admitir la validez general de este esquema, una serie de datos nos indican que la realidad es mucho más compleja.

El aumento sustancial del número de hallazgos que se ha producido en los últimos años ha permitido comprobar en multitud de ejemplos la aparición conjunta de cerámicas campaniformes de todos los estilos en un mismo yacimiento. Incluso en dos de ellos se ha podido demostrar la presencia conjunta de todos, y si excluimos el estilo Liso, de más compleja identificación, son nueve los sitios donde los restantes estilos han aparecido asociados. Sin embargo, estas asociaciones no son tales en realidad, pues no se trata de contextos cerrados, sino de hallazgos en asentamientos, ya sea en excavación o prospección. Incluso aunque admitiéramos la estricta coetaneidad de los materiales hallados en los sedimentos de algunos poblados excavados, lo cierto es que en los depósitos funerarios se observan unas pautas muy regulares, que limitan las asociaciones entre estilos a unas muy concretas y restringidas combinaciones. Así, los ejemplares marítimos y puntillados no han aparecido junto a los de estilo Ciempozuelos, y sí en cambio se asocian entre sí (p.e. en la fosa de Miguel Ruiz, nº 169) y con los lisos (p.e. en Arenero de J. Francisco Sánchez, nº 160, o en la tumba de Villaverde de Íscar, nº 295). El estilo Ciempozuelos, por su parte también puede verse acompañado de ejemplares lisos (p.e. en el túmulo de Aldeagordillo, yacimiento nº 8). Obviamente se excluyen aquellos casos como los megalitos o fosas colectivas en los que no se puede asegurar la coetaneidad del depósito. Por ello, hemos de considerar con sumo cuidado la única supuesta excepción a este panorama, en la vecina región del valle del Ebro, donde se comprobó la aparición de campaniformes de tipo Ciempozuelos, junto con marítimos y puntillados en la fosa colectiva de Agoncillo, todos ellos además con dataciones muy antiguas

(Harrison, 1988). Si esta fosa se corresponde con un solo momento de utilización, como parece asumir Harrison, entonces deberíamos cuestionar por completo la seriación tipo-cronológica de los estilos campaniformes peninsulares, y admitir asimismo el origen antiguo del Ciempozuelos, que sería casi estrictamente coetáneo con los primeros ejemplares marítimos. Sin embargo cada vez contamos con mejores testimonios sobre el mundo funerario de estos momentos, y ya no resulta sorprendente atribuir un uso muy dilatado en el tiempo a las fosas de enterramiento colectivo (Fabián, 1995), que parecen responder a lógicas rituales muy semejantes a las de las tumbas megalíticas.

En suma, hasta tanto no dispongamos de nuevas evidencias o de esquemas cronológicos más detallados no es posible pronunciarse con mayor seguridad sobre este asunto, por lo que convendría quizás mantener de momento la seriación de los estilos, eso sí como instrumento analítico y de validez cronológica muy general. No todas las cerámicas de estilo marítimo han de ser necesariamente más antiguas que las puntilladas e “incisas”²⁷, pues cada uno de estos estilos cuenta con suficiente vigencia cronológica como para seguir fabricándose cuando ya se han establecido los siguientes, de tal suerte que todos llegan a coincidir en algún momento. Pese a ello, y como señalamos anteriormente, existen ciertos criterios que determinan la asociación de unos con otros en contextos funerarios, hecho que quizá podría interpretarse más que en términos cronológicos en clave social o ritual.

2. Las transformaciones en el ámbito económico.

Partimos de la hipótesis según la cual es en este periodo cuando se muestran de forma más clara los cambios que se habían ido gestando en las estructuras económicas de los grupos calcolíticos meseteños. Contamos, no obstante, aún con muy escasa información específica (datos de fauna, polen, semillas, etc.) para poder comprender más adecuadamente el desarrollo de este proceso, razón por la cual será preciso acudir a otros indicadores para completar el cuadro que aquí intentamos sólo esbozar.

Empezando por la esfera productiva hemos de manifestar una vez más la extrema pobreza de información aún hoy disponible sobre este aspecto en el Campaniforme meseteño. Por un lado, contamos con análisis polínicos y faunísticos del poblado madrileño de El Ventorro (López y Aranz, 1994; Morales y Villegas, 1994). Los primeros parecen haber documentado la presencia de polen de cereal, así como el característico paisaje abierto de la Meseta. Análisis más amplios realizados en diversos puntos de la Comunidad de Madrid han permitido constatar este mismo fenómeno y atribuirlo a la actividad deforestadora o en general a la acción antrópica (López, 1997: 180). En lo que respecta a la fauna doméstica de El Ventorro los datos parecen poner de manifiesto el claro predominio de los animales adultos en todas las especies

²⁷ En el capítulo que trata sobre los estilos campaniformes se dedica un apartado al complejo problema de las técnicas decorativas en el que se propone que la supuesta “incisión” que caracteriza al estilo Ciempozuelos, entre otros, no es tal en gran parte de los casos, sino impresión. Si ello es así efectivamente constituiría otro argumento a favor de la gran semejanza entre todos los estilos, pues sólo el instrumento – dentado en este caso– y no ya la técnica distinguiría los estilos “puntillados” de los “incisos”.

(Morales y Villegas, 1994: 48; Morales y Liesau, 1994: 239), y el incremento porcentual de los cerdos en la fase campaniforme, con lo que ello implica en el grado de sedentarización (Ibidem: 245). Ello sugiere un aprovechamiento secundario de los animales, que prolonga todo lo posible su edad de sacrificio para obtener de ellos productos como la leche (de ahí quizá la común presencia de “queseras” en yacimientos calcolíticos), lana, y quizá la tracción. Fábregas y Ruiz-Gálvez (1997: 203-204) han subrayado recientemente la importancia que debió tener la ganadería en el Calcolítico meseteño, a la hora de analizar las características del patrón de poblamiento, y la posible vinculación de muchos yacimientos con rutas ganaderas y con la explotación estacional de los humedales y afloraciones de sal.

Todo ello podría servir de apoyo a la hipótesis que se propone en este trabajo, según la cual es la introducción de algunos de los elementos del complejo de los productos secundarios (Sherratt, 1981) el principal responsable del desencadenamiento de las transformaciones económicas que están en la base de todo el proceso que preside el Calcolítico meseteño y peninsular. Sin embargo tampoco podemos olvidar los factores que determinan la formación de la muestra estudiada (Morales y Villegas, 1994; Morales y Liesau, 1994), y la propia singularidad del yacimiento. Es obvio que necesitamos mucha más información para poder demostrar fehacientemente que este proceso de intensificación económica resultante de la introducción de los “productos secundarios” tuvo lugar en La Meseta, pero tampoco podemos olvidar del todo los datos que ofrece El Ventorro, pues, con todas sus limitaciones, apuntan en esa misma dirección.

A este respecto sería de enorme interés poder constatar, por ejemplo, la distribución de restos faunísticos en las distintas estructuras de habitación de un poblado. Aunque en El Ventorro se concentren de forma abrumadora (82%) en una sola cabaña, la nº 013, también aparecen en ella la inmensa mayoría de los restos metalúrgicos y campaniformes, y en general el resto de los materiales propios de un poblado. En definitiva estamos ante una estructura en cuya excavación se aplicó una metodología de documentación más exhaustiva que en las restantes, descubiertas en campañas anteriores, muchas veces de urgencia, y en todo caso notablemente más antiguas (Priego y Quero, 1992).

De acuerdo con el modelo teórico propuesto en este trabajo deberíamos poder detectar diferencias en los poblados entre las distintas estructuras de habitación que pusieran de manifiesto la presumible existencia de ciertos personajes con una base económica mayor que los restantes miembros de la comunidad. Precisamente con esta intención hace ya algunos años propuse la posibilidad de estudiar la capacidad de las fosas o “fondos” que se sitúan en torno a las cabañas, entendiendo que muchas de ellas pudieron ser estructuras de almacenamiento de los excedentes productivos (Garrido, 1994b: 85; 1995: 145). Si proponemos la existencia de una incipiente diferenciación social que se basa en el control de los recursos básicos, cabría esperar que el excedente no se distribuyera uniformemente por todo el área de habitación sino que se concentrara en determinadas zonas, presumiblemente ocupadas por los líderes. Algunos investigadores han tratado de profundizar en este aspecto en los últimos tiempos (Bellido, 1996:

34-37; Díaz del Río y otros, 1997; Díaz-del Río, en prensa). Bellido (1996: 34-37) realizó una estimación general de la evolución de la capacidad de las fosas en yacimientos de la meseta norte que van de los comienzos del Calcolítico a las postrimerías de la Edad del Bronce. En ella no pudo detectar variación alguna que permitiese deducir un incremento progresivo de la generación de excedentes agrarios a lo largo de la secuencia. No obstante, la muestra manejada por este autor es muy desigual e insuficiente, pues, por ejemplo, de la etapa campaniforme sólo se incluyen tres hoyos pertenecientes a dos yacimientos, frente a los diez casos del Calcolítico precampaniforme o los 52 del Bronce medio (Ibidem: 35). Además, de eso tres ejemplos sólo uno se puede adjudicar en realidad al Campaniforme, El Perchel en Arcos del Jalón (nº 320 de mi inventario), y no se trata de un silo sino de una cabaña parcialmente destruida. Los otros dos hoyos pertenecen al asentamiento de la Edad del Bronce descubierto en Carratiermes, Soria, donde, aunque se han localizado cerámicas campaniformes (ver sitio nº 352 de mi inventario), éstas no se asocian con las estructuras de hábitat documentadas, en las que sí se hallaron en cambio producciones de tipo Protocogotas (Garrido, en preparación).

Por ello, como ya señalamos en otro capítulo de este trabajo una de las prioridades de la investigación del Calcolítico meseteño en general y del Campaniforme en particular es, sin duda, contar con amplias excavaciones en área de asentamientos que nos proporcionen plantas con numerosas estructuras, y donde se tenga en cuenta la cuantificación detallada del contenido de las distintas fosas y cabañas, para poder así establecer comparaciones fiables a estos efectos. Cuando se tengan evidencias más concluyentes sobre estas cuestiones el debate se enriquecerá notablemente. No obstante, tampoco debemos ignorar las limitaciones de partida que tiene esta línea de investigación, a causa de los complejos procesos de formación del registro arqueológico en los lugares de hábitat, que no son en modo alguno una fotografía fiel de la vida de aquellas gentes (Longacre, 1982: 64; Joyce y Johannessen, 1993: 150-151; Tomka, 1993: 21). De hecho en algunos trabajos etnoarqueológicos se expresan serias advertencias acerca de la dificultad que supone intentar identificar a través del estudio de las viviendas a los líderes o jefes, sobre todo en sociedades primitivas como las que aquí estudiamos (White, 1985), algo que parece estar alcanzando también el campo de la Prehistoria (Gilman, 1997: 90).

Otra de las consecuencias que cabe presumir del desarrollo de las mencionadas transformaciones económicas sería el progresivo incremento de la sedentarización en los patrones de poblamiento. El debate sobre la mayor o menor movilidad de los grupos calcolíticos meseteños no ha hecho más que comenzar, y aún carecemos de las necesarias evidencias para abordar el asunto con el rigor oportuno. Es cierto que se observan ciertos indicios que parecen sugerir la existencia de movimientos estacionales, fundamentalmente por las características de los mal llamados “fondos de cabaña”. La endeblez de las estructuras de habitación y su escasa potencia estratigráfica, ya comentadas en otro capítulo, han influido mucho en la generalización de estas consideraciones. El mejor conocimiento que de los asentamientos con Campaniforme hemos ido teniendo en los últimos años, ha puesto de manifiesto la existencia de

distintos tipos de hábitats dentro de una misma región. Es lo que Blasco y otros (1988-89: 214; Blasco, Baena y Recuero, 1994: 70-73) documentaron en la zona madrileña, donde se ha podido constatar la existencia conjunta y quizás complementaria de ocupaciones en llano y altura, interpretada por estos autores como testimonio de un modelo de poblamiento en el que estos últimos serían los asentamientos estables y aquéllos los campamentos estacionales frecuentados en el curso de diferentes actividades económicas como la transterminancia o la explotación de ciertos recursos (mineral de cobre, rocas para el utillaje). De hecho los análisis realizados en diversos útiles pulimentados recogidos en alguno de estos yacimientos parecen demostrar que fueron elaborados con rocas metamórficas algunas de las cuales proceden de la misma zona donde estos grupos presumiblemente obtuvieron los minerales de cobre, las cabeceras de los ríos Jarama y Lozoya, en la vertiente meridional de la Sierra madrileña (Ibidem: 217; Blasco y Rovira, 1992-3: 407; Blasco, Baena y Recuero, 1994: 67).

Por otra parte cada vez aparecen con mayor frecuencia asentamientos de esta etapa o en general de la Edad del Bronce, que presentan una enorme extensión en superficie, como testimonio de la probable frecuentación estacional de estos lugares durante siglos. En algunos de ellos se hallaron también materiales campaniformes como en el salmantino de Tierras Lineras, Mata de Ledesma (nº 269), con más de 27 Ha. de superficie (López y Arias, 1988-9), el palentino de La Huelga, Dueñas (nº 245), que ocupa unas 28 Has. (Pérez y otros, 1994), o el vallisoletano inédito de Las Avesanas, Alcazarén, (nº 422), de unas 7 Ha.

Como ya señalamos en el capítulo correspondiente a los poblados otro dato que quizás podría tener relación con estas cuestiones, es la distinta orientación de las estructuras de habitación en la planta que las excavaciones de Priego y Quero (1992) descubrieron en El Ventorro (Figura 5). Éstas se podrían agrupar con arreglo a tal criterio en dos grandes conjuntos, uno compuesto por las cabañas 005 y 013, y otro por la nº 021, cada una con sus respectivas fosas. Muchos son los factores que podrían explicar este hecho, entre ellos quizás la posibilidad de que estuviesen representadas en esta planta al menos dos ocupaciones del lugar, realizadas en momentos distintos (ya sean estaciones o periodos más largos). De ser así nos estaría indicando, además, que quizás no todas las estructuras que hoy apreciamos en la planta del asentamiento se ocuparon simultáneamente, sino que más bien nos encontramos ante el resultado de repetidas estancias en el lugar, no sabemos si cíclicas y estacionales, en un modelo parecido al descrito más arriba, o más prolongadas, y por tanto correspondientes con un patrón más sedentario. De hecho, la destacada presencia del cerdo en los restos faunísticos de este poblado se ha considerado como un probable indicio de sedentarismo (Morales y Liesau, 1994: 245).

No en vano, algunos autores han puesto de manifiesto la existencia de ciertos prejuicios teóricos en algunas de estas visiones, en las que se asume que las sociedades del Calcolítico y la Edad del Bronce meseteños fueron grupos pastoriles, seminómadas, o con agricultura itinerante de tala y quema, anclados

en un primitivismo que los alejaba del proceso que se supone desencadena la sedentarización del asentamiento: intensificación de la agricultura, generación de excedentes y, en definitiva, el origen de la complejidad social (Díaz del Río, en prensa). Además, el estudio de la capacidad de los silos y ciertas implicaciones paleogeográficas y económicas han llevado a este autor a defender la existencia de un mayor grado de sedentarización del comúnmente asumido en los grupos meseteños.

Estamos aún lejos de poder precisar estas cuestiones, pues para ello se requiere una información paleoeconómica de mucha mejor calidad. Son necesarias excavaciones rigurosas que proporcionen restos carpológicos, y faunísticos, que aporten datos sobre la estacionalidad de la ocupación. Pero asimismo se requieren estudios detallados sobre la evolución del patrón de asentamiento y su relación con los recursos, a lo largo de toda la secuencia comprendida entre el Calcolítico y el final de la Edad del Bronce, desde una perspectiva local y regional. Mientras tanto no queda otro remedio que valorar todas estas referencias dispersas de forma conjunta y proponer con ello hipótesis de trabajo.

Así, podemos señalar que las evidencias disponibles apuntan hacia la existencia de diversos tipos de asentamientos durante esta etapa, que se relacionan con el desarrollo de estrategias económicas relativamente complejas (obtención de materias primas, pastos, etc.). Es posible que un sector de la población se viera obligado a desplazarse estacionalmente en el transcurso de estas cíclicas actividades dejando así su rastro en forma de unos campamentos donde la estancia se presume breve. El resto de la comunidad permanecería de forma estable en núcleos de habitación que podrían calificarse en este sentido como sedentarios, para asegurar el adecuado desarrollo de las pertinentes tareas agrícolas (Bellido, 1996: 85). Un área geográfica tan vasta y variada como La Meseta admite, como es obvio, numerosas diferencias en el desarrollo de estas actividades, con un mayor o menor predominio de la estabilidad del poblamiento según las zonas, sin olvidar la distinta importancia que la ganadería debió tener en unas y otras, con las implicaciones que ello tiene en el carácter y duración de los asentamientos. Aspectos estos últimos de gran interés, pero en cuyo detalle estamos, por desgracia, muy lejos de poder entrar, y menos aún en este trabajo.

El presumible incremento general de la sedentarización a lo largo de esta etapa, si es que lo hubo en realidad, no fue sin embargo tan acusado como para generar una notable jerarquización del poblamiento, ni un comportamiento territorial especialmente acusado. Así, en los asentamientos meseteños que presentan hallazgos campaniformes no aparecen elementos que delimiten el espacio habitado, ya sean fosos o sobre todo murallas, como sí se constata en cambio en otras regiones peninsulares (Sureste, estuario del Tajo, Extremadura, etc.). No obstante, no podemos olvidar tampoco hallazgos como el pequeño amurallamiento reconocido en la prospección del hábitat en llano de la Huerta del Diablo en Gálvez, Toledo (Rojas, 1987), más probablemente un elemento delimitador del espacio que un auténtico sistema defensivo; que sí es muy claro sin embargo en el asentamiento calcolítico zamorano de El Pedroso (Delibes y otros, 1995: 50-51,

figuras 7 y 8). Este último yacimiento, por su excepcionalidad en el panorama meseteño y su ubicación geográfica quizás deba vincularse más con los procesos desarrollados en la zona occidental peninsular que con la dinámica propia de la Meseta.

Esta ausencia de poblados amurallados, conocida desde hace tiempo, ha sido uno de los argumentos más frecuentemente empleados para negar la existencia de cambios en la secuencia calcolítica meseteña, partiendo de la vieja concepción de nuestra área de estudio como una zona atrasada y aislada. Modelos que resultan muy interesantes cuando se aplican a las regiones antes citadas en cuyo registro arqueológico están fundamentados, fracasan en cambio cuando se trasladan a zonas geográficas próximas pero muy distintas, como la nuestra. La ausencia de los indicadores arqueológicos que en alguna zona son característicos de este tipo de situaciones (por ejemplo las complejas fortificaciones) no debería llevarnos a la negación de la existencia de unos procesos propios y peculiares en otras, que presenten también manifestaciones arqueológicas distintas (Jorge, 1996).

Para intentar detectar estas transformaciones en nuestra área de estudio, y ante la escasez de datos paleoeconómicos relativos a la esfera de la producción, debemos acudir a otros indicadores tan importantes como el desarrollo de los intercambios. Si en la etapa inmediatamente anterior contábamos ya con indicios muy claros del gran alcance que estos circuitos interregionales lograron, es indudable que con el Campaniforme el fenómeno se vio multiplicado de forma espectacular. Y desde luego no sólo en La Meseta sino en buena parte de la Península Ibérica y Europa occidental. La calibración de las fechas de C14, cada vez más abundantes en todo este enorme ámbito geográfico, esta poniendo de manifiesto la presencia prácticamente sincrónica de cerámicas campaniformes en áreas tan alejadas entre sí como los Países Bajos, el Midi, el alto Ebro, y el Sureste peninsular, lo que no sólo pone en suspenso las teorías que postulan “hogares” únicos de origen, sino que demuestra la enorme importancia que debieron tener los contactos e intercambios a lo largo de extensas regiones europeas y la extraordinaria potencia y rapidez con que se desarrollaron (Castro y otros, 1996: 108)

Para intentar detectar con mayor precisión el alcance y características de estos sistemas de intercambios es preciso acudir en primer lugar a los análisis de procedencia de materias primas. Ya se ha insistido en distintas partes de este trabajo en la escasez de datos de esta clase que padecemos en la Meseta. Sólo algunos testimonios excepcionales aportan indicios de gran interés en este sentido, como por ejemplo en la región madrileña, donde el estudio de las rocas con las que se hicieron los instrumentos pulimentados de los yacimientos de Cerro Basura en Pinto (Blasco y otros, 1988-9: 220-221) y El Ventorro en Madrid (Priego y Quero, 1992: 188), puso de manifiesto que la materia prima procedía en su mayoría de la zona de la Sierra madrileña, concretamente la misma donde se obtenía el mineral de cobre utilizado por estos grupos que vivían en las cuencas bajas del Manzanares, Jarama, y Tajuña (Rovira, 1989: 363; Blasco y Rovira, 1992-3; Rovira y Montero, 1994: 154-159; Montero, 1998: 205-209).

Incluso parece que algunas piezas de El Ventorro debieron fabricarse con rocas procedentes de regiones aún más remotas como Sierra Nevada, Galicia o el Norte de Portugal (Priego y Quero, 1992: 188; Mingarro y López, 1994: 62). Otro ejemplo igualmente significativo del alcance que tuvieron estos sistemas de intercambios es el botón de perforación en V de marfil que se halló en las excavaciones del poblado manchego de El Castellón, Villanueva de los Infantes (nº 86 y Lámina 14: 17) (Espadas y otros, 1987). Menos reveladores han resultado por desgracia los análisis de pastas cerámicas, aún muy escasos en la Meseta. Donde este aspecto se ha indagado, como en El Ventorro (Palomar y Fernández, 1994) y El Perchel (Galván, 1980-1), mediante toma de muestras de tierra del yacimiento, se ha podido constatar la fabricación local de las vasijas campaniformes.

En otras partes de Europa ya se han acometido estudios de este tipo con resultados muy interesantes, como el de Querré (1992) en la Francia atlántica, o el de Rehman y otros (1992) en el ámbito centroeuropeo. En el primer caso Querré demuestra que pese a que buena parte de las muestras fueron realizadas localmente, existen asimismo algunas claramente foráneas, que han de provenir necesariamente de distancias no inferiores a varios centenares de Km. del área de estudio (SW de Bretaña). En el segundo ejemplo estamos ante quizá el proyecto más ambicioso desarrollado hasta el presente. Con una muestra espectacular de unas 250 piezas analizadas, obtenidas en 45 yacimientos campaniformes centroeuropeos, cuyos resultados fueron tratados estadísticamente, se pudieron establecer interesantes conclusiones a cerca del movimiento de estas cerámicas a nivel regional. Se comprobó que la fabricación local constituía la práctica más extendida, pero que existían asimismo algunos movimientos, siempre de pequeña escala, que podrían estar reflejando quizá el funcionamiento de las redes locales y regionales de contactos entre grupos, como parecen también indicar otros recientes análisis químicos, pero esta vez realizados sobre huesos humanos de tumbas campaniformes centroeuropeas (Price y otros, 1998).

A falta de evidencias de este tipo, uno de los principales objetivos de este trabajo ha sido aportar datos sobre estos aspectos mediante el análisis tipológico de los elementos campaniformes y su distribución geográfica. A través del estudio desarrollado en el capítulo IV se ha podido precisar notablemente el funcionamiento local y regional de estas complejas redes, que generaron de forma simultánea fenómenos de amplia escala y múltiples peculiaridades en ámbitos más o menos reducidos.

Un primer indicador previo de la importancia de los sistemas de intercambio en la etapa campaniforme es la propia ubicación de los asentamientos, por lo que ello implica en el control del territorio y los pasos y vías de comunicación naturales. Por ello, resulta interesante constatar, como ya señalamos en el capítulo III, que la gran mayoría de poblados meseteños donde se han documentado materiales campaniformes (67% del total) ocupan emplazamientos más o menos destacados en el paisaje, con un amplio control visual del entorno, y sobre todo de las vegas de los ríos y arroyos de distinta entidad, que no olvidemos fueron las vías de comunicación más importantes en la Prehistoria (Sherratt,

1996). De hecho los mapas de dispersión de yacimientos más generales (Figuras 45, 96, etc.) muestran, desde una escala mucho mayor pero muy claramente, la concentración de los hallazgos en torno a las principales corrientes fluviales como nudos de vital significación, más aún en un territorio tan complejo y variado como el interior peninsular.

El análisis tipológico de los elementos campaniformes que se ha realizado en este trabajo nos ha permitido constatar la existencia de sorprendentes regularidades extendidas por toda la Meseta, que sugieren el desarrollo de contactos regulares e intensos entre regiones alejadas durante este periodo. Pero también, y de forma complementaria, se han descubierto fenómenos locales o regionales, que estarían mostrando el funcionamiento de las redes de intercambio en sus distintas esferas de actividad.

En el primer aspecto, son las formas cerámicas quizás las que han aportado indicios más evidentes. Si tenemos en cuenta el periodo cronológico y el ámbito geográfico abarcados por nuestro estudio resulta aún más sorprendente el grado de estandarización que nos ofrecen los vasos campaniformes, tanto en la correlación entre sus variables principales (Figura 22), como en su capacidad volumétrica (Figura 24). Los distintos análisis estadísticos multivariantes aplicados a la muestra de recipientes completos han puesto de manifiesto también la homogeneidad tipológica del conjunto (Figuras 25 y 26). Estamos ante un prototipo cerámico bastante estandarizado, que con pequeñas variaciones se imita lo más fielmente posible, y sólo el tamaño de ese mismo modelo a seguir es lo que distingue mayoritariamente unos ejemplares de otros. Un tipo muy homogéneo que se fabrica durante siglos y en muy distintas regiones siguiendo unas proporciones definidas con gran rigor. No en vano, es la única forma que se halla representada en todos los estilos decorativos, sin excepción, y por tanto su vigencia y amplitud cronológica nos sugieren que debió tener un papel crucial en los rituales practicados con él a lo largo de varios siglos.

Similares conclusiones se pueden derivar del estudio de los cuencos campaniformes, aunque bien es cierto que se trata en este caso de una forma muy simple donde la estandarización resulta menos sorprendente. Sin embargo aunque sólo tengamos en cuenta su tamaño, en ausencia de otros rasgos diagnósticos, la normalización constatada es muy alta, tanto en sus dimensiones básicas como en su capacidad volumétrica (Figuras 32-34).

Como veremos más adelante las decoraciones campaniformes exhiben un mayor comportamiento regional que las formas, pero no podemos olvidar que asimismo muestran una serie de rasgos que apuntan hacia su unidad general, que son en definitiva lo que nos permiten incluirlas en una misma categoría tipológica. En primer lugar comparten un amplio elenco de diseños, que intentamos clasificar en este trabajo mediante las tablas de motivos de los estilos Puntillado geométrico y Ciempozuelos (Figuras 42, 46 y 47). Como veremos después sólo el minucioso análisis de la mayor o menor importancia cuantitativa de unos

u otros ha permitido identificar diferencias regionales. Además, dentro de este repertorio general de motivos existen casos concretos que, pese a ser infrecuentes en la Meseta, sin embargo y sorprendentemente ofrecen amplias dispersiones geográficas (Figura 67).

Pero más allá de las coincidencias en lo relativo a unos diseños, que resultan fácilmente imitables sin necesidad de contacto cultural estrecho, lo que más llama la atención es que se produzca algo semejante en los aspectos estructurales de las decoraciones. En primer lugar se comparte un corpus común de patrones que ordenan la organización de los diseños en ambos estilos (Puntillado y Ciempozuelos), que son básicamente los mismos en ambas mesetas (Figuras 68-70). Además se hallaban muy extendidas una serie de convenciones decorativas, comunes a ambos estilos, tales como lo que dimos en llamar tipo 1 de ornamentación de los fondos y caras internas de los bordes. Es decir, el uso de una serie de motivos standard, normalmente muy simples (nº 1, 2, 9, etc.), para adornar esas zonas concretas de los vasos. Uso que es, por otra parte, la solución mayoritariamente empleada por los alfareros meseteños (Figura 51 y 53), en regiones tan diversas como Guadalajara, Madrid, Palencia, Salamanca, Segovia, Soria, Toledo, Valladolid o Zamora. Si a ello unimos el empleo de otras convenciones decorativas como los motivos introductorios y finales para abrir y cerrar respectivamente las composiciones de forma estandarizada, utilizado con gran frecuencia en toda la Meseta, incluso con los mismos motivos; tendremos que deducir de todo ello un intenso y prolongado grado de interacción entre todos estos grupos.

En este mismo sentido cabría destacar también la sorprendente regularidad que exhibe la decoración de los vasos de almacenaje campaniformes de la Meseta, también llamados de “tipo Molino” por algunos autores, en los que se combinan determinados motivos en secuencias concretas que aparecen en regiones tan alejadas entre sí como Soria, Madrid, Burgos o Toledo (Figuras 56 y 57).

En suma podemos concluir que el amplio, rico y profundo patrimonio decorativo común a todas las cerámicas campaniformes meseteñas, no puede ser soslayado, y nos sugiere de forma nítida la existencia de continuas e intensa relaciones entre los distintos ámbitos geográficos que componen el área de estudio durante esta etapa. Hecho que no sólo ponen de manifiesto las producciones alfareras sino en general todos los elementos campaniformes cuya regularidad y asociación recurrente superan cualquier marco regional. No en vano también hemos podido constatar en este trabajo la sorprendente homogeneidad que ofrece un conjunto de objetos tan amplio y característico como las Puntas metálicas de tipo Palmela. El detallado análisis de una muestra que supera los 100 ejemplares, procedente de muy diversos ámbitos geográficos (Figura 81), nos permite afirmar que se trata de un conjunto notablemente coherente y estandarizado, con elevados índices de correlación entre sus variables (Figura 83). Los análisis estadísticos multivariantes no han podido aislar más que ligeras tendencias regionales (Figuras 85-87), predominando con claridad la gran homogeneidad tipológica del conjunto. La variación constatada se refiere sobre todo al tamaño y sistema de enmangue, y muy probablemente se relaciona con factores cronológicos.

Pero si los fenómenos que antes mencionamos nos ofrecen la escala más amplia que alcanzaron las redes por las que circularon los elementos campaniformes, también se han podido detectar otros rasgos que nos ilustran su faceta local o regional. Dentro de las formas cerámicas son las cazuelas y cazuelillas las que expresan este comportamiento de forma más clara. Las cazuelas presentan un grado de estandarización sensiblemente inferior al ofrecido por vasos y cuencos (Figura 27), hecho que también se refleja, como es lógico, en su capacidad volumétrica (Figura 29), y en los distintos análisis estadísticos con ellas practicados, como el Cluster (Figuras 30), donde algunos de los numerosos grupos diferenciados parecen corresponder con determinados ámbitos regionales (por ejemplo el nº 1, donde siete de las ocho piezas son madrileñas, y se encuentran todas las cazuelas de la necrópolis de Ciempozuelos). Si observamos el gráfico final del análisis de componentes principales (Figura 31) la situación es aún más clara, pues todos los ejemplares de la meseta sur, salvo el atípico de El Guijo, aparecen en el sector central, y en general exhiben un mayor grado de estandarización y coherencia interna. Por el contrario las cazuelas de la meseta norte muestran un patrón más disperso, con una gran variabilidad formal.

Un comportamiento regional ofrecen también las cazuelillas campaniformes, no tanto por la existencia de peculiaridades en sus características formales, imposibles de aislar con una muestra tan reducida, sino por su propia distribución geográfica, centrada en la zona occidental de la Meseta, especialmente en la cuenca del Tajo (Figura 36). Curiosamente y como veremos a continuación en esa misma zona se han podido aislar dos grandes áreas estilísticas que comparten muchas características entre sí. Ya propusimos en un reciente artículo que la propia presencia de las cazuelillas, concentradas además en ese sector, pudiese delatar, junto a otros indicios materiales, la existencia de intensas relaciones entre esta región y el Occidente peninsular, sobre todo a través del valle del Tajo (Garrido y Muñoz, 1997).

Centrándonos ya en las decoraciones campaniformes, que son las que más indicios aportan sobre estos aspectos regionales y locales del fenómeno, podemos mencionar lo siguiente. Empezaremos por la ornamentación de la cara interna de los bordes, pues aunque se trata de una convención decorativa típica del Campaniforme meseteño y peninsular, y en concreto del estilo Ciempozuelos, sin embargo el análisis cuantitativo realizado en este trabajo nos ha permitido poner de manifiesto que su importancia no es igual en toda la Meseta. En realidad es una característica especialmente frecuente en las provincias del reborde montañoso oriental de la meseta norte (provincias de Soria, Segovia y Burgos), que se prolonga en la limítrofe provincia de Guadalajara, ya en la meseta sur, todas ellas con porcentajes elevados, entre el 40-50 %. Mas escasa es su presencia en las provincias de Valladolid o Toledo, con cifras entre el 20-30 %, y prácticamente excepcional en las restantes (menor del 20 %), lo que llama la atención especialmente en zonas como la madrileña donde la información disponible es muy abundante (Figura 50).

Dentro del repertorio de motivos decorativos del estilo Ciempozuelos que se utilizan ampliamente en toda la Meseta también existen ejemplos que presentan distribuciones locales o regionales (Figuras 65

y 66). El estudio de la estructura de las decoraciones campaniformes también reveló la existencia de ciertas peculiaridades regionales, basadas en la mayor o menor utilización de algunos de los elementos que forman parte del corpus general. Así ocurre por ejemplo con lo que denominamos tipo 2 de ornamentación de los fondos y las caras internas de los bordes, definido por la utilización de los mismos motivos que en el resto del vaso para adornar estas zonas. Frente al tipo 1 que implica la apertura del alfarero hacia convenciones generalizadas, supone probablemente un testimonio de la intención de elaborar esquemas propios y peculiares. El examen de la distribución geográfica de estas dos grandes formas de abordar la ornamentación de esas zonas de los recipientes ofrece interesantes diferencias regionales, que son además significativamente coincidentes. Una primera evaluación general del reparto de ambos tipos entre las dos submesetas nos indica la mayor representación del tipo 2 en la cuenca del Duero (Figura 51 y 53). El análisis más detallado pone de manifiesto que, en realidad, las cifras ofrecidas por la cuenca del Duero están influidas de forma determinante por los datos aportados por un sector concreto de la misma, el reborde montañoso, y especialmente sitios como Somaén (nº 377) y Arevalillo (nº 282). Como comprobamos después en los análisis estadísticos más complejos esta región ofrece rasgos singulares respecto a las restantes.

Por otra parte el estudio diferenciado de los patrones que organizan la disposición de los motivos entre ambas mesetas descubrió también la existencia de pequeñas diferencias porcentuales (Figura 70), algo que también se detectó, aunque levemente, en la cuantificación de la mayor o menor regularidad de estos patrones (Figura 71). El análisis de la dispersión geográfica de algunos de ellos, especialmente los minoritarios nos permitió también identificar algunas distribuciones significativas (Figura 72).

Además el empleo de algunos motivos concretos del estilo Ciempozuelos para arrancar las composiciones nos permitió encontrar ciertas tendencias regionales, como por ejemplo el nº 3 en la meseta sur y especialmente en Madrid (con el 60% del total de los conocidos en la Meseta), o el nº 10a sobre todo en la cuenca media del Tajo. La combinación de esta convención del motivo introductorio con determinados patrones tiene en algunos casos un cierto sentido regional, o incluso local (Figura 73). También el uso de ciertos motivos para cerrar las composiciones nos ofrece interesantes ejemplos de estos fenómenos de escala más reducida, como por ejemplo el nº 21 exclusivo de la cuenca del Duero, sobre todo de su sector central y occidental, o el nº 3 del área madrileña. Finalmente la asociación de ambas convenciones, un motivo introductorio y otro final, con un determinado patrón ha proporcionado otro ejemplo de distribución regional clara (Figura 73).

Todos estos indicios nos animaron a realizar un estudio más detallado, de base estadística, tanto de los motivos decorativos de los estilos Puntillado y Ciempozuelos como de los patrones que estructuran su organización y combinación en ambos. Eso sí, una vez escogidas las muestras de información de mejor calidad posible, con el objetivo de intentar dar un sentido más amplio a todas estas variopintas evidencias del comportamiento regional de las decoraciones campaniformes. Los análisis estadísticos multivariantes

(concretamente de Correspondencias) permitieron aislar un número reducido de agrupaciones de yacimientos que tenían una clara traducción regional.

En lo que respecta al estilo Ciempozuelos se apreciaron claras diferencias en la distribución de los casos por submesetas. Los yacimientos de la meseta norte ofrecen en general una gran dispersión, pues aparecen en dos sectores diferentes que enmarcan por ambos lados a los pertenecientes a la meseta sur, que como contraste presentan una importante concentración (Figura 62). Significativamente la distribución geográfica de los sitios que componen la muestra se corresponde con este mismo patrón, es decir, una dispersión notablemente mayor de los pertenecientes a la cuenca del Duero (Figura 96). Por ello se pudieron distinguir al menos tres grupos diferentes: El primero presenta una gran dispersión de casos en el gráfico, signo de su heterogeneidad, y se puede identificar con el sector central y sobre todo oriental de la cuenca del Duero. La segunda agrupación de casos, también de la meseta norte, cuenta con un menor número de casos pero con una clara distribución geográfica, localizada en el Occidente de la cuenca del Duero, con prolongaciones hacia el centro de la meseta norte, donde parece encontrarse con los ejemplos más orientales del primer grupo. Este segundo grupo se halla muy próximo en el gráfico a los yacimientos de la meseta sur, que forman el tercero de ellos, hasta tal punto que resulta complejo establecer los límites entre ambos, lo cual nos demuestra sus importantes semejanzas. Este tercer grupo representa los yacimientos de la Meseta sur, y especialmente los de la cuenca media del Tajo. Presenta una fuerte aglomeración de casos, lo que habla a favor de su gran homogeneidad interna (Figura 63).

En suma, este análisis ha demostrado que existe un indudable matiz regional en la elección de los diseños de las cerámicas campaniformes meseteñas. Partiendo, eso sí, de un acervo común de motivos, en distintas zonas de la Meseta se utilizan con mayor profusión algunos de ellos. No se trata por tanto de la definición de nuevos estilos o subestilos dentro del Ciempozuelos sino más bien de áreas estilísticas peculiares dentro de él. Si quisiéramos poner un ejemplo para ilustrar más claramente la situación detectada sería la de una amplia región donde se habla una sola lengua, y no varias distintas, pero existen diversos dialectos, o formas peculiares de utilizarla.

El mismo tipo de análisis se acometió con los patrones que organizan la ordenación de los motivos, seleccionando asimismo la muestra de información más fiable que fuera posible. Los resultados finales, sin embargo, ofrecen mayores problemas interpretativos, probablemente por las características de los datos que se manejan. No obstante también se pueden reconocer tendencias generales claras, que además coinciden significativamente con las observadas en el análisis de los motivos. En general se pueden apreciar dos agrupaciones de casos más o menos diferenciadas, que se organizan en torno a las mayores colecciones de patrones como sigue: Somaén en uno de ellos (reborde oriental de la cuenca del Duero), y Ventorro, Ciempozuelos y Galisancho en el otro (cuenca media del Tajo y centro – Occidente de la del Duero). Fuera de estas agrupaciones sólo quedan algunos ejemplos aislados (Figura 80).

En suma, parece claro, que nos hallamos en general ante tres grandes ámbitos estilísticos con ciertas peculiaridades propias. Uno de ellos marcadamente singular, que podríamos situar en el reborde montañoso oriental y parte de las tierras llanas del centro de la meseta norte (las más orientales). En él se encuentran mejor representados algunos rasgos tipológicos que consideramos hipotéticos indicios de una relativa resistencia a la adopción de convenciones y usos decorativos generales (tipo 2 de ornamento en fondos y caras internas, menor presencia de motivos introductorios y finales, especialmente de los más utilizados), y es más fácil encontrar motivos o patrones con distribuciones geográficas reducidas, ya sea regionales o locales. Se demuestra así, ahora con mayor basamento y detalle, algo que ya había sido sugerido por muchos autores (Fernández-Posse, 1981; Delibes, 1988: 45; Jimeno, 1988: 109-110). Área estilística que presenta además un alto grado de variabilidad interna, por lo que no puede considerarse un conjunto homogéneo, sino más bien un vasto ámbito geográfico, donde quizás un menor grado de interacción y una mayor autonomía de cada sitio, pudo originar esa heterogeneidad, y ciertos testimonios de mayor resistencia a las convenciones decorativas de uso general. En claro contraste con ella se encuentran las otras dos (Suroeste y parte del centro de la cuenca del Duero, y cuenca del Tajo), cuyas semejanzas y puntos de contacto son tan numerosos que resulta muy difícil distinguir las.

Quizás sería interesante recordar a este respecto otros rasgos estilísticos más generales que diferencian el ámbito oriental del Duero de las otras dos áreas meseteñas, como la escasez de yacimientos de estilo Marítimo y Puntillado (Figuras 40 y 41), y de elementos como la decoración en el labio de los bordes, o la ausencia de cazuelillas (Figura 36), por ejemplo. Rasgos todos ellos relativamente frecuentes en la cuenca media del Tajo y Suroeste de la del Duero, y en una escala mayor en las áreas centrales y meridionales del Occidente peninsular. Como ya sugerimos en un trabajo de reciente aparición (Garrido y Muñoz, 1997), la importancia de los intercambios con el ámbito occidental debió ser capital en el Calcolítico de la cuenca media del Tajo. Con los resultados del estudio regional de las decoraciones, que vinculan estrechamente esta zona con el suroeste de la Meseta norte, parece reforzarse aún más esta interpretación. Va cobrando fuerza entonces la hipótesis de la incidencia occidental a gran escala sobre buena parte de la Meseta, especialmente aquella más próxima y mejor comunicada con dicho ámbito. En contraste las tierras más orientales se alejan claramente de este fenómeno, tanto desde el punto de vista geográfico, algo que resulta obvio, como desde el punto de vista decorativo, algo que no lo era tanto hasta la realización de este trabajo. El ámbito oriental por tanto, parece vincularse más estrechamente con otras zonas vecinas como el valle del Ebro.

Finalmente los indicios de “apertura” o permeabilidad a las convenciones decorativas generales son mayores en la meseta sur y suroeste de la norte, sobre todo en la cuenca media del Tajo. La abundancia de prácticas de esta clase como los tipos 1 de ornato del fondo y las caras internas de los bordes (y la casi completa ausencia del tipo 2), o el empleo sistemático de motivos introductorios y finales, así como la dificultad de encontrar diseños y patrones con distribuciones espaciales locales, nos hablan a favor quizás de

una mayor interacción, que genera una cierta homogeneidad, muy evidente en la agrupación de los casos de la cuenca media del Tajo en el análisis de Correspondencias de los motivos Ciempozuelos (Figura 62).

Sin embargo no conviene tampoco llevar demasiado lejos las conclusiones, pues se trata de una cuestión de grado. Todas las regiones, incluida el reborde montañoso oriental de la cuenca del Duero, comparten una amplia serie de convenciones decorativas, como vimos anteriormente, lo cual nos indica que nunca estuvieron aisladas del todo. Las distinciones se hallan, aparte de en la mayor o menor utilización de ciertos motivos y patrones, también en la proporción existente entre aquellos elementos que sugieren una tendencia mayor hacia la “endogamia” decorativa y los que hablan a favor de una mayor “permeabilidad”. En los yacimientos del reborde oriental predominan los primeros, mientras en las otras dos regiones distinguidas por el análisis (sobre todo en la cuenca media del Tajo) lo hacen los segundos. Sin caer en determinismos geográficos excesivos no podemos olvidar tampoco que estos distintos ámbitos presentan marcadas diferencias. Esta circunstancia tuvo que influir de forma importante en el funcionamiento de las redes de intercambios, que no se desenvuelven de la misma manera en un ámbito montañoso, que en terrenos llanos, abiertos y con amplias y variadas arterias fluviales.

En suma, tanto los elementos generales compartidos como las peculiaridades regionales que presentan las decoraciones campaniformes meseteñas, en general, podrían interpretarse como el resultado del desarrollo de los sistemas de intercambios entre grupos en sus distintas esferas o niveles de funcionamiento. La mayor interacción con los grupos cercanos habría ido gestando con los años áreas de mayor semejanza interna, que se habrían ido individualizando así de las restantes. Pero nunca del todo, ya que, como los distintos análisis realizados en este trabajo han puesto de manifiesto, debieron funcionar constantemente ciertas redes sociales que comunicaban esas distintas zonas geográficas entre sí.

Como tuve ocasión de exponer detalladamente en capítulos anteriores, este tipo de interpretaciones que proponían que a mayor intensidad de relaciones entre dos grupos se producía una mayor semejanza decorativa, fueron sostenidas por varios arqueólogos anglosajones en los años 70, en una serie de trabajos que fueron posteriormente criticados (Stanislawski, 1973, Allen y Richardson, 1971) pero que han dejado una profunda huella (Plog, 1978). Como señala este autor (Ibidem: 15) la cuestión es más compleja y hay múltiples factores que influyen en la distribución espacial de los restos arqueológicos. Así, y en un nivel regional, las características de los patrones de asentamiento resultan especialmente importantes, pues la mayor o menor movilidad de un grupo influiría de forma determinante en la creación de semejanzas decorativas entre yacimientos sin necesidad de interacción entre comunidades. Este factor resulta particularmente crucial en nuestro caso, sobre todo teniendo en cuenta la presunta movilidad que caracteriza según muchos autores a los grupos calcolíticos meseteños.

Algunas de las distribuciones geográficas reducidas que se han detectado en el análisis de las decoraciones campaniformes meseteñas podrían interpretarse, quizás, en este sentido (Figuras 72 y 73). Sin embargo es igualmente evidente que muchas otras semejanzas detectadas en este estudio y que desbordan la escala local de análisis exigen explicaciones alternativas. Por otra parte, la movilidad también es un factor que favorece el contacto entre grupos, sobre todo en situaciones de baja densidad demográfica como la que suponemos se dio a finales del III milenio A.C. en nuestra área de estudio.

Otro factor de enorme importancia y a tener muy en cuenta en los estudios de semejanzas estilísticas por su incidencia en ellas es el control temporal de los datos (Ibidem: 155-56; Idem, 1980: 23-25). Es evidente que las limitaciones de nuestros métodos de datación dificultan mucho la determinación siquiera aproximada de la coetaneidad de los yacimientos. Aunque, desde luego, las propias semejanzas detectadas en los análisis son en cierto modo un indicio de coetaneidad o al menos proximidad cronológica, por lo que este factor aunque importante e inevitable no debe servir de excusa para obviar los patrones regionales que el estudio ofrece tan claramente.

Por último, otra de las recomendaciones metodológicas más usuales para la interpretación de esta clase de evidencias se refiere a la necesaria equivalencia funcional de los sitios que son objeto de comparación (Voss, 1982: 46), pues el contexto concreto de los materiales también influye en las características de la decoración. En nuestro trabajo, decidimos incluir en la muestra objeto de análisis tanto lugares de hábitat como tumbas, en primer lugar para contar con suficiente información como para obtener resultados significativos, y en segundo lugar porque partimos del principio teórico según el cual las cerámicas campaniformes no son objetos comunes, domésticos, sino especiales y con un sentido específicamente ritual, función que con matices desempeñarían tanto en la vida cotidiana como en las ceremonias funerarias. De hecho las diferencias decorativas constatadas entre los recipientes procedentes de uno y otro tipo de contexto son muy leves, apenas de matiz, como se explicó con mayor detalle en el capítulo III. Por ello no extraña que una vez realizado el estudio estadístico los factores regionales sean los que agrupan los sitios, al margen de que sean o no funcionalmente equivalentes. Esto quizás refuerza algo más y de forma indirecta la hipótesis de que esta clase de cerámicas desempeñaron un papel especial que desborda desde luego el marco de las actividades meramente domésticas o exclusivamente funerarias.

Otros autores subrayaron la complejidad que existía en los patrones de aprendizaje de los diseños cerámicos, que no siempre siguen fielmente la línea del parentesco (Stanislawski, 1973), así como el papel del intercambio de cerámicas en todo este proceso (Plog, 1980: 19-22), factor este último crucial pero que difícilmente puede ser aclarado en nuestra zona, como señalamos anteriormente. Esas críticas incidieron en la ingenuidad y los excesos interpretativos que lastraban algunos de estos estudios. Pero ello no debe llevarnos sin embargo a rechazar cualquier posibilidad de realizar trabajos de este tipo, siempre que se tengan en cuenta los matices y sugerencias que se han ido ofreciendo con posterioridad. Los

intercambios matrimoniales son una estrategia básica para establecer pactos entre grupos o para obtener mano de obra en las sociedades primitivas, por lo que no es descartable que tuvieran un importante papel en las redes de intercambios que como sabemos ligaban a los distintos grupos calcolíticos meseteños entre sí. Se puede cuestionar que de ello se derive mecánicamente una mayor semejanza decorativa, pero no que a través de ellos pudieran intercambiarse también algunos usos decorativos, especialmente aquellos que se refieren a las estructuras profundas, que no son fáciles de imitar sin aprendizaje previo, o contacto social muy intenso. Por ello no extraña que un trabajo reciente haya verificado mediante análisis químicos de restos humanos de tumbas campaniformes alemanas el movimiento de algunos individuos, especialmente femeninos (Price y otros, 1998).

La clave quizás esté no tanto en los medios por los cuales se genera esa semejanza, que debieron ser múltiples (intercambios matrimoniales entre ellos), sino sus causas, su finalidad. En cierto modo ello nos fuerza a revisar el papel del estilo, y en general de la cultura material en las sociedades humanas. Frente a las visiones típicas de la arqueología procesual donde es considerado como un mero y fiel reflejo de los procesos sociales, en este caso de la interacción entre grupos, es preciso adoptar una perspectiva diferente. Wobst (1977) fue quizás el primero en considerarlo como un medio activo de comunicación, que podía ser utilizado para transmitir mensajes relativos no sólo a la pertenencia al grupo sino también a otros aspectos de tipo ideológico o político (Ibidem: 327-328). Esta idea nos parece particularmente interesante, pues de acuerdo con nuestra propuesta teórica, las cerámicas campaniformes pudieron funcionar como vehículos materiales de una nueva ideología del poder, en una etapa de grandes transformaciones económicas y sociales. Sin embargo esta línea teórica no fue plenamente desarrollada hasta la década de los 80, cuando distintos autores intentan demostrar a través de múltiples trabajos etnoarqueológicos que el estilo, como forma activa de comunicación, puede ser utilizado intencionadamente en las estrategias de alteración y creación de relaciones sociales (Wiessner, 1984: 194). Como señalan varios autores (Shanks y Tilley, 1987a: 148, Hodder, 1990b: 46), en tanto que sistema de signos y práctica significativa, el estilo estructura y delimita la forma en que la gente piensa y se aproxima a la realidad, es capaz de producir visiones nuevas e insospechadas de la sociedad y así cuestionarla. Por ello resulta de gran ayuda para aquellos individuos que buscan apoyos ideológicos para adquirir poder sobre los restantes miembros del grupo.

Desde mi punto de vista esta fue la función principal desempeñada por las cerámicas campaniformes y todo el complejo material e ideológico asociado con ellas, la razón de su origen, desarrollo y duración. En un periodo de grandes cambios sociales y económicos en casi toda Europa occidental, los líderes recién surgidos intentan apuntalar su aún precaria situación y cuentan para ello con este complejo fenómeno de gran éxito "internacional". La emulación (Miller, 1982) debió funcionar como importante mecanismo para potenciar el desarrollo de esta nueva red social de contactos, que indudablemente aprovechó el terreno abierto por los sistemas de intercambios anteriores, pero extendiéndola aún más. Cabe plantearse qué significado real tuvieron estas redes de intercambios, qué clase de relaciones se establecían entre los grupos participantes.

¿Eran de tipo económico o más bien social?, ¿quiénes eran los que entraban en contacto, los grupos o sólo determinados personajes?.

3. Un orden social convulso.

Abandonadas ya las viejas hipótesis migracionistas y étnicas con las que se interpretó el Campaniforme en el pasado, parece más razonable acudir ahora al contexto social de los grupos que lo emplearon para explicar su origen y difusión. Como se ha sugerido en distintas partes de este trabajo su propia presencia en una región determinada supone ya un indicador muy significativo de que en ella habían tenido lugar importantes transformaciones económicas y sociales que justificaron su demanda. Según se detalló en el modelo teórico que sirve de referencia explícita a este trabajo (capítulo II.D.3.) durante la etapa campaniforme la Meseta se hallaría en una situación inestable, de transición. Los cambios económicos que se habrían ido produciendo en los siglos precedentes, habrían transformado de forma lenta pero profunda las estructuras sociales de estos grupos. Poco a poco se iría edificando un nuevo escenario más abierto a la lucha por el liderazgo, con nuevas oportunidades para alcanzarlo, y medios con los que expresarlo. En el plano ideológico se irían introduciendo nuevas concepciones acerca de la naturaleza del poder, y de las relaciones entre el individuo y la comunidad.

Este contexto social podría explicar el gran desarrollo experimentado por las redes de intercambios en este momento, pues a través de ellas circularían los elementos campaniformes como poderosos medios legitimadores de las diferencias sociales recién surgidas. No sabemos si se trata ya de auténticas jefaturas, ni siquiera si podemos hablar ya de sociedades jerarquizadas en términos estrictos, pues carecemos de los datos que sirven para distinguir este tipo de organizaciones sociales de las llamadas igualitarias en antropología social, sin olvidar que esta es una categoría excesivamente amplia que engloba una gran variedad de formas de organización. Ya analizamos con más detalle esta cuestión en un capítulo anterior (II) por lo que no reiteraremos de nuevo la discusión ahora. Lo cierto es que, como hemos señalado en distintas partes de este trabajo, la propia existencia y desarrollo experimentado por el Campaniforme en la Meseta sugiere que el escenario social que reclamó su presencia y le dio cobijo durante varios siglos, debía haber experimentado cambios muy significativos respecto a las etapas precedentes.

De hecho, si examinamos el lugar que ocupa este fenómeno en las distintas secuencias de cambio social de Europa occidental hemos de concluir que se trata de una etapa transicional, a caballo entre los estertores de los grupos tradicionales neolíticos o calcolíticos, de base megalítica en muchas zonas, y los comienzos de las jefaturas de la Edad del Bronce. Por ello su propia magnitud temporal en cada una de ellas aporta quizás un indicio revelador de la velocidad del proceso. No extraña por ello constatar el claro contraste que puede establecerse entre su escasa duración en regiones como el Sureste y su prolongada existencia en otras como la Meseta. Sin duda en nuestra área de estudio este proceso hubo de experimentar un prolongado

desarrollo. Los líderes que exhibían y manipulaban en su beneficio los símbolos campaniformes pudieron alcanzar en algunas regiones y por momentos las prerrogativas de los jefes, pero en conjunto el proceso no llegaría a cuajar de forma generalizada y duradera por lo que la situación debió mantenerse en tales condiciones durante varios siglos.

No sabemos si por estas redes de intercambios circularon también otras materias, pero lo cierto es que, según proponemos en el modelo teórico de este trabajo, parece que se trata más bien de contactos sociales y no estrictamente económicos o comerciales, en el sentido moderno y anacrónico del término. En este sentido y volviendo a los resultados del análisis de las decoraciones campaniformes meseteñas, cabría preguntarse por el significado de los distintos fenómenos detectados, dentro de este contexto social descrito. Como analizamos con más detalle en otro capítulo los trabajos de campo etnográficos desarrollados por Hodder en África (1982a y b) aportaron diversas consideraciones de gran interés sobre la generación de similitudes materiales entre comunidades, que ponían en cuestión muchas de las ideas comúnmente asumidas por los investigadores tras el éxito de los enfoques procesuales. Según este autor podía subrayarse que la semejanza estilística no estaba directamente vinculada con la intensidad de la interacción entre los grupos, sino más bien con el tipo de relación, económica o social, que entre ellos existiese. En caso de enfrentamiento u hostilidad las diferencias se marcaban de forma explícita a través del estilo, por intensos o duraderos que fuesen los contactos que mantuviesen. De forma complementaria la existencia de provechosos e interesantes contactos entre grupos se manifestaban también a través de las semejanzas materiales, aunque se tratase de grupos no estrictamente vecinos o geográficamente próximos.

Si algo puede resumir los resultados del análisis de las decoraciones campaniformes meseteñas es que, sin olvidar el gran acervo común a todos los grupos y regiones, la similitud estilística parece relacionarse de forma bastante clara con la proximidad geográfica. ¿Es ello una prueba de que las semejanzas reflejan de forma pasiva la intensidad de la relación que se estableciera entre aquellos grupos humanos, tal y como proponían las visiones procesuales de los años 70, antes mencionadas?. Las corrientes teóricas más recientes defienden, por el contrario, que el estilo es un poderoso medio para intervenir activamente en las estrategias de lucha por el poder. Según Hodder (1982a: 185) no existe una relación simple y directa entre ambos sino que depende de las estrategias e intenciones de los grupos que participan en ellas. Así, como pudo comprobar en sus trabajos de campo etnoarqueológicos en África una relación conflictiva, de competición por los recursos entre dos tribus vecinas genera diferencias en su cultura material pues ésta se emplea como medio simbólico para transmitir las, mientras que relaciones amistosas con otros pueblos más lejanos pueden originar mayores semejanzas. De asumir este punto de vista habríamos de concluir que no existían relaciones competitivas ni rivalidad alguna entre los grupos que fabricaban cerámicas campaniformes dentro de las distintas áreas establecidas a partir del análisis estadístico de la información meseteña. No obstante, a diferencia de los casos etnográficos manejados en los trabajos de Hodder, tratamos ahora con unas cerámicas especiales, que se emplean en unas determinadas circunstancias sociales y rituales, probablemente de acceso

restringido, tal y como expusimos con detalle en nuestra propuesta teórica (capítulo II.D.3). No informan por tanto respecto a las relaciones entre grupos en su conjunto, para lo cual habría que acudir a otros elementos más comunes del repertorio ergológico global, sino probablemente a las mantenidas entre sus respectivos personajes dirigentes.

Dada la situación social antes descrita, no parece descabellado proponer que estos líderes buscasen precisamente identificarse con sus homónimos de los grupos vecinos en sus maniobras para obtener poder y prestigio dentro de su propia comunidad. De ahí el deseo de marcar estas afinidades reales o pretendidas por medio de la cultura material, y en especial a través de los símbolos de poder, en este caso las cerámicas campaniformes y sus ricas decoraciones. Se busca adherirse a un complejo ideológico de gran prestigio, emblema del éxito personal, y que singulariza a su poseedor como alguien muy especial. Por ello, en nuestro caso, la mayor similitud detectada entre los hallazgos geográficamente próximos podría servirnos como indicio indirecto de una mayor interacción, pero no tanto entre comunidades sino entre sus respectivos líderes. Esto no significa que no existiesen conflictos entre estos distintos personajes locales, pero de haberlos no debieron ser muy intensos, a juzgar por la ausencia de jerarquización en el patrón de asentamiento, o la escasez de otro tipo de características como las fortificaciones que puedan sugerir un incremento muy importante de la territorialidad. Estos no aparecen hasta momentos posteriores, ya en la Edad del Bronce, y aún entonces no en todas partes.

No obstante, tampoco es descartable, desde luego, que en algunos casos estas relaciones entre líderes fuesen acompañadas de contactos de mayor escala en los que se viera envuelta el resto de la comunidad o al menos parte de ella. Como sugiere Voss (1982: 74) hay aspectos visibles de las decoraciones como los diseños y otros que no lo son tanto (tamaño de las franjas, longitud de las líneas, repetición de los trazos, etc.), cuya interpretación por tanto no debe ser la misma. Así mientras los primeros tendrían un papel activo en el intercambio intencionado de información entre grupos (o entre líderes en nuestro caso), los segundos, al ser difícilmente apreciables a simple vista quizás sí reflejarán de forma indirecta o pasiva la interacción “real” que existió entre las comunidades implicadas. Por ello, la constatación de semejanzas regionales en las estructuras profundas de las decoraciones campaniformes meseteñas, que sólo pueden adquirirse a través del contacto social directo e intenso, estarían sugiriendo quizás que la interacción real entre comunidades vecinas también debió ser importante.

Por tanto, suponemos que a través de estas redes de intercambios circularían los elementos que componen el complejo campaniforme, como un agregado eficaz de poderosos símbolos donde se combinan distintas clases de objetos. Por un lado las cerámicas, sobre cuya posible funcionalidad hemos reflexionado detalladamente en otros capítulos. A falta de análisis químicos lo cierto es que la simple observación visual parece poner de manifiesto que nos hallamos ante una clase de recipientes muy especiales, que no debieron emplearse en tareas cotidianas como la cocina o preparación de alimentos. Su profusa y compleja

decoración, que llega incluso a afectar en ocasiones la cara interna, es un rasgo desde luego muy poco funcional, y absolutamente antihigiénica para un vaso que se emplea en tareas culinarias. Y lo mismo puede decirse de otras características como la presencia de umbo en la base o los cambios bruscos de dirección de las paredes en muchos vasos (casi carenas en ocasiones), pues crean estrechos espacios donde resulta muy difícil extraer la suciedad, especialmente en las vasijas más cerradas como los vasos campaniformes, y además provocan diferencias térmicas a la hora de la cocinar los alimentos (Howard, 1981: 9; Arnold, 1985: 144; Rice, 1987: 241-242). Por otro lado las finas paredes que presentan la mayoría de recipientes campaniformes constituyen otro rasgo inapropiado para la cocina, e incluso para la propia presentación de alimentos recién preparados, pues la temperatura se transmite muy rápidamente hacia la superficie externa, y a falta de asas o cualquier elemento de prehensión, resulta algo poco funcional (Ibidem: 240). Además la propia fragilidad que tan escaso grosor de pared lleva aparejada los expone a un altísimo riesgo de rotura. Por ello no parece muy probable que se utilizasen con frecuencia, y menos aún en tareas culinarias cotidianas, pues no compensaría la gran inversión de trabajo que llevaría elaborarlas. Finalmente no podemos olvidar la significativa ausencia de manchas de fuego en las bases de los recipientes campaniformes completos. Sólo en algunos fragmentos pueden encontrarse este tipo de evidencias, pero se trata de piezas que, una vez roto el vaso, fueron a parar a los hogares de forma accidental, como cualquier otro deshecho, o quizás intencionadamente pues mejoran la combustión (Fabián, 1995: 94).

En definitiva, parece que las características principales de las cerámicas campaniformes se corresponden casi perfectamente con las que suelen considerarse como propias de los recipientes rituales: forma y decoración complejas, tamaño inferior a los dos litros, buena cocción y acabado, excepcionalidad en el registro arqueológico, y contextos arqueológicos variados aunque predominantemente funerarios (Howard, 1981: Tabla 1:1). Su aparición en las tumbas nos indica que tuvieron un papel muy significativo en las ceremonias fúnebres, pero su presencia asimismo destacada en los lugares de habitación nos demuestra que también se utilizaban en el mundo de los vivos. Como se trató con más detalle en el capítulo II de este trabajo recientes propuestas teóricas han defendido de nuevo la posible relación del vaso campaniforme con el consumo de una bebida muy especial, de tipo alcohólico probablemente (Sherratt, 1987; 1991, 1997). Con todos los matices que se puedan hacer a esta interpretación, que no mencionaremos aquí otra vez (véase capítulo II.D.2-3), lo cierto es que resulta una hipótesis muy interesante. Si volvemos de nuevo a la evidencia meseteña lo primero que observamos es la gran variedad del repertorio formal campaniforme (Figura 95). Como puede apreciarse en el gráfico sólo dos formas, los vasos campaniformes y los de almacenaje, presentan, por su aspecto cerrado, condiciones idóneas para el manejo de líquidos. Su distinta capacidad podría vincularse quizás con la diferente función que desempeñasen, los primeros para el servicio individual y los segundos para el almacenaje (y/o preparación) de esos líquidos (¿bebidas alcohólicas como propone Sherratt?). Aunque los vasos campaniforme presentan distintos tamaños, casi un 70% de los casos analizados en la Meseta se comprenden dentro del grupo de

medidas que, según Case (1995a: 56), serían las más adecuadas para un recipiente de bebida individual (450-1250 cc.) (Figura 24). Los vasos de almacenaje con decoración campaniforme, por su notable capacidad volumétrica (entre 2-10 litros, e incluso superando los 20 en algún caso), reclaman desde luego un papel muy singular en todo este complejo fenómeno ritual. Es evidente que en este último caso no estamos ante un componente más de la vajilla de lujo, o de mesa, y su peor acabado y dimensiones sugieren una función más ligada a las actividades de almacenaje o preparado de alimentos. Pero no es menos cierto que su cuidada y compleja decoración los distingue también del resto de recipientes domésticos en cuya elaboración no se invertía tanto esfuerzo.

Como señala Howard (1981: Tabla 1:1) en el registro etnográfico esta clase de grandes vasijas pueden en ocasiones portar decoración si se quieren identificar con ello su contenidos o incluso sus propietarios. ¿Serían este tipo de recipientes aquellos donde se elaboraba y/o se almacenaba la bebida que se consumía supuestamente en la vajilla de lujo?. Es evidente que nos falta información, especialmente analítica, para defender esta interpretación con mínimas garantías, pero al menos puede considerarse como una hipótesis de trabajo.

En la parte derecha del gráfico (Figura 95) aparecen los recipientes bajos y abiertos. Por un lado, la cazuela, y por otro los de menor tamaño, cuencos y cazuelillas, que podrían estar destinados al consumo individual del eventual contenido de vasos y cazuelas. No en vano se ha documentado su presencia en el interior de estos dos tipos de recipientes en diversos ajuares funerarios meseteños (por ejemplo en Villabuena del Puente o Miguel Ruiz). Como vimos en el capítulo III, en el apartado que analiza los rituales funerarios, el cuenco es la forma que se asocia más estrechamente con el vaso campaniforme (Figura 15), y son diversos los casos en los que el ajuar cerámico se compone sólo de estos dos elementos, en concreto seis ejemplos (Aldeagordillo, Valdeprados, Soto, J.Fco. Sánchez, Calaña y Los Pasos). La proporción que presentan sus respectivas capacidades entre sí es muy variable, desde luego casi siempre el vaso supera el tamaño del cuenco (con las excepciones de Calaña y Valdeprados) (1'44 veces en Aldeagordillo, 1'33 en Soto, 5'28 en Los Pasos y 7'75 en J. Fco. Sánchez). Incluso sabemos que en la fosa zamorana de Los Pasos el cuenco se halló en el interior del vaso campaniforme.

Además una vez analizada la correlación que esta pareja de formas ofrece en los repertorios estudiados, pudimos concluir que existía un modesto pero nítido grado de correlación, que además es negativa. Es decir que existe una tendencia según la cual cuanto mayor es la capacidad del vaso menor suele ser la del cuenco. Esto mismo se observa cuando se estudia la relación entre estas dos formas en los ajuares compuestos por tres recipientes. Parece, en suma, que el cuenco estuviera cumpliendo la función de elemento distribuidor del contenido del vaso (¿bebida alcohólica?) entre los eventuales participantes en el ritual, que a juzgar por las proporciones mencionadas podemos especular que oscilarían entre dos y ocho personas.

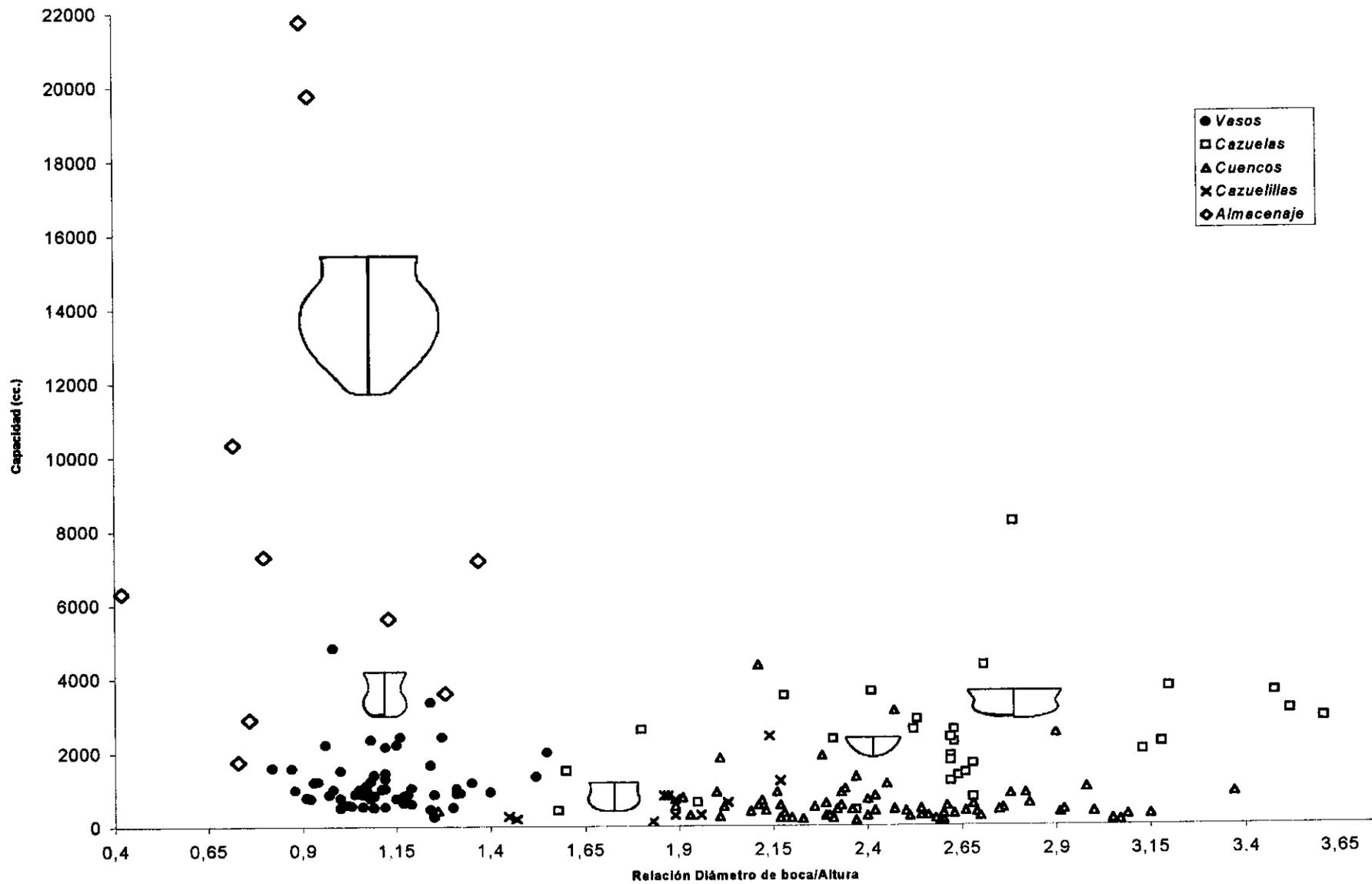


Figura 95. Correlación entre el volumen (en cc.) y el grado de apertura (relación diámetro de boca/altura) en las distintas formas del repertorio campaniforme meseteño.

El asunto se complica un poco más cuando analizamos los ajuares compuestos por tres recipientes, pues a esta posible relación se une en casi todos los casos la cazuela²⁸, recipiente de notables dimensiones en comparación con los otros dos y cuyas características, en tanto que forma abierta y plana, la invalidan para el manejo de líquidos. Como sugerimos en el apartado destinado al ritual funerario, siguiendo una propuesta que Harrison (1995) realizó para la interpretación de las fuentes troncocónicas de Cogotas I, esta forma pudo vincularse más con la utilización de algún tipo de alimento como las gachas de cereal o incluso carne. No en vano, como señala Rice (1987: 240) los recipientes empleados para el consumo de sólidos suelen ser abiertos para que el acceso a la comida sea fácil y ésta visible.

El cuenco en algunos de estos casos apareció depositado en el interior de la cazuela, como distribuidor quizás también aquí de su contenido, y posiblemente además del que tuviera el vaso. La correlación entre los valores ofrecidos por las tres formas en los ajuares completos estudiados en la Meseta nos ofrece indicios interesantes que podrían contribuir a comprender mejor la cuestión. Así, comprobamos cómo los vasos suelen mostrar cifras claramente superiores a las de los cuencos, eso sí con gran variedad de proporciones (desde 1'02 hasta 5'17 veces).

Como ocurría en los ajuares compuestos sólo por estos dos recipientes existe de nuevo una importante correlación negativa entre las capacidades de ambos. Es decir, parece que el volumen de los cuencos tiende a ser menor cuanto más grande es el de los vasos que los acompañan. Las cazuelas siempre son los recipientes mayores de la terna, y multiplican de forma variable pero siempre elevada los valores ofrecidos por los vasos (entre 1'10 veces y casi 5) y, sobre todo, por los cuencos (entre 3'7 y 5'7). La correlación es prácticamente inexistente entre vasos y cazuelas, y bastante baja, pero positiva entre cuencos y cazuelas.

Ello pone de manifiesto con claridad lo que antes sugerimos a partir de su aspecto general, a saber que el vaso y la cazuela muy probablemente representarían cada uno facetas distintas del ritual, el primero vinculado con el manejo y consumo de líquidos y la segunda con el de sólidos. La relación del cuenco con ambas es significativa en los dos casos, lo que apoya la hipótesis que le atribuye un carácter de elemento distribuidor del contenido de vasos y cazuelas. Pero curiosamente esa relación no es igual con ambas formas, pues se constata la tendencia de los cuencos a ser más pequeños cuanto mayor es el vaso y mayores cuanto más lo es la cazuela. Es decir, que tienden a mantener la proporción con esta última, como si existiese una determinada cantidad de "raciones" a respetar en cada ceremonia, al margen del número de participantes, mientras con el vaso ocurría lo contrario. Cuanto mayor fuese el tamaño de este último un mayor número de personas podrían beber de su contenido.

²⁸ También existen otros tipos de conjuntos, como el de Miguel Ruiz (nº 169), con dos vasos y una cazuelilla, o Villaverde de Íscar (nº 295), con un vaso y dos cuencos. Estos dos casos, con ser peculiares en sí mismos, guardan ciertas semejanzas con la terna del Ciempozuelos, como se explicó con detalle en el capítulo III.B.4.

Por todas estas circunstancias parece lógico suponer que los recipientes campaniformes se utilizasen en momentos muy especiales, de alto valor ritual y social. Las ceremonias funerarias debieron ser una de las principales ocasiones para ello, pues no en vano se ha constatado en ciertos casos la presumible fabricación de estas cerámicas para tal fin. Pero su destacada presencia en los lugares de hábitat sugiere que también en la vida cotidiana este tipo de vajilla de lujo debió tener un activo papel. En este sentido no podemos olvidar la importancia que tienen en este tipo de contextos sociales determinados ritos de hospitalidad destinados a reclutar partidarios, que suelen practicarse además con bebidas alcohólicas (Sherratt, 1987; Dietler, 1990).

En suma, todo apunta a que las cerámicas campaniformes tuvieron un importante carga simbólica o ideológica. Junto a su especial elaboración (pasta, acabado, forma) poseen también un elemento añadido muy especial que las diferencia del resto de la cerámica: la decoración. El estudio detallado que de este aspecto se ha realizado en este trabajo nos permite sugerir que fue algo mucho más significativo e importante que un mero ornamento. Sólo si proyectamos hacia el pasado nuestras propias categorías modernas y occidentales se puede ignorar o menospreciar el gran valor intelectual y religioso que este rasgo tiene en las sociedades primitivas (David, 1988). De hecho, en nuestro análisis de las decoraciones campaniformes meseteñas hemos podido detectar elementos que demuestran la enorme complejidad que hay detrás de su concepción y elaboración final. Todo ello sugiere, en definitiva, que no estamos ante una manufactura doméstica más como algunos autores proponen (Case, 1995a), sino ante una producción especializada con un profundo contenido ideológico. La decoración así considerada debió suponer entonces una dimensión adicional muy importante en la valoración social de estas cerámicas y su consiguiente utilización en los escenarios donde se dirimía el poder (los funerales entre ellos). En definitiva su valor radicaría no sólo en su vistosidad externa, sino probablemente y en muchos casos también en su contenido físico (posible bebida alcohólica) e intelectual (decoración y su correlato simbólico).

A todo lo dicho deberíamos añadir los matices que aportarían otros componentes del complejo campaniforme. En primer lugar los metálicos, compuestos también por un conjunto reducido de tipos característicos, armas y joyas en su inmensa mayoría. Algunos de ellos como las hachas planas, los punzones o la orfebrería áurea ya existían antes de la aparición de este fenómeno en nuestra área de estudio, y en general en el resto del ámbito peninsular, pero otros como los puñales de lengüeta o las Puntas Palmela están indiscutiblemente vinculados con él. Las Puntas de tipo Palmela son un tipo de arma, puntas de lanza muy probablemente²⁹, exclusivo del Campaniforme peninsular. A diferencia de los puñales comparece en número variable en los ajuares funerarios (Fuente Olmedo con once ejemplares sería un caso extremo),

²⁹ Curiosamente, como se ha podido constatar en nuestro análisis tipológico (Figura 87), la evolución formal de este tipo parece derivar hacia una clase de arma diferente, las puntas de flecha de pedúnculo y aletas. ¿Existiría detrás de ello y de la generalización de las espadas, un cambio en los sistemas o estrategias de combate?

por lo que cabe deducir que no se trata de un arma personal. Desconocemos qué papel concreto tendría dentro del complejo campaniforme, aunque podríamos mencionar como dato de interés, sin pretender con ello establecer comparaciones imprudentes, que las puntas de lanza, de hierro en este caso, son utilizadas como símbolos para marcar determinados grupos de edad en distintos pueblos de África, superando incluso las barreras étnicas (Hodder, 1982b: 67-68, 77; Larick, 1986; 1991).

Los puñales de lengüeta no son un arma exclusiva de la metalurgia hispánica sino común a los ajuares funerarios campaniformes de gran parte de Europa occidental. Además se fabrican durante un periodo más prolongado, razón por la cual presentan una gran variedad formal, como se ha puesto de manifiesto en nuestro análisis estadístico de los ejemplares meseteños (Figuras 91-93). Aunque ya se conoce algún caso en la etapa precampaniforme inmediatamente anterior (Delibes, 1988b), aún podemos afirmar que es a partir de esta etapa y asociado con este fenómeno cuando se generaliza en la Prehistoria peninsular la práctica de incluir armas metálicas en los ajuares funerarios de élite. El puñal es además un elemento de singular importancia ideológica, ligada al individuo que lo porta muy probablemente en exclusividad, como una pertenencia personal y un símbolo de su autoridad. No en vano, y a diferencia de las restantes armas metálicas, sólo aparece un ejemplar en cada tumba. Además, el examen detenido del curioso puñalito de Ciempozuelos, nos permite sospechar que se trata en realidad del aprovechamiento de un ejemplar anterior de mayores dimensiones, una vez roto. Al parecer poco importó a su poseedor el aspecto final que tendría esta pieza (Figura 88), donde la hoja apenas destacaría de la empuñadura, haciendo que su utilidad como arma fuese prácticamente nula. Debemos suponer, por ello, que su valor esencial no era éste sino el simbólico, razón por la cual pasó a formar parte del ajuar funerario que acompañaría a este personaje hasta el más allá.

En general, y como hemos señalado con más detalle en otro capítulo existen diversos indicios que sugieren que la metalurgia tuvo entonces una importancia más social y simbólica que práctica. La ausencia en los poblados de áreas especializadas dedicadas a ella, la simplicidad de las técnicas aplicadas, y el escaso volumen y ámbito local de sus producciones, que explotan a pequeña escala los afloramientos de cobre más cercanos, en las mismas zonas visitadas para el aprovisionamiento de otros recursos (pastos, rocas, etc.), son todos ellos indicios claros de que la metalurgia no fue una actividad económicamente determinante para estos grupos (Rovira y Montero, 1994: 170-171). Sin embargo, no es menos cierto que ello no debería hacernos incurrir en un menosprecio hacia la importancia real de la metalurgia calcolítica, cayendo así en el contrasentido de no explicar por qué se desarrolló durante tantos siglos y en un área tan extensa una actividad tan irrelevante y alejada de la subsistencia.

Es suficientemente conocido que los primeros objetos metálicos de la Prehistoria europea fueron ornamentos y armas, y no herramientas, razón por la cual varios autores son partidarios de atribuir al surgimiento de la metalurgia un significado más social que puramente económico o tecnológico, aspectos

estos últimos que sólo tendrán su auténtica dimensión en etapas más avanzadas de la Edad del Bronce. Por otra parte si acudimos al registro etnográfico e histórico es muy frecuente encontrar referencias al contexto simbólico e ideológico que rodea la metalurgia primitiva, que requiere el dominio de ciertos conocimientos, casi mágicos o esotéricos a los ojos de las sociedades preindustriales (Brown, 1995; Schmidt y Mapunda, 1997). Por ello, suelen estar celosamente guardados en manos de unos pocos individuos, que reciben un tratamiento muy especial, próximo al que tienen los chamanes (Eliade, 1974: 71-77).

En suma, parece que al margen de su peculiar forma, ya sea ésta la de un arma o una joya, los elementos metálicos aportaron al complejo campaniforme matices ideológicos muy significativos, que además coinciden con los aportados por las cerámicas en subrayar la singularidad de quien los posee. No en vano ambos forman parte de los más ricos ajuares funerarios, contexto en el que despliegan todo su potencial simbólico. Como señalamos con detalle en el capítulo II, en el apartado que trata las tumbas meseteñas, parece que, a diferencia de lo constatado en periodos precedentes como el megalítico, durante la etapa campaniforme el emplazamiento del sepulcro pasa a ocupar un papel secundario, en beneficio del protagonismo que ahora tiene el cadáver y el ajuar, es decir el acto mismo del funeral, que se convierte en evento único e irrepetible (Thomas, 1991a: 129; 1991b: 34-35). Este hecho a veces parece traducirse en las propias estructuras funerarias, pues las fosas simples o con pequeñas delimitaciones pétreas son a menudo cegadas o clausuradas para siempre con rellenos de piedras (por ejemplo en Fuente Olmedo, nº 459; o el Arenero de Soto, nº 157). Los propios túmulos, cuyo aspecto externo podría recordar el de los megalitos, carecen de corredor o cualquier otra vía de acceso al cuerpo inhumado, por lo que sólo su violación y destrucción permiten volver a utilizarlo (como ocurre por ejemplo en Tablada del Rudrón, nº 68).

Por desgracia tenemos muy poca información sobre el sexo y edad de las personas que se inhumaron en las tumbas campaniformes meseteñas, por lo que pese al claro predominio de los individuos adultos, sobre todo masculinos, hemos de situar esta tendencia, por nítida que nos parezca, en el campo de las hipótesis a comprobar en el futuro. A falta de estudios sistemáticos de tipo analítico sobre la dieta de estos personajes, presumiblemente muy importantes dentro de sus comunidades, contamos con algún indicio aislado pero muy interesante que podría interpretarse como un indicador más de su destacado estatus. Así, uno de los cráneos recuperados en las antiguas excavaciones de la celeberrima necrópolis madrileña de Ciempozuelos (nº 145), que pertenece a un varón adulto, presenta una trepanación en el parietal izquierdo, realizada en vida del sujeto y a la que muy probablemente sobrevivió (Deselaers, 1917a: 29; Blasco, Baena y Liesau, 1998: 34-55), curiosamente justo en el mismo lugar donde se aprecia un severo traumatismo. Aunque se han propuesto muy variadas interpretaciones para explicar este tipo de intervenciones, sobre todo de tipo ritual (Campillo, 1996: 60-63), la coincidencia con una severa lesión en la misma zona del cráneo hace más plausible la hipótesis de que estemos ante un primitivo tratamiento quirúrgico. De ser cierto este detalle resultaría muy significativo a la hora de valorar

la importancia que dentro de su comunidad tendría este individuo que se enterró con un ajuar campaniforme bastante completo (el trío cerámico, un puñal y una lezna de cobre). Su más que presumible deterioro físico no le habría impedido seguir siendo muy bien considerado dentro del grupo hasta que tuvo lugar su fallecimiento.

Las estructuras funerarias se simplifican notablemente, y parece que el sepulcro ha dejado de ser ya una referencia permanente para la comunidad, o al menos no lo es en la misma medida que en etapas precedentes. No se trata ya de un lugar que se visita periódicamente para desarrollar en él rituales o ceremonias cíclicas, donde los antepasados se hallaban presentes e influían de forma constante y recurrente en la existencia de los vivos y sus ciclos económicos y rituales (Parker Pearson, 1993a: 42-43), y donde la entidad individual de cada persona quedaba subsumida en la del grupo (Clarke, Cowie y Foxon, 1985: 20, 24). Ahora los cuerpos se entierran de una vez para siempre, sin ser descarnados ni permanecer accesibles en una estructura construida, preservando así su integridad individual (Sherratt, 1991: 60), y presumiblemente en presencia de toda la comunidad. De ahí que la familia del muerto tuviera que invertir en ese acto todo el esfuerzo para marcar explícitamente sus derechos y aspiraciones, pues no tendría otra ocasión de ese tipo para hacerlo. Los mensajes debían de ser por ello muy claros, y fácilmente descifrados por todos los presentes, que de esta forma debían tener una idea muy clara de la importancia del individuo enterrado, y del derecho de sus descendientes a sacar provecho de ello (Thomas, 1991a: 129; 1991b: 34-35). Detrás de estos cambios en los rituales funerarios es posible deducir también la introducción y desarrollo de profundas transformaciones ideológicas, que tendrán continuación en etapas posteriores, y a través de las cuales se extienden nuevas concepciones acerca de las relaciones del individuo con el grupo, la legitimidad del ejercicio del poder, y las formas de expresarlo (Sherratt, 1987: 83; 1991: 60; Shennan, 1982; Gibson, 1988: 198; Wason, 1994: 92).

Del análisis que se ha realizado en este trabajo sobre las tumbas campaniformes meseteñas se han podido extraer una serie de conclusiones que ponen de manifiesto precisamente esa clara estandarización de los mensajes que parecen transmitirse a través de los rituales funerarios. Se trata en su inmensa mayoría de enterramientos en posición primaria, en los que el cuerpo recibe sepultura de una vez para siempre, sin que se produzcan ulteriores manipulaciones o alteraciones. Los cuerpos se disponen siempre en posición flexionada, normalmente tendidos sobre su costado izquierdo. Aparecen acompañados de ajuares personales estandarizados compuestos por una serie reducida y recurrente de tipos, muchos de los cuales no sólo aparecen en La Meseta, sino en el resto de la Península y buena parte de Europa occidental. Los componentes de estos ajuares suelen respetar unos ciertos principios rituales que rigen su combinación, y normalmente ocupan posiciones próximas al cuerpo enterrado, las cerámicas con frecuencia cerca del tórax o abdomen, y las armas metálicas en contacto con los brazos. Incluso en algunos ejemplos excepcionales los individuos enterrados asían directamente al menos algunas de las piezas cerámicas (Ciempozuelos) o metálicas (Villabuena), o portaban los adornos (por ejemplo la

diadema de oro en la cabeza del individuo inhumado en Fuente Olmedo). Sin olvidar nunca las reservas necesarias en la interpretación de este tipo de cuestiones, quizás podríamos ver en ello la representación de la propiedad que ese individuo tenía sobre los mencionados objetos, y, aún más, sobre lo que ellos simbolizaban (¿el control de los recursos y los intercambios?).

Sin embargo, aunque las evidencias arqueológicas hoy conocidas en la Meseta parecen apuntar de forma clara y mayoritaria en esta dirección, es preciso realizar los siguientes matices: En primer lugar el fenómeno de los enterramientos individuales arranca de la etapa inmediatamente anterior, el llamado Calcolítico precampaniforme. En ellos tendríamos reflejado el comienzo de este complejo proceso de cambio en las estructuras sociales e ideológicas, que, no obstante, sólo se extenderá y desarrollará plenamente con el Campaniforme. Por otra parte conocemos ya en la Meseta algunos hallazgos que parecen escapar a estas normas, en concreto los abulenses de Aldeagordillo (nº 8, Lámina 1 y Figura 7) (Fabián, 1992) y Valdeprados (nº 13, Lámina 3 y Figura 6) (Gómez y Sanz, 1994).

En el primero de ellos parece que con motivo del fallecimiento de una niña se produjo un traslado de restos (¿sus familiares?) que fueron inhumados en su misma tumba, y una serie de complejas ceremonias, de la que nos han quedado sólo algunos testimonios. No obstante si Aldeagordillo es, sin duda, un testimonio excepcional en el panorama funerario del Campaniforme meseteño, en él se mantiene la posición primaria del cadáver asociado con el recipiente de estilo Ciempozuelos. Sin embargo, en la fosa de Valdeprados (nº 13, Lámina 3 y Figura 6) los restos humanos que aparecieron en posición secundaria son los del mismo individuo inhumado con la parafernalia campaniforme. Es un enterramiento indiscutiblemente secundario, cuyo rico ajuar ocupaba el fondo de la fosa, separado estratigráficamente del nivel superficial donde descansaban algunos huesos largos dispersos. Parece, por tanto, que el individuo allí enterrado lo estuvo antes en otro sitio, y por alguna causa que desconocemos (¿desplazamiento del lugar de residencia?) fue trasladado desde allí hasta la fosa en cuestión que lo albergaría ya para siempre.

Quizás, y como en Aldeagordillo, con tal motivo se desarrollase en el lugar algún tipo de ceremonia especial, posiblemente de tipo conmemorativo, sobre cuyas características especulamos en otro capítulo. Si en el futuro se encontrasen más ejemplos de este tipo de tumbas ello nos obligaría a matizar mucho las observaciones antes realizadas a propósito de los rituales funerarios campaniformes, introduciendo quizás consideraciones acerca de la influencia de los factores regionales o cronológicos en la extensión y evolución local de estas prácticas. Sin embargo, teniendo en cuenta las evidencias disponibles, que son escasas pero muy contundentes a este respecto, creemos que parece más razonable sugerir, al menos como hipótesis de trabajo, que dadas las singulares características de esta fosa, nos hallemos ante un testimonio excepcional.

Sin embargo, sabemos que los megalitos siguieron utilizándose de forma muy importante, sobre todo en algunas regiones donde este fenómeno tuvo especial raigambre (Suroeste de la cuenca del Duero). Como ya señalamos en el capítulo III.B.2.4. con mayor extensión, existen suficientes datos como para suponer que pese a ello la utilización los megalitos y otras estructuras funerarias colectivas existentes (cuevas, por ejemplo), sigue los principios rituales y sociales propios de la nueva época. Por tanto, lo que parece producirse es una manipulación estratégica de viejos símbolos de una época pasada. El análisis del contexto arqueológico de los hallazgos campaniformes en los megalitos meseteños y peninsulares en general nos indica que el uso del espacio funerario era entonces bien distinto del original (Benet, Santonja y Pérez, 1997: 463; López e Ilaraza, 1997; Andrés y otros, 1997). Con cierta frecuencia los materiales aparecen en distintas partes del túmulo, o desbordan los límites de la cámara y el corredor, e incluso se constatan ejemplos de remodelaciones arquitectónicas, destinadas bien a separar los nuevos enterramientos del depósito funerario anterior, como se ha podido demostrar en otras regiones peninsulares (Pérez Arrondo, 1987: 166), o bien a la condenación de los monumentos, con el fin de inutilizarlos para ulteriores inhumaciones, por ejemplo en el dolmen de El Prado de la Nava (nº 274, Figura 13) (Benet y otros, 1997: 454).

Para la adecuada representación de estos rituales funerarios y su trasfondo ideológico consiguiente resultaba de particular importancia la adecuada selección de los elementos materiales que componían el ajuar, los objetos campaniformes a través de los cuales los presentes debían comprender y asimilar el discurso que allí se desplegaba (Thomas, 1991a: 129; 1991b: 34-35). El análisis que se ha realizado en este trabajo sobre la muestra meseteña nos ha aportado diversos testimonios que confirman estas hipótesis. Así, por ejemplo, las cerámicas campaniformes documentadas en las tumbas ofrecen ciertas peculiaridades que las distinguen de las halladas en los asentamientos, como su mayor estandarización tanto en forma como decoración. Además se han podido identificar entre los materiales estudiados en este trabajo algunos recipientes que parecen haber sido fabricados de forma expresa para el ajuar funerario. Por ejemplo los recuperados en la fosa segoviana de La Vaquera (nº 292, Lámina 67: 2 y 4), cuya sorprendente semejanza sugiere su posible manufactura conjunta, u otros casos, quizás no tan claros, como los recipientes de Salmedina (nº 210 y Lámina 53: 25-26), Tablada del Rudrón (nº 68 y Lámina 12: 7-14), Valdilecha (nº 231 y Lámina 54: 17-18), Samboal (nº 289 y Lámina 64: 4-5) o Villabuena del Puente (nº 510 y Lámina 102: 9-11).

En definitiva todos estos testimonios sugieren que, desde luego, los ajuares no se componían de forma aleatoria u oportunista con aquellos objetos que se tenían a mano, sino previa selección muy cuidada. Si acudimos a la evidencia meseteña, en concreto a los ajuares completos conocidos en la actualidad (sólo 18 casos), podemos constatar que estamos ante una serie relativamente reducida de elementos, que se combinan de forma recurrente pero variada dando como resultado diversos conjuntos. Estos no parecen obedecer a factores de tipo regional, pero tal vez sí tengan algo que ver con otros como

la cronología, la diferenciación social, o incluso el género. Por desgracia, y como vimos anteriormente los métodos de datación disponibles no nos permiten obtener cronologías lo suficientemente precisas como para captar tales diferencias. La escasa muestra de información con que contamos limita, asimismo, la posibilidad de evaluar con detalle la incidencia de los factores de género en la generación de tal diversidad. De hecho sólo ocho ajuares cuentan con análisis antropológicos donde el sexo de los cadáveres ha podido ser precisado, sólo uno de los cuales es femenino (Aldeagordillo), lo que obviamente impide cualquier evaluación comparativa.

Cabe plantearse entonces la incidencia que los factores sociales que pudieran tener en la gestación de esas diferencias entre ajuares. Al margen de que se parta de la hipótesis general según la cual todos ellos debieron pertenecer a personajes destacados dentro de sus respectivos grupos, es quizás el análisis comparativo lo que podría aportarnos pistas en este sentido. Así, cuantificando el número de objetos que los componen, sus tipos, y dentro de ellos los objetos metálicos, se pudieron establecer distintos grupos de ajuares a partir de mayor o menor “riqueza”, en un intento de aproximarnos a la comprensión de esta circunstancia. Es obvio que tal proceder puede resultar algo simplista, pero no es menos cierto que una muestra tan exigua y sesgada tampoco nos ofrece muchas alternativas.

En general, son los ajuares más ricos en cuanto al número total de objetos y tipos los que más elementos metálicos presentan. No obstante, dejando a un lado el caso extraordinario de Fuente Olmedo, es cierto que las diferencias no resultan tan llamativas, aunque sí apreciables. Analizando los datos por estilos cerámicos, se comprueba que sólo uno de los cuatro ajuares con recipientes puntillados y/o marítimos aparece en el grupo de tumbas más ricas (Villaverde de Íscar), otro en el segundo grupo (Miguel Ruiz), y los dos restantes en el más pobre (Calaña y J.Fco. Sánchez). En los ajuares lisos, y sobre todo en los de estilo Ciempozuelos, la tendencia se invierte, pues su presencia es más acusada en el conjunto de tumbas teóricamente más ricas. Concretamente de los diez ajuares de este último estilo cerámico cuatro aparecen en el primer grupo, otros tantos en el segundo y sólo dos en el último; y de los cuatro lisos dos forman parte del primero, uno del segundo y otro del último, finalmente.

Ello podría confirmar una tendencia, común a buena parte del ámbito europeo del Campaniforme, según la cual los ajuares de los estilos que son considerados tardíos exhiben una mayor riqueza y variedad de componentes. En suma, la parafernalia campaniforme parece crecer en complejidad a medida que avanza la secuencia. Pese a la validez general de este principio, que suele relacionarse con el funcionamiento de los circuitos de elementos de estatus³⁰, no podemos olvidar el problema que supone asumir la validez de la seriación tradicional de los estilos campaniformes en nuestra región, tan parca en

³⁰ La emulación es el motor que lleva a buscar nuevos emblemas o distintivos del poder una vez que los existentes comienzan a generalizarse de forma peligrosa entre otros individuos de estatus inferior.

evidencias cronológicas sobre esta etapa.

El análisis regional de estos grupos de ajuares distinguidos a partir de su mayor o menor riqueza de componentes no proporciona evidencias significativas de desigualdad entre distintas áreas de la Meseta. Aparecen ejemplos de las regiones mejor representadas en la muestra (cuencas medias del Tajo y Duero, suroeste de la meseta norte, y su reborde montañoso oriental) en los tres grupos de ajuares distinguidos en el análisis, además en proporciones semejantes. La composición aleatoria de la muestra no aconseja llevar muy lejos el estudio de las ligeras diferencias que pudieran constatarse entre unas y otras.

Más interesante resulta, en cambio, aproximarnos a la interpretación social de las diferencias detectadas dentro de cada una de las regiones meseteñas representadas en la muestra. Quizás el caso más interesante a este respecto sea la cuenca media del Tajo, pues en él hay tumbas de notable riqueza como Mejorada o Ciempozuelos, pertenecientes al primer grupo; otras que aparecen en el segundo de ellos, como Miguel Ruiz, Majazala o Villaluenga; y finalmente también varias de las más pobres, como Soto, J. Fco. Sánchez y Calaña. Resulta tentador interpretar esta variedad de riqueza en los ajuares como un posible indicio de la presumible existencia de diferentes escalas o rangos sociales, y en suma como reflejo de la complejidad del proceso que entonces suponemos estaba desarrollándose en esta región, como en el resto de la Meseta.

En definitiva, parece que, dada su amplia dispersión geográfica y duración cronológica en nuestra área de estudio, el Campaniforme fue un fenómeno lo suficientemente variado y flexible como para encajar adecuadamente y cumplir su función en los distintos contextos sociales donde se utilizó. Como propuso Waldren (1995) podría tratarse de un complejo ritual capaz de actuar en distintas facetas de la vida de los grupos calcolíticos europeos. En este trabajo hemos intentado también aproximarnos a la comprensión de este hecho mediante el análisis de los elementos campaniformes meseteños en sus distintos contextos de aparición (capítulo III), comprobando que su adaptación a ellos provocaba también ligeros cambios en sus propias características.

Las formas cerámicas exhiben un mayor grado de estandarización en las tumbas que en los poblados, donde además se hallan mejor representados los ejemplares de mayores dimensiones. También las decoraciones campaniformes ofrecen diferencias en unos y otros, que podrían resumirse en la mayor simplicidad y monotonía estructural de las procedentes de los asentamientos, y la mayor riqueza y variedad de aquellas que se recuperaron en contextos funerarios. Quizás en las tumbas tenían un papel más importante y eran empleadas, por ello, con más libertad y dentro de un margen más amplio para el despliegue de la propia creatividad o de las estrategias de cada cual.

Por último no podemos olvidar que los componentes no cerámicos del complejo campaniforme se han descubierto de forma mayoritaria en tumbas o hallazgos casuales, y su presencia en poblados es casi anecdótica, especialmente en el caso de los objetos metálicos. Este último dato se explicaría en primer lugar por razones obvias de mejor conservación de estas piezas en esa clase de descubrimientos, pero también porque parece que este tipo de elementos eran reutilizados constantemente. Solo se colocaban fuera de circulación por razones sociales o rituales, para elaborar los ajueres funerarios, y en consecuencia no forman parte de los desechos de los poblados. Por ello, los escasos objetos metálicos hallados en lugares de hábitat suelen ser muy simples (leznas, hachas planas, y más raramente Puntas de tipo Palmela).

En conclusión, podríamos proponer la hipótesis de que los elementos campaniformes, en general, fueron unos objetos muy especiales, utilizados quizás sólo en ocasiones singulares, tanto en la vida cotidiana (ritos de hospitalidad) como en las ceremonias funerarias (¿banquete?). A través de estos actos sociales de alto valor para la comunidad se plasmarían las estrategias de los distintos grupos, clanes o familias mediante el despliegue de estos símbolos tan poderosos y cargados de significados ideológicos. Con la manipulación oportunista de estos elementos y todo su trasfondo suponemos que los distintos personajes trataban de legitimar el ejercicio del poder en sus respectivos grupos proporcionando una visión interesada, y por ello distorsionada, de la realidad social al presentarlo como un hecho lógico e indiscutible, como una mera prolongación del orden natural. No obstante, la prolongada vida de este fenómeno en la Meseta nos sugiere que estas estrategias tropezaban aún con muchas dificultades de partida, y que en suma el proceso que conduce a la complejidad social se hallaba tan sólo en sus comienzos. Sólo con la desaparición del Campaniforme en fechas próximas al cambio de milenio (c.2000 AC), podemos suponer que esta etapa transicional habría concluido y nos hallaríamos, por tanto, ante un nuevo escenario.

V.C. El final del Campaniforme.

Parece reconocido de forma generalizada que el estilo Ciempozuelos, tenga o no un origen antiguo, es quien ocupa la parte final de la secuencia campaniforme en la Meseta, como apuntan diversos indicios tipológicos y materiales asociados con él (Martín y Delibes, 1974; Delibes, 1983). Por ello no sorprende constatar en la necrópolis epónima algunos elementos que podríamos considerar “tardíos”, como los botones de perforación en V, hasta hoy inéditos, o la huella en omega del puñalito de lengüeta (nº 145 y Lámina 28: 3). Por las dataciones disponibles en nuestra área de estudio en la actualidad parece razonable situar el final del Campaniforme en fechas próximas al cambio de milenio, c. 2000 AC. en cronología calibrada (Garrido, 1997: 192), de forma semejante a lo constatado en otras regiones vecinas (Harrison y Wainwright, 1991). Mayor controversia existe, en cambio, respecto a las relaciones que éste hecho tiene con el surgimiento de los grupos arqueológicos de la Edad del Bronce. El deficiente conocimiento que de los orígenes de esta etapa

tipológica se tenía hace unos años llevó a diversos autores a intentar llenar el inquietante vacío que se cernía entre los momentos postreros del Campaniforme y el mundo de Cogotas I recién descubierto, con la prolongación del fenómeno que nos ocupa hasta fechas muy tardías. Para ello se fueron definiendo una serie de estilos decorativos “epicampaniformes”, cuyo característico aire descuidado demostraba que los principios que otrora gobernaron la ejecución de las vasijas de estilo Ciempozuelos se habían relajado hasta tal punto que podían ser calificados sin empacho como “degenerados”.

En la Meseta se fueron definiendo estos campaniformes tardíos (Palol, 1969: 305; Martín y Delibes, 1976b), como el llamado “Horizonte Las Pinzas” en el sector central de la cuenca del Duero, partiendo de materiales hallados en superficie (Palol, 1965; Palol y Recio, 1969; Delibes y Manzano, 1981; González-Tablas, 1984-1985: 274). Todo ello adquirió verdadera carta de naturaleza con el célebre trabajo de Molina y Arteaga (1976) en torno al llamado “estilo Silos”. En él se utiliza la decoración excisa como vínculo tipológico para enlazar la secuencia Campaniforme – Cogotas – Hierro. A partir de ciertas combinaciones de motivos, muchos de ellos pseudoexcisos, características de las “... poblaciones del Campaniforme Tardío de la Meseta, Valle del Ebro y Cataluña...” (Ibidem: 177), se derivaría un subestilo regional, en parte coetáneo de Cogotas I, y situado en las estribaciones del Sistema Ibérico, que denominan “Horizonte de Silos”, a partir de uno de sus núcleos más conocidos. Éste se caracterizaría por la ausencia de una “auténtica” decoración campaniforme, eso sí con la perduración de gran parte de sus típicos motivos incisos y pseudoexcisos, con un mayor protagonismo de esta última técnica decorativa.

Los trabajos de Fernández-Posse (1979; 1981) en la segoviana cueva de Arevalillo parecían corroborar la existencia de tales campaniformes tardíos, como cabía deducir de su asociación estratigráfica con cerámicas de Cogotas I, así como de las dataciones de C14 allí obtenidas. No obstante, se propuso entonces una etapa intermedia, situada en el Bronce medio y denominada “Protocogotas”, caracterizada por los motivos en espiga y las formas troncónicas abiertas, que preludiaba muchos rasgos del mundo estilístico de Cogotas I (Delibes y Fernández Manzano, 1981: 55 y ss.; Fernández Manzano, 1985: 56-57), y a la vez recordaba ciertas convenciones decorativas del Campaniforme (colocar motivos en el interior del borde, rellenar de pasta blanca, la propia decoración incisa, etc.), por lo que bien podía considerarse una primera fase de la evolución de la “cultura” de Cogotas I (Fernández-Posse, 1982: 156).

La revisión posterior de las antiguas colecciones del yacimiento epónimo de Silos desmintió ese carácter tardío y las situó en el mismo lugar que el Ciempozuelos más clásico (Delibes y Municio, 1982: 75-77; Delibes, 1988). Cada vez parecía más claro que la solución al problema vendría “...más que por un campaniforme tardío por un precoz Cogotas I...” (Delibes, 1988: 87). En contra de lo sugerido a partir de las excavaciones realizadas en la cueva de Arevalillo (Fernández-Posse, 1979; 1982), este autor se inclina por situar el fin del Campaniforme Ciempozuelos meseteño en las postrimerías del Bronce antiguo o todo lo más en los comienzos del Bronce medio, a partir de la mitad del siglo XVII a.C. y antes del

o todo lo más en los comienzos del Bronce medio, a partir de la mitad del siglo XVII a.C. y antes del primer tercio del XVI (sin calibrar) (Delibes y Fernández-Miranda; 1986-7: 19; Delibes, 1988: 89). Parece atribuirse pues una mayor antigüedad al comienzo de Cogotas I, que se remonta hasta los momentos finales del llamado Bronce antiguo, a partir de una serie de datos, como las dataciones de Los Tolmos y Arevalillo (en los siglos XV y XIV a.C., sin calibrar, respectivamente), o incluso fechas más altas, como el siglo XVI a.C. (sin calibrar) en Atapuerca. Esto ha llevado a elevar el origen de Cogotas y por ello también el final del Ciempozuelos, ahora en torno al siglo XVII a.C. (sin calibrar) (Jimeno y Fernández, 1991: 117).

Sin embargo la cuestión lejos de estar resuelta se ha complicado aún más, ya que inicialmente en Soria (Jimeno, Fernández y Revilla, 1988), pero después en distintas zonas de la Meseta, se ha podido definir un tipo de asentamientos en altura con cerámicas lisas y ya muy escasa o nula incidencia campaniforme, que se datan a finales del Bronce antiguo. Blasco (1995: 111-112) es partidaria de extender este Bronce antiguo postcampaniforme, ya no con un tipo de asentamiento característico, al resto de la Meseta (con yacimientos como Loma del Lomo, Tejar del Sastre, Villalmanzo, o Santioste, por ejemplo). Situado entre el final del Campaniforme y el arranque de Protocogotas disolvería así la pretendida continuidad entre Cogotas I y el Campaniforme (Blasco, 1995: 111). Para esta autora incluso en ciertos sectores de la meseta sur esta etapa se iniciaría en un momento muy antiguo (algunas motillas han dado fechas de siglo XVIII a.C. sin calibrar), a partir de la influencia del ámbito argárico del Sureste.

En trabajos recientes Delibes (1995c: 88-94) ha intentado establecer asimismo un Bronce antiguo no campaniforme en el sector occidental de la cuenca del Duero, similar al así llamado Horizonte Parpantique soriano. Para ello se menciona como ejemplo más característico la tumba en fosa de Otero de Sariegos (Delibes, 1993; Delibes y otros, 1998), con dataciones de época campaniforme pero ya con ciertos elementos como los adornos de plata de cronología posterior. A él se añaden algunos hallazgos recientes en prospección, entre ellos El Berrocal del Castillo, Carballino, con cerámicas lisas y un brazal de arquero, y la alabarda de Fariza, yacimientos ambos que en este trabajo hemos considerado aún dentro de la esfera de lo Campaniforme (nº 499 y 500). Algo semejante ocurre en Burgos (Rodríguez y Palomino, 1997); o en Ávila, donde Delibes ha intentado definir ese mismo grupo arqueológico (Idem, 1995b), esta vez con un único yacimiento, El Castillo en Cardeñosa, a partir de la ausencia de cerámicas campaniformes y la presencia combinada de cerámicas lisas y con digitaciones, y algunos elementos arcaicos (Punta Palmela, brazales de arquero y botones de perforación V), situando por todo ello su cronología hacia el siglo XVIII a.C. (sin calib.).

En términos muy parecidos se expresa Almagro (1997: 221, 223), al recoger esta fase de Bronce antiguo inmediatamente postcampaniforme y previa al comienzo de Protocogotas. Además mantiene la

existencia de los estilos epicampaniformes, Silos en la Meseta norte y Dornajos en la sur³¹, en parte coetáneos también con el llamado Horizonte Montelavar, todo lo cual se ve ilustrado en una reciente estratigrafía de la meseta sur. En Las Hoyas del Castillo, Pajaroncillo, Cuenca, se ha podido identificar una interesante secuencia que abarca desde comienzos del Bronce antiguo hasta la Edad del Hierro, arrancando con unos niveles donde aparecen cerámicas de tipo Dornajos, pasando por otros con cerámicas lisas y con decoraciones plásticas, seguidos de uno con decoraciones de tipo Protocogotas, otros adscribibles al mundo de Cogotas I, para concluir en la Edad del Hierro (Ulrich y otros, 1994).

Para complicar aún más la articulación cronológica de las postrimerías del Campaniforme no podemos obviar la existencia del llamado Horizonte de Montelavar, fase tardía de este fenómeno especialmente documentada en el Occidente peninsular, y definida a partir de ciertos hallazgos funerarios en los que comparecían sólo los componentes metálicos (Puntas Palmela y Puñales de lengüeta), y no ya sus características cerámicas (Harrison, 1974b: 60; 1974c: 85; 1994b: 77). Sin negar del todo la posible existencia de tal fase, sí creemos necesario destacar que su único basamento arqueológico son ciertos hallazgos funerarios antiguos y casuales, descubiertos en circunstancias confusas. La ausencia de cerámicas en ellos no puede por tanto considerarse un hecho definitivamente probado. Incluso la asociación puñal de lengüeta – Puntas Palmela, que Harrison (Ibidem) consideró en su momento como elemento diferenciador de este Horizonte tardío ya se ha podido constatar en varios ajuares funerarios campaniformes, como los meseteños de Fuente Olmedo (nº 459) o Valdeprados (nº 13).

La multiplicación de fases y “horizontes” cronoculturales en ese complejo periodo que transcurre entre el final del Campaniforme y los comienzos de Cogotas I, se está convirtiendo en un reto de difícil interpretación para la investigación, especialmente a medida que se multiplican los hallazgos en distintas zonas de la Meseta. Resulta por ello muy complicado ofrecer un modelo explicativo donde todos ellos tengan cabida, y desde luego es algo que este trabajo no pretende, pues desborda con creces sus límites. Sin embargo, y como planteamiento general de la cuestión podrían proponerse dos grandes alternativas: O bien estos distintos grupos arqueológicos representan etapas claramente sucesivas o bien, como sugieren Fernández-Moreno y Jimeno (1992: 224), pudieron ser coetáneas al menos en parte. En el primer caso tendríamos que suponer que se trata de una sucesión que partiendo de los estilos epicampaniformes, en algunas regiones (¿Dornajos?), sigue con una breve fase en el llamado Bronce antiguo (yacimientos tipo Parpantique, Loma del Lomo, Motillas, etc.), que enlaza con la conocida secuencia Protocogotas – Cogotas I, que caracteriza la parte final de la Edad del Bronce. La segunda alternativa contempla básicamente esta secuencia pero con la probable coexistencia de algunos de estos grupos arqueológicos, especialmente los últimos campaniformes, vinculados o no con los asentamientos del Bronce antiguo, y los primeros Protocogotas. Sólo así podría explicarse la indudable raíz campaniforme de muchos de los

³¹ Hipótesis esta última interesante a la que nos referimos con más detalle en el capítulo IV.A.3.2.1.6. dedicado a las cerámicas de tipo Dornajos.

diseños y convenciones decorativas, y algunas formas cerámicas como las grandes cazuelas troncocónicas, que aparecen en las vajillas de Protocogotas y Cogotas I.

Pero más allá de estas consideraciones cronológicas aún pendientes de resolución lo cierto es que en fechas próximas al cambio de milenio, y de forma aproximadamente coincidentes en distintas partes de La Meseta, el Campaniforme desaparece. Como se ha reiterado en distintas partes de este trabajo proponemos que su presencia puede interpretarse como síntoma muy significativo de una determinada etapa, transicional, del proceso largo y complejo de transformaciones económicas y sociales que conducirá finalmente al surgimiento de la complejidad. Sólo la desaparición de ese contexto socioeconómico que justificaría su origen y desarrollo podría explicar su final. Desde el punto de vista teórico ello pudo obedecer a dos consecuencias principales del mencionado proceso, o bien éste acabó por frustrarse o bien dio paso al desarrollo de estructuras sociales plenamente jerárquicas donde ya no era tan necesario acudir a la ostentación y la pugna constante para dotar de legitimidad a un ejercicio del poder cada vez menos discutido. Queda claramente fuera de los límites y propósitos de este trabajo precisar cuál de estas dos alternativas encaja mejor con las características de los grupos arqueológicos de la Edad del Bronce en cada región de la Meseta. Desde luego a nadie se le escapa que existen notables diferencias entre ellos, por lo que sólo un análisis más detallado y profundo de las distintas evidencias podría aportar luz sobre esta cuestión.

En cualquier caso, lo que parece difícil de admitir es que tras varios siglos de presencia campaniforme en La Meseta la situación pudiera ser la misma, o básicamente similar, a la existente en tiempos neolíticos. El desarrollo de un potente circuito interregional de intercambios, además de constituirse en testimonio de una etapa crucial de la secuencia prehistórica meseteña, tuvo consecuencias que desbordan con creces el periodo cronológico que ocupa. Tras su desaparición ya nada volvió a ser igual, y se dieron pasos decisivos en un largo proceso que sólo varios siglos más tarde llegaría a cuajar de forma evidente en lo que todos entendemos por sociedades complejas.

VI. ANEXOS

Estadísticas del Análisis de Componentes Principales de los vasos campaniformes completos de La Meseta.

Matriz de correlación

	A	B	C	D	E	F	G
A	1,00000						
B	,72208	1,00000					
C	,89944	,64143	1,00000				
D	,91618	,76338	,92771	1,00000			
E	,58065	,63486	,37413	,39945	1,00000		
F	,32054	,69044	,33526	,53570	,16243	1,00000	
G	,63017	,74519	,61737	,63861	,27684	,23072	1,

Estadísticas iniciales:

Variables	Comun.	Factor	Eigenvalue	% de Var	% Cum
A	1,00000	1	4,58563	65,5	65,5
B	1,00000	2	,92812	13,3	78,8
C	1,00000	3	,81767	11,7	90,4
D	1,00000	4	,56365	8,1	98,5
E	1,00000	5	,07141	1,0	99,5
F	1,00000	6	,02944	,4	99,9
G	1,00000	7	,00408	,1	100,0

Matriz Factorial:

	Factor 1	Factor 2	Factor 3	Factor 4
A	,92438	-,26179	-,03791	-,19454
B	,91349	,24034	,21141	,24521
C	,88279	-,20653	-,28017	-,24737
D	,94252	,00422	-,21582	-,20943
E	,59198	-,24729	,76481	-,03268
F	,55721	,82237	,04312	-,09850
G	,75373	-,14733	-,24426	,59149

Estadísticas finales:

Variables	Comunal.	Factor	Eigenvalue	% de Var.	% Cum
A	,96228	1	4,58563	65,5	65,5
B	,99705	2	,92812	13,3	78,8
C	,96166	3	,81767	11,7	90,4
D	,97880	4	,56365	8,1	98,5
E	,99760				
F	,99833				
G	,99934				

Estadísticas del análisis de Componentes Principales de la muestra de cazuelas campaniformes completas de La Meseta:

Matriz de Correlación entre las variables:

	A	B	C	D	E	F	G
A	1,00000						
B	,56726	1,00000					
C	,99326	,56360	1,00000				
D	,98617	,63891	,98582	1,00000			
E	,61175	,76770	,60235	,64276	1,00000		
F	-,17985	,39088	-,19520	-,12261	,16040	1,00000	
G	,55434	,89707	,55810	,62173	5,0290	,12391	1,00000

Estadísticas iniciales:

Variables	Com.	Factor	Eigenvalue	% de Var	% Cum
A	1,00000	1	4,52060	64,6	64,6
B	1,00000	2	1,48233	21,2	85,8
C	1,00000	3	,55608	7,9	93,7
D	1,00000	4	,42243	6,0	99,7
E	1,00000	5	,01037	,1	99,9
F	1,00000	6	,00663	,1	100,0
G	1,00000	7	,00155	,0	100,0

Matriz Factorial:

	Factor 1	Factor 2	Factor 3	Factor 4
A	,91810	-,33286	,13722	,15025
B	,84071	,50678	-,16795	-,08456
C	,91628	-,34399	,12041	,15096
D	,94743	-,25323	,09755	,14695
E	,78585	,22512	,29017	-,49740
F	,02606	,89006	,32943	,31389
G	,78452	,29895	-,54066	,04884

Estadísticas Finales:

Variables	Com.	Factor	Eigenvalue	% de Var.	% Cum.
A	,99511	1	4,52060	64,6	64,6
B	,99898	2	1,48233	21,2	85,8
C	,99518	3	,55608	7,9	93,7
D	,99285	4	,42243	6,0	99,7
E	,99985				
F	,99994				
G	,99954				

Estadísticas del Análisis de Componentes Principales de la muestra de Puntas Palmela completas de La Meseta:

Matriz de correlación entre las variables:

	A	B	C	D	E	F
A	1,00000					
B	,74015	1,00000				
C	,88242	,64352	1,00000			
D	,49136	,47645	,29983	1,00000		
E	,85672	,60721	,60475	,20845	1,00000	
F	,61877	,68566	,55802	-,08157	,73050	1,00000

Estadísticas iniciales:

Variables	Com.	Factor	Eigenvalue	% de Var.	% Cum
A	1,00000	1	3,92181	65,4	65,4
B	1,00000	2	1,13141	16,9	84,2
C	1,00000	3	,46566	7,8	92,0
D	1,00000	4	,37942	6,3	96,3
E	1,00000	5	,09768	1,6	99,9
F	1,00000	6	,00400	,1	100,0

Matriz Factorial:

	Factor 1	Factor 2	Factor 3	Factor 4
A	,96409	,11356	-,21846	,08431
B	,86221	,11373	,40244	-,22521
C	,85112	,02408	-,40584	-,33027
D	,43000	,87626	,13382	,10991
E	,86186	-,22015	-,06083	,44514
F	,77254	-,53731	,26398	-,04779

Estadísticas finales:

Variables	Com.	Factor	Eigenvalue	% de Var.	% Cum
A	,99721	1	3,92161	65,4	65,4
E	,96902	2	1,13141	18,9	84,2
C	,99877	3	,46568	7,8	92,0
D	,98272	4	,37942	6,3	98,3
E	,99312				
F	,95749				

Estadísticas del Análisis de Componentes Principales realizado sobre la muestra de puñales de lengüeta completos en La Meseta:

Matriz de correlación entre las variables

	A	B	C	D	E	F	G
A	1,00000						
B	,62680	1,00000					
C	,98803	,57895	1,00000				
D	,45634	,48814	,42771	1,00000			
E	,41373	,24961	,32012	-,07254	1,00000		
F	,52197	,89563	,46337	,15945	,44186	1,00000	
G	,27205	,64669	,24222	,19760	,21317	,65877	1,00000

Estadísticas iniciales:

Variables	Com.	Factor	Eigenvalue	% de Var.	% Cum
A	1,00000	1	3,79687	54,2	54,2
B	1,00000	2	1,25366	17,9	72,2
C	1,00000	3	1,07646	15,4	87,5
D	1,00000	4	,48780	7,0	94,5
E	1,00000	5	,35073	5,0	99,5
F	1,00000	6	,03052	,4	99,9
G	1,00000	7	,00396	,1	100,0

Matriz Factorial:

	Factor 1	Factor 2	Factor 3	Factor 4
A	,86001	-,38588	,28475	-,14434
B	,90533	,14112	-,28887	-,04287
C	,81523	-,43598	,26295	-,24130
D	,50322	-,57371	-,45550	,45608
E	,46869	,32690	,69654	,43319
F	,83707	,44429	-,06382	-,10373
G	,63202	,51123	-,38219	,02208

Estadísticas finales:

Variables	Com.	Factor	Eigenvalue	% de Var.	% Cum
A	,99044	1	3,79687	54,2	54,2
B	,92482	2	1,25366	17,9	72,2
C	,98205	3	1,07646	15,4	87,5
D	,99786	4	,48780	7,0	94,5
E	,99934				
F	,91292				
G	,80736				

VII. BIBLIOGRAFIA

- Abasolo, J.A. y Ruiz Vélez, I.
(1980): "Los castros de Pancorbo (Burgos)", *Kobie*, X: 509-511.
- Aberg, N.
(1921): *La Civilisation Énéolitique dans la Peninsule Iberique*. Leipzig.
- Acosta, P.
(1968): *La pintura rupestre esquemática en España*. Universidad de Salamanca.
(1995): "Las culturas del neolítico y calcolítico en Andalucía Occidental", *Espacio, Tiempo y Forma (Serie I, Prehistoria y Arqueología)*, t. 8: 33-80.
- Adovasio, J.M.
(1977): *Basketry Technology. A guide to identification and analysis*. Aldine Manuals on Archaeology, Aldine Publishing Company, Chicago.
- Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo:
(1909): *El Alto Jalón, descubrimientos arqueológicos*. Discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia (26-12-1909), Madrid.
(1916): *Páginas de Historia Patria*, vol.II (Neolíticos).
- Alañón Flox, L.
(1988): "Prehistoria y Arqueología de San Carlos del Valle (Ciudad Real)", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol.II (1): 139-146.
- Alcalde, G.; Molist, M.; Montero, I.; Planagumà, Ll.; Saña, M. y Toledo, A.
(1998): "Producciones metalúrgicas en el nordeste de la Península Ibérica durante el III milenio cal. AC.: el taller de la Bauma del Serrat del Pont (Tortellà, Girona)", *Trabajos de Prehistoria*, 55(1): 81-100.
- Alday Ruiz, A.
(1996): *El Entramado Campaniforme en el País Vasco. Los datos y el desarrollo del proceso histórico*. Vitoria, Anejos de Veleia, Series maior 9, Instituto de Ciencias de la Antigüedad, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Aldenderfer, M.
(1998): "Quantitative Methods in Archaeology: A Review of Recent Trends and Developments", *Journal of Archaeological Research*, 6(2): 91-120.
- Alekshin, V.A.
(1983): "Burial Customs as an Archaeological Source", *Current Anthropology*, 24(2): 137-149.
- Alfaro, C.
(1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización*. Madrid, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XXI.
- Almagro Basch, M.
(1939): "Cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica", *Ampurias*, I: 146-8.
(1952): "Los Campos de Urnas en España", *Capítulo IV del tomo I (2) de la Historia de España dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal*: 141-240.
(1958a): "Fragmento de vaso campaniforme procedente de San Fernando del Jarama (Madrid)", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, XV, 1954: 18-9.
(1958b): *Origen y Formación del Pueblo Hispano*. Barcelona, Ed. Vergara.
(1960a): "Hallazgos arqueológicos de Villaverde", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, XVI-XVIII (MAN, adquisiciones de 1955-57): 5-29.
(1960b): *Manual de Historia Universal*, tomo I (Prehistoria).
(1972): "Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo-estela de Tabuyo (León)", *Trabajos de Prehistoria*, 29: 105 y ss.

Almagro Gorbea, M.

(1973): "La Espada de Santiago", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, nº XXVIII (84).

(1976): "La espada de Entrambasaguas. Aportación a la Semana de las Espadas del Bronce en el norte de la Península Ibérica", *XI Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*, pp. 464-465.

(1997): "La Edad del Bronce en la Península Ibérica: periodización y cronología", *Saguntum*, 30(II): 217-229.

Almagro, M.; Benito, J.E. y Dávila, A.F.

(1994): "Las secuencias del Ecce Homo (Henares) y del valle del Tajuña: un ensayo de interpretación", en *Actas del IV Encuentro de Historiadores del Valle del Henares (Alcalá de Henares, Noviembre de 1994)*: 17-38.

Almagro Gorbea, M. y De La Rosa, R.

(1991): "Prospección arqueológica del valle del Tajuña: Morata de Tajuña", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7: 127-168.

Allen, W.L. y Richardson, J.B.

(1971): "The reconstruction of kinship from archaeological data: the concepts, the methods, and the feasibility", *American Antiquity*, 36: 41-53.

Ambert, P.; Bourhis, J.; Gasco, J.; Dal Pra, G.; Guthertz, X. y Vaquer, J.

(1996): "Les pointes à soie (type Palmela) du midi de la France: données nouvelles", *Archéologie en Languedoc*, 20: 63-69.

Andrés, M.T.; García, M.L. y Sesma, J.

(1997): "El sepulcro calcolítico de Tres Montes (Las Bárdenas Reales, Navarra)", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 301-308.

Antón y Ferrándiz, M.

(1897): "Cráneos antiguos de Ciempozuelos", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXX: 467-483.

Arancibia, A.; Caballero, J.; García-Cruces, C. y Porres, F.

(1992): *Memoria de excavación de urgencia en el yacimiento de "Cantera de Halagas" (La Colilla, Ávila)*. Servicio Territorial de Cultura de Ávila.

Argente Oliver, J.L.; Díaz Díaz, A. y Bescós Corral, A.

(1990): *Tiermes. Excavaciones Arqueológicas. Campaña 1990*. Publicación financiada por la Junta de Castilla y León e Iberdrola I.

(1991): *Tiermes. Excavaciones Arqueológicas. Campaña 1991*. Publicación financiada por la Junta de Castilla y León e Iberdrola I.

(e.p.): *Carratiermes. Necrópolis Celtibérica de Incineración. Campañas de 1977 y 1986-91*. En prensa.

Arias González, L.

(1986): *El dolmen de El Torrejón (Villarmayor, Salamanca), contribución al estudio del fenómeno megalítico en el occidente de la Meseta Norte*. Memoria de Licenciatura, Universidad de Salamanca.

(1989a): "Contribución al estudio del fenómeno megalítico en el occidente de la Meseta Norte: El dolmen de El Torrejón (Villarmayor, Salamanca)", *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Valencia, 1987)*: 399-408.

(1989b): "Arquitectura y sistemas constructivos del Dolmen del Torrejón (Villarmayor, Salamanca)", *Arqueología (GEAP)*, 20, Porto: 56-70.

Arnal, J.

(1973): "Sur les dolmens et hypogées des Pays Latins: Les V-boutons", *III Atlantic Colloquium (Megalithic graves and ritual), Moesgard, 1969*. Copenhagen: 221-226.

Arnold, B.

(1980): "Calcul des capacités des poteries en fonction de leur dessin", *Jahrbuch der Schweizerischen Gesellschaft für ur-und Frühgeschichte*, 63: 213-214.

Arnold, D.E.

(1985): *Ceramic Theory and Cultural Process*. Cambridge University Press.

(1989): "Patterns of learning, residence and descent among potters in Ticul, Yucatán, Mexico", en S. Shennan (ed): *Archaeological Approaches to Cultural Identity*. One World Archaeology: 174-184.

Arqueología 83

(1984): *Memoria de las actividades programadas en el año 1983*. Subdirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid.

Asquerino Fernández, M^a. D.

(1979): "Fondos de cabaña del Cerro de la Cervera (Mejorada del Campo, Madrid)", *Trabajos de Prehistoria*, 36: 119-150.

Baena Preyler, J. y Blasco Bosqued, C.

(1997): "Análisis macroespacial apoyado en los SIG: El Horizonte Campaniforme en la Región de Madrid", en J. Baena; C. Blasco y Quesada, F. (eds.): *Los S.I.G. y el análisis espacial en Arqueología*. Ediciones Universidad Autónoma, Madrid: 177-194.

Bakker, J.A. y Luijten, H.

(1990): "Service Sets and other similarity groups in western TRB pottery", *Revue Archeologique de L'Ouest*, Suppl. 2: 173-187.

Balado Pachón, A.

(1987): "La secuencia protohistórica del yacimiento de Almenara de Adaja (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIII, Valladolid: 169-177.

(1989): *Excavaciones en Almenara de Adaja. El poblamiento prehistórico*. Excma. Diputación Provincial de Valladolid.

Balado, A. y Escudero, Z.

(1991): "Los hallazgos prehistóricos en el casco urbano de Valladolid", en G. Delibes, E. Wattenberg, Z. Escudero y J. del Val (eds.): *Arqueología urbana en Valladolid*, Valladolid, Junta de Castilla y León: 15-29.

Balbín, R. de; Bueno, P.; Jiménez, P.; Alcolea, J.; Fernández, J.A.; Pino, E. y Redondo, J. C.

(1989): "El yacimiento de Rillo de Gallo (Guadalajara)", *Wad-al-Hayara*, 16: 31-73.

Balbín, R. de; Alcolea, J.J.; Moreno, F. y Cruz, L.A.

(1995): "Investigaciones arqueológicas en la Cueva de la Hoz (Santa María del Espino, Guadalajara). Una visión de conjunto actualizada", en R. de Balbín, J. Valiente y T. Mussat (eds.): *Arqueología en Guadalajara*. Toledo, Junta de Castilla-La Mancha: 38-53.

Barandiarán, I.

(1969): "Vaso campaniforme de la cueva de los Casares", *Homenaje a Angel Canellas López*, Zaragoza: 83-88.

(1973): "Excavaciones en la Cueva de los Casares (Riba de Saelves, Guadalajara)", *Excavaciones Arqueológicas en España*: 7-83.

(1975): "Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria). 1968", *Noticario Arqueológico Hispánico (Prehistoria)*, vol. III: 9-72.

(1976): "Die Glockenbecher der Höhle Reina Mora, Somaén, Soria", J. N. Lanting y J.D. van der Waals (eds.): *Glockenbechersymposion, Oberried, 1974*, Fibula-van Dishoeck, Bussum/Haarlem: 371-389.

Barandiarán, I. y Moreno, G.

(1976): "Die Glockenbecher im Oberen und Mittleren Ebrobecken", J. N. Lanting y J.D. van der Waals (eds.): *Glockenbecher Symposion, Oberried, 1974*, Fibula-van Dishoeck, Bussum/Haarlem: 391-417.

Barandiarán, J.M. y Fernández, D.

(1964): "Excavación del dolmen de San Martín (Laguardia)", *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, nº 8(1-2): 41-66.

Barber, E.

(1992): *Prehistoric textiles. The development of cloth in the Neolithic and Bronze Ages with special reference to the Aegean*. Princeton University Press, New Jersey.

(1994): *Women's work: the first 20.000 years. Women, Cloth, and Society in Early Times*. W.W. Norton & Company, N. York-London.

Barge-Mahieu, H.

(1991): "Fiche Boutons et ecarteurs a perforation en V", en Camps-Fabrer, H. (ed.): *Fiches Typologiques de l'industrie osseuse prehistorique. Neolithique age des Metaux, Cahier IV (Objets de Parure)*. Publications de l'Universite de Provence: 1-18.

Barge, H. y Arnal, J.

(1984-5): "Les boutons perforés en V en France. Leur contexte européen", *Bulletin du Musée d'Anthropologie Prehistorique de Monaco*, nº 28: 63-99.

Barrett, J.C.

(1989): "The Living, the Dead and the Ancestors: Neolithic and Early Bronze Age Mortuary Practices", en J.C. Barrett y I.A. Kinnes (eds.): *The Archaeology of Context in the Neolithic and Bronze Age: Recent Trends*, Department of Archaeology and Prehistory, University of Sheffield, Sheffield: 30-41.

Barton, C.M.

(1997): "Stone Tools, Style, and Social Identity: an Evolutionary Perspective on the archaeological record", en C.M. Barton y G.A. Clark (eds.): *Rediscovering Darwin: Evolutionary Theory and Archaeological Explanation*, Archaeological Papers of the American Anthropological Association nº 7: 141-156.

Bellido Blanco, A.

(1993): "¿Vacío megalítico en las tierras sedimentarias del valle medio del Duero?", *Arqueología Espacial (Coloquio Internacional de Arqueología Espacial IV, Teruel, 16-17)*: 181-190.

(1996): *Los campos de hoyos. Inicios de la economía agrícola en la submeseta norte*. Valladolid, *Studia Archaeologica*, nº 85, Universidad de Valladolid.

Beltrán, A. y Lucas, M^a. C.

(1957): "Cerámicas de Los Casarejos (Burgos)", *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología (Burgos, 1955)*, Zaragoza: 145-146.

Benet, N.

(1984): *El dolmen de La Veguilla: estudio de la cerámica*. Memoria de Licenciatura inédita.

(1990): "Un vaso pintado y tres dataciones de C14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)", *Numantia*, III: 77-93.

Benet, N.; Pérez, R. y Santonja, M.

(1997): "Evidencias campaniformes en el valle medio del Tormes", en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 449-470.

Benito, L.

(1965): "El yacimiento eneolítico de Tierras Lineras, en Pozos de Múndar (Mata de Ledesma)", *Studia Zamoriensia. Histórica*, VI: 183-221.

Benito Delgado, F.

(1892): "Estación protohistórica de Valdejeña", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXI: 615-619.

Benito, L.; Martín, J. I.; Grande, R. y Benito, J.M.

(1987): "Miscelánea arqueológica salmantino-zamorana", *Studia Zamoriensia. Histórica*, VIII: 9-27.

Bernabeu, J.

(1984): *El Vaso Campaniforme en el País Valenciano*. S.I.P., Serie Trabajos Varios, 80, Valencia.

- Bernabeu, J.; Guitart, I. y Pascual, J.
(1989): "Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce", *Saguntum*, nº 22: 99-123.
- Bernabeu, J. y Orozco, T.
(1989-90): "Fuentes de materias primas y circulación de materiales durante el final del Neolítico en el País Valenciano. Resultados del análisis petrológico del utillaje pulimentado", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 14-15: 47-65.
- Berreman, G.D.
(1981): "Social Inequality: A Cross-Cultural Analysis", en G.D. Berreman (ed.): *Social Inequality. Comparative and Developmental Approaches*. New York, Academic Press: 3-40.
- Bescós Corral, A.
(1992): "Elementos campaniformes en el yacimiento arqueológico de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)", *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana (Octubre 1989)*, vol.I: 205-210.
- Binford, L.R.
(1965): "Archaeological systematics and the study of culture process", *American Antiquity*, 31: 203-210.
(1989): "Styles of Style", *Journal of Anthropological Archaeology*, 8: 51-67.
- Blance, B.
(1960): *The origin and development of the Early Bronze Age in the Iberian Peninsula*. University of Edimburgh.
(1961): "Early Bronze Age Colonists in Iberia", *Antiquity*, XXXV: 192-202.
- Blanco, J.; López, M.A.; Edo, M. y Fernández, J.L.
(1996): "Estudio analítico de determinación mineralógica y de composición química de las cuentas de collar de calaita y otras materias del yacimiento de Las Peñas (Quiruelas de Vidriales, Zamora)", en *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica (Gavà-Bellaterra, 1995)*, *Rubricatum*, vol. 1(1), Museu de Gavà: 227-237.
- Blánquez Pérez, J.J.
(1992): "Las necrópolis ibéricas en el sureste de la Meseta", *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid: 235-278.
- Blasco, C.
(ed) (1994): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
(1995): "Aproximación a las relaciones entre la Meseta y el Sureste durante la Edad del Bronce", *Verdolay*, nº 7: 111-115.
(1997): "Manifestaciones funerarias de la Edad del Bronce en La Meseta", *Saguntum*, 30(II): 173-190.
- Blasco, C. y Baena, J.
(1996): "El yacimiento de Las Carolinas y la cerámica simbólica campaniforme. Algunos datos para su interpretación", en A. Moure Romanillo (ed.): "*El Hombre Fósil*" 80 años después. Homenaje a Hugo Obermaier. Santander. Universidad de Cantabria. Fundación Marcelino Botín. Institute for Prehistoric Investigations: 417-446.
- Blasco, C.; Baena, J. y Recuero, V.
(1994): "Los asentamientos", en C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid: 47-73.
- Blasco, C.; Baena, J. y Liesau, C.
(1998): *La Prehistoria madrileña en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Los yacimientos de Cuesta de la Reina (Ciempozuelos) y Valdocarros (Arganda del Rey)*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- Blasco, C. y Barrio, J.
(1986): "Excavaciones de dos nuevos asentamientos prehistóricos en Getafe (Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 77-142.

- Blasco, C.; Calle, J. y Sánchez Capilla, M.L.
 (1991): "Restos de un asentamiento campaniforme en la Fábrica de Ladrillos de P.R.E.R.E.S.A (Getafe, Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7: 29-55.
 (1996): "El campaniforme puntillado geométrico de la Meseta a partir de los datos del yacimiento de la Fábrica de Ladrillos de Preresca (Getafe, Madrid)", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 17, Castelló: 61-73.
- Blasco, C.; Caprile, P.; Calle, J. y Sánchez Capilla, M.L.
 (1989): "Yacimiento campaniforme en el valle del Manzanares (Perales del Río, Getafe-Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*: 83-113.
- Blasco, C.; Lucas, R. y Alonso, A.
 (1983): "Nuevo yacimiento prehistórico en la provincia de Madrid: El cerro de San Antonio", *Actas XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño)*: 267-276.
- Blasco, C.; Recuero, V.; Ayllón, J. y Baena, F.J.
 (1988-9): "Novedades sobre el horizonte campaniforme en la región de Madrid", *Zephyrus*, XLI-XLII: 199-227.
- Blasco, C. y Recuero, V.
 (1994): "Inventario General de yacimientos", en C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid: 13-46.
- Blasco, C. y Rovira, S.
 (1992-3): "La metalurgia del cobre y del Bronce en la región de Madrid", *Tabona*, vol. VIII, Tomo II: 397-415.
- Blasco, C.; Sánchez-Capilla, M.L. y Calle, J.
 (1991): "Fondo del Bronce inicial en el valle del Bajo Manzanares (Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7: 73-85.
 (1994): "El mundo funerario", en C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid: 75-99.
- Blasco, C.; Sánchez-Capilla, M.L.; Calle, J.; Robles, F.J.; González, V.M. y González, A.
 (1991): "Enterramientos del horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, nº 18: 55-112.
- Blasco, C.; Sánchez-Capilla, M.L.; Caprile, P. y Calle, J.
 (1984-5): "Depósito votivo en un yacimiento de la Edad del Bronce en el valle del Manzanares (Perales del Río, Getafe, Madrid)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 11-12: 11-23.
- Boast, R.B.
 (1990): *The categorisation and design systematics of british Beakers: a re-examination*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Cambridge.
- Bolviken, E.; Hølskog, E.; Hølskog, K.; Marie, I.; Olsen, H.; Solheim, L. y Bertelsen, R.
 (1982): "Correspondence analysis: an alternative to principal components", *World Archaeology*, 14(1): 41-71.
- Borobio, M.J.
 (1985): *Carta arqueológica de Soria: El Campo de Gómara*. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Soria, Soria.
- Bosch Gimpera, P.
 (1913-4): "Adquisicions de la Colecció Vives de Madrid", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, V (II), Barcelona: 875.
 (1919): "Prehistoria catalana", *Enciclopedia catalana*, vol. XVI, Barcelona.
 (1920): *La arqueología prerromana hispánica*. Apéndice a la traducción de Hispania de Schulten, Barcelona: 133-205.
 (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona, Editorial Alpha.
 (1940): "The Types and Chronology of Western European Beakers", *Man*: 6-10.
 (1944): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Méjico, Imprenta Universitaria.

- (1956): "Problemas de las civilizaciones del Neo-Eneolítico occidental y de su cronología", *Actas de la IV Sesión, Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)*. Zaragoza: 643-655.
- (1971): "Tipos y cronología del vaso campaniforme", *Archivo Español de Arqueología*, vol. 44: 3-37.
- (1975): *Prehistoria de Europa. Las raíces prehistóricas de las culturas de Europa*. Madrid, Ediciones Istmo.

Bradley, R.

- (1987): "Time regained-the creation of continuity", *Journal Brit. Archaeol. Association*, 140, 1-17.
- (1988): "Status, Wealth and the Chronological Ordering of Cemeteries", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 54: 327-329.
- (1989): "Deaths and Entrances: A Contextual Analysis of Megalithic Art", *Current Anthropology*, 30 (1): 68-75.
- (1991): "Ritual, time and history", *World Archaeology*, vol. 23 (nº 2): 209-219.
- (1993): *Altering the Earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*. The Rhind Lectures 1991-1992. Edinburgh, Society of Antiquaries of Scotland Monograph Series number 8.

Braithwaite, M.

- (1984): "Ritual and prestige in the prehistory of Wessex c. 2200-1400 B.C.: a new dimension to the archaeological evidence", en D. Miller y C. Tilley (eds): *Ideology, power and prehistory*. Cambridge. C.U.P.: 93-110.

Brandherm, D.

- (1998): "El Argar and Iberian Bell Beakers. Contributions towards the relative chronology of the earlier Bronze Age in the Iberian Peninsula", *XIII UISPP Congress (Forlì, Italia, Sept. 1996)*. Forlì A.B.A.C.O. Edizioni: 169-176.

Braun, D.P.

- (1995): "Style, Selection, and Historicity", en Carr, C. y Neitzel, J.E. (eds.): *Style, Society, and Person. Archaeological and Ethnological Perspectives*. New York and London. Plenum Press.: 123-141.

Brothwell, D.R.

- (1972): *Digging up Bones. The excavation, treatment and study of human skeletal remains*. London. British Museum.

Brodie, N.

- (1994): *The Neolithic - Bronze Age Transition in Britain. A critical review of some archaeological and craniological concepts*. British Archaeological Reports (Blue Series), nº 238.
- (1997): "New Perspectives on the Bell-Beaker Culture", *Oxford Journal of Archaeology*, vol. 16(3): 297-314.

Brown, J.

- (1995): *Traditional Metalworking in Kenya*. Oxford, Oxbow Monograph 44, Cambridge Monographs in African Archaeology, 38.

Bubner, T.

- (1976): "Acerca de la población campaniforme de la Península Ibérica", *Cuadernos e Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3: 51-79.

Bueno Ramírez, P.

- (1990): "Megalitos en la Submeseta Sur: la provincia de Toledo", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de Toledo*: 125-160.
- (1991): *Megalitos en la Meseta Sur: Los dólmenes de Azután y La Estrella (Toledo)*. Excavaciones Arqueológicas en España, nº 159.

Bueno Ramírez, P. y Fernández-Miranda, M.

- (1981): "El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias)", *Altamira Symposium*: 451-467.

Bueno, P.; Jiménez, P.J. y Barroso, R.

- (1995): "Prehistoria reciente en el noreste de la provincia de Guadalajara", en R. de Balbín, J. Valiente y T. Mussat (eds): *Arqueología en Guadalajara*. Toledo, Junta de Castilla-La Mancha: 71-95.

- Burgess, C. y Shennan, S.
(1976): "The Beaker phenomenon: some suggestions", en C. Burgess y R. Miket (eds.): *Settlement and Economy in the third and second Millennia B.C.*. B.A.R., nº 33: 309-331.
- Butler, J.J. y Waals, J. van der
(1966): "Bell Beakers and Early metal-working in the Netherlands", *Palaeohistoria*, XII: 41-139.
- Caballero Klink, A.
(1983): *La pintura rupestre esquemática de la vertiente septentrional de Sierra Morena (Ciudad Real) y su contexto arqueológico*. Estudios y Monografías del Museo de Ciudad Real nº 9. Ciudad Real.
- Cabré Aguiló, J.
(1923): "Espoli funerari amb diadema d'or d'una sepultura de la primera Edat del bronze de Montilla (Córdoba)", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-20: 539-546.
(1931): "Instrumentos tallados de cuarcita en el argárico de la provincia de Ávila", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, X: 285-324.
- Cabré, J.; Cabré De Morán, E. y Molinero, A.
(1950): *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica, vol. V, Madrid.
- Cacho, C.; Papi, C.; Sánchez-Barriga, A. y Alonso, F.
(1996): "La cestería decorada de la Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada)", *Complutum*, Extra 6(1), Madrid: 105-122.
- Cajal Santos, N.
(1981): "Materiales de la Cueva de la Mora de Somaén (Soria) en el Museo Arqueológico Nacional", *Trabajos de Prehistoria*, 38: 193-224.
- Cameron, C.M. y Tomka, S.A.
(1993): *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press.
- Campillo, D.
(1996): "Troballes paleopatològiques en jaciments prehistòrics de les comarques centrals valencianes", *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5: 53-65.
- Campillo Cueva, J.
(1985): "Memoria de las excavaciones en el término de Tablada del Rudrón (Burgos): El Túmulo de Tablada del Rudrón", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26: 9-79.
- Campillo, J. y Ramírez, M.M.
(1983): "Nuevos yacimientos en cuevas de la zona de Ubierna (Burgos)", *Kobie*, XIII: 73-83.
- Cardoso, J.L.; Leitao, M.; Veiga, O.da; North, C.T.; Norton, J.; Medeiros, J. y Fialho, P.
(1996): "O Monumento pré-histórico de Tituaría, Moinhos da Casela (Mafra)", *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 6: 135-193.
- Cardoso, J.L. y Monge Soares, A.M.
(1990-1992): "Cronologia absoluta para o campaniforme da Estremadura e do Sudoeste de Portugal", *O Arqueólogo Português, Serie IV*, 8-10: 203-228.
- Carnicero Arribas, J.M.
(1985): "Industrias líticas de superficie en la Región Soriana", C.E.S.(CSIC), Soria.

Carr, C. y Neitzel, J.E.

(1995): "Integrating Approaches to Material Style in Theory and Philosophy", en Carr, C. y Neitzel, J.E. (eds.): *Style, Society, and Person. Archaeological and Ethnological Perspectives*. New York and London. Plenum Press.: 3-20.

Carreira, J.R.

(1995-6): "A ocupação da Pré-História recente do Alto de Chibanes (Palmela), Setúbal", *Trabalhos de Arqueologia da E.A.M.*, 3-4: 123-213.

Carrilero Millán, M.

(1983): "La cerámica campaniforme en la provincia de Granada", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 8: 175-198.

Carro Otero, J. y Ludeiro Ainsua, R.

(1973): "Estudio antropológico de un esqueleto de la cultura del Vaso Campaniforme, variedad de Ciempozuelos", *III Congreso Nacional de Arqueología*, Porto.

Carrobbles, J. y Méndez-Cabezas, M.

(1991): "Introducción al estudio del Calcolítico en la Jara toledana", *Anales Toledanos*, nº XXVIII: 7-23.

Carrobbles, J.; Muñoz, K. y Rodríguez, S.

(1994): "Poblamiento durante la Edad del Bronce en la cuenca media del río Tajo", *Actas del Simposio sobre la Edad del Bronce en Castilla-la Mancha (Toledo, 1990)*, Diputación Provincial de Toledo: 173-200.

Case, H.J.

(1987): "Postscript. Oxford International Mediterranean Bell Beaker Conference", en W.H. Waldren y R.C. Kennard (eds): 115-127.

(1995a): "Beakers: loosening a stereotype", en I. Kinnes y G. Varndell (eds.): *Unbaked Urns of Rudely Shape*, Oxford, Oxbow Monographs, 55: 55-67.

(1995b): "Irish Beakers in their European context", en J. Waddle y Shee Twohig, E. (Eds.): *Ireland in the Bronze Age*. Dublin, Government Publications: 14-29.

Castelo Ruano, R.; Cardito Rollán, L.M.; Panizo Arias, I. y Rodríguez Casanova, I.

(1995): *Julio Martínez Santa Olalla. Crónicas de la cultura arqueológica española*. Madrid. Stock Cero, S.A.

Castillo Yurrita, A del.

(1922): "La cerámica incisa de la cultura de las cuevas de la Península Ibérica y el problema de origen de la especie del vaso campaniforme", *Anuario de la Universidad de Barcelona*, Barcelona: 1-20.

(1928): *La cultura del vaso campaniforme. Su origen y extensión en Europa*. Barcelona.

(1943): "Cronología de la Cultura del Vaso campaniforme en la Península Ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, vol. XVI: 388-435.

(1944): "Cronología de la Cultura del Vaso campaniforme en la Península Ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, vol. XVII: 1-67.

(1947): "El Neoeolítico", Capítulo IV del tomo I(*) de la *Historia de España dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal*: 489-714.

(1953): "Las tres capas de la cueva de la Mora de Somaén (Soria)", *Archivo de Prehistoria Levantina*, vol.IV: 135-151.

(1956): "El Vaso Campaniforme cordado en la Península Ibérica", *Actas de la IV Sesión, Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)*. Zaragoza: 445-458.

Castro, P.V.; Lull, V. y Micó, R.

(1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*, British Archaeological Reports (Int. Series), 652, Oxford, Tempus Reparatum.

Catalina García, J.

(1903): *Inventario de las Antigüedades y Objetos de Arte que posee la Real Academia de la Historia*. Madrid.

Cerdeño Serrano, M^a.L.

(1978): "Notas sobre algunas cerámicas campaniformes de Alcolea de las Peñas (Guadalajara)", *Wad al Hayara*, n^o 5: 35-50.

Clarke, D.

(1970): *Beaker Pottery of Great Britain and Ireland*. Cambridge, Cambridge University Press.

(1976): "The Beaker network-social and economic models", en J.N. Lanting y J.D. van der Waals (comps.): *Glockenbecher Symposium, Oberried, 1974*. Fibula-van Dishoeck, Bussum/Haarlem: 459-477.

Clarke, D.V.; Cowie, T.G. y Foxon, A.

(1985): *Symbols of Power at the Time of Stonehenge*. Edimburgh. National Museum of Antiquities of Scotland.

Coll, J., Cooper, E., Huélamo, J. y Solias, J.

(1987): "El Castillo de la Puebla de Almenara", *Congreso de Historia del Señorío de Villena (Albacete, 1986)*: 107-130.

Conde de Cedillo

(1907): "Catino protohistórico de Burujón (provincia de Toledo)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, L: 463-4.

Conkey, M. y Hastorf, C.

(1990): *The uses of style in archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.

Conkey, M.

(1990): "Experimenting with style in archaeology: some historical and theoretical issues". *The uses of style in archaeology* (M. Conkey, C. Hastorf, eds.). Cambridge, Cambridge University Press: 5-17.

Criado Boado, F.

(1989): "Megalitos, Espacio, Pensamiento", *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98.

Criado, F.; Vázquez, J.M.

(1982): *La cerámica campaniforme en Galicia*. Cuadernos do Seminario do Sargadelos, 42. Ed. do Castro, La Coruña.

Chapman, J.C.

(1983): "The Secondary Products Revolution and the Limitations of the Neolithic", *Bulletin of the Institute of Archaeology, University of London*: 107-122.

Chapman, R.W.; Kinnes, I. y Randsborg, K.

(1981): *The Archaeology of Death*. Cambridge University Press.

Chapman, R.W.

(1987a): "Once upon a time in the West: some observations on beaker studies", en *W.H. Waldren y R.C. Kennard (ed.)*: 62-79.

(1987b): "Beaker Studies and Beaker Conferences: an Introduction", en *W.H. Waldren y R.C. Kennard (ed.)*: 1-4.

(1987c): "Mortuary Practices: Society, Theory Building and Archaeology", en A. Boddington, A.N. Garland, y R.C. Janaway (eds.): *Death, Decay, and Reconstruction: Approaches to Archaeology and Forensic Science*. Manchester, Manchester University Press: 198-213.

(1991): *La formación de las sociedades complejas. EL sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Barcelona, Editorial Crítica.

(1997): "All Change? A commentary on Iberian archaeology", en M. Díaz-Andreu y S. Keay (eds.): *The Archaeology of Iberia. The Dynamics of Change*. Routledge, London and New York: 279-292.

Childe, V.G.

(1929): *The Danube in Prehistory*. Oxford, Clarendon Press.

(1930): "The Origin of the Bell-Beaker", *Man*, XXX: 200-201.

(1947a): *The Dawn of European Civilization*. London, Kegan Paul, Trench, Trubner and co., Ltd.

(1947b): "Nuevas fechas para la cronología prehistórica de la Europa atlántica", *Cuadernos de Historia Primitiva*, II, Madrid: 5-23.

(1958): *The Prehistory of European Society*. London, Penguin Books.

(1969): *Prehistoric Migrations in Europe*. Bergen, Instituttet for Sammenlignende kulturforskning.

David, N. y otros

(1988): "Why pots are decorated", *Current Anthropology*, 29(3): 365-379.

De Álvaro, E.

(1987a): "La Edad del Cobre en el valle del Tajo", *Carpetania*, I: 11-42.

(1987b): "El poblamiento calcolítico en la Meseta sur", en M. Fernández-Miranda (ed.): *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, vol. II, Seminario de la Fundación Ortega y Gasset, Oviedo: 16-36.

De Álvaro, E. y Pereira, J.

(1990): "El cerro del Bu (Toledo)", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*: 199-213.

De Álvaro, E. y Piñón, F.

(1995): "Los Castillos de Las Herencias y el poblamiento calcolítico en la Cuenca Media del Tajo", en M. Kunst (coord.): *Origens, Estruturas e Relacoes das Culturas Calcolíticas da Península Ibérica*. Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras (3-5 Abril 1987), *Trabalhos de Arqueologia*, 7, Lisboa: 277-291.

De Blas Cortina, M.A.

(1981): "Una alabarda procedente del valle del Manzanares (Madrid)", *Zephyrus*, XXXII-XXXIII: 157-166.

De Haro Malpesa, J. y Vela Pozo, F.

(1988): "Los yacimientos del Calcolítico y del Bronce en el noroeste de la provincia de Ciudad Real", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol.II (1): 271-281.

De Paz Escribano, M.

(1980): "La necrópolis céltica de El Atance (Guadalajara)", *Wad al Hayara*, 7: 35-57.

Del Val Recio, J.

(1990): "Vecilla de Trasmonte", *Numantia*, III: 341.

Del Val, J. y Herrán, J.I.

(1995): "El Calcolítico precampaniforme en el Duero Medio", en M. Kunst (coord.): *Origens, Estruturas e Relacoes das Culturas Calcolíticas da Península Ibérica*. Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras (3-5 Abril 1987), *Trabalhos de Arqueologia*, 7, Lisboa: 293-304.

Delgado, M.; Fernández, J.M.; Jiménez, P.; Moreno, C. y De La Peña, C.

(1987): "Materiales de la colección Sanz de Mejorada del Campo (Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*: 39-49.

Delibes de Castro, G.

(1975): *La colección arqueológica Don Eugenio Merino de Tierra de Campos*, León.

(1976): "El poblamiento eneolítico en la Meseta Norte", *Sautuola*, II: 141-151.

(1977): *El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte española*, *Studia Archaeologica*, 46, Valladolid, Universidad de Valladolid.

(1978a): "Reinterpretación del ajuar campaniforme de Villar del Campo: Nuevos elementos de juicio para la valoración de la incidencia centro europea en el mundo de Ciempozuelos", *Celtiberia*, vol. XXVIII (nº 56): 267-286.

(1978b): "Sobre la arandela de hueso de la tumba campaniforme de Villabuena del Puente (Zamora)", *Revista de Guimarães*, LXXXVIII: 357-363.

(1978c): "Carbono 14 y fenómeno campaniforme en la Península Ibérica", en *Carbono 14 y Prehistoria de la Península Ibérica*, Fundación Juan March, Serie Universitaria, nº 77: 83-94.

(1979): "Hallazgo campaniforme en Villaverde de Íscar (Segovia)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLV, Valladolid: 5-18.

- (1980a): "Un gran vaso inciso de la Edad del Bronce procedente de Piña de Esgueva (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI, Valladolid: 133-137.
- (1980b): "Nuevos materiales prehistóricos del Museo Diocesano de León", *Archivos Leoneses*, 68: 385-397.
- (1981): "Materiales de la Edad del Bronce en la colección del Padre Saturio de Santo Domingo de Silos (Burgos)", *Studia Silensia*.
- (1983): "El País Vasco: encrucijada cultural en el inicio del Bronce antiguo (s. XVIII A. de C.)", *Varia II*: 131-164.
- (1985): "El Calcolítico. La aparición de la metalurgia", en *Historia de Castilla y León*, t. 1 (La Prehistoria del Valle del Duero), Ed. Ámbito, Valladolid: 36-52.
- (1987a): "El Significado del Campaniforme de Ciempozuelos", en W. H. Waldren y R. C. Kennard (eds): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference, 1986*. B.A.R. (Int. Series), nº 331 (i): 23-24.
- (1987b): "Sobre los enterramientos del grupo campaniforme de Ciempozuelos: Diversidad y Tradición", en M. Fernández-Miranda (ed.): *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, vol. II, Seminario de la Fundación Ortega y Gasset, Oviedo: 37-51.
- (1988a): "La Edad del Bronce" en G. Delibes y otros: *La colección arqueológica del Padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Burgos: 33-91.
- (1988b): "Enterramiento calcolítico en fosa de El Ollar, Donhierro, Segovia", *Espacio, Tiempo y Forma (Serie Prehistoria)*, 1: 227-238.
- (1993): "Sal y jefaturas: una reflexión sobre el yacimiento del Bronce antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora)", *Brigecio*, nº 3: 33-46.
- (1995a): "Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la submeseta norte", en Fábregas, R.; Pérez, F. y Fernández, C. (eds.): *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Excma. Concello (Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos 3), Xinzo de Limiá: 61-94.
- (1995b): "Ávila, del Neolítico al Bronce", en M. Mariné (coord.): *Historia de Ávila (tomo I, Prehistoria e Historia Antigua)*, Ávila, Ediciones de la Institución "Gran Duque de Alba", Excma. Diputación Provincial de Ávila: 21-90.
- (1995c): "Neolítico y Edad del Bronce", en G. Delibes, S. Moreta, J.I. Gutiérrez y M.A. Mateos (coord.): *Historia de Zamora. Tomo I. De los orígenes al final del Medievo*. Diputación de Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Caja España: 49-100.

Delibes, G.; Avallo, J.L. y Rojo, M.A.

- (1982): "Espadas del Bronce antiguo y medio halladas en la provincia de León", *Zephyrus*, XXXIV-XXXV: 153-164.

Delibes, G.; Benet, N.; Pérez, R. y Zapatero, P.

- (1997): "De la tumba dolménica como referente territorial, al poblado estable: notas sobre el hábitat y las formas de vida de las comunidades megalíticas de la meseta norte", en Rodríguez Casal, A. (ed.): *O Neolítico Atlántico e As Orixes do Megalitismo, Coloquio Internacional (1-6 de Abril de 1996, Santiago de Compostela)*. Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, Universidade de Santiago: 779-808.

Delibes, G. y Del Val, J.

- (1990): "Prehistoria reciente zamorana: Del Megalitismo al Bronce", *Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol.II: 53-99.

Delibes, G. y Esparza, A.

- (1985): "Neolítico y Edad del Bronce", *Historia de Burgos (tomo I - Edad Antigua)*, Caja de Ahorros Municipal de Burgos, Burgos.

Delibes de Castro, G. y Fernández Manzano, J.

- (1981): "El castro protohistórico de la Plaza en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVII, Valladolid: 51-68.
- (1983): "Calcolítico y Bronce en tierras de León", *Lancia*, 1: 19-82.

Delibes, G.; Fernández, J. y Miñano, A.

- (1990): "Nuevos materiales de la Edad del Bronce en el Museo Diocesano de León", *Archivos Leoneses*, Año XLIV, nº 87-88: 331-348.

Delibes de Castro, G. y Fernández-Miranda, M.

(1981): "La tumba de Celada de Robledo (Palencia) y los inicios del Bronce antiguo en el valle medio y alto del Pisuerga", *Trabajos de Prehistoria*, 38: 153-188.

(1986-7): "Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I", *Zephyrus*, XXXIX-XL: 17-30.

Delibes, G. y Municio, L.

(1981): "Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte", *Numantia*, 1: 65-82.

Delibes de Castro, G.; Rodríguez Marcos, J.A.; Sanz Mínguez, C. y Del Val Recio, J.

(1982): "Dólmenes de Sedano I. El sepulcro de corredor de Ciella", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 14: 149-196.

Delibes de Castro, G.; Rojo Guerra, M.A. y Sanz Mínguez, C.

(1986): "Dólmenes de Sedano II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 9-39.

Delibes de Castro, G., Rojo Guerra, M. y Represa Bermejo, J.I.

(1993): *Dólmenes de La Lora. Burgos*. Salamanca, Guía Arqueológica, Consejería de Cultura y Turismo, Junta de Castilla y León.

Delibes de Castro, G. y Santonja Gómez, M.

(1984): "Aspectos generales del fenómeno megalítico de la Submeseta Norte", *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular*: 145-263.

(1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Salamanca.

(1987): "Sobre la supuesta dualidad Megalitismo/Campaniforme en la Meseta Superior Española", en W. H. Waldren y R. C. Kennard (eds): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference, 1986*. B.A.R. (Int. Series), nº 331 (i): 173-206.

Delibes, G.; Herrán, J.I.; De Santiago, J. y Del Val, J.

(1995): "Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta", en K. T. Lillios (ed.): *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, Michigan, Ann Arbor: 44-63.

Delibes, G.; Viñé, A. y Salvador, M.

(1998): "Santioeste, una factoría salinera de los inicios de la Edad del Bronce en Otero de Sariegos (Zamora)", en G. Delibes (coord.): *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica*. *Studia Archaeologica*, 88, Valladolid: 155-197.

Deselaers, J.

(1917a): "Cráneos eneolíticos de Ciempozuelos", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXI: 18-38.

(1917b): "Bóveda craneal y mandíbula eneolítica del Cerro del Tomillo", *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XVII.

Díaz-Andreu García, M.

(1991): *La Edad del Bronce en el Noreste de la Submeseta sur. Un análisis sobre el inicio de la complejidad social*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense.

(1993): "Las sociedades complejas del Calcolítico y Edad del Bronce en la Península Ibérica", *Actas del Primer Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993)*, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. XXXIII (1-2): 245-263.

(1994): *La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca*. Diputación Provincial de Cuenca.

(1995a): "Late Prehistoric Social Change in Southern Meseta of the Iberian Peninsula", en K. T. Lillios (ed.): *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, Michigan, Ann Arbor: 97-120.

(1995b): "Complex Societies in Copper and Bronze Age Iberia: a reappraisal", *Oxford Journal of Archaeology*, 14(1): 23-39.

Díaz-Andreu, M.; Liesau, C. y Castaño, A.

(1992): "El poblado calcolítico de la Loma de Chiclana (Vallecas, Madrid). Excavaciones de urgencia realizadas en 1987", *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, nº 3: 31-116.

Díaz-Andreu, M. y Montero, I.
(1998): *Arqueometalurgia de la provincia de Cuenca: minería y metalurgia en la Edad del Bronce*. Excma. Diputación de Cuenca. Cuenca.

Díaz-Del-Río Español, P.
(1995): "Campesinado y gestión pluriactiva del ecosistema: Un marco teórico para el análisis del III y II milenios A.C. en la Meseta peninsular", *Trabajos de Prehistoria*, vol. 52 (nº 2): 99-109.
(1996a): "El enterramiento colectivo de El Rebollosillo (Torrelaguna)", *Reunión de Arqueología Madrileña (Madrid, Enero de 1996)*, Madrid: 198-200.
(1996b): "Hábitat agrario y rendimientos diferidos: el caso de La Esgaravita (Alcalá de Henares)", *Reunión de Arqueología Madrileña (Madrid, Enero de 1996)*, Madrid: 115-118.
(en prensa): "Distribución de residuos en 'Las Matillas' (Alcalá de Henares, Madrid): espacio y tiempo en la prehistoria de La Meseta", *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, Octubre, 1997)*.

Díaz-Del-Río, P. y Sánchez, A.L.
(1988): "Contribución al conocimiento del Calcolítico en el valle del río Henares: el yacimiento de 'La Esgaravita' (Alcalá de Henares)", *I Encuentro de Historiadores del Valle del Henares (Guadalajara)*, Torrejón de Ardoz: 177-186.

Díaz del Río, P.; Consuegra, S.; Peña, L.; Márquez, B.; Sampedro, C.; Moreno, R.; Albertini, D. Y Pino, B.
(1997): "Paisajes agrarios prehistóricos en La Meseta peninsular: el caso de 'Las Matillas' (Alcalá de Henares, Madrid)", *Trabajos de Prehistoria*, 54(2): 93-111.

Dickson, J.H.
(1978): "Bronze Age mead", *Antiquity*, LII: 108-113.

Diego Somoano, C.
(1960): "La colección Soto Cortés de Labra, Cangas de Onís", *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, XIV, nº 4: 440-452.

Dietler, M.
(1990): "Driven by Drink: The Role of Drinking in the Political Economy and the Case of Early Iron Age France", *Journal of Anthropological Archaeology*, 9: 352-406.

Díez, C.; García, M.A.; Gil, E.; Jordá Pardo, J.F.; Ortega, A.I.; Sánchez, A. y Sánchez, B.
(1988-9): "La Cueva de Valdegoba (Burgos). Primera campaña de excavaciones", *Zephyrus*, XLI-XLII, Salamanca: 55-74.

Dronfield, J.
(1995a): "Subjective vision and the source of Irish megalithic art", *Antiquity*, 69 (nº 264): 539-549.
(1995b): "Migraine, light and Hallucinogens: The Neurocognitive basis of irish megalithic art", *Oxford Journal of Archaeology*, nº 14 (3): 261-275.

Dumezil, G.
(1997): *Mito y epopeya. II. Tipos épicos indoeuropeos: un héroe, un brujo, un rey*. Méjico. Fondo de Cultura Económica. (1ª edición en 1971).

Earle, T.
(1990): "Style and iconography as legitimation in complex societies", en M. Conkey y C. Hastorf, (eds.): *The uses of style in archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press: 73-81.
(1991): "The Evolution of Chiefdoms", en Earle, T. (Ed.) (1991): *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*. Cambridge University Press: 1-15.
(1997): *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*. Stanford University Press. Stanford, California.

Earle, T.K.; Ericson, J.E. (eds.)
(1977): *Exchange Systems in Prehistory*. New York, Academic Press.

Edmonds, M.

(1995): *Stone Tools and Society. Working Stone in Neolithic and Bronze Age Britain*. London. Batsford.

Edmonds, M. y Thomas, J.

(1987): "The Archers: an Everyday Story of Country Folk", en A.G. Brown y M. Edmonds (eds.): *Lithic Analysis and Later British Prehistory*, B.A.R., 162: 187-199.

Edo, M.; Villalba, M.J. y Blasco, A.

(1995): "La calaita en la Península Ibérica", *Actas I Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993), Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 35(2), Porto: 127-148.

Edo, M.; Fernández, J.L.; Villalba, M.J. y Blasco, A.

(1997): "La calaita en el cuadrante NW de la Península Ibérica", en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 99-121.

Eiroa, J.J.

(1969-70): "Un yacimiento de la Edad del Bronce en Sonsoles (Ávila)", *Caesaraugusta*, 33-4: 166-171.

Eliade, M.

(1974): *Herreros y Alquimistas*. Madrid. Alianza Editorial.

Ericson, J.E.; Earle, T.K.

(1982): *Contexts for prehistoric exchange*. New York, Academic Press.

Escribano, E.; Ocaña, A. y Gómez, A.J.

(1996): "Nuevas aportaciones a la Edad del Bronce en la cuenca alta del Guadiana", *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, vol. I: 109-116.

Espadas, J.J.; Poyato, M.C. y Caballero, A.

(1986): "El poblado calcolítico de El Castellón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real)", *Oretum*, II: 235-247.

(1987): "Memoria preliminar de las excavaciones del yacimiento calcolítico de El Castellón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real)", *Oretum*, III: 41-78.

Estavillo Villaumbrosa, D.

(1950): "Yacimientos arqueológicos del Campo de Criptana (La Mancha)", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, tomo V: 37-72.

Fabián García, J.F.

(1988): "El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy - Salinero, Ávila)", *Revista de Arqueología*, nº 86: 33-42.

(1992): "El enterramiento campaniforme Túmulo I de Aldeagordillo (Ávila)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Valladolid: 97-132.

(1993): "La secuencia cultural durante la Prehistoria Reciente en el sur de la meseta norte", *Actas Primer Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993), Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. XXXIII (1-2): 145-178.

(1994): "Aldeagordillo. Un importante testimonio para el estudio de la cuestión campaniforme", *Revista de Arqueología*, nº 157: 22-31.

(1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad de Bronce en la meseta norte*. Universidad de Salamanca, Salamanca.

(1996): "La Edad del Cobre en la comarca de Béjar: El yacimiento de El Chorrillo (Valdesangil)", *Estudios Bejaranos*, nº 2-3: 15-26.

(1997): *El Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salinero. Ávila)*. Arqueología en Castilla y León, Memorias, nº 5. Junta de Castilla y León.

Fábregas Valcarce, R.

(1992): "¿Tercera revolución del radiocarbono?. Una perspectiva arqueológica del C-14", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Valladolid: 9-24.

- (1995): "La realidad funeraria en el Noroeste del Neolítico a la Edad del Bronce", en Fábregas, R.; Pérez, F. y Fernández, C. (eds.): *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Excmo. Concello (Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos 3), Xinzo de Limiá: 95-125.
- Feinman, G.M.
(1995): "The Emergence of Inequality. A Focus on Strategies and Processes", en Price, T.D. y Feinman, G.M. (eds.): *Foundations of Social Inequality*. New York and London. Plenum Press: 255-279.
- Fernández-Galiano Ruiz, D.
(1979): "Notas de prehistoria seguntina", *Wad al Hayara*, nº 6: 9-48.
- Fernández Manzano, J.
(1985): "La Edad del Bronce", en *Historia de Castilla y León*, t. 1 (La Prehistoria del Valle del Duero), Ed. Ámbito, Valladolid: 58-81.
- Fernández Manzano, J. y Rojo Guerra, M.A.
(1986): "Notas sobre el yacimiento campaniforme de Arrabal del Portillo (Valladolid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 43-74.
- Fernández, J.; Herrán, J.I.; Orejas, A.; Hernansanz, M. y Paradinas, S.
(1997): "Minería y poblamiento Calcolítico en Ávila de Los Caballeros", en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 527-541.
- Fernández, V.M. y Fernández, G. (eds.)
(1991): *Aplicaciones informáticas en Arqueología*, Complutum, 1. Madrid.
- Fernández-Miranda Fernández, M.
(1971): "El poblado de la Loma de Chiclana (Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XIII-XIV (1969-70): 272-299.
(1978): *Secuencia cultural de la Prehistoria de Mallorca*. Biblioteca Præhistorica Hispana, vol. XV, Madrid.
- Fernández-Miranda, M. y Balbin Behrmann, R.
(1971): "Piezas de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Soria", *Trabajos de Prehistoria*, vol. 28, Nueva Serie, Madrid: 289-304.
- Fernández-Miranda, M.; Fernández-Posse, M^a.D.; Martín, C.; Montero, I. y Rovira, S.
(1996): "Changes in Bronze Age metallurgy as depicted by laboratory analysis: The "La Mancha" (Spain) model", en S. Demirci; A.M. Özer y G.D. Summers (eds): *ARCHAEOLOGY 94. 29th International Symposium on Archaeometry, 1994*. Ankara: 23-34.
- Fernández-Miranda, M. y Moure, J.A.
(1975): "El Abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica", *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 3: 189-236.
- Fernández-Miranda, M. y Olmos, R.
(1986): *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Madrid, Ministerio de Cultura.
- Fernández, V.; Hornero, E. y Pérez, J.A.
(1994): "El poblado ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz). Excavaciones 1984-1985", en J.L. Sánchez Meseguer y otros (coord): *Arqueología en Ciudad Real. Patrimonio Histórico - Arqueología*, 8. Junta de Comunidades de Castilla - La Mancha: 111-129.
- Fernández Moreno, J.J.
(1984): *El poblamiento prehistórico de Numancia y su entorno*. Memoria de Licenciatura inédita, Universidad Complutense.
(1990): "Carrascosa de la Sierra - Cogeces del Monte", *Numantia*, III: 306-7 y 321.
(1997): *El poblamiento prehistórico de Numancia. Fondos del Museo Numantino*. Junta de Castilla y León.

Fernández Moreno, J.J. y Jimeno Martínez, A.

(1985): "Nuevos materiales del yacimiento de Pinar Grande y Amblau: Consideraciones sobre algunos contextos del Eneolítico y Bronce Antiguo", *Celtiberia*, nº 70: 341-348.

(1992): "Los Arenales de Rioseco (Soria): Consideraciones sobre la relación de cerámicas campaniformes y Cogotas I", *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana (Octubre de 1989)*, vol. I: 213-222.

Fernández-Posse, M^a.D.

(1979): "Informe de la primera campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6: 51-87.

(1980): "Los materiales de la Cueva del Aire de Patones (Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 10: 39-64.

(1981): "La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 45-84.

(1982): "Consideraciones sobre la técnica de Boquique", *Trabajos de Prehistoria*, 39: 137-159.

Fernández-Posse, M^a.D. y Martín, C.

(1991): "El Calcolítico y Edad del Bronce en la Meseta", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, vol. 30-31: 75-86.

Fernández Tresguerres, J.

(1972-3): *Aportaciones a la carta arqueológica de Zamora, I. Prehistoria y Protohistoria*. Memoria de Licenciatura, Universidad de Valladolid.

Fernández Vega, A. y Galán y Saulnier, C.

(1986): "Las denominadas 'Cuevas sepulcrales colectivas eneolíticas' del País valenciano y La Meseta", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, IV(1), Madrid: 7-26.

Ferreira, O. da Veiga

(1954): "Acerca da cultura do vaso campaniforme em Portugal", *Trab. Antr. Etn. (N.S.)*, XV (1-2), Porto: 5-16.

(1966): *La Culture du Vase Campaniforme au Portugal*. Memórias dos Serviços Geológicos de Portugal. 12, Lisboa.

Fita, F.

(1897): "La cerámica de Ciempozuelos y de la Edad de la piedra pulimentada. Nueva estación prehistórica del Tajo y del Géballo", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, nº 30, Cuad. V: 448.

Flanagan, J.G.

(1989): "Hierarchy in simple 'egalitarian' societies", *Annual Review of Anthropology*, 18: 245-266.

Fried, M.

(1967): *The Evolution of Political Society: An Essay in Political Archaeology*. N.York, Random House.

Friedrich, M.H.

(1970): "Design structure and social interaction: archaeological implications of an ethnographic analysis", *American Antiquity*, 35: 332-343.

Fuidio, F.

(1934): *Carpetania Romana*. Madrid, Editorial Reus.

Fuidio, F. y Pérez De Barradas, J.

(1934): "La cultura del vaso campaniforme en Segovia", *Universidad y Tierra (Boletín de la Universidad Popular Segoviana)*, I: 29-32.

Gago Rabanal, E.

(1902): *Estudios de Arqueología Protohistórica y Etnografía de los Astures Lancienses (hoy Leoneses)*. León.

Galán y Saulnier, C.

(1984-5): "Los túmulos colectivos no megalíticos de la Meseta", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 11-12 (Homenaje al profesor Gratiniño Nieto, vol. I): 57-68.

- (1988): "Los enterramientos del Calcolítico y del Bronce inicial de la Submeseta Sur", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol.II (1): 193-197.
- (1989): "Decoraciones cerámicas: Una propuesta metodológica", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, vol. 16: 81-96.
- Galán y Saulnier, C. y Fernández Vega, A.
 (1978-9): "Excavaciones en Los Dornajos (La Hinojosa, Cuenca), Campañas de 1981 y 1982", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, vol. 5-6: 31-48.
- Galán y Saulnier, C. y Poyato Holgado, C.
 (1982-3): "Excavaciones en Los Dornajos, La Hinojosa (Cuenca)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, vol. 9-10: 71-79.
- Galván García, J.
 (1980-1): "Aplicación de las técnicas de microscopía electrónica y difracción de rayos X al estudio de cerámica de El Perchel en Arcos del Jalón (Soria)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, vol. 7-8: 161-168.
- Galván García, J.; Zamora, A. y Tardío, T.
 (1973): "Estudio mineralógico de la cerámica de la Edad del Bronce, de la Cueva de la Vaquera (Segovia)", *XII Congreso Nacional de Arqueología*: 241-250.
- Gallay, A.
 (1979): "Le phénomène campaniforme: une nouvelle hypothèse historique", *Archives suisses d'anthropologie générale*, 43(2): 231-258.
- Gamer, G. y Ortego, T.
 (1970): "Nuevas observaciones sobre el campamento romano de Almazán (Soria)", *Celtiberia*, 39: 67-79.
- Garcés Tarragona, A.Mª. y Galán Saulnier, C.
 (1991): "Los Dornajos: cerámicas y microespacio", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I*, tomo IV: 127-191.
- García y Bellido, A.
 (1962): "Memoria de las actividades arqueológicas llevadas a cabo en el Distrito Universitario de Madrid durante el año de 1962", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6: 358-362.
- García Heras, M.
 (1997): "Estudio bibliométrico de los trabajos de caracterización sobre materiales cerámicos arqueológicos en España: una valoración", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7: 129-150.
- García Heras, M. y Olaetxea, C.
 (1992): "Métodos y análisis para la caracterización de cerámicas arqueológicas. Estado actual de la investigación en España", *Archivo Español de Arqueología*, 65: 263-289.
- García Pérez, T.
 (1987): "La Motilla de Los Romeros, Alcázar de San Juan (Ciudad Real)", *Oretum*, III: 109-165.
 (1988): "La Motilla de Los Romeros, Alcázar de San Juan (Ciudad Real)", *Actas Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol. III: 13-19.
- Garrido Pena, R.
 (1994a): *El fenómeno campaniforme en la meseta sur: Corpus de materiales y nuevos planteamientos teóricos*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid.
 (1994b): "El fenómeno campaniforme en la región de Madrid: actualización de la evidencia empírica y nuevas propuestas teóricas", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, Museo Municipal, Ayuntamiento de Madrid, vol. 9: 67-90.
 (1994c): "A vueltas con el problema campaniforme: nuevos datos, viejas teorías", Reseña al libro de Mª.C. Priego y S. Quero (1992): *El Ventorro, un poblado prehistórico de los albores de la metalurgia*, Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, vol. 8 (monográfico), *Arqritica*, nº 8 (2º semestre): 19-20.

- (1995): "El campaniforme en la meseta sur: nuevos datos y propuestas teóricas", *Complutum*, nº 6, Madrid: 123-151.
- (1995-6): "Cerámicas campaniformes inéditas del Instituto Arqueológico Municipal de Madrid. I", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, Museo Municipal, Ayuntamiento de Madrid, vol.10: 15-35.
- (1996): "Redes de intercambios entre el Sureste y el País Valenciano durante el Calcolítico: reflexiones en torno a un patrón decorativo campaniforme", *Complutum*, nº 7: 63-72.
- (1997): "Bell Beakers in the Southern Meseta of the Iberian Peninsula: socioeconomic context and new data", *Oxford Journal of Archaeology*, 16 (2): 187-209.
- (e.p.1): "Cerámicas campaniformes inéditas del Instituto Arqueológico Municipal de Madrid. II", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, Museo Municipal, Ayuntamiento de Madrid: en prensa.
- (e.p.2): "La ocupación neolítica de Carratiermes", en J.L. Argente y otros: *Memoria de excavación de la necrópolis celtibérica de Carratiermes, Montejo de Tiermes, Soria*, Junta de Castilla y León: en prensa.

Garrido Pena, R. y Muñoz López-Astilleros, K.

- (1997): "Intercambios entre el Occidente peninsular y la cuenca media del Tajo durante el Calcolítico y los comienzos de la Edad del Bronce", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 483-493.
- (e.p.2): "La Escarapela (Borox, Toledo): aportación al estudio de las cerámicas campaniformes con decoración "simbólica" en la Meseta", *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*: en prensa.
- (e.p.3): "Visiones sagradas para unos pocos: Cerámicas campaniformes con decoración 'simbólica' en la Península Ibérica", *Pyrenae*, en prensa.

Gebauer, A.B.

- (1988): "Stylistic variation in the pottery of the Funnel Beaker Culture", en T. Madsen (ed.): *Multivariate Archaeology. Numerical Approaches in Scandinavian Archaeology*. Jutland Archaeological Society Publications XXI, Arhus University Press: 91-117.

Gerloff, S.

- (1975): *The Early Bronze Age Daggers in Great Britain and a Reconsideration of the Wessex Culture*. Prähistorische Bronzefunde, VI (2), München.

Gibson, A.

- (1988): "A summary of the transition from the Neolithic to Early Bronze Age in Great Britain", *Congresso Internazionale "L'Età del Rame in Europa" (Viareggio, 15/18 Ottobre 1987)*, *Rassegna di Archeologia*, 7. Firenze: 193-210.

Gil Farrés, O.

- (1950): "Nuevo vaso campaniforme en la provincia de Madrid", *VI Congreso Arqueológico del Sureste español*, Almería: 81-84.

Gil, J.I.; Menéndez, M.L.; Reyes, F. y Reyes, J.L.

- (1988): "Excavaciones en el yacimiento del Bronce Medio del Cerro del Obispo. Castillo de Bayuela (Toledo)", *Primer Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*, tomo III(2), Junta de Castilla - La Mancha: 93-111.

Gilman Guillén, A.

- (1981): "The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe", *Current Anthropology*, 22 (nº 1): 1-23.
- (1987): "Unequal development in Copper Age Iberia", en E.M. Brumfiel, T.K. Earle (comps.): *Specialization, exchange and complex societies*. New Directions in Archaeology, Cambridge, Cambridge University Press: 22-29.
- (1995a): "Recent Trends in the Archaeology of Spain", en K. T. Lillios (ed.): *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, Michigan, Ann Arbor: 1-6.
- (1995b): "Prehistoric European Chiefdoms. Rethinking 'Germanic' Societies", en Price, T.D. y Feinman, G.M. (eds.): *Foundations of Social Inequality*. New York and London. Plenum Press: 235-251.
- (1997): "Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos", *Trabajos de Prehistoria*, 54(2): 81-92.

Gimbutas, M.

- (1965): *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*. The Hague.

Godelier, M.

(1998a): *El enigma del don*. Barcelona. Paidós.

(1998b): "Funciones, formas y figuras del poder político", *Saguntum, Extra 1 (Actas del Congreso internacional Los Iberos, príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica)*: 13-21.

Gómez Barrera, J.A.

(1992): *Grabados rupestres postpaleolíticos del alto Duero*. Soria, Museo Numantino.

Gómez García, J. y Sanz Ruiz, M^a.P.

(1991): *Informe sobre la excavación arqueológica de urgencia en el yacimiento de Valdeprados (Aldea del Rey Niño, Ávila)*. Servicio Territorial de Cultura, Ávila.

(1994): "Valdeprados (Aldea del Rey Niño, Ávila): un nuevo enterramiento en la submeseta norte", *Cuadernos Abulenses*, nº 21 (Enero – Junio), Institución Gran Duque de Alba, Excma. Diputación Provincial de Ávila: 81-132.

Gómez Moreno, M.

(1925): *Catálogo Monumental de España. Provincia de León*. Madrid.

Gonçalves, V. dos Santos

(1971): *O Castro da Rotura e o Vaso Campaniforme*. Edição da Junta Distrital de Setúbal.

Góngora y Martínez, M.

(1868): *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Madrid. Ed. Moro.

González Alcalde, J. y García-Navajo Ubierna, I.

(1996): "Las cistas de la Edad del Bronce de Salvatierra de Tormes (Salamanca)", *Verdolay*, 8: 31-35.

González Echegaray, J. y García Guinea, M.A.

(1963): *Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología de Santander*. Madrid.

González Ortiz, J.

(1979): "Nociones de Prehistoria de Puertollano y sus alrededores", *Boletín Municipal del Ayuntamiento de Puertollano*.

González Salas, S.

(1945): "El Castro de La Yecla en Santo Domingo de Silos", *Informes y Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, 7.

(1947): *Itinerario Arqueológico de la provincia de Burgos*. Album I (inédito, manuscrito en la abadía de Santo Domingo de Silos).

(1948): *Itinerario Arqueológico de la provincia de Burgos*. Album II (inédito, manuscrito de la abadía de Santo Domingo de Silos).

González-Tablas Sastres, F.J.

(1984-85): "Protocogotas I o el bronce medio de la Meseta: La Gravera de 'Puente Viejo' (Ávila)", *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII: 267-276.

González Cordero, A. y Quijada González, D.

(1991): *Los orígenes del Campo Arañuelo y la Jara cacereña y su integración en la Prehistoria regional*. Excma. Ayuntamiento de Navalmoral de la Mata.

Gosden, C.

(1994): *Social Being and Time*. Oxford. Blackwell.

Guilaine, J.

(1966): "Vases Campaniformes décorés à la cordelette dans le sud de France", *Arqueologia e Historia*, XII, Lisboa: 287-301.

(1974): "Les Campaniformes Pyreneo-Languedociens. Premiers Résultats au C14", *Zephyrus*, XXV: 107-120.

(1976a): "La Civilisation des Vases Campaniformes dans le Midi de la France", en J.N. Lanting y J.D. van der Waals (comps.): *Glockenbecher Symposium, Oberried, 1974*. Fibula-van Dishoeck, Bussum/Haarlem: 351-370.

(ed.) (1976b): *La Civilisation des Vases Campaniformes*, IX Congrès UISPP (Colloque XXIV), Niza, Universidad de Niza.

(ed.) (1984): *L'Age du Cuivre européen. Civilisation à vases campaniformes*. CNRS, Paris.

Gutiérrez, C.

(1994): "La cerámica. Tercera parte: Estudio microscópico", en C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid: 126-136

Hájek, L.

(1957): "Knoflíky stredoevropske skupiny kultury zvoncovitých poháru", *Památky Archeologické*, XLVIII: 389-421.

(1966): "Die Älteste Phase der Glockenbecherkultur in Böhmen and Mähren", *Památky Archeologické*, LVII(1): 210-241.

Hantman, J.L. y Plog, S.

(1982): "The Relationships of Stylistic Similarity to Patterns of Material Exchange", en J. Ericson y T.K. Earle (eds.): *Contexts for Prehistoric Exchange*. New York. Academic Press: 237-263.

Harrison, R.J.

(1974a): "Origins of the Bell Beaker Cultures", *Antiquity*, XLVIII: 99-109.

(1974b): "Ireland and Spain in the Early Bronze Age", *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland*, CIV: 52-73.

(1974c): "A closed find from Cañada Rosal, Prov. Sevilla and two Bell Beakers", *Madriider Mitteilungen*, 15: 77-94.

(1977): *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*. American School of Prehistoric Research Bulletin, 35, Cambridge-Massachusetts.

(1980): *The Beaker Folk. Copper Age archaeology in Western Europe*. London, Thames and Hudson.

(1984): "Beaker Cultures of Iberia, France and the West Mediterranean islands", en J. Guilaine (ed.): *L'Age du Cuivre européen. Civilisation à vases campaniformes*. CNRS, Paris: 187-207.

(1985): "The 'Policultivo Ganadero', or the Secondary Products Revolution in Spanish agriculture, 5000-1000 b.c.", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 51: 75-102.

(1988) "Bell Beakers in Spain and Portugal: working with radiocarbon dates in the 3rd millenium B.C.", *Antiquity*, 62(236): 464-472.

(1993) "La intensificación económica y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce", *Actas del Primer Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993)*, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. XXXIII (3-4): 293-299.

(1994a): "La cultura dei Vasi Campaniformi: 2600-1900 a.C.", en *Storia d'Europa. Preistoria e antichità*, II, Einaudi, Torino: 333-353.

(1994b): "The Bronze Age in Northern and Northeastern Spain, 2000-800 BC", en C. Mathers y S. Stoddart (eds.): *Development and Decline in the Mediterranean Bronze Age*. J.R. Collis Publications, Sheffield Archaeological Monographs 8: 73-97.

(1995): "Bronze Age expansion 1750-1250 BC: The Cogotas I phase in the middle Ebro valley", *Veleia*, 12: 67-77.

Harrison, R.J.; Bubner, T. y Hibbs, V.A.

(1976): "The Beaker pottery from El Acebuchal, Carmona (Prov. Sevilla)", *Madriider Mitteilungen*, t. XVII: 79-141.

Harrison, R.J.; Quero, S. y Priego, M^a.C.

(1975): "Beaker metallurgy in Spain", *Antiquity*, XLIX: 273-278.

Harrison, R.J. y Moreno, G.

(1986): "El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios", *Trabajos de Prehistoria*, 42: 51-82.

Harrison, R.J.; Moreno, G. y Legge, A.J.

(1994): *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*. Zaragoza. Diputación General de Aragón.

Harrison, R.J. y Wainwright, J.

(1991): "Dating the Bronze Age in Spain. A refined chronology for the high – altitude settlement of El Castillo (Frias de Albarracín, Prov. Teruel)", *Oxford Journal of Archaeology*, 10(3): 261-268.

Hayden, B.

(1995): "Pathways to Power. Principles for Creating Socioeconomic Inequalities", en Price, T.D. y Feinman, G.M. (eds.) (1995): *Foundations of Social Inequality*. New York and London. Plenum Press.: 15-86.

(1998): "Practical and Prestige Technologies: The Evolution of Material Systems", *Journal of Archaeological Method and Theory*, 5(1): 1-55.

Hayden, B. y Cannon, A.

(1984): "Interaction Inferences in Archaeology and Learning Frameworks of the Maya", *Journal of Anthropological Archaeology*, 3: 325-367.

Hedges, R.E.M.; Housley, R.A.; Bronk, C.R. y Van Klinken, G.J.

(1992): "Radiocarbon Dates from the Oxford AMS System: Archaeometry Datelist 14", *Archaeometry*, vol. 34 (1), Oxford: 141-159.

Hegmon, M.

(1992): "Archaeological Research on Style", *Annual Review of Anthropology*, 21: 517-536.

Helms, M.W.

(1992): "Long-Distance Contacts, Elite Aspirations, and the Age of Discovery in Cosmological Context", en Schortman, E.M. y Urban, P.A.(eds.): *Resources, Power, and Interregional Interaction*. Plenum Press, New York and London: 157-174.

Hernández, J.

(1925): "Paleolítico Superior y Neolítico de la cuenca del río Añamaza o estaciones prehistóricas del término de Dévanos y Añavieja (Soria)", Zaragoza.

Hernández Sanpelayo, P

(1916): "Algunos yacimientos prehistóricos de las provincias de Lugo y Madrid", *Boletín del Instituto Geológico Español*, segunda serie, tomo 17.

Hernando Gonzalo, A.

(1983): "La orfebrería durante el Calcolítico y el Bronce antiguo en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 40: 85-138.

(1989): "Inicios de la Orfebrería en la Península Ibérica", *Revista de Arqueología (Extra4)*: 32-45.

(1992): "Enfoques teóricos en Arqueología", *SPAL*, 1: 11-35.

Herrán Martínez, J. I.

(1988a): "Informe de la excavación arqueológica de urgencia realizada en la Cueva de Valdelperra en Cogeces del Monte (Valladolid)". Inédito. Servicio Territorial de Cultura de Valladolid.

(1988b): "Informe de las excavaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento de El Pico del Castro, en Quintanilla de Arriba (Valladolid)". Inédito. Servicio Territorial de Cultura de Valladolid.

Herrán, J.I. y Santiago, J.

(1989): "Un puñal de cobre precampaniforme de Muriel de Zapardiel (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LV: 199-207.

Hill, J.N.

(1977): "Individual Variability in Ceramics and the Study of Prehistoric Social Organization", en Hill, J.N. y Gunn, J. (eds.): *The individual in Prehistory. Studies of Variability in Style in Prehistoric Technologies*. New York, Academic Press: 55-108.

Hodder, I.

(1982a): *Symbols in Action*. Cambridge University Press. Cambridge.

(1982b): "Society, economy and culture: an ethnographic case study amongst the Lozi", en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.): *Pattern of the Past: Studies in honour of David Clarke*. Cambridge, Cambridge University Press: 67-95.

(1982c): "Towards a Contextual Approach to Prehistoric Exchange", en Ericson, J.E. y Earle, T.K.: *Contexts for prehistoric exchange*. New York, Academic Press: 199-211.

(1990a): *The Domestication of Europe. Structure and Contingency in Neolithic Societies*. Oxford. Basil Blackwell.

(1990b): "Style as historical quality", en M. Conkey y C. Hastorf, (eds.): *The uses of style in archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press: 44-51.

Howard, H.

(1981): "In the wake of distribution: towards an integrated approach to ceramic studies in prehistoric Britain", en H. Howard y E.L. Morris (eds.): *Production and Distribution: a Ceramic Viewpoint*, British Archaeological Reports, International Series, 120: 1-30.

Hurley, W.M.

(1979): *Prehistoric Cordage. Identification of impressions on pottery*. Aldine Manuals of Archaeology, 3. Taraxacum, Washington.

Hurtado, V. y Amores, F.

(1982): "Relaciones culturales entre el sudeste francés y la Pijotilla (Badajoz) en el Calcolítico: las pastillas repujadas y el campaniforme cordado", *Habis*, 13: 189-209.

Hurtado, V.

(ed.) (1995): *El Calcolítico a debate. Reunión de Calcolítico de la Península Ibérica (Sevilla, 1990)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Iglesias Martínez, J.C.

(1991): *Cueva de La Vaquera, Losana de Pirón (Segovia): Memoria de los trabajos desarrollados en 1988/1989*. Informe Técnico depositado en Servicio Territorial de Cultura de Segovia.

Iglesias, J.C.; Rojo, M.A. y Álvarez, V.

(1996): "Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la submeseta norte", *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavá-Bellaterra, 27-29 Marzo de 1995)*, *Rubricatum*, 1(1): 721-734.

Jiménez De Gregorio, F.

(1947): "Hallazgos arqueológicos de la Jara", *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (Toletum)*, nº 61: 74-77.

Jiménez Guijarro, J.

(1997): *La Neolitización de la cuenca alta del río Tajo*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid.

Jiménez Navarro, E.

(1947): "Sobre el origen almeriense del Vaso campaniforme", *Crónica del II Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Albacete, 1946)*: 127-132.

Jiménez Sanz, P.J.

(1997): "El campo tumular de La Mestilla-Abadón (Anguita, Guadalajara)", en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 333-346.

Jiménez Sanz, P.J.; Alcolea González, J.J. y Barroso Bermejo, R.M^a.

(1990): "La Mariblanca (Torres de la Alameda, Madrid): Un poblado calcolítico en el valle del Henares", *Actas II Encuentro de Historiadores del valle del Henares*: 33-38.

Jiménez Sanz, P. J. y Barroso Bermejo, R.

(1995): "El fenómeno funerario durante la Prehistoria reciente en el centro de la meseta: la provincia de Guadalajara", *Actas del Primer Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993)*, *Trabalhos de Arqueologia e Etnologia*, vol. 35 (2): 211-225.

Jiménez, P.J.; Alcolea, J.J.; García, M.A. y Jiménez, J.M.

(1997): "Nuevos datos sobre el Neolítico meseteño: la provincia de Guadalajara", en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 33-47.

Jimeno Martínez, A.

(1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria). (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Ministerio de Cultura, Madrid.

(1986): "La Cueva de El Peñal de Valdegeña (Soria): Nuevas bases para su estudio", *Estudios en homenaje al Dr. A. Beltrán*: 347-356.

(1988a): "La aportación de Ortego al Megalitismo de la provincia de Soria: Nuevos datos y planteamientos", *Celtiberia*, 75: 21-32.

(1988b): "La investigación del Bronce antiguo en la meseta superior", *Trabajos de Prehistoria*, vol. 45: 103-121.

(1995): "El poblamiento desde el neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios", *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana (Octubre 1989)*, vol. I: 71-101.

Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J.J.

(1983): "Nuevo yacimiento con cerámica campaniforme en Garray (Soria)", *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, VII (3): 25-35.

(1985): "La Pedriza de Ligos: nuevas bases para su interpretación", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, Valladolid: 159-174.

(1991a): "El yacimiento de la Mesta en la Atalaya (Reneblas-Soria)", *Soria Arqueológica*, nº 1: 47-67.

(1991b): *Los Tolmos de Caracena (Soria). (Campañas 1981 y 1982). Aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Excavaciones Arqueológicas en España, 161, Madrid, Ministerio de Cultura.

(1992a): "La metalurgia de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: estudio analítico", *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana (Octubre 1989)*, vol. I: 233-245.

(1992b): "El dolmen de El Alto de la Tejera (Carrascosa de la Sierra, Soria). El fenómeno megalítico en el Alto Duero", *Trabajos de Prehistoria*, 49: 155-188.

Jimeno, A.; Fernández, J.J. y Revilla, M^aL.

(1988): "Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 83-118.

Joffe, A.H.

(1998): "Alcohol and Social Complexity in Ancient Western Asia", *Current Anthropology*, 39(3): 297-322.

Johnson, A.W. y Earle, T.

(1987): *The Evolution of Human Societies: from foraging groups to agrarian state*. Stanford. Stanford University Press.

Jorge, S.O.

(1996): "Regional diversity in the Iberian Bronze Age - on the visibility and opacity of the archaeological record", *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. XXXVI, Porto: 193-214.

Joyce, A.A. y Johannessen, S.

(1993): "Abandonment and the production of archaeological variability at domestic sites", en C.M. Cameron, y S.A. Tomka (eds.): *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press: 138-153.

Jones, S.

(1997): *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*. London and New York, Routledge.

Juan-Tresserras, J.

(e.p.): "Caracterización arqueométrica de residuos arqueológicos de cerveza por microscopía óptica y electrónica de barrido", *2º Congreso Nacional de Arqueometría (Zaragoza, 1997)*: en prensa.

Juberías, J. y Molinero, A.

(1953): "Noticiario", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I (1952): 187.

Junghans, S.; Sangmeister, E. y Schroeder, H.

(1968): "Kupfer und Bronze in der frühen Metallzeit Europas", *Studien zu den Anfängen der Metallurgie*, 3 vol., SAM, Berlin.

Kalb, Ph.

(1994): "Reflexoes sobre a utilização de necrópoles megalíticas na Idade do Bronze", *Estudos Pre-Históricos. Actas do Seminario "O Megalitismo no Centro do Portugal" (Mangualde, Nov. 1992)*, vol. 2: 415-426.

Kalicz-Schreiber, R.

(1976): "Die Probleme der Glockenbecherkultur in Ungarn", en Lanting, J.N. y van der Waals, J.D. (eds.): *Glockenbecher Symposium. Oberried, 1974. Fibula-van Dishoeck*, Bussum/Haarlem.: 183-215.

Kent, S.

(1993): "Models of abandonment and material culture frequencies", en C.M. Cameron, y S.A. Tomka (eds.): *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches. New Directions in Archaeology*. Cambridge University Press: 54-73.

Kinnes, I.; Gibson, A.; Ambers, J.; Bowman, S.; Leese, M. y Boast, R.

(1991): "Radiocarbon dating and british Beakers: the British Museum Programme", *Scottish Archaeological Review*, 8: 35-68.

Kohl, Ph.L.

(1975): "The Archaeology of Trade", *Dialectical Anthropology*, nº 1: 43-50.

(1981): "Materialists approaches in Prehistory", *Annual Review of Anthropology*, 10: 89-118.

Kramer, C.

(1985): "Ceramic ethnoarchaeology", *Annual Review of Anthropology*, 14: 77-102.

La-Rosa Municio, R.

(1995): "El Balconcillo y su datación en el contexto de la Edad del Bronce de la Meseta", *Complutum*, nº 6: 193-201.

Lanting, J.N.; Mook, W.G. y Waals, J. van der

(1973): "C14 Chronology and the Beaker Problem", *Helinium*, XIII(1): 38-58.

Lanting, J.N. y Waals, J.D. van der

(1976): "Beaker Culture Relations in the Lower Rhine Basin", en J.N. Lanting y J.D. van der Waals (eds.): *Glockenbechersymposium. Oberried 1974*. Bussum: 1-80.

Larick, R.

(1986): "Age grading and ethnicity in the style of Loikop (Samburu) spears", *World Archaeology*, 18(2): 269-283.

(1991): "Warriors and blacksmiths: mediating ethnicity in East African spears", *Journal of Anthropological Archaeology*, 10: 299-331.

Leisner, G. y V.

(1943): *Die Megalithgräber der iberischen Halbinsel; I-Die Suden*. Berlín.

(1951): *Actas do Concelho de Reguengos de Monsaraz. Materiais para o estudo da cultura megalítica em Portugal*. Lisboa, Instituto a Alta Cultura.

(1960): "El Guadalperal", *Madridier Mitteilungen*, I, Berlín: 20-74.

Leisner, V.

(1961): "Innenverzierte Schalen der Kupferzeit auf der Iberischen Halbinsel", *Madriider Mitteilungen*, nº 2: 11-33.

Leitao, M.; North, C. T.; Norton, J.; Da Veiga, O.; Zbyszewsky, G.

(1978): "La céramique de la culture du vase campaniforme du Portugal. Essai de systématisation", *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, LXIII, Lisboa: 449-520.

Lewis-Williams, J.D. y Dowson, T.A.

(1988): "The Signs of All Times: Entoptic Phenomena in Upper Palaeolithic Art", *Current Anthropology*, 29 (2): 201-245.

L'Helgouach, J.

(1963): "La céramique campaniforme en Armorique. Repartition - Formes - Decors", *Actes du Premier Colloque Atlantique (Brest, 1961): Les civilisations atlantiques du néolithique à l'Age du Fer*, Rennes: 57-88.

Lillios, K.

(1991): *Competition to fission: the copper to Bronze Age transition in the lowlands of West-central Portugal (3000-1000 BC)*. Tesis doctoral. University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan.

Lillo Carpio, P.A. y Walker, M.J.

(1986): "Asentamientos eneolíticos del Sureste en áreas bajas", en J. Mas García (dir.): *Historia de Cartagena*, Murcia, Ediciones Mediterráneo: 175-186.

Longacre, W.

(1982): "Kalinga pottery: an ethnoarchaeological study", en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.): *Pattern of the past. Studies in Honour of David Clarke*. Cambridge, C.U.P.: 49-66.

López Covacho, L.; Ortiz Del Cueto, J.R. y Rodríguez Cifuentes, M.

(1996): "El yacimiento prehistórico de Pedazo del Muerto (Pinto, Madrid)", *Reunión de Arqueología Madrileña (Madrid, Enero de 1996)*, Madrid: 213-215.

López Cuevillas, F.

(1955): "El comienzo de la Edad de los Metales en el noroeste peninsular", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 10, nº XXX: 5-39.

López, P. y Arnanz, A.

(1994): "Análisis polínico del yacimiento de El Ventorro", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 57-58.

López, P. (coord)

(1997): *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno final*. Madrid. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 5.

López de Calle, C. e Ilaraza, J.A.

(1997): "Condenaciones y remodelaciones. Una respuesta a las estratigrafías de los sepulcros megalíticos de Cameros", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 309-321.

López Palomo, L.A.

(1993): *Calcolítico y Edad del Bronce al sur de Córdoba. Estratigrafía en Monturque*. Córdoba. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

López Plaza, S.

(1974): "Materiales de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo", *Zephyrus*, XXV: 121-143.

(1978): *Comienzos del Eneolítico protourbano en el suroeste de la Meseta Norte*. Resumen Tesis doctoral, Salamanca.

(1979): "Aportación al conocimiento de los poblados eneolíticos del suroeste de la Meseta Norte española: la cerámica", *Setubal Arqueológica*, 5: 67-102.

- (1980): "Cerámica campaniforme del yacimiento de Coto Alto, La Tala (Salamanca)", *IV Congreso Nacional de Arqueología (Faro)*.
- (1984): "Coto Alto, La Tala (Salamanca): Nuevo yacimiento con cerámica campaniforme y de Boquique en la Meseta Norte española", *Arqueología (GEAP)*, 9: 59-67.
- (1987): "El comienzo de la metalurgia en el suroeste de la cuenca del Duero", en M. Fernández-Miranda (ed): *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, vol. II: 52-65.
- (1991): "Aproximación al poblamiento de la Prehistoria reciente de la provincia de Salamanca", en M. Santonja (coord.): *Del Paleolítico a la Historia*, Exposición del Museo de Salamanca: 49-59.
- (1994): "El Alto del Quemado, poblado calcolítico fortificado en el SO de la Meseta Norte Española", *Trabalhos de Arqueologia da EAM*, 2, Lisboa: 201-214.

López Plaza, S. y Arias González, L.

- (1988-9): "Aproximación al poblado calcolítico de Tierras Lineras, La Mata de Ledesma, Salamanca", *Zephyrus*, XLI-XLII: 171-198.

López Plaza, S. y Santos, J.

- (1984-5): "Alabarda y puñales de lengüeta y remaches procedentes del suroeste de la cuenca del Duero", *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII: 255-266.

López Serrano, V.

- (1994): "Estudio metalúrgico de una muestra de cobre procedente del yacimiento El Ventorro", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 65-66.

Losada, H.

- (1976): "El dolmen de Entretérminos (Madrid)", *Trabajos de Prehistoria*, 33: 209-226.

Lucas, M.R. y Blasco, C.

- (1979): "Nuevos hallazgos del Vaso Campaniforme en Arcos del Jalón (Soria)", *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología*: 175-181.
- (1980): "El hábitat campaniforme de El Perchel en Arcos del Jalón (Soria)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 8: 11-62.

Luengo, J.M.

- (1941): "El periodo eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de León", *Corona de Estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires*. CSIC, Madrid: 125-140.

Lull, V. (1983): *La "cultura" de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*. Madrid. Akal.

Lull, V. y Picazo, M.

- (1989): "Arqueología de la Muerte y Estructura Social", *Archivo Español de Arqueología*, nº 62: 5-20.

Macarro, J.A. y Silva Gata, J.F.

- (1990): "Un hábitat campaniforme en Barbatona (Sigüenza, Guadalajara)", *Wad al Hayara*, 17: 43-66.

Mac White, E.

- (1951): "Estudios sobre las Relaciones Atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce", *Disertaciones Matritenses*, II (Madrid), Seminario de Historia Primitiva del Hombre.

Maluquer De Motes, J.

- (1956): *Carta arqueológica de España: Salamanca*. Servicio de Investigaciones Arqueológicas, Diputación Provincial de Salamanca.
- (1958): "Excavaciones arqueológicas en el cerro del Berrueco (Salamanca)", *Acta Salmanticensis*, XIV (nº 1), Salamanca: 13-28.
- (1960): "Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta", *Zephyrus*, XI: 119-130.

Mañanés Pérez, T.

(1977): "Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en la provincia de León", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 4: 169-176.

Marqués de Lorian

(1942): "Nuevos hallazgos del vaso campaniforme en la provincia de Madrid", *Archivo Español de Arqueología*, XV: 161-167.

Martín Valls, R.

(1971): "Hallazgo de cerámica campaniforme en Pajares de Adaja (Ávila)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXVII, Valladolid: 397-406.

Martín Valls, R. y Delibes De Castro, G.

(1974): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: el enterramiento de Fuente Olmedo (Valladolid)*. Monografía nº 1 del Museo Arqueológico de Valladolid. Existe una reedición de esta obra en 1989, ampliada con los nuevos hallazgos.

(1976a): "Hallazgos arqueológicos de la provincia de Zamora (III)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII, Valladolid: 411-440.

(1976b): "Sobre la cerámica de la Fase Cogotas I", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII, Valladolid: 5-15.

(1978a): "Una pequeña cazuela campaniforme procedente del embalse de Santa Teresa, La Maya (Salamanca)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIV, Valladolid: 426-429.

(1978b): "Hallazgos arqueológicos de la provincia de Zamora (V)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIV, Valladolid: 321-346.

(1982): "Hallazgos arqueológicos de la provincia de Zamora (IX)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVIII, Valladolid: 45-70.

Martínez González, J.M.

(1988): "Cerámicas campaniformes de la provincia de Cuenca", *Trabajos de Prehistoria*, 45: 123-142.

Martínez Navarrete, M^a.I.

(1979): "El yacimiento de "La Esgaravita" y la cuestión de los llamados "fondos de cabaña" del Valle del Manzanares", *Trabajos de Prehistoria*, 36: 83-118.

(1984): "El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid: La cueva y cerro de Juan Barbero (Tielmes, Madrid)", *Trabajos de Prehistoria*, 41: 17-91.

(1987): "Los primeros periodos metalúrgicos", *Exposición 130 años de Arqueología Madrileña*: 58-81.

(1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: La Edad del Bronce como paradigma*. Madrid, Siglo XXI.

Martínez Santa Olalla, J.

(1926a): "Prehistoria burgalesa", *Butlletí de L'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia y Prehistòria*, IV, Barcelona: 85-109.

(1926b): "Estudio de Prehistoria burgalesa III. La Edad del Bronce", en Castelo, R. y otros (1995): 93-99.

(1930): "Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, I: 99-129.

(1934): "Casco de plata céltico de la primera Edad del Hierro", *Investigación y Progreso*, VIII(1): 22-25.

(1935): "Origen y cronología del vaso campaniforme", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XIV: 257-259.

(1946): *Esquema Paleontológico de la Península Ibérica*. Madrid, Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (2ª edición).

(1947): "Obras maestras hispánicas de la cerámica de estilo campaniforme", *Cuadernos de Historia Primitiva*, II, Madrid: 65-94.

(1948): "La fecha de la cerámica a la almagra en el Neolítico Hispanomauritano", *Cuadernos de Historia Primitiva*, vol. III, Madrid: 95-106.

(1978): *Historia del arte y de la cultura*. Madrid.

Martínez Sastre, V. y Valiente Malla, J.

(1990): "Un asentamiento campaniforme en las Tetras de Viana (Viana de Mondéjar, Guadalajara)", *Wad al Hayara*, 17: 7-42.

- Megaw, B.R.S. y Hardy, E.M.
(1938): "British Decorated Axes and their Diffusion during the Earlier Part of the Bronze Age", *Proceedings of the Prehistoric Society*, vol. 4(2): 272-307.
- Mélida, J.R.
(1920): "La cerámica prehistórica decorada. Los vasos de las grutas de Palmella", *O Archeologo Portugues*, XXIV, Lisboa: 23-32.
- Méndez Madariaga, A.
(1982): "Algunos yacimientos con materiales del Bronce final en la provincia de Madrid", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*: 19-54.
- Méndez Madariaga, A. y Velasco Steigrad, F.
(1984): "La Muela de Alarilla. Un yacimiento de la Edad del Bronce en el valle medio del Henares", *Revista de Arqueología*, nº 37: 6-15.
(1988): "La Mucla de Alarilla", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, tomo III (2): 185-195.
- Menk, R.
(1979): "Le phénomène campaniforme: structures biologiques et intégration historique", *Archives suisses d'anthropologie générale*, 43(2): 259-284.
- Mercer, R.
(ed.) (1977): *Beakers in Britain and Europe: Four Studies. Contributions to a Symposium organised by the Munro Lectureship Committee, Edinburgh University*. British Archaeological Reports, Supplementary Series 26, Oxford.
- Merino, E.
(1923): "Cerámica encolítica en Tierra de Campos. Sus precedentes", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXII: 232-244.
- Metcalf, P. y Huntington, R.
(1991): *Celebrations of Death. The Anthropology of mortuary ritual*. Cambridge. Cambridge University Press. 2ª edición, revisada y actualizada (1ª edición 1979).
- Millán, A.; Arribas, J.G. y Calderón, T.
(1991): "Caracterización mineralógica de cerámicas campaniformes: El yacimiento de Preresca (Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 7: 57-70.
- Millán, A. y Arribas, J.G.
(1994): "La cerámica. Segunda Parte: estudio tecnológico", en C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid: 117-126.
- Miller, D.
(1982): "Structures and strategies: an aspect of the relationship between social hierarchy and cultural change", en I. Hodder (ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press: 89-98.
- Mingarro Martín, F. y López de Azcona, Mª.C.
(1994): "Estudio petrológico de seis hachas pulimentadas procedentes de El Ventorro", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 61-62.
- Mizoguchi, K.
(1993): "Time in the reproduction of mortuary practices", *World Archaeology*, 25(2): 223-235.
- Molina, F. y Arteaga, O.
(1976): "Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1: 175-214.
- Molinero Pérez, A.
(1954): *De la Segovia Arqueológica*. Segovia.

(1971): "Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 72.

Monteagudo, L.

(1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel. Præistorische Bronzefunde*, IX (6), München.

Montero Ruiz, I.

(1994): *El origen de la metalurgia en el sureste de la Península Ibérica*. Almería, Instituto de Estudios Almerienses.

(1998): "Aprovechamiento de recursos minerales y comercialización de objetos metálicos: una perspectiva analítica", en G. Delibes (coord.): *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica*. *Studia Archaeologica*, 88, Valladolid: 199-225.

Montero, I.; Rodríguez, S. y Rojas, J.M.

(1990): *Arqueometalurgia de la provincia de Toledo: Minería y recursos minerales de cobre*. Toledo. Excma. Diputación Provincial de Toledo, Servicio de Arqueología.

Monteverde, J.L.

(1940): "Un castro de la Edad del Hierro en el cerro de San Miguel", *B.I.F.G.*, 72.

(1969): "La colección Monteverde de Burgos", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, X-XII: 225 y ss.

Morales Hernández, F.

(1995): *Carta Arqueológica. Soria. La Altiplanicie soriana*. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Soria. Soria.

Morales, A.

(1992): "Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora). Campaña 1979", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII: 65-96.

Morales Muñiz, A. y Liesau von Lettow-Vorbeck, C.

(1994): "Arqueozoología del Calcolítico en Madrid: Ensayo crítico de síntesis", en C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 227-247.

Morales Muñiz, A. y Villegas Broncano, C.

(1994): "La fauna de mamíferos del yacimiento de 'El Ventorro': síntesis osteológica de la campaña de 1981", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 35-56.

Morán Bardón, C.

(1924): "Excavaciones arqueológicas en el cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila, El Tejado y Puente de Congosto, Salamanca)", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, nº 65, Madrid.

(1925): *Por tierras de León. Historia, costumbres, monumentos, leyendas, filología y arte*. Salamanca.

(1926): "Prehistoria de Salamanca", *O Instituto*, vol. 73, Coimbra, Imprenta de la Universidad.

(1931): "Excavaciones en los dólmenes de Salamanca", *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, nº 113, Madrid: 62-67.

(1935): "Excavaciones en los dólmenes de Salamanca y de Zamora", *Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico*, nº 135, Madrid.

(1939): "Los dólmenes de Salamanca", *Las Ciencias*, año IV, vol. 4, Madrid.

(1940): *Mapa histórico de la provincia de Salamanca*. Salamanca, Imprenta Calatrava.

(1946): "Reseña Histórico - Artística de la Provincia de Salamanca", *Acta Salmanticensis*, Filosofía y Letras, tomo II, nº 1, Salamanca.

Moreno Arrastio, F.J.

(1990): "Notas al contexto de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo)", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo: Diputación Provincial de Toledo: 275-308.

Moreno López, G.

(1971-2): "Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes", *Caesaraugusta*, nº 35-6: 29-51.

(1973): "Cinco vasos campaniformes en el Museo Arqueológico Nacional", *Estudios del Seminario de Prehistoria, Arqueología e Historia antigua de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza*, II: 33-43.

Morere, N.

(1983): *Carta arqueológica de la región seguntina*. Institución Provincial de Cultura "Marqués de Santillana".

Municio González, L.

(1984): "Cerámica campaniforme de Santibáñez de Ayllón (Segovia)", *Trabajos de Prehistoria*, 41: 313-322.

(1988): "El Neolítico en la Meseta Central española", en P. López (ed.): *El Neolítico en España*, Madrid, Cátedra: 299-237.

Municio, L. y Ruiz-Gálvez, M.

(1986): "Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta norte: las cerámicas decoradas de la Cueva de La Nogaleda, Villaseca (Segovia)", *Numantia*, II: 143-157.

Muñoz López-Astilleros, K.

(1993): "El poblamiento desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en el valle medio del río Tajo", *Complutum*, nº 4: 321-336.

(1998): *El poblamiento en la cuenca media del Tajo desde el Neolítico Final a la Primera Edad del Hierro*, Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense.

Muñoz, K., García, T. e Izquierdo, D.

(1995): "Aportaciones al estudio de la Edad del Cobre en la cuenca media del río Tajo", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXI: 31-50.

Naranjo González, C.

(1984): "El Castro de Cardeñosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Ávila (excavaciones realizadas por J. Cabré)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19: 35-84.

Needham, S.

(1993): "Displacement and Exchange in Archaeological Methodology", en C. Scarre y F. Healy (eds.): 161-169.

Neiman, F.D.

(1995): "Stylistic variation in evolutionary perspective: inferences from decorative diversity and interassemblage distance in Illinois Woodland ceramic assemblages", *American Antiquity*, 60(1): 7-36.

Neitzel, J.E.

(1995): "Elite Styles in Hierarchically Organized Societies. The Chacoan Regional System", en Carr, C. y Neitzel, J.E. (eds.): *Style, Society, and Person. Archaeological and Ethnological Perspectives*. New York and London, Plenum Press.: 393-417.

Neustupný, E.

(1963): "The Bell Beaker Culture in Bohemia and Moravia", en *A Pedro Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, Méjico: 331-344.

(1976): "Paradigm Lost", en J.N. Lanting y J.D. van der Waals (comps.): *Glockenbecher Symposium, Oberried, 1974. Fibula-van Dishoeck*, Bussum/Haarlem: 241-247.

(1984): "The Bell Beaker Culture in East Central Europe", en J. Guilaine (ed.): *L'Age du Cuivre européen. Civilisation à vases campaniformes*. CNRS, Paris: 107-119.

Obermaier, H.

(1917): "El yacimiento prehistórico de Las Carolinas", *Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, nº 16: 5 y ss.

Ortego y Frías, T.

(1955): "Aportaciones al estudio del vaso campaniforme", *Zephyrus*, VI: 179-182.

- (1960): "Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria", *Caesaraugusta*, 15-16: 107-132.
- (1961): "Soria", Primera Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza, *Caesaraugusta*, 17-18: 157-166.
- (1969): "Covarrubias: una estación arqueológica en el término de Ciria (Soria)", *X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón, 1967)*: 205-213.
- (1970): "El ambiente arqueológico en torno al campamento romano de Almazán", *XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1968)*, Zaragoza: 668-675.
- (1985-6): "Proyección de la cultura megalítica en las comarcas del Alto Duero", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, nº 22 (Diciembre - Junio 86): 4-8.

Orton, C.

- (1988): *Matemáticas para arqueólogos*. Madrid. Alianza Universidad.

Osaba y Ruiz de Erenchun, B.

- (1960a): "Adquisiciones del Museo Arqueológico de Burgos", *Memorias de los Museos Arqueológicos (1955-1957)*, vols. 16-18: 129-137.
- (1960b): "La Arqueología en Ojo Guareña", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVIII: 177-192.
- (1963): "Musco Arqueológico de Burgos", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales (1958-1961)*, XIX-XXII: 129-137.
- (1964): "Catálogo arqueológico de la provincia de Burgos", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VI (1-3), 1962, Madrid: 227-277.

Osaba, B.; Abasolo, A.; Uribarri, J.L. y Liz, C.:

- (1971a): "El dolmen de Cubillejo de Lara de los Infantes (Burgos)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XV: 111-123.
- (1971b): "El dolmen de Porquera de Butrón, en la provincia de Burgos", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XV: 76 y ss.

Osuna, M.

- (1975): "El dolmen del Portillo de las Cortes (Aguilar de Anguita), Guadalajara", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, nº 3.

Palol, P. de.

- (1965): "Otros materiales de Pesquera y Curiel", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXI, Valladolid: 119-222.

Palol, P. de. y Recio, A.

- (1969): "Nuevos hallazgos en el yacimiento del área de Curiel, Pesquera de Duero y Padilla de Abajo", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIV-XXXV, Valladolid: 298-303.

Palol, P. de. y Wattenberg, F.

- (1974): *Carta arqueológica de España. Provincia de Valladolid*.

Palomar García - Villamil, M.L. y Fernández Bermejo, C.

- (1994): "Contribución al estudio genético de restos arqueológicos (vasijas) de El Ventorro", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 59-60.

Palomino Lázaro, A.

- (1990): "Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora", *Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol. II: 173-200.

Palliardi, J.

- (1919): "Beiträge zur Kenntnis der Glockenbecher Kultur", *Wien. Praehist. Zeitschrift.*, IV: 41-56.

Parker Pearson, M.

- (1982): "Mortuary practices, society and ideology: an ethnoarchaeological study", en I. Hodder (ed): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge, C.U.P.; 99-113.
- (1993a): *Bronze Age Britain*. London. B.T. Batsford Ltd/English Heritage.

(1993b): "The Powerful Dead: Archaeological Relationships between the Living and the Dead", *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 203-229.

Pascual Díaz, A.C.

(1986): *Carta Arqueológica de Soria: La zona de Quintana Redonda*. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Soria.

Paynter, R.

(1989): "The Archaeology of Equality and Inequality", *Annual Review of Anthropology*, 18: 369-399.

Pérez Arrondo, C.L.

(1987): "El fenómeno megalítico en la margen derecha del Ebro: La Rioja. Estado de la cuestión y principales problemas", *El Megalitismo en la Península Ibérica*, Madrid, Ministerio de Cultura: 159-180.

Pérez, F.J. y otros

(1991): "Intervención arqueológica en el yacimiento de Los Bajos (Vecilla de Trasmonte, Zamora)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián Ocampo*: 149-173.

Pérez, F.J.; Sanz, F.J.; Marcos, G.J.; Martín, M.A. y Misiego, J.C.

(1993): "Algunos aspectos de la Edad del Cobre en el valle medio del río Tera", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián Ocampo*: 49-78.

Pérez, F.J.; Misiego, J.C.; Sanz, F.J.; Marcos, G.J.; Martín, M.A. y Fernández, J.M.

(1994): "La Huelga. Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la Cuenca del Duero (Ducñas, Palencia)", *Numantia*, nº 5: 11-32.

Pérez de Barradas, J.

(1923): "Yacimientos palcolíticos de los valles del Manzanares y del Jarama (Madrid)", *Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, memoria nº 6*, 34 pags.

(1924): "Introducción al estudio de la Prehistoria Madrileña", *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, tomo I: 13-35.

(1926): "El Neolítico de la provincia de Madrid", *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, año III, nº IX: 75-84.

(1929): "Yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid", *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, LI (nº 11): 153-322.

(1931-32a): "Las villas romanas de Villaverde Bajo (Madrid)", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, II-III: 99-124.

(1931-32b): "Excavaciones en el poblado eneolítico de Cantarranas (Ciudad Universitaria de Madrid)", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, II-III: 61-81.

(1935): "La Cueva de la Tarascona (Segovia)", *Revista Las Ciencias*, II (nº 3), Madrid: 607-611.

(1936a): "Nuevos Estudios sobre Prehistoria Madrileña. I, la colección Berto", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, vols. IV-VI (1933-34-35): 1-90.

(1936b): "Fondos de cabaña de la estación del ferrocarril de Aragón", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, vols. IV-VI (1933-34-35): 181-184.

(1941): "El poblado prehistórico de Los Vascos", *Atlantis (Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria)*, tomo XVI, cuaderno 1-2, Madrid: 158-160.

Pérez de Barradas, J. y Fuidio, F.

(1927): "Nuevos yacimientos neolíticos de los alrededores de Madrid", *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, IV: 283-293.

(1928): "Descubrimientos arqueológicos en el término municipal de Azaña (Toledo)", *Toletum*, 35, Toledo: 117-129.

Pérez Martín, R.

(1983): "Hallazgo de un torques de paletas en el dolmen de la Veguilla (Salamanca)", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño)*: 171-175.

Pérez Villanueva, J.; Tovar, A. y Supiot, J.

(1932-3): "Avance de estudio sobre la necrópolis visigoda de Piña de Esgueva (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, I, Valladolid: 119-222.

Pericot García, L.

(1936): "La España Antigua. Prehistoria. Épocas ibérica y romana", en *Historia de España, Gran Historia General de los Pueblos Hispanos*, tomo I (Epoca Primitiva y Romana), Barcelona, Instituto Gallach.

(1950): *La España Primitiva*. Barcelona, Editorial Barna.

Piggott, S.

(1947): "Relações entre Portugal e as Ilhas Britânicas nos começos da Idade do Bronze", *Revista de Guimarães*, LVII, Guimarães: 139-152.

Plog, S.

(1978): "Social interaction and stylistic similarity: a reanalysis", en M.B. Schiffer (ed.): *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. I: 144-182.

(1980): *Stylistic variation in prehistoric ceramics. Design analysis in the American Southwest*. C.U.P.

(1995): "Approaches to Style. Complements and Contrasts", en Carr, C. y Neitzel, J.E. (eds.): *Style, Society, and Person. Archaeological and Ethnological Perspectives*. New York and London. Plenum Press.: 369-387.

Poyato Holgado, M.C. y Espadas Pavón, J.J.

(1988): "El Castellón, un importante yacimiento con campaniforme en Villanueva de los Infantes (Ciudad Real)", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol. II (1): 207-211.

(1994): "El Cerro de El Castellón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real): La Cabeccra del Jabalón durante el III Milenio", en J.L. Sánchez, C. Galán, A. Caballero, C. Fernández y M^a.T. Musat (eds.): *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha: 41-68.

Poyato Holgado, M.C. y Galán Saulnier, C.

(1978-9): "Hallazgo de materiales campaniformes en Oretum, Granátula de Calatrava (Ciudad Real)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, vol.5-6: 59-69.

(1988): "Las cerámicas del Grupo Dornajos de la Mancha Oriental", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, tomo II: 301-307.

Price, T.D., Grupe, G. y Schröter, P.

(1998): "Migration in the Bell Beaker period of central Europe", *Antiquity*, 72(276): 405-411.

Priego Fernández del Campo, M^a.C.

(1994): "El yacimiento de Angosta de los Mancebos, nueva contribución al conocimiento de la Edad del Bronce madrileña", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 91-97.

Priego Fernández del Campo, M^a.C. y Quero Castro, S.

(1976): "Noticia sobre el poblado campaniforme de El Ventorro (Madrid)", *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 321-329.

(1977): "El Campaniforme en el valle del Manzanares (Madrid)", *XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria, 1975)*: 267-276.

(1982): "Actividades del Instituto durante 1981", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*: 251-254.

(1983): "Actividades de la sección arqueológica del Museo Municipal durante 1982", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*: 285-314.

(1992): *El Ventorro, un poblado prehistórico de los albores de la metalurgia*. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, nº 8 (monográfico).

Priego, M^a.C.; Quero, S.; Gamazo, M. y Gálvez, P.

(1979): "Prehistoria y Edad Antigua en el área de Madrid", en *Madrid, testimonios de su historia hasta 1875*. Museo Municipal, Madrid.

Quero Castro, S.

(1982): "El poblado del Bronce medio del Tejar del Sastre (Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, I: 185-247.

Quero, S. y Priego, C.

(1978): "Campaniformes de la Meseta en el Instituto Arqueológico Municipal de Madrid", *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, vol. 3-4: 83-94.

Querré, G.

(1992): "Les céramiques du Sud-Finistère, nature et provenances; premiers résultats", *Antiquités Nationales*, 24: 25-47.

Ramos González, F.

(1989): *Armas y útiles metálicos calcolíticos y de los inicios de la Edad del Bronce en el valle del Duero: Aproximación Tipológica/Secuencial*. Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Valladolid.

Redman, Ch.L.

(1977): "The 'Analytical Individual' and Prehistoric Style Variability", en Hill, J.N. y Gunn, J.(eds.): *The individual in Prehistory. Studies of Variability in Style in Prehistoric Technologies*. New York, Academic Press: 41-53.

Rehman, F.; Robinson, V.J. y Shennan, S.J.

(1992): "Neutron activation study of Bell Beakers and associated pottery from Czechoslovakia and Hungary", *Památky Archeologické*, 83(2): 197-211.

Renfrew, C.

(1969): "Trade and Culture Process in European Prehistory", *Current Anthropology*, nº 10: 151-169.

(1982): "Socio-economic change in ranked societies", en C. Renfrew y S. Shennan, (eds.): *Ranking, Resource and Exchange. Aspects of the Archaeology of Early European Society*. Cambridge, Cambridge University Press: 1-8.

(1986): "Varna and the emergence of wealth in prehistoric Europe", en A. Appadurai (ed.): *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Oxford, C.U.P.: 141-168.

(1993): "Trade Beyond the Material", en C. Scarre; F. Healy (eds.): *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*. Proceedings of a Conference held at the University of Bristol (April, 1992), Oxford, Oxbow Monograph nº 33: 5-16.

Renfrew, C.; Cherry, J.F.

(eds.) (1986): *Peer Polity Interaction and sociopolitical change*. Cambridge, Cambridge University Press.

Reverte Coma, M.

(1994): "Restos humanos del yacimiento de 'El Ventorro'. Informe antropológico y paleopatológico", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 33-34.

Revilla Andia, M.L.

(1985): *Carta arqueológica de Soria: Tierra de Almazán*. Diputación Provincial de Soria, Soria.

Revilla Andia, M.L. y Jimeno Martínez, A.

(1986): "El horizonte campaniforme de El Guijar, Almazán, Soria", *Numantia*, II: 159-192.

Reuelta Tubino, M.

(1980): "Los hallazgos de Pantoja en el Museo de Santa Cruz", *Toletum*, Año 64, 1977-8, Toledo: 49-52.

Riaño, J.F.; Rada y Delgado, J.D. y Catalina García, J.

(1894): "Hallazgo prehistórico de Ciempozuelos", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXV: 436-450.

Rice, P.M.

(1987): *Pottery Analysis. A Sourcebook*. University of Chicago Press.

Rincón, J.Mª y Alonso, M.J.

(1990): "Estudio arqueométrico de materiales cerámicos campaniformes de la provincia de Zamora", *XXX Congreso Nacional de Cerámica y Vidrio*, (inédito).

Robertson-Mackay, M.E.

(1980): "A Head and Hooves Burial beneath a Round Barrow, with other Neolithic and Bronze Age Sites on Hemp Knoll, near Avebury, Wiltshire", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 46: 123-176.

Rodríguez, E.; Larrén, H. y García, R.

(1990): "Carta arqueológica de Villafáfila", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos, Florián Ocampo*: 33-76.

Rodríguez Marcos, J.A. y Herrán Martínez, J.I.

(1988): "Informe sobre la excavación de urgencia realizada en el yacimiento de El Pico del Castro, Quintanilla de Arriba (Valladolid)". Inédito. Servicio territorial de Cultura de Valladolid.

Rodríguez Marcos, J.A. y Palomino Lázaro, A.

(1997): "Un asentamiento castreño del Bronce antiguo en la cuenca del Duero: El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos)", en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 579-590.

Roe, P.G.

(1995): "Style, Society, Myth, and Structure" en Carr, C. y Neitzel, J.E. (eds.): *Style, Society, and Person. Archaeological and Ethnological Perspectives*. New York and London. Plenum Press : 27-76.

Rojas Rodríguez-Malo, J.M.

(1984): *El Vaso campaniforme en la provincia de Toledo*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense.

(1987): "La Huerta del Diablo: Un posible asentamiento calcolítico con muralla circular", *Trabajos de Prehistoria*, 44: 271-282.

(1988a): "Relación hábitat - economía en el mundo campaniforme toledano", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol. II: 199-206.

(1988b): "El Cerro del Peñón: una atalaya del Bronce Medio", *Homenaje a Jiménez de Gregorio*: 85-96.

Rojas Rodríguez-Malo, J.M. y Rodríguez Montero, S.

(1990): "El Guijo: Aportación al estudio del Calcolítico y la Edad del Bronce en la cuenca media del Tajo", *Actas Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*: 163-198.

Rojas, J.M. y Villa, J.R.

(1996): "Una inhumación individual de época neolítica en Villamayor de Calatrava (Ciudad Real)", *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 27-29 Marzo de 1995)*, *Rubricatum*, 1(2): 509-518.

Rojo García-Lajara, R.

(1994): *Historia de la Muy Noble y Muy Leal Villa de Corral de Almaguer*.

Rojo Guerra, M.A.

(1989): "El túmulo protohistórico del Paso de la Loba (Huidobro, Burgos)", *Trabajos de Prehistoria*, 46: 99-116.

(1990): "Monumentos megalíticos en La Lora burgalesa: exégesis del emplazamiento", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 53-63.

(1992-4): "Nuevos monumentos tumulares en la provincia de Soria: Reflexiones en torno al megalitismo de la submeseta norte", *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria (Geografía e Historia)*, XII (2): 7-32.

Rojo Guerra, M.A. y Del Val Recio, J.

(1990): "Quintanilla de Abajo", *Numantia*, III: 324-325.

Rojo Guerra, M.A.; Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J.J.

(1992): "El fenómeno megalítico en la provincia de Soria", *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana (Octubre 1989)*, vol. I: 165-182.

Rojo, M.A.; Negro, M^a.J. y Sanz, A.

(1996): "El túmulo de 'La Peña de la Abuela', Ambrona (Soria) y el poblamiento neolítico de su entorno", *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria (Geografía e Historia)*, XIII (2): 7-38.

Roque, J.; Cardoso, J.L. y Peixoto, F.

(1996): "A estação pré-histórica do Casal de Barronhos (Oeiras)", *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 6: 301-316.

Rovira Llorens, S.

(1989): "Recientes aportaciones para el conocimiento de la metalurgia primitiva en la provincia de Madrid: un yacimiento campaniforme en Perales del Río (Getafe, Madrid)", *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 355-367.

(1994): "Informe del estudio analítico de algunos materiales de 'El Ventorro' (Villaverde, Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, nº 9: 63-64.

Rovira, S.; Montero, I. y Consuegra, S.

(1992a): "La metalurgia de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: Estudio analítico", *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana (Octubre 1989)*, vol. I: 249-259.

(1992b): "Archeometallurgical study of Palmela arrow heads and other related types", en E. Antonacci Sanpaolo (ed.): *Archeometallurgia. Recherche e Prospettive. Atti del Colloquio Internazionale di Archeometallurgia (Bologna - Dozza Imolese, 18-21 ottobre 1988)*. Bolonia: 269-289.

(1997): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. I. Análisis de materiales*. Madrid. Instituto Universitario Ortega y Gasset, Ministerio de Educación y Cultura.

Rovira, S. y Montero, I.

(1994): "Metalurgia campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de Madrid", en C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid: 137-171.

Rowlands, M.J.

(1971): "The archaeological interpretation of prehistoric metalworking", *World Archaeology*, 3(2): 210-224.

(1980): "Kinship, Alliance and Exchange in the European Bronze Age", en J. Barrett y R. Bradley (eds.): *The British Later Bronze Age*. Oxford, B.A.R., 83: 15-55.

Ruiz Argilés, V.

(1948): "Un vaso campaniforme del Museo de San Telmo de San Sebastián (Guipuzcoa)", *Cuadernos del Seminario de Historia Primitiva*, III (1): 63-65.

Ruiz Fernández, F.

(1975): "Una necrópolis de la Edad del Bronce en Yuncos (Toledo)", *Sautuola*, I: 117-133.

Ruiz-Gálvez Priego, M^a.L.

(1979): "El Bronce antiguo en la fachada atlántica peninsular: un ensayo de periodización", *Trabajos de Prehistoria*, vol. 36: 151-172.

(1991): "Songs of a Wayfaring Lad. Late Bronze Age Atlantic exchange and the building of the regional identity in the west Iberian Peninsula", *Oxford Journal of Archaeology*, vol. 10 (3): 277-303.

(1992a): "Variaciones sobre un tema ... no de Haydn sino de Renfrew: Los indoeuropeos, sus lenguas y el comercio", *Arquítica*, nº 4: 18-9.

(1992b): "La Novia Vendida: Agricultura, herencia y orfebrería en la Protohistoria de la Península Ibérica", *Spal*, 1: 219-251.

(1992c): "Orientaciones teóricas sobre intercambio y comercio en Prehistoria", *Gala*, nº 1: 87-101.

Ruiz Mata, D.

(1975): "Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla)", *Madridier Mitteilungen*, 16: 80-110.

Ruiz Taboada, A.

(1993): "Producción y explotación económica en las estribaciones nororientales de los Montes de Toledo durante la Edad del Bronce", *Complutum*, nº 4: 311-320.

- (1994a): *La Edad del Bronce en el límite noroccidental de la Mancha*. Tesis doctoral leída en la Universidad Complutense.
- (1994b): "La Edad del Bronce en la cuenca media del Tajo", *Actas del Primer Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993), Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. XXXIV (1-2): 177-189.
- (1996): "¿Qué ha pasado con la Edad del Bronce de La Mancha?", *Zephyrus*, 49: 211-224.
- (1998): *La Edad del Bronce en la provincia de Toledo: La Mancha y su entorno*. Toledo. Diputación Provincial de Toledo.
- Ruiz Zapatero, G.
 (1983): "Modelos teóricos de invasiones/migraciones en arqueología prehistórica", *Informació Arqueològica*, 41: 147-157.
- Ruiz Zapatero, G. y Chapa Brunet, T.
 (1990): "La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico-metodológicas", en F. Burillo (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos (Daroca, 1988)*. Zaragoza: 357-372.
- Rulf, J.
 (1995): "Provinces, regions and subregions: the Labe/Elbe group of Linear Pottery Culture example", en Kuna, M. y Venclová, N. (eds.): *Whither Archaeology?. Papers in honour of Evzen Neustupný*. Praha, Institute of Archaeology: 299-312.
- Sackett, J.R.
 (1977): "The Meaning of Style in Archaeology: A General Model", *American Antiquity*, 42(3): 369-380.
 (1986a): "Isochrestism and style: a clarification", *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 266-277.
 (1986b): "Style, Function, and Assemblage Variability: A Reply to Binford", *American Antiquity*, 51(3): 628-634.
 (1990): "Style and ethnicity in archaeology: the case for isochrestism", en M. Conkey y C. Hastorf, (eds.): *The uses of style in archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press: 32-43.
- Sacristán de Lama, J.D.
 (1993): "Arqueología Preventiva y de Gestión (1989-1990): Burgos", *Numantia*, 4: 295-306.
- Saez Martín, B.
 (1954-55): "Madrid", en 'Inventario Nacional de sitios arqueológicos', *Noticiero Arqueológico Hispánico*, III-IV: 257.
- Salanova, L.
 (1992): "La céramique campaniforme du Sud-Finistère", *Antiquités Nationales*, 24: 9-24.
- Salvador, M.; Martín, A.M.; Iglesias, L.; Viñé, A.I. y Rubio, P.
 (1993): "El Chafaril. Excavación de urgencia de un yacimiento prehistórico en Toro", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián Ocampo*: 179-189.
- Sánchez Meseguer, J.
 (1979): "La Cueva de Pedro Fernández (Estremera, Madrid)", *Actas de las Primeras Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid*: 117-121.
- Sánchez Meseguer, J.; Fernández, A.; Galán, C. y Poyato, M.C.
 (1983): *El Neolítico y La Edad del Bronce en la región de Madrid*. Arqueología y Paleocología, 3, Diputación de Madrid, Madrid.
- Sánchez Palencia, F.J. y Pérez, L.C.
 (1989): "Los yacimientos auríferos de la Península Ibérica. Posibilidades de explotación en la Antigüedad", *El Oro en la España prerromana*, monográfico de la Revista de Arqueología, Madrid: 16-23.
- Sangmeister, E.
 (1963): "La civilisation du vase campaniforme", *Actes du Premier Colloque Atlantique (Brest, 1961): Les civilisations atlantiques du néolithique à l'Age du Fer*, Rennes: 25-56.

Santonja Gómez, M.

(1991): "Comentarios generales sobre la dinámica del poblamiento antiguo en la provincia de Salamanca", en M. Santonja (coord.): *Del Paleolítico a la Historia*, Exposición del Museo de Salamanca: 13-31.

Savory, H.N.

(1950): "A influência do Povo Beaker no primeiro período da Idade do Bronze na Europa Occidental", *Revista de Guimarães*, LX, Guimarães: 350-375.

(1968): *Spain and Portugal. The Prehistory of the Iberian Peninsula*. London. Thames and Hudson.

(1973): *Were the first Bell Beakers Corded?*, Estudios dedicados al Prof. Dr. Luis Pericot, Universidad de Barcelona, Barcelona: 221-232.

Scarre, C. y Healy, F.

(eds.) (1993): *Trade and Exchange in Prehistoric Europe. Proceedings of a Conference held at the University of Bristol (April, 1992)*, Oxford, Oxbow Monographs, n° 33.

Scharff, A.

(1927): "Grundzüge der aegyptischen Vorgeschichte", *Morgenland*. Leipzig.

Schmidt, H.

(1915): "Estudios acerca de los principios de la Edad de los Metales en España" (traducido por Bosch Gimpera), *Memoria n° 8 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, Museo de Ciencias Naturales, Madrid.

Schmidt, P.R. y Mapunda, B.B.

(1997): "Ideology and the Archaeological Record in Africa: Interpreting Symbolism in Iron Smelting Technology", *Journal of Anthropological Archaeology*, vol. 16(1): 73 y ss.

Schubart, H.

(1973): "Tumbas megalíticas con enterramientos secundarios de la Edad del Bronce de Colada de Monte Nuevo de Olivenza", *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*, Zaragoza: 175-190.

Schulten, A.

(1927): *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, vol. III, Die Lager der Scipio, München.

(1929): *Die Lager bei Renieblas. Numantia IV*. München.

(1931): *Numantia. Die Ergebnisse Der Ausgrabungen 1905-1912. Band II: Die Stadt Numantia*. München.

Senna-Martínez, J.C. de.

(1983-4): "Contribuições arqueométricas para um modelo sociocultural: padrões volumétricos na Idade do Bronze do Centro e NW de Portugal", *Clio/Arqueologia*, 1: 169-188.

(1993): "Duas contribuições arqueométricas para o estudo do Bronze Pleno do Centro e Noroeste de Portugal", *Trabalhos de Arqueologia da EAM*, 1: 77-91.

(1994): "Notas para o estudo da génese da Idade do Bronze na Beira Alta: o fenómeno campaniforme", *Trabalhos de Arqueologia da EAM*, n° 2, Lisboa, Colibri: 173-200.

Service, E.

(1971): *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. 2ª edición (la 1ª en 1962).

Shanks, M. y Tilley, C.

(1982): "Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices", en I. Hodder (ed): *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge, C.U.P.: 129-154.

(1987a): *Reconstructing Archaeology. Theory and Practice*. New Studies in Archaeology, Cambridge University Press.

(1987b): *Social Theory and Archaeology*. Polity Press.

Shennan, S.

(1976): "Bell Beakers and their context in central Europe", en J.N. Lanting y J.D. van der Waals (comps.): *Glockenbecher Symposium, Oberried, 1974*. Fibula-van Dishoeck, Bussum/Haarlem: 231-239.

- (1982): "Ideology, change and the European Early Bronze Age", en I. Hodder (ed): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge, C.U.P.: 155-161.
- (1989): "Introduction: archaeological approaches to cultural identity", en S. Shennan (ed): *Archaeological Approaches to Cultural Identity*. One World Archaeology: 1-32.
- (1992): *Arqueología Cuantitativa*. Editorial Critica, Barcelona.
- (1991): "Some current issues in the archaeological identification of past peoples", *Archaeologia Polona*, 29, Varsovia: 29-37.
- (1995): "Diffusion revisited", en Kuna, M. y Venclová, N. (eds.): *Whither Archaeology?. Papers in honour of Evzen Neustupný*. Praha, Institute of Archaeology: 293-298.

Shennan, S. y Wilcock, J.D.

- (1975): "Shape and style variation in Central German Beakers: a computer- assisted study", *Science and Archaeology*, 15: 17-31.

Sherratt, A.

- (1976): "Resources, technology and trade: an essay in Early European metallurgy", en G. de Sieveking y otros (eds.): *Problems in Economic and Social Archaeology*, London: 557-582.
- (1981): "Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution", en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.): *Pattern of the past. Studies in Honour of David Clarke*. Cambridge, C.U.P.: 261-305.
- (1983): "The secondary exploitation of animals in the Old World", *World Archaeology*, vol. 15 (nº1): 90-104.
- (1986): "Wool, wheels and ploughmarks: local developments or outside introductions in Neolithic Europe?", *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 23: 1-15.
- (1987): "Cups that Cheered", en *W. H. Waldren y R.C. Kennard (comps.)*: 81-114.
- (1988): "The Archaeology of Indo-European: an alternative view", *Antiquity*, 62 (nº 236): 584-595.
- (1991): "Sacred and profane substances: the ritual use of narcotics in Later Neolithic Europe", en P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates and J. Toms (eds.): *Sacred and Profane: Proceedings of a conference on archaeology, ritual and religion*, Oxford University Committee for Archaeology Monographs, 32: 50-64.
- (1993a): "What would a Bronze Age World System look like?. Relations between temperate Europe and the Mediterranean in Later Prehistory", *Journal of European Archaeology*, nº 2 (1): 1-56.
- (1993b): "Bell Beakers in Europe", *Popular Lecture to the École Antique, Nîmes, 1993*: 1-11.
- (1995): "Alcohol and its Alternatives: Symbol and substance in pre-industrial cultures", en Goodman, J.; Lovejoy, P.E. y Sherratt, A., (eds.): *Consuming Habits: Drugs in History and Anthropology*. London. Routledge, 11-46.
- (1996): "Why Wessex? The Avon Route and River Transport in Later British Prehistory", *Oxford Journal of Archaeology*, vol. 15 (nº 2): 211-234.
- (1997): *Economy and Society in Prehistoric Europe. Changing perspectives*. Edinburgh University Press.

Siret, L.

- (1913): *Questions de Chronologie et d'Ethnographie iberiques*. Paris.

Skibo, J.M.; Schiffer, M.B. y Kowalski, N.

- (1989): "Ceramic Style Analysis in Archaeology and Ethnoarchaeology: Bridging the Analytical Gap", *Journal of Anthropological Archaeology*, 8: 388-409.

Smith, M.A.

- (1953): "Iberian Beakers", *Proceedings of the Prehistoric Society*, XIX: 95-107.
- (1956): "Sobre la cronología del vaso campaniforme en la Península Ibérica", *Actas de la IV Sesión, Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)*. Zaragoza: 481-485.

Soares, J. y Tavares, C.

- (1984): "Le groupe de Palmela dans le cadre de la ceramique campaniforme au Portugal", en J. Guilaine (ed.): *L'Age du Cuivre européen. Civilisation à vases campaniformes*. CNRS, Paris: 209-220.

Spindler, K.

- (1975): "Bemerkungen zu einigen portugiesischen glockenbecherfunden", *Madriider Mitteilungen*, 16: 56-79.

Spindler, K. y Veiga Ferreira, O da.

- (1974): "Das Vorgeschichtliche fundmaterial aus der Gruta do Carvalhal/Portugal", *Madriider Mitteilungen*, 15: 28-76.

Stanislawski, M.B.

(1973): "Review of Archaeology as anthropology: a case study", *American Antiquity*, 38: 117-121.

Taracena, B.

(1941): *Carta arqueológica de España. Soria*.

Tardón Gutiérrez, G.

(1995): "Hallazgos arqueológicos en la Comunidad de Villa y Tierra de Íscar y sus alrededores", *Acontia*, nº 1: 41-70.

Thomas, J.

(1987): "Relations of production and social change in the Neolithic of North-West Europe", *MAN*, nº 22 (3): 405-430.

(1991a): *Rethinking the Neolithic*. Cambridge, Cambridge University Press.

(1991b): "Reading the Body: Beaker Funerary Practice in Britain", en P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates and J. Toms (eds.): *Sacred and Profane: Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion, Oxford 1989*, Oxford University Committee for Archaeology, Monograph nº 32, Oxford: 33-42.

Thorpe, I.J. y Richards, C.

(1984): "The Decline of Ritual Authority and the Introduction of Beakers into Britain", en R. Bradley y J. Gardiner (eds.): *Neolithic Studies. A Review of some Current Research*. B.A.R., nº 133 (nº 1): 67-84.

Thurnam, J.

(1871): "On Ancient British Barrows. Part II", *Archaeologia*, 43: 285-552.

Tomka, S.A.

(1993): "Site abandonment behaviour among transhumant agropastoralists: the effects of delayed curation on assemblage composition", en C.M. Cameron, y S.A. Tomka (1993): *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press: 11-24.

Trancho, G.; Robledo, B., López-Bucis, I. y Fabián, J.F.

(1996): "Reconstrucción del patrón alimenticio de dos poblaciones prehistóricas de la Meseta Norte", *Complutum*, 7: 73-90.

Treinen, F.

(1970): "Les poteries campaniformes en France", *Gallia Préhistoire*, t. XIII (1): 53-107, 263-332.

Trigger, B.

(1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, Editorial Crítica.

Trindade, L. y Veiga Ferreira, O. da

(1971): "Vaso campaniforme 'tipo garrafa bojuda' do Museu de Torres Vedras", *Revista de Guimaraes*, LXXXI (3-4): 261-264.

Ucko, P.J.

(1969): "Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains", *World Archaeology*, 1: 262-281.

Ulrich, H.; Negrete, M.A. y Puch, E.

(1994): "Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), corte 4", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LX: 105-137.

Uribarri Angulo, J.L. y Martínez González, J.M.

(1987): "Primeros asentamientos humanos en el término municipal de la ciudad de Burgos", *Caesaraugusta*, 64: 135-156.

- Uribarri Angulo, J.L.; Martínez González, J.M. y Leis Muñoz, I.
(1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*. Burgos.
- Uscatescu, A.
(1992): *Los botones de perforación en V en la Península Ibérica y las Islas Baleares durante la Edad de los Metales*. Madrid. Foro (Arqueología, Proyectos y Publicaciones, S.L. Temas de Arqueología nº 2).
- Valera, A.C.
(1997): "Frag da Pena (Sobral Pichorro, Fornos de Algodres): Uma primeira caracterização no contexto da rede local de povoamento", *Estudos Pré-Históricos*, 5, Viseu: 55-84.
- Valiente Cánovas, S.
(1974): "Fragmento de cuenco campaniforme aparecido en Buendía (Cuenca)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, I: 133-136.
- Valiente Malla, J.
(1986): "Colgantes y amuletos en las terrazas del río Henares", *Trabajos de Prehistoria*, 43: 195-209.
(1987): *La Loma del Lomo I*. Madrid, Ministerio de Cultura.
(1992a): *La Loma del Lomo II*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla - La Mancha.
(1992b): "Notas de metalurgia prehistórica en Guadalajara", *Wad al Hayara*, 19: 39-49.
(1997): "Una cabaña doble del calcolítico en la Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara)", en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo II (Neolítico, Calcolítico y Bronce), Zamora: 495-507.
- Valiente Malla, J. y García Gelabert Pérez, M.P.
(1983): "La Cueva Harzal de Olmedillas. Resultados de una prospección (Sigüenza, Guadalajara)", *Wad al Hayara*, 10: 7-23.
- Valiente Malla, J. y Martínez Sastre, V.
(1988): "Nuevo yacimiento eneolítico. La Cueva (Bañuelos, Guadalajara)", *Wad al Hayara*, 15: 7-46.
- Vázquez Varela, J.M.
(1995): "Etnoarqueología de la extracción del oro de los ríos en el noroeste de la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, vol. 52 (2): 157-161.
- Vega Melero, D.
(1990): *Memoria de excavación arqueológica de urgencia en el Estudio de la Gramática (Cuéllar, Segovia)*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia.
- Vega y Miguel, J.J.
(1996): "Seguimiento arqueológico de las obras realizadas en el entorno del yacimiento de Cantarranas en la Ciudad Universitaria de Madrid", *Reunión de Arqueología Madrileña (Madrid, Enero de 1996)*, Madrid: 83-84.
- Veit, U.
(1989): "Ethnic concepts in German prehistory: a case study on the relationship between cultural identity and archaeological objectivity", en S. Shennan (ed): *Archaeological Approaches to Cultural Identity*. One World Archaeology: 35-56.
- Veny, C.
(1968): *Las cuevas sepulcrales del Bronce antiguo de Mallorca*. Biblioteca Praehistorica Hispana, vol. IX, Madrid.
- Vicent García, J.M.
(1982): "Las tendencias metodológicas en Prehistoria", *Trabajos de Prehistoria*, 39: 9-53.
(1989): *Bases teórico - metodológicas para el estudio del comienzo de la metalurgia en la Península Ibérica*. Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid.
(1995): "Problemas teóricos de la arqueología de la muerte. Una introducción", en Fábregas, R.; Pérez, F. y Fernández, C. (eds): *Arqueoloxia da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*, Excmo. Concello (Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos 3), Xinzo de Limiá: 13-31.

Vicente García, M^o.D.

(1990): "Resumen de la excavación de urgencia realizada en Villaveza del Agua (Aplicación del 1% cultural)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 145-152.

Villa González, J.R. y Rojas Rodríguez-Malo, J.M.

(1996): "Aportación al conocimiento del Neolítico en la cuenca media del Tajo", *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavá - Bellaterra, 27-29 Marzo de 1995)*, *Rubricatum*, vol. 1(2): 707-714.

Villalba, M.J.; Edo, M. y Blasco, A.

(1998): "Explotación, manufactura, distribución y uso como bien de prestigio de la calaita en el Neolítico. El ejemplo del complejo de Can Tintorer", en G. Delibes (coord.): *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica*. *Studia Archaeologica*, 88, Valladolid: 41-66.

Voss, J.A.

(1982): "A Study of western TRB Social Organization", *Berichten van de Rijksdienst voor het Oudheidkundig Bodemonderzoek*, 32: 9-102.

(1987): "Prehistoric Tribalization in Northwestern Europe", en Trinkaus, K.M. (ed.) (1987): *Politics and Partitions: Human Boundaries and the Growth of Complex Societies*. Arizona State University, Anthropological Research Papers, 37: 29-60.

Waals, J.D. van der. y Glasbergen, W.

(1955): "Beaker Types and their distribution in the Netherlands", *Palaeohistoria*, IV: 5-46.

Waals, J.D. van der

(1984): "Bell Beakers in continental northwestern Europe", en J. Guilaine (ed.) (1984): *L'Age du Cuivre européen. Civilisation à vases campaniformes*. CNRS, Paris: 3-35.

Waldren, W.H.

(1986): *The balearic pentapartite division of prehistory*. B.A.R. (Int. Series), 282. Oxford.

(1995): "The function of balearic bell beaker pottery as a ceremonial and votive object", en Waldren, W.H.; Ensenyat, J.A. y Kennard, R.C. (eds.): *Ritual, Rites and Religion in Prehistory*. IIIrd Deyá International Conference of Prehistory, 2 vols.: 238-263.

Waldren, W.H. y Kennard, R.C.

(comps.) (1987): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference 1986*, B.A.R. (Int. Series), 331, Oxford.

Washburn, D.K.

(1983): "Symmetry Analysis of Ceramic Design: Two Tests of the Method on Neolithic material from Greece and the Aegean", en D.K. Washburn (ed.): *Structure and Cognition in Art*. Oxford, C.U.P.: 138-164.

(1989): "The property of symmetry and the concept of ethnic style", en S. Shennan (ed): *Archaeological Approaches to Cultural Identity*. London. One World Archaeology: 157-173.

(1995): "Style, Perception, and Geometry" en Carr, C. y Neitzel, J.E. (eds.): *Style, Society, and Person. Archaeological and Ethnological Perspectives*. New York and London. Plenum Press: 101-122.

Washburn, D.K. y Crowe, D.

(1987): *Symmetries of Culture: theory and practice of plane pattern analysis*. University of Washington Press. Seattle.

Wason, P.K.

(1994): *The archaeology of rank*. New Studies in Archaeology. Cambridge University Press.

Wattenberg, F.

(1963): "Dos puntas de tipología dolménica", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXIX, Valladolid: 235-236.

Webster, G.

(1990): "Labor control and Emergent Stratification in Prehistoric Europe", *Current Anthropology*, 31 (4): 337-366.

Wendrich, W.

(1991): *Who is afraid of basketry. A guide to recording basketry and cordage for archaeologists and ethnographers*. Centre for Non - Western Studies Publications, 6, Leiden University.

Whallon, R.

(1968): "Investigations of Late Prehistoric social organization in New York State", en S.R. Binford y L.R. Binford (eds.): *New Perspectives in Archaeology*, Chicago, Aldine: 223-244.

White, J.P.

(1985): "Digging Out Big Men?", *Archaeology in Oceania*, 20: 57-60.

Wiessner, P.

(1983): "Style and social information in Kalahari San projectile points", *American Antiquity*, 48: 253-276.

(1984): "Reconsidering the Behavioural Basis for Style: a Case Study Among the Kalaharian San", *Journal of Anthropological Archaeology*, 3 (nº 3 y 4): 190-234.

(1989): "Style and changing relations between the individual and society", en I. Hodder (ed.): *The Meaning's of Things. Material Culture and Symbolic Expression*. London, Unwin Hyman, One World Archaeology, 6: 56-63.

Wobst, H.M.

(1977): "Stylistic Behaviour and Information Exchange". *For the Director: Research Essays in Honour of James B. Griffin* (C.E. Cleland, ed.). Anthropological Papers of the Museum of Anthropology, 61, Ann Arbor, University of Michigan: 371-442.

Wright, R.P.

(1991): "Women's labour and pottery production in prehistory", en Gero, J.M. y Conkey, M.W. (Eds.): *Engendering Archaeology*, Basil Blackwell, Oxford: 194-223.

Zamora Canellada, A.

(1975): "Contribución al estudio del Bronce final en la Meseta Norte: las cerámicas incisas de la Cueva de la Vaquera o Fuentedura, Torreiglesias (Segovia)", *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973)*, Zaragoza: 529-544.

(1976): *Excavaciones de la Cueva de la Vaquera, Torreiglesias, Segovia (E. Bronce)*. Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Segovia.

Zulueta Mentxaka, M.J.

(1988): "Metodología para el estudio de la cerámica del Grupo Dornajos (Cuenca)", *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, tomo II: 311-315.

ABRIR VOLUMEN II

